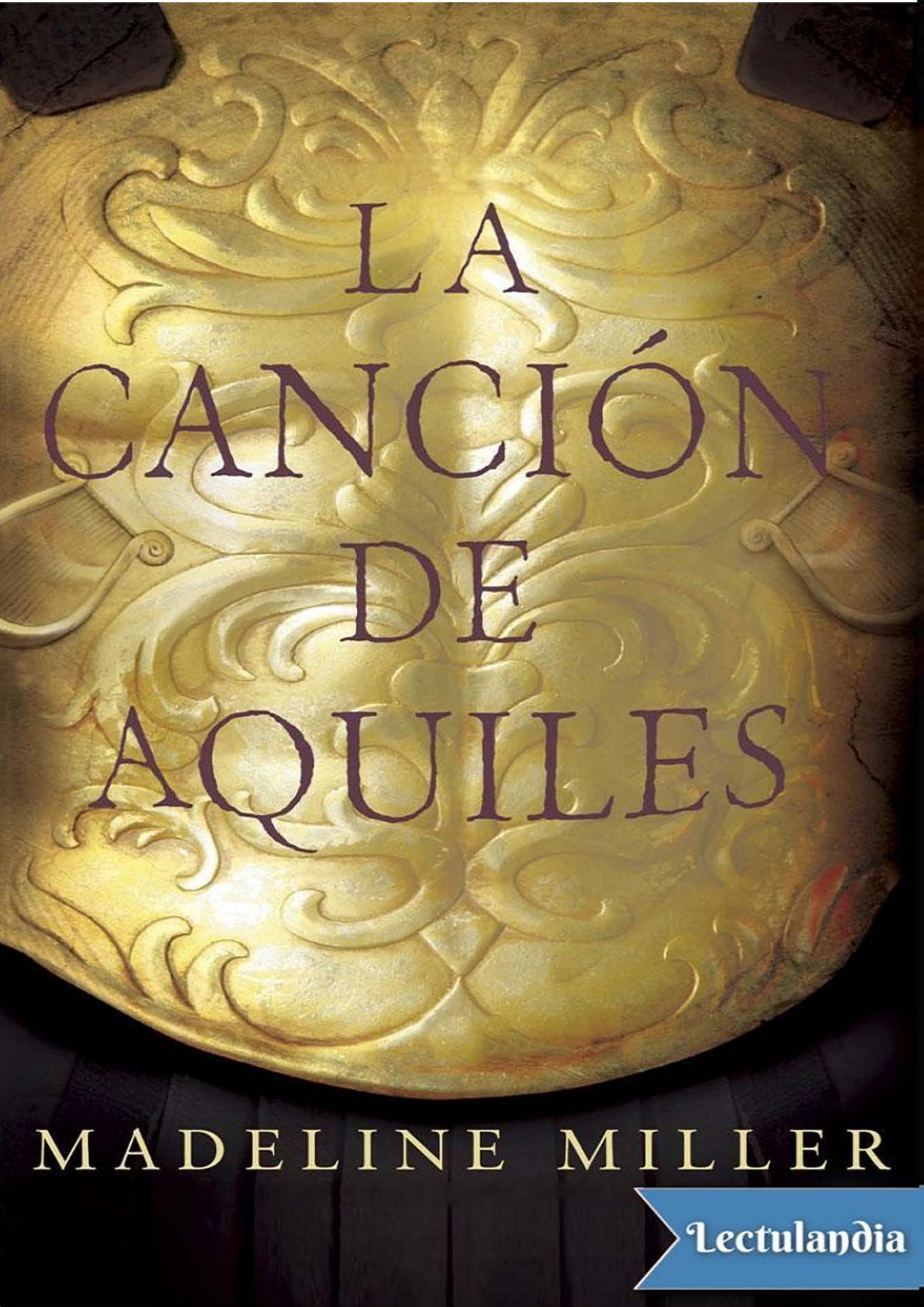

Lectulandia

El joven príncipe Patroclo mata por accidente a un muchacho. Repudiado por su padre, es exiliado al reino de Ftía, donde lo acoge el rey Peleo, un hombre bendecido por los dioses, inteligente, apuesto, valiente y reconocido por su piedad. Tanto que se le concedió el más alto honor, la posibilidad de engendrar un hijo con una diosa: Aquiles. Aquiles es fuerte, noble, luminoso. Patroclo no puede evitar admirar hasta el último de sus gestos; su belleza y perfección hacen que sea incapaz de contemplarlo sin una punzada de dolor. Por eso no se explica que Aquiles lo escoja como hermano de armas, un puesto de la más alta estima que lo unirá a él por lazos de sangre y lealtad, pero también de amor. Así emprenden juntos el camino de la vida, compartiendo cada instante, cada experiencia, cada aprendizaje y preparándose para el cumplimiento de una profecía: el destino de Aquiles como mejor guerrero de su generación. Especializada en cultura clásica, Madeline Miller acomete una relectura del mito de Troya, demostrando su plena actualidad y vigencia. Todos los elementos que tan familiares nos resultan y que forman una parte tan esencial de nuestra cultura tienen cabida en ella: la belleza de Helena, la fuerza de Áyax, la astucia de Ulises, la nobleza de Héctor, el sacrificio de Ifigenia, la obstinación de Agamenón... Y, sin embargo, toman una nueva dimensión, moderna y actual, en un estilo tan firme y fluido, desarrollando una trama tan inteligente y bien perfilada que resulta imposible abandonar su lectura ya desde la primera página.

Lectulandia

Madeline Miller

La canción de Aquiles

ePUB v1.0
AlexAinhoa 01.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Song of Achilles*
© 2011, Madeline Miller.
© De la traducción: 2012, José Miguel Pallarés Sanmiguel.
Imagen de cubierta: iStockphoto
Diseño de cubierta: David Mann

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)
ePub base v2.1

A mi madre, Madeline,
y a Nathaniel.

UNO

Mi padre fue rey e hijo de reyes. Era pequeño de estatura, al igual que la mayoría de nuestra gente, y tenía unos hombros enormes, como los de un toro. Desposó a mi madre cuando esta tenía catorce años y la sacerdotisa la declaró núbil. Se trataba de un buen partido: era hija única y el esposo recibiría la fortuna del padre.

No averiguó que su mujer era una simple hasta después de la boda. Mi abuelo materno tuvo buen cuidado de mantenerla con el rostro cubierto hasta después de la ceremonia y mi progenitor le siguió la corriente. Siempre iba a haber esclavas y efebos si resultaba ser fea. Según dicen, mi madre sonrió cuando al fin le retiraron el velo. Así es como supieron que era imbécil. Las novias jamás sonríen.

Mi padre me cogió de sus brazos en cuanto ella me alumbró y me confió a los cuidados de un ama. La partera se compadeció de la parturienta y le dio una almohada para que la abrazara en vez de a mí. Ella así lo hizo, sin darse cuenta del cambio operado.

Enseguida fui una decepción, pues salí pequeño y escuchimizado. No era veloz ni fuerte, y tampoco tenía buena voz para cantar. Lo mejor que podía decirse sobre mí era que jamás enfermaba. Los niños sufrían resfriados y cólicos a esa edad, pero yo nunca. Eso fue lo único que hizo recelar a mi padre. ¿No sería yo un niño no humano al que habían cambiado por su hijo? Cada vez que sentía sobre mí el peso de su mirada me temblaban las manos y mi madre chorreaba vino por la boca y se manchaba.

El turno de organizar los juegos le llegó a mi progenitor cuando yo tenía cinco años. Venían hombres desde lugares tan lejanos como Tesalia y Esparta, gracias a los cuales nuestros almacenes rebosaban de oro. Un centenar de siervos trabajaron durante veinte días para alisar las pistas de carreras y retirar las piedras. Mi padre estaba decidido a ofrecer los mejores juegos de su generación.

Recuerdo los cuerpos de los mejores corredores, morenos y relucientes a causa del aceite, mientras realizaban los estiramientos en la pista bajo el sol. En la liza se daban cita maridos de amplios hombros, jóvenes imberbes y chiquillos. Todos tenían unas pantorrillas muy musculosas.

Antes de la carrera sacrificaron al toro y vertieron la sangre del astado en la tierra y en cuencos de bronce. El animal murió en silencio, un magnífico augurio para los juegos en ciernes.

Los corredores se congregaron delante de la tarima donde mi padre y yo estábamos sentados alrededor de los trofeos reservados a los ganadores: cráteras de oro donde mezclar agua y vino, trípodes de bronce y lanzas de fresno rematadas con puntas del valioso hierro, pero el verdadero trofeo descansaba en mis manos: una

corona de laurel recién cortado; el verde de las hojas era agrisado y yo lo frotaba con el pulgar para sacarle brillo. Mi padre había acabado dándomelo a regañadientes. Se tranquilizaba a sí mismo diciendo que solo debía sujetarlo.

Los más jóvenes competían primero. Habían hundido los pies en la arena, donde se removían, a la espera de que el sacerdote asintiera con la cabeza. Todos estaban en pleno estirón. Eran chicos larguiruchos de huesos muy marcados sobre la piel tensa. Mi mirada recayó sobre un muchacho rubio entre docenas de jóvenes de negros cabellos alborotados. Me incliné hacia delante para verle mejor. Su pelo parecía miel bajo la luz del sol y entre sus mechones podía atisbarse el aro de un príncipe.

Era algo más bajo que los demás y su figura tenía esa redondez propia de la niñez que el resto de los competidores ya había perdido. Lucía una larga melena anudada atrás con un lazo de cuero; refulgía sobre la piel morena de su espalda. Cuando se daba la vuelta podía verse su rostro, serio como el de un adulto.

Rebasó a los muchachos más corpulentos de mayor edad en cuanto el sacerdote golpeó el suelo con el pie. Se movía con suma facilidad. Sus talones levantaban destellos rosáceos como lenguas al relamerse. Ganó el muchacho de cabellos dorados.

Le miré fijamente cuando mi padre tomó la corona de laureles de mi regazo y se la puso en las sienes. Sus cabellos eran de un rubio tan intenso que las hojas verdes parecían casi negras. Su progenitor, Peleo, acudió a felicitarle con una sonrisa de orgullo en los labios. Su reino era más pequeño que el nuestro, pero se rumoreaba que su esposa era una diosa y su pueblo le adoraba. Mi propio padre le observaba con envidia. Su esposa era estúpida y su hijo demasiado lento para tomar parte siquiera en la carrera de los de menor edad. Se volvió hacia mí y me soltó:

—Así es como debería ser un hijo.

Sentí las manos vacías sin la corona. Observé cómo Peleo abrazaba a su heredero. El muchacho lanzó al aire la laureola y volvió a cogerla. Estaba riendo con el rostro iluminado por la victoria.

Al margen de esta escena, solo recuerdo imágenes dispersas de mi vida en aquel entonces: mi padre sentado en el trono con cara de pocos amigos, un ingenioso caballito de madera que me encantaba, mi madre en la playa con la mirada fija en el Egeo. En esta última recordación yo estoy junto a ellos, lanzo piedras que rebotan varias veces sobre la piel del mar. A ella parece complacerle el modo en que las aguas se ondulan para retroceder de nuevo hacia la superficie cristalina del ponto, o tal vez fuera el océano mismo lo que le gustara. Ella había hundido en la arena los pies y sus dedos asomaban por debajo del sablón, pero yo me andaba con mucho cuidado a la hora de no tocarlos en mi búsqueda de piedras. No tengo otro recuerdo de mi madre y es tan perfecto que estoy casi convencido de que es fruto de mi imaginación. Después de todo, es muy improbable que mi padre nos permitiera acudir solos a la playa al

tonto de su hijo y a su esposa aún más boba. Y además, ¿dónde estábamos? No reconozco la playa ni la línea costera. Ha llovido mucho desde entonces.

DOS

El rey me hizo llamar. Según recuerdo, me fastidiaba mucho cruzar el gran salón del trono para luego arrodillarme frente al trono sobre el suelo de piedra. Algunos monarcas habían optado por poner alfombras a fin de aliviar las rodillas de los mensajeros que venían con nuevas y debían estar mucho rato hablando. No era el caso de mi padre.

—La hija del rey Tindáreo ya tiene edad para desposarse —anunció.

Me sonaba ese nombre. Tindáreo era rey de Laconia, en Esparta, y poseía grandes extensiones en las riquísimas tierras del sur, objeto de la codicia de mi progenitor. También había oído hablar de su hija, de quien se rumoreaba que era la mujer más hermosa de toda Hélade. Según se decía, Leda, su madre, había sido violada por el mismísimo Zeus, rey de todos los dioses, disfrazado de cisne. A los nueve meses nacieron dos grupos de gemelos, Cástor y Clitemnestra, hijos de su esposo mortal, y Pólux y Helena, deslumbrante prole de un dios, pero era bien sabido lo malos padres que eran los dioses. Se esperaba que Tindáreo proveyera a todos de su patrimonio.

Yo no respondí a las noticias de mi padre. Nada significaban para mí.

Se aclaró la garganta de forma muy audible en la silenciosa cámara del trono.

—Haríamos bien en tenerla en nuestra familia. Irás y te ofrecerás como pretendiente.

No había nadie más en la sala, así que solo él pudo oír mi resoplido, pero yo sabía bien que no convenía verbalizar mi disgusto. Mi progenitor ya conocía todo cuanto yo podía decirle: tenía nueve años, era feo, poco prometedor y menos interesante.

Partimos a la mañana siguiente con los fardos llenos de regalos y vituallas para el viaje. Nos escoltaban soldados engalanados con su mejor armadura. No me acuerdo mucho de aquel viaje por tierra, a través de unas comarcas que dejaron poca huella en mi memoria. Mi padre iba en la cabeza de la comitiva, desde donde dictaba órdenes a emisarios y secretarios que salían disparados en todas las direcciones. Yo mantenía la vista fija en las riendas de cuero y acariciaba con el pulgar su acabado aterciopelado. No entendía cuál era mi lugar allí porque era incomprensible, como tantas otras cosas que hacía mi padre. Mi burro se bamboleaba, y yo con él, feliz de contar con esa diversión.

No fuimos los primeros pretendientes en llegar a la ciudadela de Tindáreo. Los establos abarrotados de mulas y caballos eran un hervidero de criados. Mi progenitor parecía bastante descontento con la ceremonia de recepción que nos habían dispensado. Acariciaba la piedra del hogar de nuestros aposentos con cara de pocos amigos. Yo había traído de casa un juguete: un caballito de patas móviles. Movía una y luego otra e imaginaba que viajaba a lomos del mismo en vez de hacerlo sobre el

burro. Pasaron los días y seguimos comiendo en nuestras habitaciones. Un soldado se compadeció de mí y me prestó sus dados. Estuve tirándolos en el suelo hasta que me salieron todo seises en una tirada.

Por último, una mañana, mi padre me ordenó que me lavara y me peinara. Me hizo cambiar de túnica una vez y después otra. Le obedecí, aun cuando no vi mucha diferencia entre el color de la primera, púrpura con bordadura de oro, y el de la segunda, carmesí con bordadura de oro. Ninguna de las dos ocultaba el tembleque de mis rodillas. Mi padre parecía poderoso y severo con esa barba negra acuchillándole el semblante. Ya teníamos preparado el regalo que íbamos a ofrecer a Tindáreo: una crátera de oro con un relieve donde se representaba la historia de la princesa Dánae, a quien Zeus dejó embarazada después de haberse transformado en lluvia de oro, y ella había alumbrado a Perseo, el que luego mató a la Gorgona, y se convirtió en uno de nuestros grandes héroes, solo superado por Heracles. Mi padre me la entregó con una advertencia:

—No nos avergüences.

Oí antes que vi el gran salón, contra cuyas paredes rebotaba el sonido de miles de voces, el tintineo de las armaduras y el golpeteo de las copas. Los criados habían abierto de par en par las ventanas con el fin de reducir el volumen del bullicio y habían colgado en las paredes grandes tapices de indiscutible riqueza. Jamás había visto tantos hombres juntos como había en el interior de aquella estancia. «Hombres no», me corregí, «reyes».

Se nos llamó para participar en el consejo sentados en bancos cubiertos con pieles de vaca. Los criados retrocedieron hasta desvanecerse entre las sombras. Mi padre me puso una mano encima y hundió los dedos en mi cuello para avisarme de que no se me ocurriera moverme.

Había mucha violencia contenida en aquella estancia, donde tantos príncipes, héroes y reyes se disputaban un único trofeo, pero sabíamos remedar la civilización. Todos se fueron presentando uno por uno, mostrando sus refulgentes melenas, espléndidos talles y carísimas ropas teñidas. Muchos eran hijos o nietos de dioses. Las hazañas de todos ellos habían merecido una, dos y hasta tres canciones. Tindáreo los saludó, aceptó sus regalos, los puso en una pila en el centro de su habitación e invitó a hablar a todos, a fin de que hicieran la petición de mano.

Mi progenitor era el mayor de todos ellos, excepción hecha de un hombre que dijo llamarse Filoctetes.

—Es uno de los camaradas de Heracles —susurró el hombre sentado junto a nosotros con un tono de reverencia en la voz que fui perfectamente capaz de comprender. Heracles era nuestro mayor héroe y Filoctetes había sido uno de sus más allegados y el único vivo de todos sus compañeros. Tenía el cabello gris y unos dedos gruesos como tendones que le delataban como arquero. Y un momento después alzó

el mayor arco que yo haya visto en mi vida; era de madera pulida de tejo y empuñadura de piel de león.

—El arco que Heracles me confió al morir —explicó. Un arco suscita burlas en nuestras tierras, pues es considerado como un arma de cobardes, pero nadie iba a poder decirlo de ese arco: la fuerza necesaria para tensarlo podía humillarnos a todos.

El siguiente en presentarse fue un hombre con los ojos pintados como una mujer.

—Soy Idomeneo, rey de Creta. —Se trataba de un hombre enjuto y cuando se puso de pie los cabellos le cayeron hasta la cintura. Ofreció un objeto poco común: un hacha de doble cabeza hecha de hierro—. Es el símbolo de mi pueblo.

Los movimientos del cretense me recordaron a los de los bailarines que tanto le gustaban a mi madre.

Después le llegó el turno a Menelao, hijo de Atreo, sentado junto a Agamenón, ese hermano cuyo enorme corpachón recordaba al de un oso. Menelao tenía un pelo de un rojo muy llamativo. Era un hombre vital, fuerte, musculoso. Su regalo fue de lo más suntuoso: un hermoso vestido teñido.

—Aunque la dama no necesita adorno alguno —agregó con una sonrisa.

Era un discurso muy lacónico. Me habría gustado tener algo inteligente que decir. Yo era allí el único menor de veinte años y que no era hijo de un dios. «Quizás el hijo rubio de Peleo pueda estar a la altura de esto», pensé. Pero su padre le había dejado en casa.

Los hombres se fueron presentando uno tras otro hasta que me fue imposible recordar sus nombres. Mi atención deambuló por la sala hasta acabar fijándose en la tarima, donde reparé por vez primera en la presencia de tres mujeres con velo sentadas junto a Tindáreo. Observé con fijeza la gasa blanca que cubría el rostro de las mismas como si fuera capaz de atisbar los rostros ocultos tras ellas. Mi padre pretendía que una de ellas fuera mi esposa. Las tres mantenían sobre el regazo unas manos hermosamente adornadas con brazaletes. Una de ellas era más alta que las otras dos. Me pareció ver un rizo negro tras el velo. Helena tenía los cabellos de un rubio muy claro, según recordaba, así que esa no era Helena. Entretanto, había dejado de oír a los reyes y me llevé un susto al ver que Tindáreo nos miraba y pronunciaba en voz alta el nombre de mi padre.

—Sé bienvenido, Menecio. Lamento saber que tu esposa ha fallecido.

—Mi mujer vive, Tindáreo. Es mi heredero quien viene hoy a pedir la mano de tu hija. —Se hizo un silencio durante el cual yo me arrodillé, mareado al ser objeto de las miradas de todos los presentes, que se volvieron hacia mí.

—Todavía no es un hombre. —La voz de Tindáreo parecía muy lejana. Percibí en ella una absoluta ausencia de emoción.

—Y no tiene por qué. Yo soy hombre suficiente por los dos. —Ese era el tipo de bravata que nuestra gente adoraba, una fanfarronada audaz, pero esta vez nadie rio.

—Ya veo —repuso Tindáreo.

El suelo de piedra se me metía en la piel hasta el punto de que no era capaz de moverme, y eso que estaba acostumbrado a permanecer de rodillas. Nunca antes de ese momento me había alegrado de la práctica adquirida en el salón del trono de mi padre, que volvió a hablar otra vez en medio del silencio.

—Otros han traído bronce y vino, aceite y lana. Yo vengo con oro, es una pequeña porción de mis fondos.

Fui consciente de mis manos sobre las figuras de la historia narrada en la hermosa crátera: Zeus aparecía de entre la lluvia de luz ante la sorprendida princesa y ambos copulaban.

—Mi hija y yo te agradecemos un regalo tan espléndido, aunque tan asequible para ti.

Un murmullo se desató entre las filas de los reyes. Era una humillación de la que mi padre parecía no percatarse, pero yo me sonrojé.

—Yo haría de Helena la reina de mi palacio, pues mi esposa, como os consta, no es apta para gobernar. Mis riquezas superan a las de todos estos jovenzuelos y mis hazañas hablan por sí mismas.

—Pensé que el pretendiente era tu hijo.

Alcé la vista al oír aquella nueva voz. Se trataba de un hombre que aún no había hablado. Estaba el último de la fila, sentado a sus anchas sobre el banco. La luz del fuego arrancaba destellos a sus cabellos ensortijados y en la pierna podía verse una cicatriz de trazo dentado, una marca que iba desde el talón hasta la rodilla y que giraba en torno a los músculos de la pantorrilla para perderse debajo de la túnica. Parecía una herida de cuchillo o algo parecido, o esa impresión me causó, algo así le había herido hasta arriba, dejando un costurón de perfiles no muy marcados, pero esa aparente suavidad ocultaba el daño que debía de haberle causado.

Mi padre estaba furioso.

—No recuerdo que nadie te haya invitado a tomar la palabra, hijo de Laertes.

—Nadie —convino el aludido con una sonrisa—. Te he interrumpido, pero no debes temer mi intromisión. No tengo intereses ocultos en este asunto. Hablo como simple observador.

Un movimiento en el estrado atrajo mi mirada. Una de las figuras con velo se había movido.

—¿Qué pretende decir? —Mi padre torció el gesto—. Si no está aquí por la mano de Helena, ¿a qué ha venido? Que se vuelva con sus cabras y sus piedras.

El interpelado enarcó las cejas, pero no dijo nada más.

—Si tu hijo es el pretendiente, tal y como tú mismo dices, dejémosle que se presente él mismo —repuso Tindáreo con afabilidad.

Incluso yo supe que me había llegado el turno de hablar.

—Soy Patroclo, hijo de Menecio. —Mi voz sonó aguda y áspera por la falta de hábito—. Estoy aquí como pretendiente de Helena. Mi padre es rey e hijo de reyes.

No tenía nada más que decir. Mi padre no me había aleccionado en modo alguno, pues no se le había pasado por la imaginación que Tindáreo me pidiera que tomara la palabra. Me incorporé y llevé la crátera hasta el montón de presentes, y elegí un sitio donde no se cayera. Me di la vuelta y caminé de regreso a mi asiento. No me había puesto en ridículo con temblores ni tropezones, y mis palabras no habían sido ninguna estupidez. Aun así, estaba colorado de pura vergüenza, pues era consciente de la imagen que debía ofrecer a los ojos de aquellos hombres.

La rueda de presentaciones se mantuvo al margen de todo esto y prosiguió. A renglón seguido se arrodilló un pretendiente que doblaba a mi padre en estatura y corpulencia. Dos siervos sostenían un enorme escudo que parecía formar parte de su atuendo de guerra. Le cubría de los pies a la cabeza. Pocos hombres eran capaces de llevarlo. No tenía adorno alguno, pero las melladuras y los golpes evidenciaban las muchas batallas que había presenciado. Áyax, hijo de Telamón, se presentó con un discurso breve y directo: su linaje se remontaba a Zeus, según dijo, y ofreció las dimensiones de su anatomía como prueba evidente de que seguía disfrutando del favor de su trastatarabuelo. Su regalo era una fina lanza de madera bellamente tallada cuya punta de hierro forjada destellaba a la luz de las antorchas.

Al final le llegó el turno al invitado de la cicatriz.

—¿Y bien, hijo de Laertes? —Tindáreo se giró en el trono para volverse hacia el aludido—. ¿Qué tiene que decir un observador desinteresado a todos estos preliminares?

El interpelado se inclinó hacia delante.

—Me gustaría saber cómo vas a evitar que los perdedores te declaren la guerra… a ti y al afortunado nuevo esposo de Helena. En esta sala veo a una docena de aspirantes dispuestos a saltar al cuello de los demás…

—Y lo encuentras divertido.

El hombre se encogió de hombros.

—La estupidez del ser humano me hace gracia.

—El hijo de Laertes se mofa de nosotros —gritó el pretendiente alto, Áyax, cuyo puño cerrado tenía el tamaño de mi cabeza.

—Jamás, hijo de Telamón.

—En ese caso, ¿qué dices, Ulises? Di lo que piensas de una vez. —Nunca había oído la voz de nuestro anfitrión sonar tan cortante.

Ulises volvió a encogerse de hombros.

—Es una apuesta arriesgada a pesar de la fortuna y el renombre que te has ganado. Cada uno de estos hombres es muy respetable, y todos ellos lo saben. No van a quedarse al margen tan fácilmente.

—Eso ya me lo has dicho en privado.

Mi padre se envaró junto a mí. «Conspiración». No fue el único rostro crispado de la sala.

—Cierto, pero ahora te ofrezco una solución. —Alzó las manos vacías—. No te he traído ningún regalo y no voy a cortejar a Helena. El mío es un reino de rocas y cabras, como aquí se ha dicho. En recompensa por mi solución quiero como premio lo que te he pedido.

—Dame una salida y lo tendrás.

Advertí otro ligero movimiento en la tarima: una mujer había crispado la mano en torno al vestido de una de sus compañeras.

—Entonces, he aquí la solución: creo que deberíamos dejar elegir a Helena. —Ulises hizo una pausa para dar espacio a que estallaran los murmullos de incredulidad; las mujeres jamás tenían opinión en ese tipo de cosas—. Nadie va a poder culparte en tal caso, pero ella debe efectuar su elección ahora, en este mismo momento, para que no pueda decirse que ha recibido consejos u órdenes de tu parte. Y una cosa más —añadió, alzando un dedo—, antes de que ella elija, todos los aquí presentes deben hacer un juramento: respetar la decisión de la novia y defender a su esposo contra todos los que intenten arrebatársela.

El malcontento y malestar se extendieron por el salón. ¿Un juramento? Eso era tan poco convencional como permitir que una mujer eligiera a su marido. Los pretendientes empezaron a recelar.

—Muy bien. —El rostro de Tindáreo era inescrutable cuando se volvió hacia las mujeres con velo—. ¿Aceptas esta propuesta, Helena?

—Sí.

Su voz baja y primorosa llegó hasta el último rincón de la estancia. Solo había dicho una palabra, pero sentí cómo se estremecían todos los hombres en mi derredor. Yo mismo experimenté esa sensación a pesar de mi corta edad, y me maravilló el poder de esa mujer, capaz de electrizar a todos los allí presentes. De pronto, todos recordamos haber oído hablar de su piel dorada y sus ojos negros y centelleantes como la obsidiana que trocábamos por nuestras olivas. Y en ese momento, ella valió más que todos los presentes apilados en el centro, y aún más, ella valía más que nuestras vidas.

Tindáreo asintió.

—En tal caso, decreto que así sea. Todos los que vayan a prestar juramento, lo harán ahora.

Se escucharon murmullos y voces de enfado, pero nadie se marchó. La voz de Helena y el velo que se ondulaba suavemente por efecto de su respiración nos retuvieron a todos allí, cautivos.

Un sacerdote convocado a toda prisa llevó una cabra blanca al altar. Para un

sacrificio realizado allí dentro era una elección mucho más adecuada que un toro, cuya sangre habría puesto perdido el suelo al rebanarle el cuello. El animal murió enseguida y el hombre mezcló la sangre oscura con las cenizas de ciprés tomadas del fuego. La urna siseó con fuerza en la silenciosa estancia.

—Tú jurarás el primero —le dijo Tindáreo a Ulises.

Hasta un niño de nueve años como yo pudo apreciar lo adecuado de esa medida. Ulises había demostrado ser él solo más listo que la mitad de los allí presentes. Nuestras precarias alianzas perduraban únicamente cuando no se permitía a ningún hombre cobrar más poder que los demás. Al mirar a mi alrededor vi sonrisitas de satisfacción entre los reyes; el de Ítaca no iba a poder escapar a su propia soga.

La boca de Ulises se curvó al esbozar una media sonrisa.

—Por supuesto, será un placer. —Y, sin embargo, intuí que no lo era. Durante el sacrificio le había visto retroceder hacia las sombras, como si deseara que nadie reparase en su presencia. Se levantó y se dirigió hacia el altar—. Recuerda, Helena, que solo juro por compañerismo, no como pretendiente. Si me eligieras a mí jamás te lo perdonarías. —La broma arrancó unas cuantas risas entre los reyes. Todos éramos muy conscientes de que era improbable que alguien tan luminoso como Helena se decantara por el monarca de la yerma Ítaca.

El sacerdote convocó a los pretendientes uno a uno para que acudieran junto al fuego. Nos hizo unas marcas en las muñecas con sangre y cenizas que nos las ataron como si fueran cadenas. Recité las palabras del juramento de espaldas a él y alcé los brazos para que todos me vieran.

Cuando el último pretendiente hubo pronunciado el compromiso, Tindáreo se puso en pie y habló:

—Elige ahora, hija mía.

—Menelao —contestó ella sin la menor vacilación…

… Lo cual nos sorprendió mucho a todos, que habíamos esperado suspense e indecisión. Me volví hacia un hombre de pelo rojo, que se puso de pie con una enorme sonrisa presidiendo su rostro. Estaba alborozado cuando palmeó la espalda de su hermano, que permanecía en silencio. Todos los demás eran presa de la ira, la decepción e incluso la pena, pero ninguno echó mano a la espada, pues la sangre untada en nuestras muñecas se había espesado y secado.

—Que así sea. —Tindáreo también se puso en pie—. Y Agamenón, tu honorable hermano, no se irá de vacío. —Señaló con un gesto a la mujer de mayor estatura—. Clitemnestra, mi otra hija, será su novia.

La mujer, aún cubierta por el velo, no se movió. Me pregunté si le habría oído.

—¿Y qué me dices de la tercera chica, tu sobrina? —gritó un hombre situado junto al gigante Áyax—. ¿Puedo tenerla?

Los pretendientes rieron, felices de contar con algo que aliviara la tensión.

—Llegas tarde, Teucro —dijo Ulises con fuerza para hacerse oír por encima del barullo—. Está prometida conmigo.

No tuve ocasión de escuchar nada más. Noté la manaza de mi padre en el hombro, que me sacó a rastras del asiento.

—Aquí hemos terminado.

Esa misma noche nos marchamos a casa y me subí a lomos de mi burro con la enorme decepción de no haber tenido la oportunidad de ver el rostro fabuloso de Helena.

Mi progenitor no volvió a mencionar jamás aquel viaje y, una vez en casa, los detalles de la visita adoptaron extraños vericuetos en mi memoria. La sangre, el juramento y la sala llena de reyes parecían lejanos y desvaídos, guardaban más semejanza con las invenciones de un aedo que como algo que yo había vivido. ¿De veras me arrodillé allí delante de todos? ¿Y era verdad lo del juramento? La simple idea parecía un absurdo, resultaba tan estúpida e improbable como una pesadilla causada por una cena copiosa.

TRES

Me resistí. Tenía un par de dados. Eran un obsequio, no de mi padre, a quien jamás se le habría pasado por la cabeza regalarme nada, ni de mi madre, que a veces ni siquiera me conocía. No me acordaba de quién me los había dado. ¿Un rey de visita? ¿Un noble a cambio de favoritismos…?

Estaban tallados en marfil con encartes de ónice, alisados de tanto sobarlos con los dedos. Aquello sucedía en las postrimerías del verano y yo jadeaba tras haber corrido un buen trecho desde el palacio. Desde el día de los juegos, me habían puesto a un hombre para que me adiestrara en todas las disciplinas atléticas: boxeo, lucha de lanza y espada, y lanzamiento de disco, pero yo me había escapado y ahora estaba eufórico, disfrutando de la vertiginosa luz de la soledad. Era la primera vez que estaba solo desde hacía muchas semanas.

Entonces apareció el chico. Se llamaba Clisónimo y era hijo de un noble asiduo en palacio. Era mayor y más grande, y muy gordo. El brillo de los dados atrajo su mirada hacia mi mano. Los miró con codicia y alargó la palma extendida, diciendo:

—Déjame verlos.

—No.

No quería que los tocara con esos dedos suyos rollizos y sucios; además, aun teniendo menos años que él, yo era el príncipe. ¿Ni siquiera me quedaba ese derecho? Pero los hijos de los nobles solían hacerme lo que les venía en gana, sabedores de que mi padre jamás intervenía.

—Los quiero. —Ni siquiera se molestó en amenazarme, no todavía, y yo le aborrecí por ello. Debía merecer un poco de intimidación cuando menos.

—No.

Avanzó hacia mí.

—Dámelos.

—Son míos. —Le enseñé los dientes y le lancé un mordisco como los perros que luchaban por las migajas de nuestra mesa.

Alargó la mano para cogerlos y yo le empujé hacia atrás, haciéndole tropezar. Yo estaba feliz. No iba a quitarme lo que era mío.

—¡Eh!

Se había enfadado. Yo era demasiado pequeño y se decía de mí que era un simple. Sería un deshonor para él retroceder ahora, así que se me echó encima con el rostro rojo de rabia. No tenía intención de hacerlo, pero aun así retrocedí, y él esbozó una sonrisa burlona.

—Cobarde.

—No soy un cobarde —repliqué en voz más alta; se me estaba calentando la

sangre.

—Pues eso es lo que piensa tu padre. —Pronunció cada palabra con deliberada lentitud, como si las paladeara—. Eso le he oído contar al mío.

—No lo ha dicho —repliqué, aun a sabiendas de que sí lo había dicho.

El muchacho se acercó aún más y alzó un puño.

—¿Me estás llamando embustero?

Iba a pegarme en esa ocasión, y yo lo sabía, solo estaba buscando la excusa. Podía imaginarme a la perfección la forma en que el rey había pronunciado esa palabra. «Cobarde». Le puse las manos en el pecho y empujé con todas mis fuerzas. Nuestra nación era tierra de pastos y trigales, así que una caída no iba a dolerle mucho.

Pero estoy buscando excusas. También era una tierra llena de piedras.

Al caer se dio un golpe sordo contra una roca. Vi la sorpresa en sus ojos abiertos con desmesura. El terreno circundante empezó a encharcarse de sangre.

Yo le miraba fijamente mientras se me hacía un nudo en la garganta, horrorizado por las consecuencias de mis actos. Con anterioridad, jamás había presenciado la agonía de un ser humano. Había visto morir a algunos toros, y a las cabras, y también había visto dar boqueadas a un pez hasta quedar inerte. Había contemplado la muerte en las pinturas y en los tapices, y también en las figuras negras de las hidrias, pero jamás había visto esto: la vibración del estertor, el ahogo, la desesperación, el olor de la sangre. Salí por pies.

Me encontraron un tiempo después junto a las raíces nudosas de un olivo. Estaba lívido, renqueante y rodeado de mis propios vómitos. Había perdido los dados en el transcurso de mi huida. Mi padre me miró enojado y con una mueca que dejaba entrever sus dientes amarillentos. A su ademán, los criados me levantaron y me llevaron a palacio.

La familia del muchacho exigió de inmediato mi exilio o mi muerte. Eran gente influyente y el difunto, su único hijo. Tal vez permitieran a un monarca quemarles los campos o violar a sus hijas, siempre y cuando pagase una reparación por ello, pero no era posible tocar a sus hijos, ya que, en tal caso, la nobleza se sublevaría. Todos conocíamos las reglas y nos aferrábamos a ellas para evitar los desmanes de la anarquía, que siempre rondaba demasiado cerca. Eso dejaba abierta una deuda de sangre, enemistad mortal entre familias. Los criados se persignaron.

Mi padre se había pasado la vida entera a la rebatiña para conservar el trono y no iba a arriesgarse a perderlo por un hijo como yo, máxime cuando los herederos y los úteros que los alumbraban eran tan fáciles de conseguir. Por eso se mostró de acuerdo en lo del exilio y me envió al reino de otro hombre, donde a cambio de mi peso en oro se harían cargo de mantenerme hasta la edad adulta. No tenía padres ni familia ni herencia. En aquellos días, era preferible la muerte. Sin embargo, mi progenitor era

un hombre práctico. Mi peso en oro era mucho menos costoso que el espléndido funeral que mi muerte hubiera requerido.

Esa era mi condición cuando cumplí diez años. Así fue como me convertí en huérfano, así fue como acabé en Ftía.

Ftía era el más nimio de nuestros Estados. Estaba situado en una lengua de tierra, entre las estribaciones del monte Otris y el mar. Su rey, Peleo, era uno de esos hombres bendecidos por los dioses a pesar de no ser él mismo una deidad, pero era inteligente, apuesto, valiente y superior a todos los monarcas en lo tocante a su piedad. Como recompensa por todo ello, las divinidades le habían ofrecido como esposa a una ninfa de los mares, lo cual se consideraba como uno de los mayores honores posibles. Al fin y al cabo, ¿qué mortal no deseaba acostarse con una diosa y tener un hijo con ella? La sangre divina purificaba la sangre sucia de nuestra raza y era capaz de forjar héroes solo con barro y arena. Además, esta diosa en concreto traía consigo una garantía aún mayor: las Moiras habían predicho que su hijo superaría en mucho al padre, con lo cual el linaje de Peleo estaba asegurado. No obstante, como todos los regalos de los dioses, había un inconveniente: la diosa estaba maldispuesta.

Todos habíamos oído hablar de la violación de Tetis. Los dioses habían conducido a Peleo hasta el lugar secreto de la playa donde le gustaba estar y le habían avisado de que no perdiera el tiempo con preámbulos. Ella jamás consentiría en desposar a un mortal.

También le previnieron de lo que podía suceder una vez que él la hubiera atrapado, pues la ninfa Tetis era artera, como su padre Proteo, el escurridizo anciano hombre del mar, y la nereida sabía cómo hacer que su piel adoptara mil formas diferentes de pelo, carne y pluma. Peleo no debía soltarla por mucho dolor que le infligieran los picos, garras, dientes y anillos enroscados.

Peleo era un hombre pío y obediente: hizo todo tal y como las divinidades le habían ordenado. Esperó a que saliera de entre las olas del color de la pizarra y dejara ver su melena negra y larga como una cola de caballo. Entonces, la atrapó y la retuvo a pesar de la violenta resistencia de la ninfa hasta que ambos acabaron exhaustos, sin aliento y desplomados sobre la arena. La sangre de las heridas que ella le había causado se mezcló con la de la doncellez perdida que salía de entre los muslos de Tetis. Su resistencia ya no importaba: una desfloración ataba tanto como unos votos matrimoniales.

Los dioses la obligaron a prometer que permanecería junto a su esposo mortal durante al menos un año. Ella cumplió el tiempo de su deber en la tierra callada, indiferente, huraña. Cuando él le ponía las manos encima, no se molestaba en contorsionarse o retorcerse; en vez de eso, ella yacía callada y muda, húmeda y fría

como un pez viejo. Su útero alumbró de mala gana un único hijo y, cuando concluyó el término de su condena, ella salió corriendo de palacio y se arrojó de cabeza al mar.

Únicamente regresó para ver al muchacho, nunca por otra razón y jamás por mucho tiempo. El resto del tiempo el niño creció junto a tutores e institutrices, todo ello supervisado por Fénix, el consejero en quien más confiaba Peleo. ¿Se lamentó el marido de aceptar el regalo de los dioses? Una esposa mortal se habría tenido por afortunada al haber conseguido un esposo tan agraciado y bueno como Peleo, pero nada podía eclipsar la mancha de su inmunda mediocridad de mortal a los ojos de la ninfa Tetis.

Me condujo a su palacio un criado cuyo nombre no llegué a oír, o tal vez es que no lo dijo. Los salones eran más pequeños que en casa, como si estuvieran condicionados por la modestia del reino que se gobernaba desde los mismos. Suelos y muros estaban hechos de mármol local, más blanco que el extraído en el sur. Mis pies parecían oscuros en contraste con el fulgor del suelo.

No llevaba nada encima: habían llevado mis contadas pertenencias a unos aposentos y el oro enviado por Menecio había seguido su camino hasta el tesoro de Peleo. Sentí una sensación extraña cuando me separé del oro, pues había sido mi compañero durante las semanas de viaje, un recordatorio de mi valía. Ahora sabía su importe: cinco copas con gemas engastadas, un pesado cetro de aspecto sarmentoso, un collar de oro, dos estatuas ornamentales representativas de aves y una lira tallada con las puntas de oro. Esta última era una engañifa, y yo lo sabía. La madera era barata y la había en abundancia, y era una manera de ocupar un espacio que debería haber sido de oro. Aun así, el instrumento musical era de una belleza tal que nadie puso objeción alguna. Había formado parte de la dote de mi madre. Mientras montábamos, yo alargaba la mano hacia la albarda de detrás, donde podía acariciar la madera pulida.

Supuse que iban a conducirme al salón del trono, donde me arrodillaría y expresaría mi gratitud al rey, pero el criado se detuvo de pronto ante una puerta lateral y explicó que Peleo se hallaba ausente; por tanto, debía presentarme ante su hijo. Esa novedad me sacó de quicio. No me había preparado para aquella contingencia ni valían ahora las palabras de sumisión que había practicado a lomos del burro. El hijo de Peleo. Me acordé de la oscura laureola recortada contra su refulgente pelo rubio y el modo en que se le habían sonrojado los mofletes por la victoria. «Así es como debería ser un hijo».

Al entrar le encontré tumbado de espaldas sobre un banco lleno de cojines. Balanceaba una lira sobre el estómago y pellizcaba sus cuerdas con aire moroso. No me oyó entrar u optó por simular que era así para no tener que mirarme. Así fue como empecé a comprender cuál iba a ser mi lugar allí. Hasta ese momento había sido un príncipe, se me esperaba y se anunciaba mi llegada. Ahora era insignificante.

Avancé otro paso, raspando el suelo con los pies. Él ladeó la cabeza para echarme un vistazo. En los cinco años transcurridos desde la última vez que le vi había crecido hasta perder las redondeces de la infancia. Me quedé boquiabierto y sin capacidad de reacción al ver sus ojos de un intenso color gris y sus hermosos rasgos, delicados como los de una doncella. Todo lo cual me provocó de inmediato un creciente disgusto. Yo no había cambiado tanto… ni tan bien.

Bostezó con los ojos entornados y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Su reino no era ni la mitad que el de mi padre, era la cuarta parte, no, la octava parte. Me habían exiliado por matar a un chico y aun así no me conocía. Apreté los dientes, decidido a no hablar.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar, esta vez con un tono de voz más alto.

Mi silencio era excusable la primera vez, cuando tal vez no le había oído, pero no en esta segunda ocasión.

—Patroclo.

Ese era el nombre que me había dado mi progenitor al nacer yo, con muchas esperanzas y poca prudencia. Tenía un sabor amargo en mis labios. Significaba «gloria del padre». Aguardé alguna burla o una broma ingeniosa acerca de mi desgracia por su parte, pero no la hubo. «Tal vez sea tan tonto como yo», pensé.

Rodó sobre un costado para orientarse hacia mí. Un mechón de pelo dorado le cayó sobre los ojos. Él lo apartó y se presentó:

—Me llamo Aquiles.

Alcé el mentón una pulgada a modo de reconocimiento. Nos miramos el uno al otro durante un instante; después, bizqueó y bostezó una vez, abriendo la boca como si de un gato se tratara.

—Bienvenido a Ftía.

Me había educado en la corte de un rey y sabía cuándo daban orden de retirarse nada más oírla.

Esa misma tarde descubrí que no era el único hijo en acogida de Peleo, cuyo modesto reino parecía próspero en hijos desterrados. Según se rumoreaba, el propio rey había sido fugitivo en una ocasión y se había granjeado una buena reputación por la buena acogida dispensada a los exiliados. Mi lecho era un camastro en una habitación similar a una barraca alargada donde había un montón de niños peleando o haraganeando. El sirviente me mostró dónde había puesto mis cosas. Un puñado de muchachos levantaron la cabeza para mirar. Estoy seguro de que uno de ellos me preguntó mi nombre, y también de que se lo di. Regresaron a sus juegos. Yo no era nadie importante. Caminé con paso envarado hasta mi jergón, donde esperé la cena.

Al caer la noche, en lo más recóndito de los recovecos de palacio tocaron una

campana de bronce para llamarnos a cenar. Los muchachos dejaron de jugar y salieron al vestíbulo a trompicones. El complejo palatino parecía una conejera: estaba lleno de corredores serpenteantes en los que de repente surgían cuartos interiores. Estuve a punto de tropezarme con los pies de quienes tenía delante de mí, temeroso de rezagarme y extraviarme.

El comedor era un salón situado en la parte delantera de palacio y sus ventanas tenían vistas al pie del monte Otris. Era lo bastante grande como para que cupiéramos todos varias veces. Peleo era un monarca que gustosamente acogía y entretenía a sus invitados. Nos dirigimos a los bancos de roble y nos sentamos a unas mesas llenas de rayones y arañazos tras soportar el traqueteo de platos durante varios años. La cena era sencilla pero abundante: pescado en salazón y gruesas rebanadas de pan servido con queso aromatizado con hierbas. No sirvieron carne ni de cabra ni de toro, reservada para la realeza o los días festivos. Atisbé al otro lado de la habitación el destello de unos cabellos rubios a la luz de las lámparas. Era Aquiles. Tomó asiento entre un grupo de muchachos que reían a mandíbula batiente de algo que había dicho o hecho uno de ellos. «Así es como debería ser un hijo». Bajé la mirada y mantuve los ojos fijos en el pan cuyos bastos granos acaricié entre los dedos.

Se nos permitía obrar a nuestro antojo después de la cena. Algunos chicos se pusieron a jugar en un corrillo cerca de una esquina.

—¿Te apetece jugar? —preguntó uno de ellos, a quien el pelo todavía se le ensortijaba en rizos muy infantiles. Era más joven que yo.

—¿Jugar…?

—A los dados. —Abrió la mano para mostrármelos. Estaban tallados en hueso y moteados con garabatos negros.

—No —contesté, tal vez más alto de la cuenta, mientras retrocedía sobresaltado.

Él pestañeó, sorprendido.

—Vale —dijo; se encogió de hombros y se marchó.

Esa noche soñé con el chico muerto cuya cabeza se había abierto como un huevo al chocar contra el suelo. «Me ha seguido», concluí. La sangre se extendía, oscura como el vino derramado. Abrió los ojos y empezó a mover los labios. Me llevé las manos a los oídos para no oírle, pues se rumorea que las voces de los muertos tienen el poder de enloquecer a los vivos. «No debo escucharle», dije para mis adentros.

Me desperté aterrado con la esperanza de no haber chillado. No había más luz que el titileo de las estrellas al otro lado de las ventanas; hasta donde yo podía ver, no lucía la luna. Mi respiración sonaba áspera en medio de tanto silencio y el jergón de juncos crujía suavemente bajo el peso de mi cuerpo, mientras me frotaba la espalda con los finos dedos de sus tallos. La presencia de los otros chicos no me aportaba consuelo alguno: nuestros muertos acuden en pos de su venganza sin considerar la presencia de testigos.

En el firmamento cobraron forma las estrellas y la luna ocupó su sitio. Cuando los párpados se me cerraron, él me seguía esperando, cubierto de sangre y blanco como la cal, claro que sí. Nadie desea acabar en la negrura sin fin del averno antes de tiempo. Mi exilio podría aplacar la ira de los vivos, pero no la de los difuntos.

Me desperté con ojos enrojecidos y los miembros pesados y abotargados. El resto de mis compañeros se levantaba a mi alrededor, ávidos por afrontar el nuevo día. Se había corrido enseguida la voz de que yo era rarito y el chico de ojos negros no volvió a acercarse a mí ni con dados ni con cualquier otra cosa. Durante el desayuno, me llevé el pan a la boca e hice un esfuerzo para tragarlo. Me sirvieron leche y la bebí.

Después nos llevaron a los soleados y polvorientos campos de entrenamiento para las prácticas de jabalina y espada. Ahí fue donde me percaté de la razón auténtica de tanta amabilidad por parte de Peleo. Bien adiestrados y en deuda con él, un día nos convertiríamos en un ejército estupendo.

Me entregaron una lanza. Una mano callosa me corrigió el modo de aferrar el astil, y luego otra vez. Lancé el venablo y apenas rocé el objetivo, un roble. El instructor soltó un bufido y me pasó otra jabalina. Mi mirada revoloteó sobre mis compañeros mientras buscaba al hijo de Peleo, pero no estaba allí. Luego, fijé la vista de nuevo en el árbol, cuyo tronco picado por los numerosos lanzazos estaba lleno de marcas y hendiduras por las que supuraba savia. Entonces, efectué mi lanzamiento.

El sol trepó a lo alto del cielo, y luego subió más aún. Tenía la garganta seca, irritada y en carne viva por culpa del polvo caliente en suspensión. Cuando los instructores nos liberaron de nuestras obligaciones, la mayoría de los chicos corrió a la playa, donde aún soplaba una suave brisa. Allí jugaron a los dados y corrieron, contando chistes a grito pelado en varios dialectos norteños, con un acento áspero muy marcado.

Los ojos me pesaban como si fueran de plomo y el brazo me dolía tras una mañana de prácticas. Me senté a la sombra de un olivo achaparrado para contemplar la ondulación de las olas. Nadie me dirigió la palabra y yo era alguien fácil de ignorar. Aquello se asemejaba muchísimo a la situación vivida en mi casa, sin duda.

La jornada siguiente discurrió igual: una mañana de prácticas extenuantes seguida de una tarde de soledad. Por la noche, el gajo de la luna se empequeñeció más y más, pero yo seguí mirándola incluso cuando se me entornaron los párpados para sentir el brillo azafranado de su figura sobre los párpados. Confiaba en que tal vez así fuera posible mantener a raya las visiones del chico. La diosa de la luna tiene dones y poder sobre los muertos, y es capaz de hacer desvanecer los sueños si así lo desea.

Pero no lo hizo y el muchacho muerto siguió viniendo una noche tras otra con su mirada fija y la cabeza partida. Algunas veces se daba la vuelta para mostrarme el

agujero del cráneo, donde la suave masa de sus sesos colgaba suelta. Otras alargaba los brazos hacia mí, pero yo despertaba, asfixiado a causa del pánico, y miraba fijamente el firmamento hasta la llegada del alba.

CUATRO

Las comidas en el comedor abovedado eran mi único alivio, pues aquellos muros no me agobiaban, el polvo del patio no se me pegaba a la garganta y el zumbido constante de las conversaciones aminoraba de forma notable cuando todos tenían la boca llena. Podía sentarme a solas con mi comida y respirar de nuevo.

Era el único momento del día en que veía a Aquiles, cuyas jornadas principescas eran diferentes a las nuestras y estaban llenas de obligaciones en la que no teníamos arte ni parte, pero él acudía a comer con nosotros y caminaba entre las mesas. Su hermosura refulgía en el enorme salón como una llama, vívida y deslumbrante, y atraía mi mirada en contra de mi voluntad. Su boca era un arco carnoso y su nariz, una flecha de rectitud aristocrática. Sus miembros no se torcían como los míos cuando tomaba asiento, sino que adoptaban una forma de gracia perfecta, como si los hubiera cincelado un escultor. Tal vez lo más señero de todo era su naturalidad. No andaba pavoneándose ni haciendo mohínes como otros chicos. Lo cierto es que parecía no ser consciente del efecto causado en los jóvenes de su alrededor, aunque ni siquiera podía imaginar cómo era en realidad, pues todos se congregaban a su alrededor como chuchos ávidos con la lengua fuera.

Yo contemplaba todo aquello desde mi puesto en un rincón de la mesa, apretando la miga del pan en un puño. Mi envidia tenía tan poco filo como un pedernal, era una chispa lejos del fuego.

Uno de esos días se sentó más cerca de mí de lo habitual, a una sola mesa de distancia. Mientras comía, golpeteaba las losas de piedra con los pies, que, a diferencia de los míos, no estaban llenos de callosidades, sino que debajo del polvo de las pistas eran rosados y de un suave bronceado. «Es un príncipe», me dije con desdén en mi fuero interno.

Aquiles se volvió hacia mí como si me hubiera oído. Nuestros ojos se encontraron durante unos instantes y yo me estremecí de los pies a la cabeza. Desvié bruscamente la mirada y me concentré concienzudamente en mi plato. Cuando por fin reuní valor para alzar la vista otra vez, Aquiles había regresado a su mesa y estaba charlando con otros comensales.

A partir de ese instante, me mostré más cuidadoso a la hora de observar durante las comidas, mantuve la cabeza gacha y siempre andaba listo para desviar la mirada enseguida, pero él me aventajaba y en cada comida se daba la vuelta al menos en una ocasión y me pillaba mirándole antes de que pudiera fingir indiferencia. Esas milésimas de segundo donde se encontraban la línea de nuestras miradas eran el único momento de mi jornada en que yo sentía algo: el súbito vuelco en el estómago, el flujo de la ira. Era como un pez mirando desde el anzuelo.

Al entrar en el comedor un día de la cuarta semana de mi exilio, me lo encontré en mi mesa de siempre. Había llegado a considerarla mía, dado que muy pocos elegían compartirla conmigo, pero ahora, a causa de su presencia, los bancos estaban atestados de chicos que se empujaban unos a otros. Me quedé helado, dividido entre el deseo de huir y la ira. Al final, gano esta. Era mi sitio y no podía echarme de allí, daba igual en compañía de cuántos chicos viniera.

Me senté en el último sitio libre con los hombros tensos, como si me preparara para una pelea. En el otro extremo de la mesa los chicos hacían posturitas y cotorreaban sobre una jabalina, un pájaro hallado muerto en la playa y las carreras de primavera. No les presté atención. La presencia de Aquiles era como una china en el zapato, imposible de pasar por alto. Tenía la piel del color del aceite de oliva recién prensado y era suave como la madera pulida, sin las cicatrices y magulladuras de que estábamos cubiertos los demás.

Se llevaron los platos a la conclusión de la comida. La esfera completa y anaranjada de la luna de Cosecha[1] pendía en la penumbra de la noche, más allá de las ventanas del comedor, y aun así, Aquiles se demoró. Se apartó de los ojos la melena, que le había crecido durante mi estancia en Ftía. Alargó la mano hacia un cuenco lleno de brevas y tomó unas cuantas en las manos.

Hizo un giro de muñeca y lanzó un higo al aire, y otro, y un tercero, y se puso a hacer malabares con ellos con suma delicadeza a fin de no estropear las pieles de los frutos. Luego, añadió un cuarto y hasta un quinto. Los muchachos rompieron a reír y aplaudieron.

—¡Más, más!

Los frutos se convirtieron en un borrón de color, volaban tan deprisa que daba la impresión de que no llegaba a tocarlos con las manos y evitaba así que rompieran la cadencia de vuelo. Los malabarismos eran un truco de mimos y mendigos, pero él lo había convertido en algo más, era un diseño vivo pintado en el aire, tan hermoso de contemplar que ni siquiera yo fui capaz de simular desinterés.

Aquiles había tenido la mirada fija en el círculo de higos, así que no tuve tiempo para mirar hacia otro lado cuando me miró y dijo en voz baja y con claridad:

—¡Cógelo!

Y un higo abandonó aquel patrón para salir disparado hacia mí. Cayó en la palma de mis manos con suavidad; estaba un poco caliente. Fui consciente de los vítores de los muchachos.

Aquiles cogió las brevas restantes una tras otra y las depositó en la mesa con un floreo de artista, todas salvo la última, la que se comió. La carne oscura del fruto se partió y derramó semillas debajo de los dientes. El fruto ya había madurado, así que desbordaba jugo. No me lo pensé dos veces y me llevé a la boca el higo que me había

lanzado. Un estallido de dulzor granuloso me inundó el paladar mientras la piel de la lengua se volvía sedosa. Antaño me habían gustado mucho los higos.

Los chicos se despidieron a coro cuando el príncipe se puso en pie. Se me ocurrió que tal vez volviera a mirarme, pero se limitó a darse la vuelta y desaparecer hacia su dormitorio, situado en otra ala del palacio.

Al día siguiente Peleo regresó a palacio y fui llamado para presentarme ante él en el salón del trono, un lugar saturado por el humo punzante de la madera de fresno. Me arrodillé ante él como era debido, fui objeto de su sonrisa caritativa tan celebrada y cuando me preguntó mi nombre se lo dije.

—Patroclo.

Había empezado a acostumbrarme a la desnudez de mi nombre, a no acompañarlo del de mi progenitor. Peleo asintió. Me pareció viejo y encorvado a pesar de no tener más de cincuenta años, la edad de mi padre. No tenía el aspecto de ser el hombre que había conquistado a una diosa o había engendrado un hijo como Aquiles.

—Estás aquí por haber matado a otro chico, ¿entiendes eso?

Así era la crueldad de los adultos. «¿Lo entiendes?».

—Sí —respondí. Podía haberle dicho más cosas, podía haberle hablado de los sueños que me dejaban los ojos nublados de lágrimas e inyectados en sangre y también de los gritos que me laceraban la garganta cada vez que me los tragaba. Igualmente, podía haberle descrito cómo giraban más y más las estrellas en la bóveda celeste ante mis ojos desvelados una noche tras otra.

—Aquí eres bienvenido. Aún puedes ser un buen hombre.

Pronunció esas palabras con ánimo de consolarme.

Los muchachos conocieron la razón de mi exilio al cabo de pocas horas, ya fuera porque el rey lo dijera o porque lo hubiera oído algún criado. Debí haberlo esperado, pues les había escuchado chismorrear muy a menudo. Los rumores eran la única moneda de trueque que tenían los chicos. Aun así, me tomó por sorpresa ver el súbito cambio operado en ellos: el miedo y la fascinación germinaban en sus rostros al verme pasar. Ahora, incluso el más fanfarrón de la pandilla susurraba si nos rozábamos. La mala suerte podía ser contagiosa y las Erinias[2], nuestras sibilantes diosas de la venganza, no siempre actuaban contra alguien en concreto. Me contemplaban desde una distancia segura con embeleso y comentaban cosas como:

—¿Tú que crees? ¿Se beberán su sangre las Euménides?

Todos esos susurros me asfixiaban: apenas era capaz de tragar y al oírles la comida me sabía a cenizas. Aparté mi escudilla y salí en busca de rincones y salones donde pudiera sentarme sin ser molestado, salvo por algún que otro criado al pasar. Mi estrecho mundo había encogido un poco más hasta reducirse a las grietas del

suelo y las volutas talladas en los muros de piedra. Raspaban un poco cuando las recorría con las yemas de los dedos.

—He oído que estabas aquí —dijo una voz clara como los arroyos alimentados por el deshielo.

Levanté la cabeza con brusquedad. Me hallaba en un almacén con las rodillas apretadas contra el pecho, encajado entre jarras de aceite de oliva. Había estado soñando que era un pez cuyas escamas doraba el sol cada vez que saltaba y salía de entre las aguas del mar. Las olas desaparecieron para convertirse otra vez en ánforas y sacos de granos.

Era Aquiles, que se hallaba de pie ante mí. Su rostro era serio y había firmeza en sus pupilas verdes mientras me observaba. Sentí una punzada de culpabilidad. Se suponía que no estaba ahí y yo lo sabía.

—Te he estado buscando —anunció. Pronunció esas palabras con reserva, sin el menor indicio que yo pudiera descifrar—. Esta mañana has faltado a la instrucción.

Me puse colorado y tras la culpabilidad empezó a cobrar cuerpo la ira, lenta y sorda. Le asistía el derecho a reprochármelo, pero le odié por ello.

—¿Cómo lo sabes? No estás allí.

—El instructor se ha dado cuenta y se lo ha contado a mi padre.

—Y él te envía a ti. —Quise hacerle sentir mal por ser un factótum.

—No, he venido por mi cuenta —contestó el príncipe con voz helada; pero yo le vi apretar los dientes, aunque solo un poco—. Les oí hablar y he venido a ver si estabas enfermo. —No le respondí y él me examinó durante unos instantes—. Mi padre está considerando castigarte.

Ambos sabíamos lo que eso significaba. El castigo era corporal y por lo general público. Nunca se azotaba a un príncipe, pero yo ya no lo era.

—No estás enfermo.

—No —contesté con un hilo de voz.

—Entonces, eso no va a servirte como excusa.

—¿Qué…? —Estaba tan aterrado que no seguí el hilo de su razonamiento.

—Necesitas una excusa para estar aquí, así evitarás el flagelo. —Su voz tenía una nota de paciencia—. ¿Qué vas a decir?

—No lo sé.

—Pues debes decir algo.

La insistencia de Aquiles atizó el fuego de la ira en mi interior.

—Tú eres el príncipe —le espeté.

Eso le descolocó un poco y ladeó la cabeza ligeramente, como un ave curiosa.

—¿Y…?

—Pues que hables con tu padre y le digas que estaba contigo. Él lo excusará todo

—dije con más confianza de la que sentía. Si yo hubiera intercedido ante mi padre por otro chico, él me habría hecho azotar por rencor. Pero yo no era Aquiles.

Torció el gesto de forma casi imperceptible y luego repuso:

—No me gusta mentir.

Los otro chicos se burlaban de ese tipo de comentario inocente y uno no decía esas cosas ni aunque las pensara.

—Bueno, entonces llévame contigo a tus clases y no será una mentira.

Enarcó las cejas y me estudió con la mirada. Se quedó extremadamente quieto, con una inmovilidad que no parecía propia de los humanos. Su acinesia era absoluta, a excepción de la respiración y el pulso; parecía un ciervo alerta al sonar el cuerno del cazador. Yo mismo me descubrí conteniendo la respiración.

Entonces, algo le alteró la expresión del rostro: una decisión.

—Ven —me dijo.

—¿Adónde? —quise saber con cautela, temeroso de sufrir un castigo por haber sugerido un engaño.

—A mi clase de lira. Así no será mentira, como tú dices, y luego hablaremos con mi padre.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Por qué no? —Me miró con curiosidad. ¿Por qué no?

Llevaba tanto tiempo sentado sobre la fría piedra que me dolieron las piernas cuando me incorporé para seguirle. En el pecho me aleteaba un sentimiento al que no era capaz de poner nombre, en el mismo se entremezclaban a un tiempo fuga, peligro y esperanza.

Caminamos en silencio a través de corredores sinuosos hasta llegar por último a una salita habilitada para guardar un gran arcón y unos escabeles. Aquiles señaló uno mediante señas y yo me dirigí al mismo, consistente en una sencilla estructura de madera y cuero. Era una silla de músico. Únicamente los veía cuando los rapsodas tocaban en la corte de mi padre, lo cual ocurría de higos a brevas.

Aquiles abrió el arcón, sacó una lira y me la tendió.

—Nunca toco —admití.

Arrugó el ceño al oír eso.

—¿Nunca?

Fue extraño, pero me descubrí intentando no ser una decepción para él.

—A mi padre no le gusta la música.

—¿Y? ¿Está aquí ahora?

Tomé la lira, suave y fría al tacto. Deslicé los dedos sobre las cuerdas y escuché su tañido, era casi una nota, la que le había visto tocar el día de mi llegada. Aquiles se inclinó otra vez, sacó del baúl un segundo instrumento y vino a reunirse conmigo.

Con sumo cuidado, apoyó sobre las rodillas el instrumento de madera y oro. Era la lira de mi madre, la que mi padre había enviado como parte del precio por mí.

Pulsó una cuerda y obtuvo una nota cálida y resonante, era dulzura pura. Mi progenitora siempre situaba su silla cerca de los rapsodas cuando venían a palacio en Opunte, tanto que mi padre ponía cara de pocos amigos y los criados murmuraban. Me vino a la mente de súbito el centelleo de sus ojos verdes a la luz del fuego cuando contemplaba las manos de los intérpretes. Su rostro adquiría un aspecto similar al de los sedientos.

Aquiles punteó otra cuerda y obtuvo una nota aún más honda que la anterior. Alargó la mano hacia una clavija y la hizo girar.

«Es la lira de mi madre», estuve a punto de decir. Tenía esas palabras en la punta de la lengua, y detrás se apelotonaban otras: «Esa lira es mía». Pero no despegué los labios. ¿Qué iba a contestarme él a esa afirmación? Que ahora la lira era suya.

Tragué saliva para aliviar la sequedad de mi garganta y dije:

—Es preciosa.

—Me la ha regalado mi padre —contestó con despreocupación. Solo una cosa detuvo un ataque de ira por mi parte: la delicadeza con que la sostenía entre los dedos. Él no se percató de mis sentimientos y me la ofreció—: Puedes sostenerla si te gusta.

—No. —La respuesta logró salir a través del dolor de mi pecho. «No pienso llorar delante de él».

Empezó a decirme algo, pero en ese momento entró el profesor, un hombre maduro de edad indeterminada. Tenía las manos encallecidas como correspondía a un músico y acudía con su propia lira, hermosamente tallada con madera de nogal.

—¿Quién es este? —inquirió con voz áspera y escandalosa. Era intérprete, pero no cantante.

—Se llama Patroclo. No toca, pero ya aprenderá —contestó Aquiles.

—No con ese instrumento. —El hombre hizo ademán de alargar la mano para quitarme la lira de las manos. Reaccioné por instinto y la sujeté con los dedos. No era la hermosa lira de mi madre, pero era un instrumento muy bonito, y tenía un toque principesco. No quería soltarlo.

Y no tuve que hacerlo. Aquiles cogió la muñeca del profesor en el aire y le sujetó.

—Sí, con ese instrumento si así lo desea.

El hombre se enfadó, pero no dijo nada más. Aquiles le soltó y se sentó, un tanto envarado.

—Comienza —le dijo el profesor.

Aquiles asintió y se inclinó sobre la lira sin darme tiempo siquiera a preguntarme nada sobre su intercesión. Se me desordenaron las ideas cuando sus dedos acariciaron las cuerdas y fluyó un sonido puro y dulce como el agua, brillante como los limones.

Jamás había oído una música semejante: calentaba igual que el fuego y tenía un peso y una textura similar a la del marfil pulido; enfervorizaba y tranquilizaba al mismo tiempo. Unos cuantos cabellos sueltos le cayeron sobre los ojos mientras tocaba. Eran tan finos como las cuerdas mismas del arpa, y relucían.

Se detuvo, echó hacia atrás el pelo y se volvió hacia mí.

—Ahora tú.

Negué con la cabeza, desbordado. No podía tocar, ni ahora ni nunca, si en vez de hacerlo podía escucharle a él.

—Toca tú.

Aquiles pulsó otra vez las cuerdas y de ellas brotó otra vez la música. En esta ocasión también cantó, pergeñando un acompañamiento con su clara y rica voz de tiple. Echó la cabeza ligeramente hacia atrás, dejando expuesta la fina piel del cuello, suave como la de un cervato. Una leve sonrisa le aupaba la comisura izquierda de la boca. Me incliné hacia delante casi sin pretenderlo.

Sentí el pecho súbitamente vacío cuando al fin concluyó la pieza. Le observé levantarse para poner las liras en su sitio y cerrar el arcón. Despidió al profesor, que dio media vuelta y se marchó. Me llevó un tiempo volver a mi ser y darme cuenta de que me estaba esperando.

—Ahora iremos a ver a mi padre.

Yo ni siquiera confiaba en ser capaz de hablar, así que asentí y le seguí cuando salió de la sala y tomó unos pasillos serpenteantes para presentarse ante Peleo.

CINCO

Aquiles me detuvo ante las puertas de bronce con tachones del salón real de audiencias y me dijo:

—Espera aquí.

Peleo se hallaba sentado en un sitial de respaldo alto en el extremo opuesto de la sala. Cerca de él se hallaba un hombre viejo a quien había visto antes en compañía del rey. Se hallaba en pie muy cerca del monarca, como si ambos estuvieran conversando. El fuego humeaba bastante, caldeando la estancia y haciendo que el aire fuera demasiado pesado.

Tapices de intensos colores cubrían las paredes y los siervos se afanaban en bruñir las viejas armas a fin de que conservaran su esplendor. Aquiles pasó entre ellos y se arrodilló a los pies del monarca.

—He venido a pedirte perdón, padre.

—¿Qué…? —Peleo alzó una ceja—. Bueno, habla. —Observé el rostro de Peleo desde mi posición; parecía frío y poco complacido. De pronto me asaltó el miedo. Habíamos irrumpido en el salón de audiencias. Aquiles ni siquiera había llamado.

—He apartado a Patroclo de la instrucción. —Mi nombre sonó tan extraño en sus labios que apenas si fui capaz de reconocerlo.

El viejo rey frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Quién…?

—Menoitiades —repuso Aquiles.

Ese era yo: Menoitiades, el hijo de Menecio[3].

—Ah, sí. El chico a quien quería azotar el maestro de armas. —El rey miró hacia mi posición, donde yo hacía todo lo posible por permanecer inmóvil.

—Sí, pero no es culpa suya. Me olvidé decir que le quiero como compañero.

Utilizó la palabra *therapon*[4], un hermano de armas consagrado a un príncipe por lazos de sangre, juramento y amor. En la guerra, esos hombres formaban la guardia de honor del rey y en la paz eran sus consejeros más cercanos. Era un puesto de la más alta estima y la otra razón por la cual los muchachos se acercaban al hijo de Peleo: esperaban ser uno de los elegidos.

—Ven aquí, Patroclo —dijo el rey al tiempo que entornaba los ojos.

La alfombra era espesa bajo mis pies. Me arrodillé ligeramente por detrás de Aquiles. Pude sentir el peso de la mirada regia sobre mí.

—Durante muchos años te he propuesto compañeros y tú los has rechazado a todos, Aquiles. ¿Por qué has elegido a este chico?

Yo mismo podría haber formulado esa pregunta. No tenía nada que ofrecer a un príncipe. Entonces, ¿por qué realizaba un acto de altruismo tan grande conmigo?

Peleo y yo aguardamos la respuesta con interés.

—Es sorprendente.

Alcé el rostro y crispé un poco el gesto. Si pensaba eso de verdad, debía de ser el único.

—Sorprendente —repitió Peleo.

—Sí. —Aquiles no explicó nada más aun cuando a mí me hubiera gustado que lo hubiera hecho.

Peleo se frotó la nariz con aire pensativo.

—El muchacho es un exiliado y viene con una mácula. No añadirá mucho lustre a tu reputación.

—No lo necesito —repuso Aquiles, pero no lo dijo con orgullo ni en un alarde de fanfarronería. Hablaba con sinceridad.

Peleo así lo reconoció.

—Aun con todo, los demás muchachos van a sentir una gran envidia de que hayas elegido a este. ¿Qué piensas decirles?

—Nada en absoluto. —Pronunció la clara y escueta respuesta sin la menor vacilación—. No es a ellos a quienes debo decirles lo que hago o dejo de hacer.

Se me aceleró el pulso en las venas, temiendo un ataque de ira por parte de Peleo, pero no se produjo. Padre e hijo se miraron el uno al otro hasta que se apreció una imperceptible pincelada de júbilo en las comisuras de la boca del rey.

—Levantaos los dos.

Así lo hice, pero un tanto mareado.

—Dicto sentencia: Aquiles, deberás disculparte con Anfidamas. Patroclo hará lo mismo.

—Sí, padre.

—Eso es todo.

Y por toda despedida se dio la vuelta para hablar con su consejero.

Una vez fuera de la estancia otra vez, Aquiles se mostró enérgico:

—Te veo a la hora de comer —dijo, e hizo ademán de marcharse.

Una hora antes me habría alegrado si me libraba de él, pero ahora, aun cuando resultaba extraño, me molestaba.

—¿Adónde vas?

Se detuvo a responderme:

—A hacer instrucción.

—¿Tú solo?

—Sí, nadie me ve luchar. —Pronunció esas palabras con la fluidez de quien está acostumbrado a decirlas a menudo.

—¿Y eso por qué?

Me miró durante largo tiempo, como si estuviera ponderando algo, antes de contestar a mi pregunta:

—Mi madre lo prohibió a causa de la profecía.

—¿Qué profecía? —Yo no había oído nada a ese respecto.

—La de que seré el mejor guerrero de mi generación.

Daba la impresión de ser una fantasía propia de un niño, pero él lo dijo con la misma sencillez que su nombre.

—¿Y cuándo le dieron ese oráculo?

—Después de mi nacimiento. Ilitía vino y se lo contó a mi madre.

Según se rumoreaba, Ilitía, la diosa de los nacimientos, presidía en persona el nacimiento de los semidioses, aquellos cuya natividad es demasiado importante para dejarla en manos del azar. Lo había olvidado: «Su madre es una diosa».

—¿Y lo sabe la gente? —Estaba probando, no deseaba presionar demasiado.

—Unos sí y otros no. Por eso voy solo. —Pero no se iba. Me observó. Parecía estar esperando.

—Entonces te veo en la comida —le dije por fin.

Él asintió y se marchó.

A mi llegada, ya estaba acodado en mi mesa, rodeado por la habitual cháchara de los chicos. Yo había albergado la esperanza de que no estuviera allí y que todo lo ocurrido durante la mañana hubiera sido un sueño. Busqué sus ojos con la vista al sentarme y luego desvié la mirada. Me sonrojé, estaba seguro. Noté las manos pesadas y torpes mientras tomaba la comida. Vigilaba mucho cada trago, cada gesto de mi rostro. Esa noche la cena era excelente: pescado asado con guarnición de limón, queso fresco y pan. Aquiles comió bien. Los chicos no repararon en mi presencia. Habían dejado de verme hacía mucho.

—Patroclo. —Aquiles no apretujó las sílabas de mi nombre como solía hacer la gente, que las apelotonaba todas juntas, como si quisiera liberarse del nombre. En vez de eso, hizo resonarlas todas. Pa-tro-clo. Los comensales de nuestro alrededor habían terminado de cenar y los siervos estaban retirando los platos. Yo alcé la vista y los chicos callaron, se mostraron a la expectativa y con interés. Por lo general, no solía dirigirse a nosotros usando el nombre—. Esta noche dormirás en mi habitación —anunció.

Me llevé una sorpresa tan grande que me quedé boquiabierto, pero los chicos estaban ahí y yo me había criado con el orgullo de un príncipe, así que me recuperé y repuse:

—De acuerdo.

—Un criado traerá tus cosas.

Pude oír el pensamiento de todos los chicos que no me quitaban el ojo de encima

como si lo hubieran verbalizado en voz alta: «¿Por qué él?». Peleo había dicho la verdad en el asunto de que había animado a Aquiles a elegir compañeros, pero su heredero no había manifestado interés por ninguno de ellos en el transcurso de todos esos años, aunque se mostraba con todos tan amable como correspondía a su alta cuna. Y ahora había otorgado el honor tan largamente esperado al más inverosímil de todos los posibles candidatos, un muchacho pequeño, desagradecido y probablemente maldito.

Se dio la vuelta para irse y yo le seguí, intentando no tropezar y caer de bruces, mientras notaba en la espalda los ojos de todos los chicos sentados a la mesa. Me dejé guiar. Pasó por delante de mi antiguo dormitorio y de la cámara de recepción con su trono de respaldo alto. Doblamos otra esquina y nos adentramos en un ala del palacio que yo no conocía, una que estaba más cercana al mar. Las paredes estaban llenas de pinturas de brillantes diseños que pasaban del negro al gris cuando las iluminaba nuestra antorcha.

Los aposentos de Aquiles se hallaban tan próximos al mar que el aire sabía a sal. No había pinturas murales en las paredes, solo piedra desnuda y una alfombra suave. El mobiliario era sencillo pero de buena factura, tallado en acacia de madera negra que enseguida identifiqué como de origen extranjero. A un lado vi un grueso camastro.

La señaló con un gesto y anunció:

—Es para ti.

—Ah. —Dar las gracias no parecía la contestación adecuada.

—¿Estás cansado? —inquirió.

—No.

Él asintió, como si yo hubiera dado una respuesta sabia.

—Tampoco yo.

Le imité. Los dos nos mostrábamos extremadamente amables, tanto que estábamos cabeceando como aves. Se hizo un silencio.

—¿Te gustaría ayudarme con los malabarismos?

—No sé cómo.

—Ni tienes por qué. Yo te enseñaré.

Empecé a arrepentirme de haber dicho que no estaba cansado. No me apetecía nada ponerme en ridículo delante de él, pero se le veía tan esperanzado que iba a sentirme un miserable si rehusaba su oferta.

—De acuerdo.

—¿Cuántas pelotas eres capaz de sostener en el aire?

—No lo sé.

—Muéstrame la mano.

Así lo hice: la alargué con la palma hacia arriba. Él descansó su palma sobre la

mía. Intenté no sobresaltarme. Tenía la piel suave, aunque un tanto pegajosa a causa de la cena. Encontré muy cálidas las yemas de los dedos con los que acarició los míos.

—Es lo mismo. Más valdrá empezar con dos. Toma estas. —Me alargó seis bolas recubiertas de cuero similares a las usadas por los mimos. Fui obediente y elegí dos.

—Lánzamelas cuando yo te lo diga.

Por lo general, habría montado una buena por ser mangoneado de esa manera, pero, no sé cómo ni por qué, sus palabras no me parecían órdenes. Aquiles empezó a hacer malabares con las restantes pelotas.

—Ahora —me indicó. Le lancé la bola y le vi incorporarla a la perfección en el círculo de las demás.

—La otra —me instó. Le lancé otra pelota, que se unió a las restantes—. Lo harás bien, Patroclo.

Levanté los ojos enseguida. ¿Se estaba burlando de mí? Pero no, su rostro era sincero.

—Cógela.

Y se me vino encima una bola, exactamente igual que el higo de la cena.

Mi parte no requería una gran habilidad, pero la disfruté igualmente. Nos descubrimos sonriendo de satisfacción mientras lanzábamos y cogíamos las pelotas.

Se detuvo al cabo de un tiempo y bostezó.

—Es tarde —declaró.

Miré por la ventana y descubrí con sorpresa la luna en lo alto del cielo. No había notado el transcurso del tiempo. Me senté en el camastro y le vi enfrascarse con los preparativos previos a acostarse: se lavó la cara con agua de una jofaina de boca ancha y se desató la tira de cuero con que se sujetaba los cabellos. Mi desasosiego regresó con el silencio. «¿Por qué estoy aquí?».

Aquiles apagó la luz de un soplido.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches. —Las palabras sonaron extrañas en mis labios, como si se tratara de otro idioma.

Transcurrieron las horas. A la luz de la luna, apenas podía distinguir el semblante perfecto de Aquiles al otro lado de la habitación. Tenía los labios entreabiertos y un brazo puesto con descuido encima de la cabeza. Dormido bajo aquella luminosidad tan tenue parecía diferente: hermoso pero frío. Me descubrí deseando que despertara para de ese modo poder contemplar cómo revivía.

Regresé al cuarto de los chicos a la mañana siguiente después del desayuno esperando ver de vuelta mis cosas, pero no era así. Lo que sí vi era que habían quitado la sábana de mi yacija. Eché otro vistazo después de la comida, y tras las

prácticas de lanza, y una vez más antes de acostarme, pero mi antiguo lugar permanecía vacío y desatendido. «Aun así, prudencia», me dije. Me dirigí a los aposentos de Aquiles con suma prevención, con la convicción de que iba a detenerme algún criado, pero ninguno lo hizo.

Vacilé al llegar a la entrada del cuarto, donde él se hallaba haraganeando, tal y como le había visto el día de mi llegada. Balanceaba una pierna mientras me saludaba.

—Hola.

Me habría ido si él hubiera mostrado sorpresa o vacilación, habría regresado a mi sitio y habría dormido sobre los juncos antes que quedarme allí. Pero no lo hizo. Me hablaba con su tono desinhibido y un extremo interés en los ojos.

—Hola —respondí, y fui a ocupar mi lugar en el catre al otro lado de la habitación.

Me fui acostumbrando a todo ello poco a poco. Dejé de sobresaltarme cada vez que me dirigía la palabra y de esperar un rechazo. También dejé de esperar que me despachara. Después de cenar, se convirtió en un hábito que los pies me llevaran a su habitación y consideré mío el camastro donde dormía.

Todavía soñaba con el chico muerto por las noches, pero cuando despertaba sudoroso y paralizado por el terror podía oír el chapaleteo de las olas sobre la orilla y ver las aguas del mar tan cercano resplandecientes a la luz de la luna, cuya tenue luminiscencia me permitía contemplar la desahogada cadencia de la respiración de mi compañero y la curva de su mejilla. Mi pulso se ralentizaba, aun a mi pesar. Aquiles era vivificador y estimulante incluso mientras descansaba, tanto que ridiculizaba a los muertos y aparecidos. Acabé durmiendo a pierna suelta después de un tiempo y no mucho después de eso las pesadillas disminuyeron hasta desaparecer del todo.

Aquiles no era tan circunspecto y serio como aparentaba. Debajo de esa pose de calma había otro rostro, el de alguien que hacía sus diabluras y tenía más caras que un diamante, aunque todas refulgían a la luz. Le encantaba recrearse con juegos en donde se ponía a prueba su habilidad, coger objetos con los ojos cerrados, obligarse a realizar saltos imposibles por encima de camas y sillas. Cuando sonreía, la piel de la comisura de sus labios se arrugaba como el papiro en llamas.

Él mismo era una llama. Atraía las miradas porque brillaba. Tenía encanto incluso nada más levantarse con el pelo revuelto y el rostro abotargado por el sueño. Sus pies no parecían de este mundo si se los miraba de cerca, las almohadillas casi perfectas de la planta de los dedos, los tendones capaces de vibrar como una lira. Los talones eran una callosidad blanca de tanto ir descalzo por todas partes. Su padre le hacía frotárselos con aceites que olían a madera de sándalo y granado.

Comenzó a contarme historias sobre cómo le había ido la jornada antes de que

nos quedáramos dormidos. Al principio me limitaba a escuchar, pero al cabo de un tiempo se me soltó el nudo de la lengua y empecé a hablarle de mis propias historias, primero de mi vida en palacio y luego algunos retazos de mi existencia previa a mi estancia de Ftía. Le conté lo de las cabrillas, el caballito de madera con el que jugaba, la lira de la dote de mi madre.

—Me alegra que tu padre la enviara contigo —me dijo.

Nuestras conversaciones no tardaron en desbordar el confinamiento de la noche. Yo mismo me sorprendí lo mucho que había por decir sobre casi todo, sobre la playa, la comida y uno u otro muchacho. Ya no esperaba ser ridiculizado ni la picadura de un escorpión oculto entre sus palabras. El príncipe decía lo que pensaba y se sorprendía cuando tú no lo hacías. Algunas personas habrían tomado esta actitud como una muestra de simplicidad, pero ¿no es una muestra de genialidad buscar un atajo al corazón?

—¿Por qué no vienes conmigo? —me sugirió una vez cuando ya me iba y le dejaba solo para realizar su adiestramiento privado.

La voz sonó un tanto forzada y yo habría pensado que estaba un poco nervioso si no hubiera creído que eso era materialmente imposible. El ambiente habitualmente cómodo entre nosotros se había vuelto tenso.

—Vale —acepté.

Eran las horas silenciosas de las postrimerías del mediodía. Estábamos solos, pues el palacio entero dormía por influjo del bochorno. Tomamos el camino más veloz, un sendero serpenteante a través del olivar, para alcanzar la barraca donde guardaban las armas.

Permanecí en el umbral mientras Aquiles elegía las armas del adiestramiento: una lanza y una espada ligeramente mellada en la punta. Hice ademán de tomar las mías, pero me entraron dudas.

—¿Debo…? —quise saber. Negó con la cabeza.

«No».

—No lucho con otros —me explicó.

Le seguí al exterior en dirección al círculo de arena apelmazada.

—¿Nunca?

—Jamás.

—Entonces, ¿cómo sabes si…? —Me callé cuando adoptó una posición de combate en el centro, lanza en mano y espada al cinto.

—¿Si la profecía es cierta? Supongo que no lo sé.

La sangre divina fluye de forma diferente en cada uno de los hijos de los dioses. La voz de Orfeo hacía llorar a los árboles. Heracles mató a un hombre de una palmada en la espalda. El milagro de Aquiles era la velocidad. Después de la primera

lanzada, mis ojos eran incapaces de seguir su planta. Daba vueltas, avanzaba y retrocedía a una velocidad fulgurante. El asta daba la impresión de nacer en sus manos y la punta oscura y grisácea parecía la lengua de una serpiente. Los pies no se estaban quietos nunca, rozaban el suelo como los de una bailarina.

Me quedé observando, incapaz de moverme. Apenas respiraba. Su rostro inexpresivo estaba en calma, no denotaba esfuerzo alguno. Sus movimientos eran tan precisos que apenas si había podido ver los hombres imaginarios contra los que había combatido, diez o tal vez veinte, atacándole por doquier. Dio un salto y lanzó un movimiento de guadaña con la lanza mientras desenfundaba la espada. Después empezó a maniobrar con ambas armas, moviéndose con la soltura de un pez entre las olas.

De pronto, se detuvo. En la silenciosa atmósfera vespertina pude escuchar el sonido de su respiración, apenas más fuerte de lo normal.

—¿Quién te ha enseñado? —pregunté. No sabía muy bien qué otra cosa decir.

—Mi padre…, un poco.

Un poco. Casi me daba miedo.

—¿Y nadie más?

—No.

Me adelanté un paso.

—Lucha conmigo.

Profirió un sonido muy similar a una risotada.

—No, claro que no.

—Lucha conmigo.

Me sentí como si estuviera en trance. Su padre le había entrenado un poco. El resto era… ¿Qué? ¿Divinidad? Aquello era lo más divino que había visto en toda mi vida. Ese sudoroso arte nuestro de trocear al prójimo era hermoso cuando lo realizaba él. Comprendí por qué su progenitor no le dejaba luchar a la vista de los demás. ¿Cómo iba a enorgullecerse un hombre normal de su habilidad en el combate cuando había aquello en el mundo?

—No quiero hacerlo.

—Te reto.

—No tienes armas.

—Las cogeré.

Se arrodilló a fin de dejar las suyas en el suelo y me buscó con los ojos. Nuestras miradas se encontraron.

—No lo haré. No vuelvas a pedírmelo.

—Volveré a hacerlo. No puedes impedírmelo. —Di un paso al frente con ademán desafiante. Ahora me consumía una impaciencia, una certeza. Iba a tener aquello, él iba a dármelo.

Crispó el semblante y por un momento vi algo próximo a la ira. Eso me complació. Si no podía hacer nada más, por lo menos le azuzaría. Entonces pelearía conmigo. Todos mis nervios se estremecieron ante el peligro implícito en esa posibilidad.

Pero en vez de eso se alejó, dejando las armas en la tierra.

—Vuelve —le dije, y luego lo repetí en voz más alta—: Vuelve. ¿Tienes miedo?

Se volvió a medias y soltó aquella especie de risotada.

—No, no lo tengo.

—Pues deberías. —Hice lo posible porque sonara como una broma, pero no fue así como sonó entre nosotros en medio de aquel día pesado sin viento. Siguió dándome la espalda, inmóvil, inamovible.

«Haré que me mire», pensé. Me bastaron cinco zancadas para salvar la distancia existente entre nosotros y atizarle en el espaldar.

Trastabilló y cayó hacia delante. Le cogí. Los dos acabamos mordiendo el suelo. Escuché el rápido jadeo cuando soltó aire. Le tenía debajo, pero antes de que hubiera podido articular palabra se retorció y se escurrió. Forcejeé, no muy seguro de lo que pretendía hacer, pero iba a haber resistencia y al menos ahora podía luchar.

—¡Suéltame! —Moví las muñecas para zafarme de su presa.

—No.

Me eludió con un movimiento raudo; luego me hizo rodar bajo su cuerpo y me puso las rodillas en la tripa con el fin de inmovilizarme. Resollé, enfadado, pero extrañamente satisfecho.

—Nunca había visto a nadie luchar como tú —le dije. ¿Confesión? ¿Acusación? Tal vez ambas cosas.

—No has visto muchas peleas.

Torcí el gesto a pesar de la amabilidad del tono de Aquiles.

—Ya sabes a qué me refiero.

Sus ojos eran inescrutables. Se levantó una suave brisa que agitó las ramas de los árboles e hizo sonar las olivas aún verdes.

—Tal vez. ¿Qué quieres decir?

Me removí con fuerza hasta que él me soltó. Nos sentamos sobre el suelo, con las túnicas manchadas y el polvo pegado a nuestras espaldas.

—Lo que pretendo decir… —Me interrumpí, pues en mi interior cobraba vida, como la chispa de un pedernal, algo hiriente y muy familiar a la ira y la envidia, pero las palabras de amargura desaparecieron de mi mente en cuanto las pensé—: No hay nadie como tú.

Me miró con fijeza sin decir nada.

—¿Y…?

Lo dijo de un modo que disipó los últimos retazos de mi ira. Quizás en el pasado

lo hubiera hecho, pero no ahora. ¿Quién era yo para envidiar algo así?

Sonrió como si me hubiera escuchado el pensamiento y su rostro resplandeció como el sol.

SEIS

A partir de ese momento nuestra amistad se precipitó como los torrentes de montaña en primavera. Antes, los chicos y yo imaginábamos las jornadas de Aquiles llenas de instrucción principesca, estrategia y clases de lucha con lanza, pero yo conocía cuál era la verdad: no recibía más formación que las clases de lira y sus propios adiestramientos. Un día íbamos a nadar y al otro trepábamos a los árboles. Nos inventamos nuestros propios juegos, como echar carreras o dar volteretas. Nos tendíamos sobre la arena cálida y nos desafiábamos:

—Adivina en qué estoy pensando.

El halcón atisbado desde nuestra ventana.

El chico de las paletas torcidas.

Comida.

Y mientras nadábamos, jugábamos o charlábamos nos abrumaba una sensación muy similar al miedo, al menos así era como yo la sentía crecer en el pecho. Venía tan deprisa como las lágrimas, pero aquello era la antítesis de las mismas, esto era ligereza, mientras que estas eran pesadas, aquello era luz y las lágrimas no brillaban. Había saboreado la satisfacción con anterioridad, había disfrutado de breves momentos de placer en solitario mientras jugaba a las cabrillas, tiraba los dados o soñaba, pero en realidad ese contento se debía más a una ausencia que una presencia, a un efecto colateral de mi miedo. Lo sentía cuando ni mi padre ni los chicos andaban por ahí cerca, cuando no estaba enfermo ni cansado y tampoco tenía apetito.

Este sentimiento era diferente. Me descubrí sonriendo de oreja a oreja y con las mejillas coloradas. Tenía los cabellos como escarpias, tiraban de mí con tal fuerza que daba la impresión de que fueran a arrancarme la cabeza. Con el mareo de la libertad se me destrabó la lengua del todo. Le conté esto, lo otro y lo de más allá. No debía tener miedo a hablar de más ni tenía de qué preocuparme si era demasiado lento o estaba más escuchimizado, y así era todo. Le mostré cómo conseguir que las piedras rebotaran en el agua y él me enseñó a tallar la madera. Era capaz de sentir hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo o el menor roce del aire sobre la piel.

Le observaba mientras interpretaba temas en la lira de mi madre. Mis dedos se trababan en las cuerdas y el profesor se desesperaba conmigo cuando me llegaba el turno. No me preocupaba.

—Toca otra vez —le pedía.

Y Aquiles tañía la lira hasta que yo apenas lograba distinguir sus dedos en la oscuridad.

Entonces cobré consciencia de mi cambio. No me preocupaba perder cuando

echábamos una carrera, cuando nadábamos hasta las rocas, cuando lanzábamos las jabalinas o hacíamos cabrillas. ¿Quién podía avergonzarse de perder contra alguien tan bello? Me conformaba con verle ganar y contemplar el subibaja de las plantas de sus pies cuando se hundían en la arena o el movimiento de sus hombros entre las olas. Eso era suficiente.

A finales del verano, cuando había transcurrido un año del inicio de mi exilio, le conté cómo había matado a aquel chico. Estábamos en el patio, nos habíamos subido a las ramas de un roble y permanecíamos ocultos tras el mosaico de colores y formas de sus hojas, donde era más fácil hablar, no sé muy bien por qué, al no pisar el suelo y estar recostado sobre un sólido tronco. Me escuchó en silencio y al término de la historia me preguntó:

—¿Por qué no alegaste que estabas defendiéndote?

Jamás había pensado en ello.

—No lo sé.

—O podrías haber mentido. Podías haber dicho que ya estaba muerto cuando le encontraste.

Le miré fijamente, atónito ante la simplicidad de su propuesta. Podía haber soltado un embuste, y eso me supuso una revelación: «Aún sería príncipe de haber mentido». La razón de mi exilio no había sido el asesinato, sino mi falta de astucia. Ahora comprendía por qué había semejante desdén en los ojos de mi padre. El tarado de su hijo iba y lo confesaba todo. Recordé el modo en que apretaba los dientes mientras se lo contaba todo y supe lo que pensó: «No merece ser rey».

—Tú no habrías mentido.

—No —admitió.

—¿Y qué habrías hecho tú?

Aquiles se puso a tabalear los dedos sobre la rama donde continuaba sentado.

—No tengo ni idea. No puedo imaginármelo. —Se encogió de hombros—. Nadie ha intentado hablarme como lo hizo ese chico.

—¿Nunca? —Me parecía inconcebible vivir una vida sin tener que sufrir ese tipo de cosas.

—Nunca. —Continuó en silencio y pensativo un rato más, al final del cual repitió —: No tengo ni idea. Creo que me habría enfadado.

Cerró los ojos y recostó la cabeza sobre una rama. Las verdes hojas del roble se arracimaron en torno a sus cabellos hasta conformar una corona.

Ahora veía a menudo al monarca, pues a veces nos convocaban a los consejos o asistíamos a los banquetes dispensados a los reyes visitantes. Se me permitía

sentarme a la mesa junto a Aquiles e incluso podía hablar si lo deseaba, pero yo no quería. Estaba feliz de sentarme en silencio y contemplar a los comensales sentados a mi alrededor. Peleo empezó a llamarme Autillo. Mis enormes ojos le recordaban los de un búho. Al rey se le daban bien esas muestras espontáneas de afecto.

Después de que se hubieran ido los cortesanos, Aquiles y yo nos sentábamos junto al fuego a oír historias de la juventud de Peleo. El anciano ahora decrépito y canoso nos contó que en una ocasión luchó contra Heracles. Sonrió cuando le dije que había visto a Filoctetes en una ocasión.

—Sí, el portador del gran arco de Heracles, pero en aquel entonces era lancero, y el más valiente de todos nosotros con diferencia. —Esa clase de cumplidos encajaban bien con el modo de ser del rey. Ahora comprendía cómo había llegado a alcanzar tantos tratados de paz y alianzas. Peleo suponía la excepción entre todos nuestros héroes, tan dados a la verborrea y a las fanfarronadas; era un hombre modesto. Nos quedábamos a escucharle y los criados añadían un leño al fuego, y otro más tarde, y otro. Llegábamos a media noche o al alba antes de que nos enviara a la cama.

El único sitio adonde no le acompañaba era a ver a su madre. Se ausentaba a última hora de la noche o a primera hora de la mañana, cuando todos dormían en palacio, y regresaba con las mejillas enrojecidas y oliendo a mar. Me lo contaba todo con gran profusión de detalles cuando me despertaba.

—Siempre es lo mismo: desea saber qué he hecho y si estoy bien —me decía con voz inexpresiva—. Me habla de mi reputación entre los hombres y al final me pregunta si estoy dispuesto a irme con ella.

Eso me dejó embelesado.

—¿Adónde?

—A las cavernas que hay bajo el mar. —Allí era donde vivían las ninfas del mar, lo bastante profundo para que no penetrara el sol.

—¿E irás?

Aquiles negó con la cabeza.

—Mi padre dice que no debería acudir. Ningún mortal vuelve igual después de haberlas visto.

Hice una señal para alejar la mala suerte en cuanto se dio la vuelta. «No lo quieran los dioses», dije para mis adentros. Me asustó oírle hablar con tanta calma de algo así. Los encuentros de dioses y mortales nunca habían sido muy felices en nuestras historias, pero me conforté a mí mismo diciendo que Tetis era su madre y Aquiles, un semidiós.

Con el tiempo, las visitas de la nereida a su hijo fueron otra extrañeza de mi amigo a la que acabé por acostumbrarme, al igual que la rapidez de sus pies o la destreza inhumana de sus dedos. Cuando le oía regresar al alba trepando por la pared hasta la ventana, solía farfullar desde la cama:

—¿Está bien tu madre?

—Sí —me contestaba, aunque en alguna ocasión solía añadir—: Hoy pican peces gordos. —Y también—: Las aguas de la bahía están cálidas como las de un baño.

Y luego seguíamos durmiendo.

Una mañana de mi segunda primavera en Ftía, regresó de la visita a su madre más tarde de lo habitual. La circunferencia del sol casi había salido del agua y en las colinas podía oírse el campanilleo de las esquilas de las cabras.

—¿Está bien?

—Sí. Quiere conocerte.

Sentí una oleada de pánico, pero la controlé.

—¿Debo ir? ¿Tú qué crees? No se me ocurre qué puede querer de mí y conozco su reputación: odia a los mortales.

Aquiles no me miró a los ojos y se puso a dar más y más vueltas a una piedra que había encontrado.

—No vas a sufrir daño alguno. «Mañana por la noche», me ha dicho. —Entonces me di cuenta de que era una orden. Los dioses no hacen peticiones. Le conocía lo bastante bien para saber que estaba avergonzado. Jamás se había mostrado tan seco conmigo.

—¿Mañana?

Asintió.

No deseaba mostrar mi pánico, aunque normalmente nunca ocultábamos nada al otro.

—¿Debo llevarle algún regalo…? No sé, vino aromatizado con miel, por ejemplo… —Lo vertíamos en los altares de las deidades durante los festivos. Era una de nuestras ofrendas de mayor valor.

Aquiles meneó la cabeza.

—A mi madre no le gusta.

A la noche siguiente salí por nuestra ventana cuando todos dormían en palacio. El gajo de la media luna brillaba lo bastante como para permitirme seguir mi camino entre las rocas sin el concurso de una tea. Aquiles me había dicho que solo debía buscar los rompientes y ella aparecería. También me había explicado que no necesitaba identificarme, ella me conocería.

Las olas venían cálidas y cargadas de arena. Me moví por la orilla mientras veía corretear entre la resaca a los cangrejitos blancos. Permanecía atento, pensando que tal vez oyera el chapoteo de sus pies cuando acudiera Tetis. Una agradable brisa recorrió la playa y yo, agradecido, cerré los párpados. Me encontré con la ninfa en cuanto los abrí.

Era más alta que yo, aventajaba en estatura a cualquier mujer que hubiera visto en

mi vida. Llevaba la melena negra suelta a la espalda y su piel brillaba con una luminosidad blanca imposible, como si hubiera capturado ese blancor a la luz de la luna. Tetis se hallaba tan cerca de mí que podía oler su aroma a agua del mar entremezclado con el de la miel oscura. Contuve la respiración. No me atrevía a inspirar.

—Tú eres Patroclo.

Di un respingo al oír la voz de Tetis, áspera y ronca. Había esperado que se pareciera a un campanilleo, no al resonar de las olas contra las rocas.

—Sí, señora.

El desdén presidió el semblante de Tetis, cuyos ojos no guardaban parecido alguno con el de una humana. Eran negros en el centro y el resto destellaba como si fueran de oro. Intenté en vano obligarme a sostenerle la mirada.

—Va a ser un dios —afirmó la ninfa. No sabía qué decir, así que no dije nada. Ella se inclinó hacia delante y por un momento casi pensé que iba a tocarme, aunque no lo hizo, por supuesto—. ¿Lo entiendes?

Sentí en la mejilla su aliento; no era cálido, antes al contrario, era tan helado como las profundidades abisales del mar. «¿Lo entiendes?». Aquiles me había dicho que odiaba tener que esperar.

—Sí.

La ninfa marina se inclinó aún más sobre mí. Su boca era una suerte de cuchillada bermeja, como el vientre abierto de un sacrificio, ensangrentado y listo para la lectura de un augurio. Detrás, refulgían unos dientes puntiagudos y blancos como el hueso.

—Bien. —Luego, casi como si hablara para sí misma, añadió con despreocupación—: Y tú estarás muerto a no mucho tardar.

Se dio media vuelta y se lanzó al mar, en cuya superficie no dejó ni una sola ondulación a su paso.

No regresé de inmediato a palacio. No podía. En vez de eso me dirigí al olivar, donde me senté entre los árboles de tronco retorcido y frutos caídos. Estaba lejos del mar, pues en ese preciso momento no me apetecía oler el salitre.

«Y tú estarás muerto a no mucho tardar», había dicho con frialdad, lo daba por hecho. La nereida no me deseaba como compañero de su hijo, pero a su entender no valía la pena matarme. A juicio de una diosa, unas pocas décadas de vida humana apenas si suponían un inconveniente.

Tetis deseaba que su hijo fuera un dios. Lo había dicho con absoluta claridad, como si fuera algo obvio. Un dios. No podía imaginármelo de esa manera. Las deidades eran frías y distantes, tanto como la luna. Eso no tenía nada que ver con el brillo de los ojos de Aquiles ni la cálida picardía de sus sonrisas.

La ninfa picaba muy alto: era muy difícil convertir a un semidiós en inmortal.

Había ocurrido con anterioridad, cierto. Estaban los casos de Heracles, Orfeo y Orión, ahora en el firmamento, y lo presidían como constelación, y festejaban con los dioses, y brindaban con ambrosía. Pero esos hombres habían sido hijos de Zeus, el dios de dioses, y por sus venas corría el más puro icor. Tetis era una diosa menor entre las diosas menores, una ninfa marina, y nada más. Según nuestras historias, estas divinidades estaban obligadas a halagar y engatusar para granjearse el favor de divinidades más fuertes. Por sí mismas no podían hacer mucho más, excepto vivir para siempre.

—¿En qué piensas?

Era Aquiles, venía a mi encuentro. Su voz sonó muy alta en la silenciosa arboleda, pero no me sobresalté. En parte, esperaba que acudiera. Yo quería que lo hiciera.

—En nada —contesté. No era cierto, claro, supongo que esa respuesta nunca lo es.

Se sentó a mi lado con los pies desnudos cubiertos de polvo.

—¿Te dijo que ibas a morir pronto?

Me giré para mirarle, sorprendido.

—Sí.

—Lo siento.

Se levantó una racha de viento que agitó las hojas grises de las ramas y oí el suave golpeteo de una oliva al caer.

—Tu madre pretende que seas un dios —le informé.

—Lo sé.

La vergüenza alteró el semblante de Aquiles y eso aligeró mi corazón. Era la reacción propia de un muchacho, algo muy humano. Los padres eran padres en todas partes. Pero la pregunta había quedado ahí y yo no iba a hacer nada hasta que supiera la respuesta.

—¿Y tú quieres serlo…? —Hice un esfuerzo para no seguir, a pesar de que me había prometido a mí mismo formular toda la pregunta. Había estado sentado mucho rato en el olivar, ensayando ese interrogante, mientras esperaba a que él me encontrara.

A la media luz de la alborada sus ojos eran oscuros y yo no era capaz de apreciar el destello dorado de sus pupilas verdes.

—No lo sé —contestó al cabo de un rato—. No sé lo que eso significa ni cómo ocurre. —Se agarró las rodillas con las manos y bajó los ojos—. No quiero irme de aquí. ¿Cuándo va a suceder eso? ¿Pronto? —Estaba completamente perdido. No sabía nada de cómo se hacía un dios. Solo era un mortal. Crispó el gesto y continuó en voz más alta—. ¿Existe de verdad un lugar como el Olimpo? Mi madre tampoco sabe

cómo será. Lo finge, pero no lo sabe. Piensa que si alcanzo la suficiente celebridad… —Se le fue apagando la voz.

Esto último al menos sí podía comprenderlo y completé la frase:

—… los dioses te llevarán con ellos.

Él asintió, pero siguió sin responder a mi pregunta.

—Aquiles —le llamé. Se volvió hacia mí con los ojos rebosantes de frustración y una suerte de perplejidad airada. Apenas tenía doce años—. ¿Quieres ser un dios? —Esta vez resultó más fácil.

—Aún no —admitió, y eso liberó algo una tirantez de cuya existencia no me había percatado, pero no iba a soltarle, todavía no. Ahuecó la palma de la mano y apoyó el mentón en ella. Sus rasgos parecían más finos de lo habitual, como cincelados en mármol—. Aunque sí me gustaría ser un héroe, de eso sí sería capaz… si la profecía fuera cierta y hubiera una guerra. Mi madre asegura que soy mejor aún que Heracles.

No supe qué responder a eso. Ignoraba si se trataba de un hecho objetivo o si era amor de madre. No me preocupaba. «Aún no».

Aquiles permaneció callado durante unos instantes y entonces se volvió hacia mí y me espetó:

—¿A ti te gustaría ser un dios?

Estábamos tumbados entre olivas y hierbas. Lo encontré divertido y rompí a reír. Un momento después me imitó.

—No lo veo muy probable —le contesté.

Me incorporé y le alargué una mano para que pudiera levantarse con facilidad. Teníamos las túnicas cubiertas de polvo y los restos de sal marina seca me cosquilleaban los pies.

—En la cocina había higos. Los he visto al salir —me aseguró.

Solo teníamos doce años, éramos demasiado jóvenes como para andar dándole vueltas al asunto.

—A que como más que tú.

—¡Te echo una carrera!

Me reí y echamos a correr.

SIETE

Al verano siguiente cumplimos trece años, primero él y luego yo, y empezamos a pegar el estirón: nuestros cuerpos se alargaron hasta quedar doloridos y débiles. Era incapaz de reconocerme en el regio y reluciente espejo de bronce: desgarbado y larguirucho, con patitas de cigüeña y mentón afilado. Aquiles cobró aún más estatura, haciéndose mucho más alto que yo, y aventajándome también a la hora de alcanzar la pubertad, lo cual hizo con sorprendente madurez, ayudado tal vez por la pureza divina de su sangre.

Los muchachos también estaban madurando. A menudo oíamos gemidos detrás de las puertas cerradas y atisbábamos sombras de regreso a los lechos antes del alba. En nuestra tierra, un hombre suele tomar esposa antes de que le haya salido del todo la barba. En tal caso, ¿cómo no iba a tomar antes a una criada? Era lo esperado. Pocos hombres llegaban al tálamo conyugal sin haberlo hecho y quienes lo hacían eran realmente desafortunados: demasiado débiles para exigirlo por la fuerza, demasiado feos para camelar a alguien o demasiado pobres para pagar por ello.

La costumbre palatina requería la presencia de mujeres de buena cuna así como criadas para la reina, pero Peleo no tenía esposa en palacio, así que la mayoría de las mujeres que veíamos eran esclavas. O las habían comprado o eran cautivas de guerra o descendían de madres que ya lo eran. Durante el día servían vino, fregaban suelos y se encargaban de la cocina. Por la noche pertenecían a los soldados, a los jóvenes acogidos, a los reyes visitantes o al propio Peleo. Un embarazo no se tenía por señal de vergüenza, sino de beneficio: más esclavos. Esos encuentros no siempre eran violaciones; en ocasiones, había mutua satisfacción, e incluso afecto, o al menos eso creían los hombres que hablaban del tema.

Habría sido fácil, rematadamente fácil, para Aquiles o para mí habernos acostado con alguna de esas muchachas. A los trece años casi era tarde, en especial para él, ya que a esa edad los príncipes ya son conocidos por sus apetitos. En vez de eso, nos limitamos a contemplar en silencio cómo los otros jóvenes ponían a las esclavas sobre sus vientres o Peleo hacía llamar a las más hermosas a sus aposentos después de la cena. En una ocasión llegué a oír al rey ofrecérsela a su hijo.

—Esta noche estoy cansado —contestó casi con timidez.

Luego, mientras regresábamos a nuestra cámara, me evitó con la mirada.

¿Y yo…? Bueno, me mostraba reservado y callado con todos, salvo con Aquiles. Y si apenas era capaz de hablar con los otros muchachos, no digamos ya con una chica. No habría tenido que decir mucho, supongo, dada mi condición de camarada del príncipe; un gesto o una mirada habrían bastado, pero nada de eso tuvo lugar. Por la noche se removían en mi interior sensaciones muy alejadas de estas muchachas

sumisas de ojos entornados. En una ocasión observé la mirada apagada de una muchacha que escanciaba vino mientras era manoseada por uno de los jóvenes. Yo no deseaba nada parecido.

Una noche nos quedamos hasta tarde en los aposentos del rey. Aquiles se tumbó en el suelo y acomodó el brazo detrás de la cabeza a modo de almohada. Yo me senté más formal en una silla. No lo hice por Peleo, sino para no demostrar la excesiva largura de mis extremidades.

El anciano monarca tenía los ojos medio cerrados mientras nos contaba una historia.

—Meleagro era el mejor guerrero de nuestro tiempo, pero también el más orgulloso. Esperaba recibir lo mejor de todo y lo conseguía, pues la gente le apreciaba mucho.

Se me fue la mirada a Aquiles, cuyos dedos se agitaban en el aire, cosa que solía hacer mientras componía una tonada. Supuse que se trataría de la historia de Meleagro, la preparaba conforme su padre iba contándola.

—«¿Por qué hemos de darle tanto y tanto a Meleagro?», se preguntó un día el rey de Calidón. «Hay otros hombres de valía en esta tierra».

Aquiles estaba envarado y mantenía muy lisa la túnica a la altura del pecho. Ese día, yo había oído a una esclava susurrar con una nota de esperanza a una amiga suya: «¿Tú crees que el príncipe me ha mirado durante la comida?».

—Meleagro montó en cólera al oír las palabras del rey…

Esa misma mañana, Aquiles se había subido de un salto a mi cama y me había frotado la nariz con la suya. «Buenos días», me había dicho. Aún recordaba su calor sobre mi piel.

—… y dijo: «Ya no lucharé más por vosotros». Después, regresó a su casa y buscó consuelo en los brazos de su esposa. La ciudad de…

Noté un tirón en el pie. Era Aquiles, que me sonreía desde el suelo.

—… Calidón tenía enemigos encarnizados y en cuanto supieron que Meleagro no iba a luchar por ella…

Alargué la pierna un poco con el fin de poner el pie más cerca de él y provocarle. Me rodeó el tobillo con los dedos.

—… atacaron la ciudad, ocasionando un elevado número de bajas.

Aquiles dio un tirón y yo casi me encontré fuera de la silla. Me agarré a la estructura de madera para no acabar tirado por los suelos.

—Por eso, la gente acudió a donde se hallaba Meleagro y le imploraron ayuda… ¿Me estás escuchando, Aquiles?

—Sí, padre.

—Y yo te digo que no. Estás atormentando al pobre Autillo.

Hice lo posible por parecer muy turbado, aunque en ese momento solo sentía frío en el tobillo allí donde hacía poco habían estado los cálidos dedos de Aquiles.

—Quizá sea para bien. Empezaba a cansarme. Ya terminaremos la historia otra velada.

Nos pusimos en pie y nos despedimos del anciano, pero cuando ya nos dábamos la vuelta Peleo dijo:

—Hijo, podrías ir a por la moza rubia de la cocina. Según he oído, ha estado rondándote.

A Aquiles le cambió el rostro y no sabría decir si fue a causa de la luz.

—Quizá en otra ocasión, padre, esta noche estoy para el arrastre.

Peleo rio entre dientes, como si celebrara un chiste.

—Estoy seguro de que ella sería capaz de entonarte.

Dicho esto, nos despidió con la mano.

Me vi obligado a correr un poco para no rezagarme de vuelta a nuestras habitaciones. Nos lavamos el rostro en silencio, pero un dolor me reconcomía como una muela podrida. No podía dejarlo correr.

—¿Te gusta esa chica?

Aquiles se volvió y me miró desde el otro lado de la habitación.

—¿Por qué…? ¿A ti sí?

—No, no. —Me puse colorado—. No me refería a eso. —No me sentía tan incómodo en su compañía como desde los primeros días—. Lo que quiero decir es… ¿Quieres…?

Corrió hacia mí, me empujó sobre el catre y se inclinó sobre mí.

—Estoy harto de tanta cháchara sobre ella.

Una calorina me subió por el cuello y extendió sus tentáculos sobre mi rostro. Los cabellos de Aquiles cayeron sobre mí, incapaz de oler ninguna otra cosa. Y entonces, al igual que había ocurrido a primera hora, se retiró. Cruzó la estancia y se sirvió un vaso de agua. Tenía el rostro en calma.

—Buenas noches.

Esa noche me vinieron a la mente diferentes imágenes mientras dormía. Al principio se me presentaron como si fueran sueños y merodearon con despreocupación por mi somnolencia; luego empecé a temblar y me desperté; permanecí tumbado y siguieron viniendo, la imagen fugaz de un cuello o de una cadera, duraban tan poco como el parpadeo intermitente de una luz. Unas manos suaves y fuertes se acercaban para tocarme. Yo las conocía bien. Pero no me atrevía a dar nombre a mis esperanzas ni siquiera allí, tras el velo de oscuridad de los párpados, y durante los días siguientes estuve más intranquilo y agitado. No era capaz de mantenerlas a raya por mucho que paseara, cantara y corriera. Las imágenes

venían sin que nada pudiera detenerlas.

Uno de los primeros buenos días del verano nos fuimos a la playa, pusimos en desnivel unas tablas arrastradas por la marea hasta la arena y nos tumbamos para disfrutar del sol en lo alto y del aire cálido imperante a nuestro alrededor. Aquiles se removía y sus pies acabaron descansando sobre los míos. Los tenía fríos y rosados después de haber andado por la arena, y eran muy suaves después de haber pasado mucho tiempo en palacio durante el invierno. Tarareaba algo, el fragmento de una canción compuesta hacía poco.

Me ladeé hacia él y contemplé la ternura de sus facciones, sin los granos y manchas que afligían al resto de los muchachos. Un escultor de mano firme había definido sus rasgos: ninguno estaba torcido ni descuidado ni era demasiado grande. Todo era de la mayor precisión, como si fuera obra del mejor tallista. Y aun así, el efecto resultante no era rudo.

Al volverse me descubrió observándole y preguntó:

—¿Qué…?

—Nada.

Le olía. Percibía el aceite de granado y sándalo usado para los pies, el olor a salitre de su sudor tan puro y la fragancia a flores después de haber atravesado un campo de jacintos, cuyo efluvio nos había impregnado los tobillos. Y bajo todos esos aromas estaba el suyo propio, ese con el que yo me levantaba y me acostaba. No era capaz de describirlo, pues era dulce, pero no demasiado; fuerte, pero no lo bastante. Era un olor almendrado, mas esa aproximación seguía sin hacerle justicia. Mi piel olía igual algunas veces, después de que hubiéramos forcejeado.

Bajó una mano para apoyarse. Los músculos de sus brazos ligeramente curvados aparecían y desaparecían cuando se movían. Sus ojos grises escrutaban los míos.

Se me aceleró el pulso sin razón aparente, pues me había mirado antes miles y miles de veces, pero había algo distinto en aquella mirada de una intensidad desconocida. Tenía la boca seca y era capaz de oír el sonido de mi garganta cada vez que tragaba saliva.

Aquiles me observaba con el aspecto de estar esperando algo.

Me acerqué a él gracias a un movimiento mínimo que se me antojó como si me hubiera tirado por una catarata. No sabía lo que hacía. Me incliné hacia delante y nuestros labios se rozaron con torpor. Eran como los cuerpos carnosos de las abejas: suaves, redondeados y rebosantes de polen. Saboreé aquel beso, caliente y dulce como miel de postre. Sentí un temblor en el estómago y una cálida gota de placer se extendió por mi piel. «Más».

Me sorprendieron la intensidad de mi deseo y la velocidad con que floreció. Me aparté de él con un respingo. Dispuse de un momento, solo un instante, para ver su rostro aureolado por la luz vespertina y sus labios ligeramente entreabiertos, todavía

con el gesto a medio formar de un beso. Puso unos ojos como platos a causa de la sorpresa.

Me quedé horrorizado. ¿Qué había hecho? No me dio tiempo para disculparme. Se puso en pie y se alejó andando hacia atrás con un rostro impenetrable y distante que me impidió verbalizar explicación alguna. El muchacho más rápido del mundo dio media vuelta y empezó a correr por la playa hasta desaparecer.

Su ausencia me dejó helado. Noté la piel tirante y tenía el rostro candente y rojo como una llamarada.

«Amados dioses, que no me odie», imploré.

Tendría que habérmelo pensado mejor antes de haber formulado semejante petición.

Me la encontré al doblar un recodo del sendero del jardín. Estaba ahí, hiriente y refulgente como un cuchillo. El vestido le colgaba sobre la piel como si estuviera empapado. Clavó sus ojos oscuros en los míos y alargó hacia mí esos dedos suyos helados y de un blancor sobrenatural. Mis pies chocaron entre sí cuando Tetis me levantó en vilo.

—Te he visto —siseó, y su voz sonó como las olas rompiendo contra las rocas. No pude contestarle, pues me tenía agarrado por el cuello—. Él se va. —Sus ojos se volvieron negros como rocas empapadas por el mar, y eran igual de afilados—. Debí haberle enviado lejos de aquí hace mucho. No te atrevas a seguirle.

No podía respirar, pero tampoco forcejeé. Eso al menos sí lo tenía claro. Ella pareció hacer una pausa y por un instante pensé que quizá fuera a decir algo más, pero no lo hizo. Se limitó a dejarme caer al suelo.

Tal vez los deseos de una madre cuenten poco en nuestras tierras, pero antes y por encima de todo, ella era una diosa.

Ya era de noche cuando regresé al dormitorio. Encontré a Aquiles sentado en la cama y con la mirada fija en los pies. No despegué los labios, pues aún tenía impresos en la retina los ojos negros y candentes de su madre, y la visión de sus talones al correr como una exhalación por la arena de la playa. «Perdóname, ha sido un error». Eso es cuanto me habría atrevido a decir de no haberme encontrado con Tetis.

Entré en el cuarto y me senté en mi cama. Se removió y me buscó con la mirada. No se parecía en nada a su madre, no de la forma en que normalmente los hijos se parecen a los padres, en la forma de ladear la cabeza, los ojos. Había algo de ella en sus movimientos y en la piel luminosa. Era el hijo de una diosa. ¿Qué me había pensado que iba a suceder?

Incluso desde mi sitio fui capaz de oler el efluvio a mar de Aquiles.

—Supongo que me iré mañana —anunció. Sonó casi como una acusación.

—Oh. —Tenía la boca demasiado embotada e hinchada como para poder articular palabra.

—Voy a ir a entrenarme con Quirón. —Hizo una pausa antes de añadir—: Enseñó a Heracles y a Perseo.

«Aún no», me había dicho, pero su madre había elegido algo muy diferente.

Se puso de pie y se quitó la túnica: solíamos dormir desnudos, pues estábamos en pleno verano y hacía mucho calor. El tenue resplandor de su vientre liso y musculado lividecía en comparación con su luminosa melena castaña que se oscurecía conforme descendía hacia la cintura. Aparté de él la mirada.

A la mañana siguiente se levantó y se vistió. Estaba despierto, pues no había pegado ojo en toda la noche. Me hice el dormido, pero pude verle entre el vello de los párpados. Aquiles me miraba de vez en cuando. A la media luz del alba su piel refulgía gris y suave como el mármol. Se echó el morral al hombro e hizo una última pausa al llegar a la puerta. Le recuerdo ahí, perfilado en el marco pétreo de la puerta, con la melena cayendo suelta, aún suelta, pues no se la había sujetado al levantarse. Cerré los ojos y dejé pasar un momento. Estaba solo cuando volví a abrirlos.

OCHO

A la hora del desayuno todo el mundo estaba al corriente de la marcha de Aquiles. Las miradas y cuchicheos de todos me siguieron hasta la mesa y perduraron cuando fui a por comida. Mastiqué y tragué aunque cada trozo de pan ingerido me sentaba en las tripas como si fuera piedra. Deseaba alejarme de palacio. Quería respirar al aire libre.

Me dirigí al olivar, arrastrando los pies sobre la tierra seca. Me pregunté si esperaban que me incorporase a la instrucción con los demás chicos ahora que él se había ido y también si alguien iba a percatarse o no de mi ausencia. En parte esperaba que lo hicieran. «Azotadme», pensé.

Podía oler el mar. Estaba en todas partes: en el pelo, en las ropas, en el sudor pegajoso de la piel. La podredumbre húmeda e insalubre del océano se hallaba en todas partes y me afectaba incluso en la arboleda, entre el moho de las hojas y la tierra. Cuando sentí arcadas, me incliné contra el tronco de un árbol, cuya corteza me laceró la frente. Eso me avivó. «Debo alejarme de este olor».

Anduve rumbo a septentrión por uno de los caminos contiguos a palacio, saturado de polvo en suspensión levantado por las ruedas de los carros y los cascos de los caballos. Poco después del palacete la pista se bifurcaba en dos direcciones: un ramal se dirigía al suroeste a través de herbazales, rocas y colinas bajas; por ahí había venido yo tres años atrás; el otro culebreaba en dirección al norte, hacia el monte Otris, y tras el mismo, el monte Pelión. Seguí el trazado de ese camino con la mirada: bordeaba las faldas boscosas de las montañas antes de desaparecer entre las mismas.

Un sol de justicia caía a plomo sobre mí desde el cielo estival como si pretendiera hacerme volver a palacio, pero aun así, me demoré. Había oído decir que nuestras montañas eran de una belleza extrema: había perales y cipreses, y arroyos alimentados con el agua de hielos recién derretidos. Allí dispondría de frescor y sombra; allí estaría lejos del brillo cegador de las playas y el centelleo del mar.

«Podría ir». La idea se me ocurrió de repente, pero me pareció fascinante. Había recorrido aquel sendero solo para escapar del mar, pero ahora el sendero se abría ante mis ojos, ofreciéndose para llevarme a las montañas. «Junto a Aquiles». Empecé a respirar deprisa, como si intentara acompasar los pulmones al ritmo desbocado de mis pensamientos. No tenía ninguna pertenencia, nada que me perteneciera, ni una túnica, ni una sandalia. Todo era propiedad de Peleo. «Ni siquiera necesito hacer el equipaje».

Mía solo era la lira de mi madre, guardada en el arcón de madera situado en aquel cuarto interior de música. Vacilé un momento mientras pensaba si podría volver para llevármela, pero ya era mediodía y solo disponía de la tarde para viajar antes de que

descubrieran mi ausencia, o al menos me hice esa ilusión, y enviaran a alguien tras mis pasos. Miré de soslayo hacia palacio, donde no vi a nadie. Los guardias debían de hallarse en otro sitio.

«Ahora, ha de ser ahora».

Eché a correr. Mientras me alejaba del palacio y bajaba por el camino en dirección al bosque sentí en los pies un dolor similar al que habría sentido si hubiese caminado sobre piedras al rojo vivo. Mientras trotaba, me prometí que si alguna vez volvía a verle me guardaría mis pensamientos. Ahora sabía qué alto precio podía pagar si no lo hacía. Sentí calambres en las piernas e hirientes punzadas en el pecho. Persistí.

Rompí a sudar a chorros y mi transpiración chorreaba hasta caer al suelo antes de que yo lo pisara. Cada vez estaba más sucio por culpa del polvo y de los trocitos de hojas que se me pegaban a las piernas. Mi mundo circundante se redujo al paso de mis pies y la siguiente yarda polvorienta del camino.

Por último, al cabo de una hora, tal vez dos, fui incapaz de seguir. Me doblé a causa del dolor. El brillo del sol vespertino empezó a declinar mientras en los oídos me resonaba el tamborileo del pulso. Ahora, cuando el palacio de Peleo quedaba a una distancia considerable, el sendero transcurría por una zona densamente poblada de árboles a ambos lados. A mi derecha se alzaba el Otris, y el Pelión inmediatamente detrás. Observé con fijeza la cima del Otris e intenté calcular a qué distancia se hallaba. ¿Diez mil pasos? ¿Quince mil? Eché a andar.

Conforme pasaban las horas me encontraba más débil y tembloroso, y daba trompicones con frecuencia. El sol había dejado el cenit hacía mucho y se le veía colgar a baja altura en el cielo de occidente. Me quedaban cuatro o cinco horas de sol a lo sumo y el monte parecía estar tan lejos como de costumbre. De repente tomé conciencia de que no iba a llegar al Pelión antes del anochecer. No tenía comida ni agua ni esperanza de hallar abrigo, no tenía nada, salvo la túnica empapada por el sudor de mi espalda.

No iba a dar alcance a Aquiles, ahora estaba seguro de eso. Había abandonado el camino primero y luego a su caballo para subir a pie por aquellas laderas. Un buen rastreador habría observado los bosques del camino y habría reparado en una rama rota o torcida allí donde un muchacho se había abierto camino, pero yo no era un buen explorador y el sotobosque contiguo al camino me parecía todo el rato igual. Me pitaban los oídos a causa del cricrí de los grillos, los gritos penetrantes de las aves y el áspero resuello de mi respiración. Me dolía el estómago como cuando se padece hambre o desesperación.

Y entonces hubo algo más: un sonido desnudo al borde de lo audible. Pero yo lo oí y me quedé helado a pesar del calor. Conocía ese sonido. Tenía una nota de sigilo, era la voz de un hombre exigiendo silencio. Era la reacción ante un nimio paso en

falso o el crujido de una sola hoja, pero había bastado.

Me envaré y agucé el oído con el miedo agolpado en la garganta. ¿De dónde venía esa voz? Clavé la mirada en la vegetación a uno y otro lado del sendero, mas no tuve valor para moverme: el eco amplificaría el menor de los sonidos y lo haría audible en lo alto de la montaña. Ignoraba qué peligros podía correr, pero todos desfilaron por mi mente: soldados enviados por Peleo, la propia Tetis, cuyas manos eran frías como la arena cuando me agarró por el cuello, o bandidos, pues estaba al tanto de que acechaban por los caminos y había oído contar historias de chicos raptados y retenidos hasta morir por culpa de los abusos. Mientras intentaba contener el aliento y reprimir todo movimiento, cerré los puños con tanta fuerza que los dedos se me volvieron blancos. Mis ojos se posaron entonces en un compacto manojo de milenrama en flor tras el cual podría ocultarme. «Ve ahí ahora mismo».

Volví con rapidez la cabeza al detectar un movimiento entre los árboles próximos al camino, pero reaccioné demasiado tarde. Alguien o algo me golpeó por la espalda, haciéndome caer de bruces contra el suelo. El atacante se me echó encima. Cerré los ojos y esperé la cuchillada.

Pero esta no llegó. No hubo nada, nada, salvo silencio y unas rodillas clavadas en mi espalda. Al cabo de un momento percibí que el agresor había puesto las rodillas de forma que me sujetaran sin hacerme daño.

—Patroclo.

«Pa-tro-clo».

No me moví.

La presión de las rodillas cesó y unas manos me levantaron con suavidad. Aquiles me estaba mirando.

—Esperaba que vinieras —dijo.

Me dio un vuelco el estómago, convertido en un hervidero de nervios y alivio al mismo tiempo. Permanecí pendiente de Aquiles, sin perderme detalle de su pelo argénteo y la suave curva de sus labios carnosos. Mi gozo era tan intenso que no me atrevía a respirar. No sabía qué podía decirle. Tal vez podría decirle «Lo siento», o incluso algo más. Despegué los labios para hablar, pero entonces una voz detrás de nosotros formuló una pregunta:

—¿Está herido el muchacho?

Aquiles volvió la cabeza. Desde mi posición, debajo de él, solo podía ver las patas de un caballo, y más concretamente, los espolones castaños de unos menudillos cubiertos de polvo.

—Doy por hecho, Aquiles el Pelida[5] —continuó la voz con calma—, que esta es la razón por la que aún no te has reunido conmigo en la montaña, ¿no?

Mi mente empezó a comprender casi a tientas. Aquiles no había acudido junto a su instructor. Había permanecido ahí esperándome.

—Saludos, maestro Quirón. Te pido disculpas. Sí, no había venido antes por esto —dijo Aquiles, adoptando una voz principesca.

—Ya veo.

Deseaba fervientemente que mi amigo se levantara, pues me sentía muy ridículo en el suelo debajo de él. Y estaba asustado. La voz del hombre no mostraba ira, pero tampoco amabilidad. Era clara, grave y desapasionada.

—Arriba —ordenó.

Aquiles se levantó muy despacio.

En ese momento me habría puesto a gritar de muy buen gusto si el miedo no me hubiera atenazado la garganta. Por eso, en vez de un alarido proferí un ruido similar a un gañido medio estrangulado y me arrastré hacia atrás.

Las musculosas patas de caballo terminaban en el torso igualmente membrudo de un hombre. Contemplé fijamente la zona donde la lustrosa pelambrera castaña se convertía en piel, allí donde tenía lugar la unión imposible de cuadrúpedo y humano.

Sin apartarse de mi lado, Aquiles hizo una inclinación de cabeza y se disculpó.

—Lamento mucho el retraso, maestro centauro, pero debía esperar a mi amigo. Acepta mis disculpas, por favor. —Se manchó de polvo y tierra la túnica limpia al arrodillarse—. Deseaba ser tu pupilo desde hace mucho.

El rostro del centauro era tan serio como su voz y aún más entrado en años, por lo que pude apreciar. Lucía una barba negra cuidadosamente recortada.

Contempló a Aquiles durante unos instantes antes de responder:

—Agradezco la deferencia, pero no necesitas arrodillarte ante mí, Pelida. Dime, ¿quién es este compañero que nos ha hecho esperar a los dos?

Aquiles se volvió hacia mí y me tendió una mano. Yo la cogí con aire vacilante y me ayudé de ese punto de apoyo para levantarme.

—Este es Patroclo.

Supe que me tocaba hablar cuando se hizo un silencio.

—Mi señor —dije con una reverencia.

—No soy un señor, Patroclo Menoitiades. —Levanté la cabeza al oír el nombre de mi padre—. Soy centauro y preceptor de hombres. Me llamo Quirón.

Tragué saliva y asentí sin atreverme a preguntar cómo sabía mi nombre. Me estudió con la mirada antes de decir:

—Estás exhausto, por lo que parece. Necesitas agua y comida. Hay un largo viaje hasta mi hogar en Pelión, demasiado para que tú puedas hacerlo a pie. Hemos de buscar otra fórmula.

Quirón volvió grupas y yo hice lo posible por no quedarme boquiabierto al verle mover las patas.

—Viajaréis sobre mis lomos —anunció el centauro—. No suelo ofrecer algo así a unos desconocidos, pero toda regla tiene su excepción. —Se detuvo unos instantes—.

Supongo que os han enseñado a montar, ¿verdad?

Los dos nos apresuramos a asentir.

—Menuda lástima. En fin, olvidad todo cuanto habéis aprendido. No me gusta sentir el apretón de unas piernas ni ser taloneado. El que vaya delante debe agarrarse a mi cintura y el de detrás, a la cintura de su compañero. Si alguno de vosotros piensa que va a caerse, que lo diga.

Aquiles y yo intercambiamos una mirada a toda prisa mientras él se adelantaba.

—¿Y cómo voy a…?

—Me arrodillaré para que podáis subir. —Quirón dobló las patas caballares en el suelo. Su lomo era amplio y, al estar perlado de sudor, relucía ligeramente—. Agarraos a mi brazo para mantener el equilibrio —nos aleccionó el centauro.

Aquiles lo hizo, pasó una pierna al otro costado y se acomodó. Entonces me tocó a mí. Al menos no me había tocado ser el jinete de delante, demasiado cerca de donde la piel daba paso al pelaje castaño. El centauro me ofreció el brazo para ayudarme y yo lo acepté. El miembro era largo y musculoso, y cubierto por abundante vello negro que no guardaba relación alguna con su mitad cuadrúpeda. Me senté y estiré las piernas sobre sus amplios lomos todo cuanto pude, hasta casi resultar incómodo.

—Ahora voy a ponerme de pie —anunció Quirón. El movimiento fue muy suave, pero, aun así, me agarré a Aquiles. La criatura tenía una alzada muy superior a la de un caballo normal, así que los pies me colgaron tan lejos del suelo que me entraron mareos. Aquiles apoyó con suavidad las manos sobre el tronco de Quirón—. Vas a caerte si te agarras con tan poca fuerza —le avisó el centauro.

Enseguida me sudaron las manos ante la intensidad con que me aferraba al pecho de Aquiles. No tuve valor para aliviar mi presa ni por un momento. El modo de andar de un centauro era menos simétrico que el de un caballo y lo irregular del terreno solo empeoraba las cosas. Además, me resbalaba peligrosamente sobre el pelaje sudado.

El paso firme de Quirón no decreció ni un ápice mientras subíamos entre los árboles a toda velocidad a pesar de que, hasta donde yo era capaz de apreciar, no había sendero alguno. Yo daba un respingo cada vez que un traqueteo impulsaba mis talones contra los costados del centauro.

Durante la ascensión, Quirón, sin variar un ápice esa voz suya tan seria y formal, nos decía cosas como:

«Ese monte de ahí es el Otris».

«Los cipreses son más frondosos y grandes en el lado norte, como podéis ver».

«Ese arroyo afluye en el río Apidano, que atraviesa las tierras de Ftía».

Aquiles se volvió para mirarme. Sonreía de oreja a oreja.

Subimos a mayor altura todavía, y el centauro sacudía su gran cola negra para espantar a las moscas de todos nosotros.

Quirón se detuvo de forma tan repentina que me encontré estampado contra la espalda de Aquiles. Habíamos llegado a un pequeño calvero en medio de un bosquecillo rodeado en parte por un afloramiento rocoso. Todavía no nos hallábamos en la cima, pero estábamos cerca, y sobre nuestras cabezas refulgía un cielo azulísimo.

—Hemos llegado.

Quirón se arrodilló para facilitarnos la bajada. Saltamos de su lomo con cierta inseguridad.

Nos hallábamos delante de una cueva, pero ese nombre no le hacía justicia, pues no era de piedra oscura, sino de pálido cuarzo rosa.

—Venid —invitó el centauro.

Le seguimos al otro lado de la boca de la gruta, lo bastante alta como para que no tuviera que agacharse. Bizqueamos un poco, pues en el interior reinaba la penumbra, aunque no era tan intensa como debería haberlo sido gracias a las paredes de cristal. En uno de los confines manaba una fontana cuyo curso parecía desaguar en la misma piedra.

En las paredes colgaban una serie de instrumentos de bronce extraños que no reconocí. Sobre el techo de la gruta podían verse líneas y manchas de colores conformando las constelaciones y representando el movimiento de los astros. Los anaqueles tallados en piedra contenían docenas de jarras de cerámica adornadas con marcas inclinadas. En un rincón atisbé colgadas liras y flautas, y junto a ellas, utensilios de cocina.

Había una gruesa yacija de dimensiones humanas acolchada con pieles de animal. Quirón la había preparado para Aquiles, pero yo no pude ver dónde se acostaba el centauro. Tal vez no dormía.

—Sentaos ya —nos ordenó. Dentro de la gruta imperaba un frescor de lo más agradable después de haber pasado tantas horas bajo el sol. Me dejé caer sobre uno de los cojines señalados por nuestro anfitrión—. Mañana estarás dolorido y agotado, pero será más llevadero si comes algo —me aseguró.

Se valió de un cucharón para servirnos un guiso espeso de verduras y carne preparado en un perol puesto a hervir en un pequeño fuego al fondo de la gruta. También había fruta: unas redondas bayas rojas que guardaba en el interior ahuecado de un afloramiento rocoso. Comí con fruición, sorprendido de lo hambriento que estaba. Miré otra vez a Aquiles. Notaba un hormigueo y me encontraba en las nubes de puro alivio. «He escapado», me felicité.

Mi recién cobrada audacia me hizo señalar varios de los instrumentos de bronce colgados en la pared.

—¿Qué son?

—Instrumental de cirugía —me contestó, sentándose delante de nosotros con las

patas de caballo dobladas.

—¿Cirugía? —pregunté. No conocía esa palabra.

—Sanación. A veces olvido la barbarie de los países del llano —repuso con voz neutral, calmada y objetiva—. A veces resulta necesario amputar un miembro. Eso de ahí se usa para el corte, y eso otro, para la sutura. La amputación de un miembro permite la salvación del resto del cuerpo. —Se hizo cargo de la fijeza con que miraba esos utensilios, asimilando la finalidad de los afilados bordes dentados de los mismos —. ¿Te gustaría aprender medicina?

Me sonrojé.

—No sé nada de nada.

—Respondes a una pregunta diferente a la que te he hecho.

—Lo siento, maestro Quirón. —No deseaba enfadarle. «No sea que me mande de vuelta».

—No hay razón para disculparse. Limítate a responder a la pregunta.

—S-sí, me en-encantaría a-aprender —tartamudeé un poco—. Parece bastante útil, ¿a que sí?

—Lo es, y mucho —convino Quirón antes de volverse hacia Aquiles, que había seguido el hilo de nuestra conversación—. Y tú, Pelida, ¿también piensas que la medicina es útil?

—Por supuesto —respondió Aquiles—, pero, por favor, no me llames Pelida. Aquí… soy solo Aquiles.

Los ojos oscuros del centauro chispearon durante unos instantes con un destello que era casi de diversión.

—Muy bien. ¿Ves algo aquí que te gustaría aprender?

—Eso. —Aquiles señaló los instrumentos musicales, las liras, las flautas y una cítara de siete cuerdas—. ¿Tocas?

—Sí —respondió Quirón, cuya mirada volvía a ser formal.

—Como yo —repuso Aquiles—. He oído decir que enseñaste a Heracles y a Teseo a pesar del gran grosor de sus dedos. ¿Es cierto?

—Sí.

Me invadió una sensación momentánea de irrealidad. Había conocido a Heracles y a Teseo, los había conocido… de niños.

—Me gustaría que me enseñaras.

El rostro severo del centauro se suavizó.

—Para eso te han enviado aquí: para que pueda enseñarte lo que sé.

Quirón nos guió por las inmediaciones de la cueva con las últimas luces de la tarde. Nos enseñó dónde tenían su cubil los leones de la montaña y nos mostró por dónde fluía el río de aguas lentas y caldeadas por el sol a fin de que pudiéramos

bañarnos.

—Podrías bañarte… si te place. —Me miraba a mí mientras lo decía. Había olvidado mi desaseo, con manchas de sudor y polvo del camino. Al pasar una mano entre los cabellos sentí la arenilla en los dedos.

—Y yo —dijo Aquiles. Se quitó la túnica y se zambulló. Le seguí un instante después.

El agua estaba fría en la zona honda, pero no de un modo desagradable. Quirón siguió enseñándonos desde la orilla.

—Mirad, lochas, ¿las veis? Y también percas. Esa de ahí es una vimba. No vais a encontrar ninguna tan al sur. Podréis reconocerla por la boca respingona y el vientre plateado.

Las palabras del centauro se entremezclaban con el correteo de las aguas sobre las rocas, suavizando cualquier posible extrañeza que pudiera haber entre Aquiles y yo. Había algo en el rostro de Quirón, firme, tranquilo e imbuido de autoridad, que nos hacía niños de nuevo, sin nada más en el mundo, salvo aquel momento de juego y la cena de la noche. Resultaba difícil recordar lo sucedido aquel día en la playa mientras él rondara cerca de nosotros. Nos sentíamos más pequeños al lado del corpulento centauro. ¿Cómo se nos podía haber ocurrido pensar que éramos adultos?

Salimos de la dulce agua clara y sacudimos los cabellos bajo los últimos rayos del sol. Me arrodillé junto a la orilla y me serví de piedras para restregar mi túnica y sacar de la tela las manchas de polvo y sudor. Habría permanecido desnudo hasta que se hubiera secado la prenda, pero la influencia de Quirón era tal que ni siquiera se me pasó por la imaginación.

Seguimos a nuestro anfitrión de vuelta a la gruta con las túnicas arrugadas y retorcidas después de haberlas escurrido. El centauro se detenía de vez en cuando y señalaba los rastros de liebres, codornices y ciervos. Nos explicó que les daríamos caza en días venideros y nos enseñaría a batir el terreno. Le escuchábamos y le preguntábamos con avidez. Nuestros únicos interlocutores en Ftía eran el adusto maestro de lira y el propio rey, medio dormido la mayoría de las veces que hablaba con nosotros. No sabíamos nada del bosque ni de las habilidades mencionadas por Quirón. Mi mente vagó de vuelta al instrumental colgado en las paredes de la cueva, a las hierbas y otras herramientas de sanación. Cirugía, como él había dicho.

Era casi de noche cuando entramos otra vez en la caverna. Quirón nos asignó tareas fáciles: recoger madera y alimentar el fuego del claro, situado en la boca de la cueva. Nos demoramos junto a las llamas al terminar, agradecidos de calentar el cuerpo en un aire cada vez más frío. Estábamos agradablemente cansados. Nos pesaban brazos y piernas de tanto andar y nos sentamos, entrelazando cómodamente nuestros pies. Hablamos de lo que íbamos a hacer al día siguiente, pero lo hacíamos con pereza. Se nos llenaba la boca al hablar y lo hacíamos despacio a causa de la

satisfacción. Cenamos más guiso acompañado de un tipo de pan fino que Quirón cocinó en una lámina de bronce puesta sobre el fuego. Tomamos bayas con miel silvestre de la montaña como postre.

Había cerrado los ojos y estaba ya en un duermevela cuando el fuego se redujo a rescoldos. Estaba caliente y el musgo y las hojas caídas suavizaban el suelo de debajo. No podía creer que aquella mañana me hubiera despertado en la residencia de Peleo. El pequeño claro y la cueva de paredes centelleantes eran más vívidas de lo que jamás serían las pálidas paredes blancas de palacio.

Me sobresaltó la voz serena de Quirón cuando dijo:

—Voy a decirte una cosa, Aquiles: tu madre me ha enviado un mensaje. Aquiles tenía apoyado el brazo sobre mí, por eso noté cómo se le tensaban los músculos. A mí se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice? —repuso mi amigo con tono neutro, eligiendo las palabras con cuidado.

—Que en caso de que te siguiera el hijo exiliado de Menecio, debo impedirle que esté en tu compañía.

Toda la modorra se me pasó repentinamente y me incorporé de golpe. La voz de Aquiles sonó despreocupada en la oscuridad cuando repuso:

—¿Y dijo por qué?

—No lo hizo. —Cerré los ojos. Al menos no iba a ser humillado delante de Quirón con la historia de la playa, aunque era un magro consuelo. El centauro añadió —: Infiero que tú conoces su manera de pensar en este tema. No me gusta que me engañen.

Agradecí la penumbra al sentir mi sonrojo cuando percibí una nota de mayor dureza en la voz de nuestro anfitrión. Carraspeé para aclararme la garganta, afónica de no hablar, y repentinamente seca.

—Lo siento —me oí decir a mí mismo—. No es culpa de Aquiles. He venido por mi propia cuenta. Él no sabía que iba a venir. No pensé… —Me detuve y rectifiqué —. Esperaba que ella no se diera cuenta.

—Eso fue una tontería por tu parte. —El rostro de Quirón estaba oculto por las sombras.

—Quirón —empezó Aquiles con bravura, pero el centauro alzó la mano.

—El mensaje llegó esta mañana, antes de que vinierais ninguno de los dos, así que, en realidad, no me habéis engañado a pesar de vuestra bobería.

—¿Lo sabías? —Fue Aquiles quien habló; yo jamás me habría atrevido a encararme con el centauro en ese tono tan audaz—. Entonces, ¿qué has decidido? ¿Vas a ignorar ese mensaje?

—Tetis es una diosa, y también es tu madre —repuso Quirón con una nota de malcontento en la voz—. ¿En tan poco valoras sus deseos?

—La honro, pero en esto se equivoca.

Aquiles apretaba los puños con tanta fuerza que se le marcaban todos los tendones, pude verlo a pesar de la tenue luz.

—¿Y por qué se equivoca, Pelida?

Se me hizo un nudo en el estómago y escruté la oscuridad, no muy seguro de la respuesta de Aquiles.

—Ella cree que… —La voz le flaqueó y casi no pude respirar, pero luego dijo—: Patroclo no es inmortal y, por tanto, tampoco un compañero adecuado.

—¿Y a tu juicio lo es? —quiso saber el centauro, sin dejar apreciar en el tono de voz la respuesta que le gustaría oír.

—Sí.

Se me pusieron coloradas las mejillas. Aquiles había apretado los dientes y había contestado sin la menor sombra de duda.

—Ya veo. —El centauro se volvió hacia mí—. Y tú, Patroclo, ¿eres digno?Tragué saliva.

—Eso no lo sé, pero deseo quedarme. —Hice una pausa, tragué saliva de nuevo y añadí—: Por favor.

Se hizo el silencio hasta que habló nuestro anfitrión.

—Aún no había tomado una decisión cuando os traje aquí. Tetis ve demasiados fallos, algunos reales y otros no tanto. —La voz de Quirón volvió a ser inescrutable. La esperanza y la desesperación aparecían y desaparecían—. Ella también es joven y actúa con los prejuicios de los de su clase. Yo tengo más edad y me congratula decir que soy capaz de evaluar a los hombres con mayor claridad. No tengo objeción alguna a que Patroclo sea tu compañero. Esto no va a gustarle, pero ya he arrostrado antes la ira de los dioses. —Hizo una pausa—. Se hace tarde, es hora de que durmáis.

—Gracias, maestro Quirón —agradeció Aquiles con fervor y voz firme.

Nos pusimos en pie, pero yo vacilé.

—Yo quería… —Y señalé con dedos crispados al centauro.

Aquiles entendió mi intención y desapareció en las sombras de la cueva. Me volví hacia nuestro maestro.

—Me iré si mi presencia llegara a ser un problema.

Hubo un silencio prolongado y casi pensé que no me había escuchado hasta que al fin me contestó:

—No pienso dejar que se pierda tan fácilmente lo que habéis ganado en este día.

Me dio las buenas noches y yo me reuní con Aquiles en la cueva.

NUEVE

A la mañana siguiente me despertó el suave cacharrear de Quirón mientras preparaba el desayuno. Yacía sobre un lecho mullido y había dormido muy bien. Me estiré, pero me llevé un pequeño susto al chocar con el cuerpo de Aquiles, aún dormido a mi lado. Me detuve un momento a observar sus mejillas sonrosadas y la cadencia de su respiración. Algo se agitó en mi interior, debajo de mi piel, pero quedó olvidado cuando el centauro me saludó con una mano al otro lado de la cueva y yo le respondí con un tímido ademán.

Después del almuerzo tomamos parte en las tareas de nuestro maestro. Fue algo agradable. Recoger bayas, pescar peces para la comida, preparar trampas para las codornices. Tal fue el comienzo de nuestros estudios si es que pueden llamarse así, pues Quirón no enseñaba en función de lecciones establecidas, sino por una cuestión de oportunidad. Cuando enfermaron las cabras que solían ramonear por los alrededores, aprendimos a preparar unas purgas para aliviar sus estómagos, y cuando se recuperaron, nos enseñó a prepararles unos emplastos para las garrapatas. Al caerme por un barranco me rompí un brazo y me hice una brecha en la rodilla, entonces aprendimos a entablillar un miembro, limpiar heridas y administrar las hierbas adecuadas para prevenir una infección.

Espantamos sin querer a un guion de codornices en su nido en el transcurso de una cacería. Él aprovechó para enseñarnos a movernos con sigilo y también a leer las huellas; y cuando nos encontrábamos con el animal, nos explicó cómo usar el arco o la honda para darle una muerte rápida.

Si nos entraba sed y no teníamos a mano un pellejo con agua, Quirón nos informaba sobre las plantas donde era posible encontrar gotas de rocío. Aprendíamos algo de carpintería cada vez que se venía abajo un fresno de montaña: descortezábamos el tronco, lo pulíamos y le dábamos forma. Yo hice un mango de hacha y Aquiles labró el astil de una lanza. El centauro nos aseguró que pronto aprenderíamos a forjar las hojas para esas empuñaduras.

Todos los días ayudábamos en las comidas y en las cenas: batíamos la espesa leche de cabra para hacer queso o preparar yogur y limpiábamos los peces. Nunca antes se nos había permitido hacer ese trabajo, dada nuestra condición de príncipes, y nos pusimos manos a la obra con verdadera avidez. Seguimos las instrucciones de nuestro maestro y pudimos ver cómo se formaba la mantequilla delante de nuestros ojos igual que vimos chisporrotear y solidificarse unos huevos de faisán sobre unas piedras calentadas previamente en el fuego.

Al cabo de un mes, tras el desayuno, el centauro nos preguntó qué deseábamos aprender.

—El uso de esos… —contesté señalando el instrumental de la pared. «El de cirugía», según sus propias palabras. Los descolgó uno tras otro para que pudiéramos examinarlos.

—Con cuidado. La hoja corta mucho. Se usa cuando la carne se pudre y hay que cortar. Se presiona la piel alrededor de la herida hasta oír un crujido.

Entonces nos hizo seguir con los dedos la forma de nuestros huesos y luego nos servimos de las manos para explorar las vértebras en la espalda del otro. Quirón nos indicaba los puntos del cuerpo donde se hallaba cada órgano.

—Una herida en uno de ellos acabará por ser letal, pero la muerte más rápida está aquí. —Señaló con el dedo la sien de Aquiles. Me quedé helado al verle tocar el parietal de mi amigo, donde su vida estaba tan poco protegida. Me alegré cuando nos pusimos a hablar de otras cosas.

Por la noche nos tumbábamos sobre la suave hierba delante de la cueva y Quirón nos mostraba las estrellas y las constelaciones, y también nos narraba las historias de las mismas: Andrómeda temblaba de miedo ante el monstruo marino Ceto, pero Perseo la rescataba, convirtiéndole en piedra gracias a la cabeza de Medusa, de cuya sangre derramada había nacido Pegaso, el inmortal caballo alado. Nos habló también de las pruebas de Heracles y de su posterior demencia. Esa insania le impidió reconocer a su esposa e hijos y los mató al confundirlos y creerlos enemigos.

—¿Cómo es que no reconoce a su esposa?

—Tal es la naturaleza de la locura —replicó Quirón con voz más grave de lo normal. «Él ha conocido a ese hombre», dije para mí, «y también a su mujer».

—¿Pero por qué enloqueció?

—Los dioses deseaban castigarle —contestó el centauro.

Aquiles sacudió la cabeza con impaciencia.

—Pero ese castigo era mayor para ella. No fue justo para ninguno de los dos.

—Ninguna ley dice que los dioses deban ser justos, Aquiles, y, después de todo, cuando ha muerto el otro, tal vez sea un alivio mayor que para el que sigue en este mundo, ¿no te parece?

—Quizá —admitió Aquiles.

Yo escuchaba sin decir palabra. Los ojos de Aquiles refulgían a la luz de la hoguera. Las sombras parpadeantes le afilaban el rostro, aunque yo le habría reconocido sumido en las penumbras o disfrazado, me dije, e incluso si se hubiera apoderado de mí la locura.

—¿Os he contado alguna vez cómo llegó a conocer Asclepios los secretos de la curación?

En realidad, sí, pero deseábamos escuchar de nuevo la historia de cómo el héroe, hijo de Apolo, salvó la vida a una serpiente y esta, en señal de gratitud, le lamió las orejas para que pudiera oírle contar todos los secretos medicinales de las hierbas.

—Pero el único que en realidad le enseñó a curar fuiste tú —repuso Aquiles.

—Así es.

—¿Y no te importa que la serpiente se lleve todo el mérito?

En medio de la barba oscura de Quirón fue posible entreverle los dientes. Había sonreído.

—No, Aquiles, no me importa.

Luego, Aquiles tocó una pieza para Quirón y para mí con la lira de mi madre, pues la había traído con él.

—Ojalá lo hubiera sabido —le había dicho el primer día cuando me la enseñó—. Estuve a punto de no venir porque no quería dejarla atrás.

—Ahora ya sé cómo conseguir que me sigas a todas partes —repuso él con una sonrisa.

El sol se hundió tras lo alto de la montaña; éramos felices.

El tiempo discurría rápido en el monte Pelión y las jornadas transcurrían idílicas. Un día el aire matinal empezó a ser frío en las cumbres cuando nos despertábamos y se calentaba poco y mal gracias a los finos rayos de sol que se filtraban por el dosel de hojas marchitas.

Nuestro maestro nos dio prendas de piel y colgó un dosel a la entrada de la cueva con el fin de mantener cálido el interior. Durante el día recogíamos madera para tener una buena provisión para los días de invierno o hacíamos la salazón de carnes para preservarla. Los animales aún no se habían retirado a sus cubiles, pero no tardarían en hacerlo, nos informó Quirón. Por las mañanas nos maravillábamos al ver la escarcha en las hojas. Habíamos oído hablar de la nieve a los rapsodas y en las historias, pero jamás la habíamos visto.

Al despertarme un día, descubrí que el centauro no estaba allí. Eso no era inusual: solía levantarse antes que nosotros para ordeñar las cabras o recoger frutos silvestres para el desayuno. Abandoné la gruta para dejar dormir a gusto a Aquiles y me senté a esperar a Quirón en el calvero. Las cenizas del último fuego de la noche estaban blancas y frías. Las removí con aire perezoso mientras disfrutaba de los susurros del bosque circundante, donde escuché una codorniz entre la maleza y el zureo matutino de una paloma. También percibí el crujido de la cubierta vegetal, removida por el viento o pisada por un animal poco cuidadoso. Hice intención de ir a por leña y reavivar la fogata.

Como un picor en la piel, sentí que algo extraño sucedía. Primero enmudeció la codorniz y luego la paloma; las hojas dejaron de susurrar y la brisa ya no sopló más; ningún animal se movía en el sotobosque. El silencio tenía una cualidad tan singular que contuve el aliento, como el conejo debajo de la sombra del halcón. El corazón me latía tan fuerte que notaba el golpeteo del pulso contra la piel.

Me recordé a mí mismo que en ocasiones el centauro hacía algo de magia, pequeños trucos propios de las divinidades, como calentar el agua o calmar a los animales.

—¿Quirón? —le llamé. La voz me flaqueó un poco—. ¿Quirón?

—No soy Quirón. —Al darme la vuelta, vi en el borde del claro a Tetis; su piel de un blanco ahuesado y su melena azabache refulgían como la flama del relámpago. Lucía un vestido ceñido al cuerpo que centelleaba igual que las escamas de los peces. Se me formó un nudo en la garganta y fui incapaz de respirar—. Este lugar no es para ti —me dijo con un timbre de voz que recordaba al chirrido del casco de una nave sobre unos bajíos puntiagudos.

La nereida avanzó hacia mí. Toda la hierba pisada por sus pies se consumía. Era una ninfa de mar y las cosas de la tierra no la apreciaban.

—Lo siento —logré farfullar. Mi voz parecía una hoja reseca resonando dentro de la garganta.

—Te advertí. —Tuve la impresión de que sus pupilas negras se me metían en el cuerpo y me anegaban la garganta hasta asfixiarme. No habría podido gritar si me hubiera atrevido.

Escuché un ruido detrás de mí y enseguida se oyó la voz del centauro, que sonó muy alta en medio de aquel silencio sepulcral.

—Hola, Tetis.

Recuperé el aliento y me volvió el calor a la piel. Estuve a punto de echar a correr hacia él, pero la mirada de Tetis me mantuvo allí petrificado. No me cabía duda alguna de que podía alcanzarme si así se lo proponía.

—Estás asustando al muchacho —le advirtió Quirón.

—No pertenece a este lugar —replicó Tetis, cuyos labios eran tan rojos como la sangre recién derramada.

El maestro me puso una mano encima antes de darme una orden:

—Vuelve a la cueva ahora mismo. Ya hablaré contigo luego, Patroclo.

Me puse en pie y le obedecí con andares inseguros.

—Has vivido demasiado tiempo entre mortales —le oí decir a Tetis antes de que la cortina de pieles volviera a su posición después de que yo hubiera pasado. Me recosté contra la pared de la cueva. Tenía la garganta en carne viva y un intenso sabor a sal en la boca.

—Aquiles —le llamé.

Él abrió los ojos y llegó junto a mí antes de que pudiera hablar de nuevo.—¿Estás bien?

—Tu madre está aquí —le informé.

Los músculos se le tensaron debajo de la piel. Lo vi.

—¿No te ha herido?

Negué con la cabeza y no añadí que tenía la convicción de que deseaba hacerlo. Probablemente lo habría hecho de no haber aparecido el centauro.

—Debo ir, Patroclo.

Se fue entre un frufrú de pieles cuando separó las dos piezas de la cortina, que volvieron a cerrarse tras él.

No conseguí escuchar nada de lo dicho en el calvero. O conversaron en voz muy baja o se marcharon a otro lugar para hablar. Aguardé, trazando espirales en el suelo de tierra de la cueva. Ya no sentía preocupación alguna por mi situación. Quirón había decidido conservarme a su lado y tenía muchos más años que Tetis, el centauro ya era adulto cuando los dioses aún se mecían en sus cunas, cuando ella no era más que un huevo en el útero del mar. Pero había algo más, algo nada fácil de nombrar. Yo temía que su presencia trajera una pérdida o una mengua.

Regresaron casi a mediodía. Lo primero de todo, busqué con la vista a Aquiles, sus ojos, el mohín de su boca, mas no había nada, salvo una cierta fatiga. Se dejó caer en el camastro junto a mí y dijo:

—Tengo hambre.

—Como es natural. Hace mucho que ha pasado la hora de comer —repuso Quirón, que se había puesto a prepararnos la comida. Se movía con gran facilidad en la cueva a pesar de su gran corpulencia.

—Todo está en orden —me aseguró Aquiles, volviéndose hacia mí—. Ella solo quería verme y hablar conmigo.

—Vendrá a verle más veces. Como debe ser —sentenció el centauro, y luego, como si supiera lo que me rondaba por la cabeza, agregó—: Es su madre.

«Pero es una diosa antes que eso», repliqué para mis adentros.

Mis temores se aliviaron mientras comíamos. Me había preocupado que Tetis pudiera contarle al centauro lo ocurrido entre Aquiles y yo el día de la playa, pero Quirón no se comportó de forma diferente con nosotros y Aquiles era el mismo de siempre. Me fui a la cama, no en paz, pero al menos tranquilo.

La nereida vino con frecuencia a partir de ese día, tal y como había anunciado el centauro. Aprendí a anticipar ese momento, escuchaba ese silencio absoluto previo a su llegada, y entonces sabía quedarme cerca de Quirón o dentro de la gruta. La intrusión no era gran cosa y yo me prometí no molestarla, pero me alegraba mucho cuando se iba.

El río se heló al llegar el invierno. Aquiles y yo nos aventuramos a caminar sobre la resbaladiza capa de hielo. Luego, abríamos unos agujeros en forma de círculo y dejábamos caer sedal para pescar. No disponíamos de otra carne, pues los bosques se habían quedado vacíos, a excepción de los ratones y alguna que otra marta.

Al final llegaron las nieves, tal y como nos había prometido el centauro. Nos

tendíamos en el suelo y nos dejábamos cubrir por los copos de nieve. Soplábamos hasta derretirlos con la calidez de nuestros alientos. No teníamos capas ni botas ni otras prendas de abrigo que las pieles facilitadas por Quirón, razón por la cual acudíamos muy a gusto al calor de la gruta. Incluso nuestro maestro se puso una pelliza hecha con piel de oso, según nos dijo.

Empezamos a llevar la cuenta de los días transcurridos desde la primera nevada. Los señalábamos con rayas hechas en una piedra.

—El hielo del río empezará a resquebrajarse cuando lleguéis a cincuenta —auguró Quirón y, en efecto, el quincuagésimo día oímos la fractura; fue un sonido extraño, similar al producido por un árbol al caer. Una grieta había rasgado la superficie helada casi de una orilla a otra—. Enseguida vendrá la primavera.

No transcurrió mucho tiempo antes de que empezara a brotar la hierba de nuevo y las ardillas listadas salieran delgadas y famélicas de sus madrigueras. Las seguimos y tomamos el desayuno en el aire primaveral, sazonado por el olor de los nuevos brotes. Fue una de esas mañanas cuando Aquiles le preguntó a Quirón si nos enseñaría a luchar.

No sé qué le hizo pensar en eso. ¿Tal vez todo un invierno encerrado sin hacer ejercicio? ¿La visita de su madre la semana anterior? Quizá nada de eso.

«¿Vas a enseñarnos a luchar?».

Hubo una pausa tan breve que tal vez incluso me la imaginé antes de que el centauro contestase:

—Te enseñaré si es lo que deseas.

Ese día Quirón nos condujo a un claro situado en lo alto de una cresta. Tomó de un arsenal guardado en algún rincón de la cueva dos astiles de lanza y dos espadas de práctica para nosotros y las trajo consigo. Nos pidió una demostración de las habilidades de instrucción que poseíamos. Yo hice una demostración de los bloqueos y de los golpes así como del juego de pies que me habían enseñado en Ftía. Junto a mí, justo donde apenas podía verle por el rabillo del ojo, los miembros de Aquiles eran un borrón de tan deprisa como se movía. Quirón había subido también un escudo rayado de bronce y de vez en cuando se interponía en nuestros movimientos con el fin de provocar un contacto y verificar nuestras reacciones.

La demostración se me hizo eterna y cada vez me dolían más los brazos de tanto dar tajos y puntadas con la espada. Por fin, el centauro nos ordenó parar. Bebimos mucho de nuestros pellejos de agua y nos dejamos caer sobre la hierba. Mi pecho palpitaba sin cesar, el de Aquiles permanecía sereno.

Quirón se plantó delante de nosotros y permaneció en silencio.

—Bueno, ¿qué opinas? —Aquiles se moría de ganas por tener una opinión. Caí en la cuenta entonces de que Quirón era la cuarta persona que le había visto pelear.

No sé qué esperaba oírle decir a nuestro maestro, pero no lo que dijo a

continuación, eso seguro.

—Nada hay que pueda enseñarte. Sabes todo lo que sabía Heracles, y aún más. Eres el mejor guerrero de tu generación y también de todas las anteriores.

Aquiles se sonrojó. No supe si de placer o de vergüenza, o ambas cosas a la vez.—Los hombres oirán de tu habilidad y desearán contar contigo para librar sus guerras. —Hizo una pausa—. ¿Qué vas a responderles?

—No lo sé —admitió Aquiles.

—Esa respuesta vale para el día de hoy, pero más adelante no bastará —le advirtió el centauro.

Entonces se hizo un silencio sepulcral y pude palpar la tensión entre nosotros. El rostro de Aquiles parecía tenso y solemne por vez primera desde nuestra llegada.

—¿Y qué hay de mí?

El centauro posó los ojos sobre mí antes de responderme:

—Ninguna de tus peleas te granjeará la fama. ¿Te sorprende?

El tono realista de Quirón y el modo en que lo dijo aliviaron un poco lo hiriente de sus palabras.

—No —contesté con sinceridad.

—Aun así, no está fuera de tu alcance ser un soldado competente. ¿Deseas aprender esto?

Pensé en los ojos apagados del chico al que había matado y en lo deprisa que se había encharcado de sangre el suelo; y en Aquiles, el mejor guerrero de su generación; y en Tetis, que me lo arrebataría si le resultaba posible.

—No —respondí.

Y así acabaron nuestras clases de adiestramiento militar.

La primavera dio paso al verano y los bosques se hicieron frondosos y cálidos, y se llenaron de caza y frutos. Los emisarios de Peleo trajeron presentes a Aquiles cuando cumplió catorce años. Resultaba un tanto extraño verlos ahí, en la montaña, con sus uniformes y libreas de palacio. Yo les miraba a los ojos, viendo el destino de sus miradas: yo, Aquiles y, sobre todo, Quirón. Los cotilleos hacían furor en la corte y esos hombres iban a ser recibidos como reyes a su regreso. Me dio una gran alegría verles marchar con todos los arcones vacíos.

Todos los regalos fueron bien recibidos: nuevas cuerdas de lira, túnicas limpias hechas con la mejor lana, un arco nuevo provisto con flechas rematadas en punta de metal. Acariciamos con los dedos las puntas, cuyo extremo punzante iba a garantizarnos carne en la comida de días futuros.

Algunos obsequios fueron menos útiles, como capas con hilo de oro que delatarían a su portador a cincuenta pasos de distancia o un cinto tachonado de joyas, demasiado pesado para llevarlo en cualquier actividad práctica. También había un

tabardo para caballo entretejido con oro, digno de la montura de un príncipe.

—Espero que no sea para mí —observó Quirón, enarcando una ceja.

Nosotros lo rasgamos para obtener compresas, vendas y telas. El material era perfecto para llevar comida.

—Ha pasado casi un año desde que vinimos —comentó Aquiles mientras una fresca brisa nos acariciaba la piel.

—A mí no se me ha hecho largo —repuse. Estaba semidormido y tenía la vista perdida en el azul del cielo vespertino.

—¿Echas de menos el palacio de Peleo? —quiso saber.

Pensé en los regalos de su padre, en los siervos y las miradas de estos, y también los chismorreos que iban a contar en Ftía.

—No —respondí.

—Tampoco yo —me contestó—. Pensé que podría ocurrir, pero no es así.

Y los días se convirtieron en meses y de esa guisa transcurrió otro año.

DIEZ

Esa primavera habíamos cumplido quince años. El hielo invernal había durado más de lo habitual y ahora nos solazábamos una vez más a la luz del sol. La ligera brisa nos había puesto piel de gallina al habernos quitado la túnica. No había estado tan desnudo en todo el invierno, demasiado crudo como para quitarse las capas y las pieles, a excepción de las rápidas abluciones que realizábamos en una roca vaciada para que sirviera de pila. Aquiles hacía estiramientos para desentumecer los músculos después de la larga hibernación en la cueva. Habíamos pasado toda la mañana nadando y cazando en el bosque. Mis músculos fatigados estaban contentos de entrar en acción otra vez.

Le observé. En monte Pelión solo había un espejo: la superficie oscilante del río, así que únicamente podía evaluar mis cambios mirando a Aquiles, cuyos miembros eran aún finos, pero debajo de la piel resultaba posible apreciar su abultamiento cada vez que se movía. Su semblante era también más firme y los hombros se le habían ensanchado.

—Pareces mayor —observé.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Sí…?

—Sí —asentí—. ¿Y yo?

—Ven aquí —me pidió. Me levanté y me encaminé hacia él, que contempló unos instantes antes de decir—: Sí.

—¿Cómo…? ¿Mucho? —quise saber.

—Tu rostro es diferente —contestó.

—¿Dónde?

Alargó la mano derecha hasta tocar mi mandíbula y la recorrió con las puntas de los dedos.

—Aquí tu rostro es más ancho que antes. —Alcé mi propia mano para palpar esa diferencia, pero a mí se me antojó como siempre: era hueso y piel. Aquiles me cogió la mano y me la llevó hasta la clavícula—. Y también has aumentado de tamaño aquí… y aquí —continuó, tocando suavemente con el dedo el bulto que sobresalía de mi garganta.

Tragué saliva cuando sentí la yema ponerse en movimiento otra vez sobre mi piel.

—¿Y dónde más? —pregunté.

Él indicó el atisbo de fino pelo oscuro que me corría por el pecho y el estómago. Me empezaron a arder los carrillos cuando detuvo el dedo.

—Ya vale —dije, más abruptamente de lo que pretendía en realidad.

Tomé asiento sobre la hierba y él reanudó los ejercicios de estiramiento. Observé

cómo la brisa le alborotaba los cabellos y el modo en que el sol incidía sobre su piel dorada. Me eché hacia atrás y dejé que los rayos de luz me bañaran a mí también.

Al cabo de un tiempo se detuvo y vino a sentarse junto a mí. Observamos la hierba, los árboles y los nudos de los brotes recién salidos.

—No creo que te disguste tu aspecto actual —dijo con voz lejana, casi despreocupada.

Me ardieron otra vez las mejillas, pero no hablamos más del asunto.

Estábamos a punto de cumplir los dieciséis años. Los emisarios de Peleo no tardarían en acudir con presentes, pronto saldrían las bayas y las frutas estarían maduras y listas para ser recogidas. Esa edad era el último año de la infancia. Después, nuestros padres nos llamaban hombres y no vestíamos solo túnicas, sino también capas y chitones[6]. Acordarían un matrimonio para Aquiles y yo también podía casarme si así lo deseaba. Volví a pensar en aquellas siervas de ojos apagados y recordé los retazos de conversación de los chicos, la cháchara sobre tetas, caderas y fornicio.

—Es suave como la seda.

—Te olvidas hasta de tu nombre en cuanto tienes cerca sus melones.

Las voces de los muchachos eran agudas de pura excitación y aumentaba también el timbre de las mismas, pero mi mente se escabullía como un pez para no ser apresado cada vez que imaginaba de qué estaban hablando.

Otras imágenes sustituían a aquellas: la curva de un cuello por encima de una lira, un cabello centelleante a la luz del fuego, unas manos de tendones marcados. Estábamos juntos día y noche, y yo no podía escapar al olor del ungüento de sus pies ni a los atisbos de su piel desnuda mientras se vestía. Me obligaba a dejar de mirarle y recordaba el día en la playa, la frialdad de sus ojos y cómo había huido de mi lado. Y siempre me acordaba de su madre.

Comencé a alejarme por mi cuenta a primera hora de la mañana, cuando Aquiles aún dormía, o por las tardes, mientras él realizaba sus prácticas de lanza. Solía llevarme una flauta, pero rara vez la tocaba. En vez de eso, buscaba un buen árbol donde apoyarme y respirar el agudo olor de los cipreses que traía la brisa desde lo alto del monte.

La mano se movía lentamente y de forma inconsciente, como si escapara a mi control, hasta acabar entre mis muslos. Había algo vergonzoso en aquello que hacía y algo aún más indecente en los pensamientos que me venían a la cabeza mientras lo hacía, pero habría sido peor pensar en ello mientras estaba en la cueva de paredes rosadas, con él a mi lado.

A veces resultaba difícil regresar a la gruta.

—¿Dónde has estado? —me preguntaba.

—Por ahí —respondía yo, señalando a cualquier punto sin mucha precisión.

Él asentía, pero yo sabía que se había percatado del arrebol de mis mejillas.

La canícula estival fue en aumento y nosotros buscábamos la sombra próxima al río, cuyas aguas trazaban arcos de la luz cuando nos hacíamos aguadas y nos zambullíamos en su cauce. Las rocas del fondo estaban cubiertas de musgo y eran frías al tacto: resbalaban bajo las puntas de mis pies cuando lo vadeaba. Gritábamos para asustar a los peces y hacerlos salir de sus agujeros en el lodo o de las aguas más tranquilas que había corriente arriba. Me tumbaba de espaldas sobre el agua y me dejaba mecer por el cauce ahora que el ímpetu del deshielo había perdido empuje. Me encantaba sentir la caricia del sol sobre el vientre y el frescor del lecho del río debajo del cuerpo. Aquiles flotaba junto a mí o nadaba contra el suave tirón de la corriente.

Cuando nos cansábamos de haraganear de ese modo nos agarrábamos a las ramas bajas de las mimbreras y nos alzábamos hasta suspendernos sobre las aguas y nos liábamos a darnos patadas el uno al otro hasta que nuestras piernas terminaban enredándose. Nos liberábamos zafándonos del otro o nos subíamos a la rama.

Un día tomé impulso, me solté de mi rama y me lancé hacia su cuerpo en suspensión. Aquiles soltó un «oh» de sorpresa. Forcejeamos durante unos instantes cuando me abracé a él entre risas. Entonces se escuchó un fuerte chasquido y su rama se partió en dos, sumergiéndonos en el río.

Jadeábamos ansiosos cuando emergimos a la superficie. Aquiles se fue a por mí enseguida y me arrastró hacia el fondo. Forcejeamos un poco, salimos otra vez y nos hundimos de nuevo.

Al final nos arrastramos hasta la orilla, donde nos tumbamos entre las juncias y otras hierbas del humedal con los pulmones ardiendo y los rostros colorados tras el largo periodo pasado debajo del agua. Nuestros pies se hundieron en el frío lodo acumulado en la orilla del río. La melena chorreaba agua y yo observaba cómo formaba arroyuelos entre los brazos y las líneas del pecho.

Me desperté a primera hora el día del decimosexto cumpleaños de Aquiles. Quirón me había enseñado la ubicación de un árbol en la ladera opuesta del Pelión donde los higos acababan de madurar. Eran los primeros de la temporada.

—Aquiles no lo sabe —me aseguró el centauro.

Los vigilé durante varios días. Los grandes brotes verdes se hincharon y se oscurecieron, cobrando peso, y esa mañana los recogí para que pudiera tomarlos como desayuno.

No era mi único regalo. Había encontrado un trozo de madera seca de fresno y me

había puesto a tallar las capas más suaves. A los dos meses empezó a cobrar vida la forma de un chico tocando la lira, alzaba la cabeza hacia el cielo y abría la boca, como si cantara. La llevaba encima mientras iba a por los higos.

Unos higos grandes y hermosos colgaban del árbol. Su carne curva imploraba el toque de mis dedos, pues dos días después ya se habrían pasado de maduros. Los guardé en un frutero de madera y los llevé con todo cuidado de regreso a la cueva.

Aquiles se hallaba sentado en el claro junto a Quirón. A sus pies descansaba una caja sin abrir. Abrió los ojos de gozo mientras se hacía cargo de los higos. Se puso de pie y tomó el frutero antes de que pudiera ofrecérselo. Comimos higos hasta quedar ahítos. Acabamos con los dedos y los mentones pringosos por la dulce untuosidad de la fruta.

El arcón de Peleo contenía más túnicas y cuerdas de lira, pero esta vez, por su decimosexto cumpleaños, incluía una capa teñida con la carísima púrpura de *murex*[7]. Era la capa de un príncipe, de un futuro rey, y advertí cuánto le complacía ese obsequio. Iba a sentarle muy bien cuando se la pusiera, lo supe, pues el púrpura parecía aún más suntuoso en contraposición con el color dorado de sus cabellos.

Quirón también le hizo regalos: un cayado de paseo y una vaina para el cuchillo. Por último, le hice entrega de la talla. Aquiles la estudió y repasó con las yemas de los dedos las pequeñas marcas que mi cuchillo había dejado a su paso.

—Eres tú —le informé, sonriendo como un bobalicón.

Él alzó los ojos y en ellos pude advertir el brillo de la alegría.

—Lo sé.

Un anochecer no mucho después de eso nos entretuvimos hasta tarde junto a los rescoldos del fuego. Aquiles había permanecido ausente buena parte de la tarde, pues Tetis había venido y le había retenido a su lado mucho más de lo habitual. Luego, se entretuvo interpretando en la lira de mi madre una música reposada y refulgente como las estrellas del firmamento.

Quirón bostezó cerca de mí mientras se apoyaba un poco más sobre las patas plegadas. La lira enmudeció al instante y Aquiles preguntó en la oscuridad:

—¿Estás cansado, Quirón?

—Sí.

—En tal caso, vamos a marcharnos para dejarte descansar.

Por lo general no solía tener tanta prisa por irse, ni siquiera para hablar conmigo, pero también yo estaba agotado, y no puse objeciones. Se levantó y se despidió del centauro antes de encaminarse hacia la boca de la cueva. Yo estiré los brazos y me demoré junto a las llamas durante un rato antes de seguirle.

En el interior, Aquiles ya se había acostado. Tenía el rostro húmedo después de

haberse lavado en el manantial. También yo me lavé un poco, echándome agua fría sobre la frente.

—Aún no me has preguntado nada sobre la visita de mi madre.

—¿Qué tal está?

—Se encuentra bien. —Siempre me respondía lo mismo, y ese era el motivo por el cual a veces no le decía nada.

—Bien —contesté mientras recogía un poco de agua para quitarme de la cara el jabón hecho con aceite de oliva; aún olía un poco a oliva y a manteca.

—Mi madre dice que aquí no puede vernos.

—¿Eh…? —contesté, pues no esperaba que dijera nada más sobre ese tema.

—No puede ver lo que hacemos aquí, en Pelión.

Había una nota forzada y tensa en su voz. Me volví hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Contempló fijamente el techo.

—Dice… Le pregunté si nos ve aquí —me explicó con voz aguda—. Y dice que no, que no puede.

En la cueva se hizo un silencio absoluto, solo roto por el lento goteo del agua al escurrir de lo alto.

—Ah.

—Deseaba decírtelo porque… —Hizo una pausa—. Pensé que te gustaría saberlo. No le… —Aquiles efectuó otra pausa—. No le hizo gracia alguna que se lo preguntara.

—No le hizo gracia alguna —repetí. Me dio un mareo solo de darle vueltas y más vueltas en la cabeza a esa idea. «No puede vernos». Caí en la cuenta de que me había quedado casi inmóvil junto al lavamanos, con la toalla a medio camino hasta el mentón. Estaba abrumado por una oleada de esperanza y pavor. Eché hacia atrás las mantas y me tendí sobre el lecho, ya caliente por el cuerpo de Aquiles, que permanecía con la vista fija en el techo—. ¿Te complace… su respuesta? —inquirí al cabo de un rato.

—Sí.

Permanecimos allí tendidos durante un momento, en ese silencio tenso y palpitante. Por las noches solíamos contarnos chistes o relatos y cualquier otra velada nos habríamos puesto a reconocer las estrellas pintadas en el techo en caso de habernos cansado de hablar.

—Orión —le hubiera dicho, siguiendo la dirección indicada por el dedo de Aquiles—. Las Pléyades.

Pero esta vez no ocurrió nada de eso. Cerré los ojos y aguardé durante unos minutos muy largos hasta que supuse que se había dormido antes de volverme hacia él y mirarle, pero él estaba tumbado de costado, observándome. No le había oído

ladearse. «Nunca le oigo». Se hallaba extremadamente quieto, con esa inmovilidad tan suya. Al respirar tomé conciencia del pequeño trecho de almohada que mediaba entre los dos.

Se inclinó hacia delante.

Nuestras bocas se abrieron una sobre la otra y vertió en la mía la calidez de su dulce espiración. No fui capaz de pensar ni de hacer ninguna otra cosa, salvo beber cada respiración conforme llegaba y disfrutar del suave balanceo de sus caderas. Era un milagro.

Yo temblaba, temiendo espantarle. No sabía qué hacer ni qué podría gustarle. Le besé en el cuello y en el pecho, saboreando el sabor a sal. Él pareció henchirse y madurar ante mi contacto. Olía a almendras y tierra. Se apretó junto a mí y me aplastó los labios para saborearlos.

Se quedó quieto cuando le tomé de la mano, suave como el terciopelo delicado de los pétalos. Conocía la piel dorada de Aquiles, la curva de su cuello y el pliegue de sus codos. Sabía cuánto placer me daba contemplarle.

Nuestros cuerpos se acoplaron uno en torno al otro como si fueran manos.

Las mantas se habían doblado a mi alrededor, pero él las retiró de nosotros. Supuso una sorpresa recibir el aire sobre la piel y me estremecí. Las estrellas pintadas del techo aureolaban el cuerpo de Aquiles. La estrella polar descansaba sobre su hombro. Deslizó la mano sobre mi tripa, agitada por el frenético sube y baja de mi respiración. Me acarició con la misma suavidad que la más fina de las telas y mis caderas respondieron a su contacto. Le atraje hacia mí, tan tembloroso como él, que parecía haber corrido a toda velocidad hasta muy lejos.

Pronuncié su nombre, creo, y eso me traspasó: me quedé hueco como un bambú cortado para soplar por él. Nuestra respiración era el único indicio del transcurso del tiempo.

Enredé los dedos entre sus mechones mientras sentía en mi interior un impulso creciente, un latido acelerado al ritmo del movimiento de su mano. Aquiles tenía el rostro junto al mío, pero yo hice lo posible por acercarlo aún más.

—No te detengas —le dije.

Y no lo hizo. Cerró los ojos cuando mi mano extendida localizó el lugar de su placer. Encontré un ritmo de su agrado, lo supe gracias a la cadencia de su respiración y su jadeo. Mis dedos siguieron de forma incesante el ritmo desbocado de su respiración. Sus párpados cobraron el color del cielo al romper el alba. Aquiles olía como la tierra después de la lluvia. Abrió la boca al proferir un grito inarticulado y nos estrechamos uno tan cerca del otro que sentí sobre mi piel el flujo caliente de su pasión. Se estremeció y permanecimos tumbados juntos.

Lentamente, conforme se cerraba la noche, empecé a cobrar conciencia de mi sudor, la humedad de las mantas y la mojadura que impregnaba nuestros vientres.

Nos separamos con los rostros hinchados y llenos de moratones por los besos. La gruta olía dulce y cálida, como la fruta bajo el influjo del sol. Nuestras miradas se encontraron, pero no despegamos los labios. Creció en mi interior un miedo súbito y punzante. Aquel era el momento de mayor peligro y yo me tensé, esperando un estallido de remordimiento por su parte.

—No pensé… —empezó, pero se detuvo. No había en el mundo palabras que yo quisiera oír más que las que él se callaba.

—¿Qué…? —le insté. «Si es algo malo, que acabe enseguida».

—No pensé que nosotros alguna vez… —Aquiles vacilaba al elegir cada palabra, y no podía culparle.

—Tampoco yo —admití.

—¿Te arrepientes? —Soltó esas palabras de sopetón.

—No —respondí.

—Tampoco yo.

Entonces se hizo un silencio sepulcral y no me preocupó ni la humedad del camastro ni lo sudado que yo estaba. No me quitaba de encima aquellos ojos suyos, verdes con algún toque dorado. Se alzó en mi interior una certeza que terminó alojándose en mi garganta: «Jamás voy a dejarle. Será así siempre, hasta que él me abandone».

Habría expresado esa idea en voz alta de haber habido palabras para expresar aquello, pero no parecía haber ninguna con capacidad suficiente para abarcar aquella verdad cada vez más grande.

Él alargó la mano en busca de la mía como si me hubiera oído. No tuve que mirar; tenía grabados en la memoria sus dedos delgados y cubiertos de venas delicadas como pétalos, dedos fuertes y raudos que jamás cometían un error.

—Patroclo —dijo. Siempre se le habían dado las palabras mejor que a mí.

A la mañana siguiente me desperté con la cabeza ligera y el cuerpo adormecido por el calor y la relajación. Después de la ternura había sobrevenido otro acceso de pasión, pero esa vez habíamos ido más despacio, con morosidad, como una noche de ensueño que se prolongaba más y más. Ahora, empero, me abrumó otro ataque de nervios cuando se estiró junto a mí, con la mano todavía descansando sobre mi estómago, húmeda y cerrada como un flor al alba. De golpe recordé cuanto habíamos dicho y hecho, así como los sonidos que yo había hecho. Me entró miedo de que el hechizo se hubiera roto y la luz del día que se filtraba por la entrada lo hubiera convertido todo en piedra, pero no, él estaba despierto, sus labios me silabearon un saludo soñoliento y mantuvo la mano al alcance de la mía. Permanecimos tumbados de esa guisa hasta que la cueva se vio colmada por la claridad de la mañana y nos llamó Quirón.

Salíamos corriendo al río a lavarnos nada más comer. Disfruté del milagro de poder contemplarle abiertamente y disfrutar del jugueteo de luz veteada sobre sus miembros y la curvatura de su espalda cuando se zambullía en las aguas. Luego, nos tendíamos en la orilla del río y recorríamos nuestros cuerpos otra vez, y otra, y otra más. Parecíamos dioses en el alba del mundo y nuestro gozo era tan deslumbrante que no éramos capaces de ver otra cosa que el uno al otro.

Si el centauro advirtió algún cambio, no lo mencionó, pero eso no me ahorró preocupación alguna.

—¿Tú crees que se enfadará?

Nos hallábamos en un olivar sito en la cara norte de la montaña, donde las brisas eran más frías y puras como una alfaguara.

—No lo creo —respondió, alargando la mano hacia mi clavícula, cuyo contorno tanto le gustaba recorrer con el dedo.

—Pero es posible. Seguramente ahora ya lo sabe. ¿Deberíamos decirle algo?

No era la primera vez que me lo preguntaba. A menudo habíamos hablado de ello con ansia y complicidad.

—Si eso te complace.

Eso es lo que había dicho con anterioridad.

—Pero ¿no crees que va a enfadarse?

Él se detuvo a considerarlo durante unos momentos. Eso me encantaba de él: no importaba cuántas veces lo hubiera preguntado antes, me contestaba como si fuera la primera vez.

—No lo sé. —Sus ojos y los míos se encontraron—. ¿Acaso importa? No voy a detenerme. —El deseo daba calidez a su voz y en respuesta a la misma sentí un sonrojo en la piel.

—Pero podría decírselo a tu padre. Quizás él sí se enoje —respondí casi a la desesperada. No tardaría en hervirme la sangre y sería incapaz de pensar.

—Pero y si se enfada, ¿qué…? —Me dejó estupefacto la primera vez que soltó algo así. No comprendía ni casi concebía que Peleo pudiera enfadarse y aun así Aquiles hiciera lo que le viniera en gana. Oírle decir aquello era como una droga para mí. Jamás me cansaba de escucharle.

—¿Y qué hay de tu madre?

He ahí la trinidad de mis temores: Quirón, Peleo, Tetis.

Aquiles se encogió de hombros.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Raptarme?

«Podría matarme», pensé para mis adentros, pero no lo dije. La brisa era demasiado suave y el sol demasiado cálido como para pronunciar semejante idea.

Me estudió un momento con la mirada antes de preguntar:

—¿Te preocupa que se enfaden?

«Sí». La posibilidad de decepcionar al centauro me horrorizaba. La desaprobación siempre había calado hondo en mí. No era capaz de sacármela de encima como hacía Aquiles, pero, llegado el caso, no iba a dejar que eso nos separase.

—No —le dije.

—Bien —repuso él.

Alargué los dedos para acariciar los mechones de su pelo a la altura de las sienes. Cerró los ojos mientras alzaba el semblante para recibir de lleno la luz del sol. Sus rasgos eran de una delicadeza tan extrema que le hacían parecer más joven de lo que en realidad era. Tenía unos labios bermejos y carnosos.

Abrió los ojos y me desafió:

—Di el nombre de un héroe que fuera feliz.

Me detuve a considerarlo. Heracles se volvió loco y acabó matando a su familia. Teseo perdió al padre y a la novia. Los hijos de la nueva esposa de Jasón fueron asesinados por los de la primera. Belerofonte mató a la Quimera, sí, pero acabó tullido al caerse del lomo de Pegaso, el caballo alado.

—No eres capaz. —Se incorporó y se inclinó hacia delante.

—No.

—Lo sé. Nunca te dejan ser famoso y feliz. —Enarcó una ceja—. Voy a contarte un secreto.

—Dime. —Me encantaba cuando se comportaba así.

—Yo voy a ser el primero. —Me cogió por la palma de la mano y la sostuvo con la suya—. Júralo.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres la razón. Júralo.

—Lo juro —repliqué, perdido en el intenso arrebol de sus mejillas y el flamear de sus ojos.

—Lo juro —repitió él.

Permanecimos sentados durante unos instantes cogidos de la mano. Esbozó una ancha sonrisa.

—Tengo tanta hambre que me lo zamparía todo crudo.

Un cuerno sonó en algún lugar de las laderas por debajo de nuestra posición. Aquiles se puso de pie y sacó la daga guardada en la vaina sujeta a su muslo antes de que fuera capaz de moverme o decir ni pío. Era un sencillo cuchillo de caza, pero en sus manos resultaría suficiente. Permaneció inmóvil, preparado, a la escucha de cualquier cosa que pudieran percibir sus sentidos de semidiós.

Yo también llevaba un cuchillo. Eché mano al mismo y aguardé de pie. Aquiles se había interpuesto entre el sonido y mi persona. Yo no sabía si debía ir con él,

ponerme junto a él con el arma preparada. Al final no lo hice. La llamada procedía del cuerno de un soldado, era un reclamo de batalla y, como Quirón había dicho con total claridad, ese era el don de Aquiles, no el mío.

El cuerno sonó de nuevo y enseguida escuchamos el frufrú del sotobosque bajo el empuje de un par de pies. «Un hombre». Tal vez se había perdido o estaba en peligro. Entonces una voz subió montaña arriba.

—¡Príncipe Aquiles!

Nos quedamos paralizados.

—Aquiles, he venido a por el príncipe Aquiles.

Los pájaros abandonaron en estampida las copas de los árboles, huyendo del griterío.

—Es un enviado de tu padre —susurré.

Solo un heraldo real hubiera sabido adónde debía venir a buscarnos. Aquiles asintió, pero, aunque pareciera extraño, se mostraba renuente a contestar. Supuse lo veloz que debía irle el pulso, pues unos instantes antes había estado preparado para matar.

Ahuequé las manos a modo de bocina y grité:

—¡Estamos aquí!

El estrépito cesó durante unos instantes.

—¿Dónde?

—¿Puedes seguir mi voz?

Pudo, pero a duras penas: transcurrió algún tiempo antes de que se adentrara en el calvero con el semblante lleno de rasguños y la túnica palatina empapada en sudor. Se arrodilló de mala gana, con resentimiento. Aquiles había bajado el cuchillo, pero no me pasó desapercibida la fuerza con que apretaba la empuñadura.

—¿Sí? —inquirió con frialdad.

—Tu padre te convoca. Hay un asunto urgente en casa.

Me quedé tan inmóvil como había estado mi amigo unos momentos antes. Quizá no tuviéramos que ir si me quedaba lo bastante quieto.

—¿Qué clase de asunto? —quiso saber Aquiles.

El hombre se recobró un tanto y recordó que se dirigía a un príncipe.

—Lo siento, mi señor, pero no lo sé. Micenas envió mensajeros a Peleo y vuestro padre tiene intención de dirigirse esta noche al pueblo, y desea contar con vuestra presencia. He traído caballos, os esperan ahí abajo.

Durante un momento solo hubo silencio y casi llegué a pensar que Aquiles iba a negarse, pero al final dijo:

—Patroclo y yo vamos a tener que empaquetar nuestras cosas.

Aquiles y yo anduvimos especulando durante el viaje de vuelta a la cueva acerca de las noticias. Micenas estaba demasiado lejos para nosotros y también su rey,

Agamenón, a quien le gustaba llamarse señor de hombres y cuyo ejército, según se decía, era el mayor de todos los reinos de Grecia.

—Sea lo que sea, solo estaremos fuera un par de noches —me informó Aquiles. Asentí, agradecido de oírselo decir. «Solo van a ser un par de días».

Quirón estaba aguardándonos.

—He oído las voces —anunció el centauro con una nota de desaprobación en la voz. Aquiles y yo le conocíamos bien. No le gustaba que nada perturbara la paz de su montaña.

—Mi padre me reclama en casa —explicó Aquiles, aunque añadió—: Solo por esta noche. Espero estar de vuelta pronto.

—Entiendo —repuso Quirón.

Parecía mayor de lo habitual ahí plantado con los cascos gastados sobre la hierba brillante y los flancos de color castaño iluminados por el sol. «¿Se sentirá solo sin nosotros?», me pregunté. Jamás le había visto en compañía de otro centauro. Le habíamos preguntado a ese respecto en una ocasión y el rostro se le había crispado.

—Son unos bárbaros —nos había dicho.

Recogimos nuestras cosas. Yo apenas había traído nada: unas túnicas y una flauta. Aquiles tampoco tenía muchas posesiones más: la ropa, algunas puntas de lanza fabricadas por él y la estatua tallada por mí. Lo guardamos todo en unas bolsas de cuero y acudimos junto a Quirón para despedirnos. Aquiles, siempre más audaz, abrazó al centauro. Le rodeó con los brazos allí donde el pelaje equino daba paso a la carne humana. Detrás de mí, el mensajero de Peleo se removió intranquilo.

—Te pregunté qué harías cuando los hombres te pidieran que luchases con ellos. ¿Lo recuerdas, Aquiles?

—Sí —contestó el interpelado.

—Quizá debieras considerar ahora esa respuesta —observó el centauro. Me recorrió un escalofrío, pero no tuve tiempo de pensar en aquello pues Quirón se volvió hacia mí.

—Patroclo —dijo. Era una orden.

Me adelanté. Me puso en la cabeza esa mano suya grande y cálida como el sol. Respiré ese aroma que era solo suyo, una fragancia a caballo, sudor, hierbas y bosque.

—No renuncies a las cosas con tanta facilidad como hiciste una vez —me instó con voz tranquila.

No supe qué responder a eso, así que me limité a decir:

—Gracias.

Percibí el atisbo de una sonrisa.

—Cuídate.

Retiró la mano y al hacerlo sentí un enorme frío en la cabeza.

—Enseguida estaremos de vuelta —repitió Aquiles.

Los ojos del centauro refulgían oscuros a la inclinada luz del atardecer.

—Os esperaré.

Nos echamos al hombro los petates y abandonamos el claro de la cueva. El astro rey había rebasado su meridiano hacía mucho y el mensajero se impacientaba. Descendimos la ladera de la montaña a toda prisa y montamos a lomos de los corceles que nos aguardaban. Me resultaba extraño ir sobre una silla de montar después de tantos años de marcha a pie y los caballos me ponían nervioso. Casi había esperado que se pusieran a hablar, aunque, por supuesto, no podían. Me revolví en mi posición para volver la vista atrás y mirar hacia Pelión con la esperanza de poder ver la cueva de paredes rosáceas o tal vez incluso al propio Quirón, pero nos hallábamos demasiado lejos, así que miré el camino y me dejé llevar a Ftía.

ONCE

La última pizca de sol flameó en la línea de horizonte por el oeste cuando pasamos el mojón divisorio que marcaba las lindes de los territorios palaciegos. Enseguida oímos el grito de la guardia y la respuesta de un cuerno. Tras subir la colina, el palacio se presentó ante nosotros y tras él se agitaba inquieto el océano.

En el umbral de la casa se hallaba Tetis, tan impredecible como el relámpago. Su melena azabache se recortaba contra las blancas paredes marmóreas del palacio. Vestía un atavío oscuro, del color de un mar agitado, donde se entremezclaban el púrpura de las magulladuras y un batiburrillo de grises. En algún lugar próximo a la nereida se encontraban un grupo de soldados y también Peleo, pero ni les miré. Solo la veía a ella y su mentón curvo como la hoja de un cuchillo.

—Tu madre —le susurré a Aquiles. Habría jurado que los ojos le ardieron de rabia como si me hubiera escuchado. Tragué saliva y me obligué a seguir adelante. «No va a hacerme daño. Me lo ha dicho Quirón».

Resultaba inusual verla entre mortales. Su presencia luminosa confería un aspecto lánguido y apagado a todos los allí presentes, tanto los guardias como Peleo, aunque la tez de Tetis era blanca como la cal. Permanecía alejada de ellos, rasgando el cielo con su altura sobrenatural. Los centinelas mantenían las miradas gachas en señal de deferencia… y miedo.

Aquiles desmontó y yo le imité. Tetis le atrajo hacia sí para abrazarle. Vi cómo los guardias se removían en sus puestos, preguntándose cómo sería el contacto con su piel, y muy contentos de no saber la respuesta.

—Aquiles, hijo de mis entrañas, carne de mi carne —dijo. No habló muy alto, pero las palabras cruzaron el patio—. Bienvenido a casa.

—Gracias, madre —contestó Aquiles. Entonces se dio cuenta de que era ella quien le reclamaba. Todos lo hicimos. Lo apropiado era que un hijo saludase primero al padre; la madre iba en segundo lugar…, si todo hubiera sido normal, pero ella era una diosa y, aunque Peleo frunció los labios, no dijo nada.

Aquiles acudió junto a su padre cuando Tetis le liberó.

—Sé bienvenido, hijo —le recibió Peleo, cuya voz sonó débil después de haber oído la de su esposa y pareció más anciano de lo debido. Habían pasado tres años desde nuestra marcha—. Y también tú, Patroclo.

Todos se volvieron hacia mí. Me las ingenié para hacer una reverencia. Era muy consciente de que Tetis me fulminaba con la mirada desde lo alto.

Me alegré cuando Aquiles tomó la palabra.

—¿Cuáles son las nuevas, padre?

Peleo miró a los guardias por el rabillo del ojo. Las especulaciones y rumores

debían propagarse por todos los pasillos.

—No las he anunciado aún. No tenía intención de hacerlo hasta que estuviéramos todos presentes. Te estábamos esperando. Ven, empecemos.

Le seguimos al interior de palacio. Me moría de ganas por hablar con Aquiles, pero no me atrevía, pues Tetis caminaba justo detrás de nosotros. Los criados la rehuían, resoplando de sorpresa. «La diosa». Sus pies no producían ruido alguno al pisar el suelo de piedra.

Mesas y bancos atestaban el gran salón. Los criados iban corriendo de un lado para otro con bandejas llenas de viandas o portaban cráteras de vino. En la parte delantera de la estancia habían alzado una tarima donde el rey iba a sentarse junto a su hijo y su esposa. Había tres asientos. Me sonrojé. ¿Qué me había creído?

—No veo un lugar para Patroclo, padre —dijo Aquiles en voz lo bastante alta para hacerse oír entre el bullicio de los preparativos. Me puse aún más colorado.

—Aquiles —le susurré. «Eso no importa», quise decirle. «Me sentaré entre los hombres. Todo está en orden». Pero él me ignoró.

—Patroclo es mi camarada por juramento. Su sitio está junto a mí. —Los ojos de la nereida flamearon y casi pude sentir el fuego de los mismos. Vi la negativa formada en sus labios fruncidos.

—Muy bien —accedió Peleo y mediante un gesto indicó a un siervo que me hicieran un sitio entre ellos, que, por suerte, fue en el extremo opuesto al lugar ocupado por Tetis. Me hice lo más pequeño e invisible posible antes de seguir a Aquiles hasta nuestros asientos.

—Ahora va a odiarme —le recriminé.

—Ya te odia —me replicó con una rápida sonrisa.

Eso no me tranquilizó lo más mínimo.

—¿Por qué ha venido? —inquirí con un hilo de voz. Solo algo realmente importante podía haberla sacado de las grutas submarinas. El aborrecimiento de Tetis hacia mi persona no era nada en comparación con el que sentía hacia Peleo, a juzgar por la expresión de su semblante cada vez que le miraba.

Aquiles negó con la cabeza.

—No lo sé. Es extraño. No les he visto juntos desde que era un crío.

Recordé las palabras que le había dedicado el centauro a Aquiles en el momento de la marcha: «Quizá debieras considerar ahora esa respuesta».

—Quirón piensa que hay nuevas de una guerra.

Aquiles frunció el ceño.

—No veo por qué nos han llamado. Siempre hay guerra en Micenas.

Peleo tomó asiento y un heraldo dio tres toques cortos con la trompeta, la señal convenida para el inicio del ágape. Por lo general, se necesitaban varios minutos para

que los hombres se reunieran, entretenidos como estaban en los campos de entrenamiento, y terminaran sus quehaceres, pero en esta ocasión acudieron como el torrente desbordado de un río en primavera cuando se inicia el deshielo. No tardaron en abarrotar la estancia; forcejearon por las sillas y no dejaron de cuchichear. Advertí un entusiasmo creciente en el tono de sus voces. Ninguno se molestaba en hacer chasquear los dedos para llamar a los criados ni en apartar de un puntapié a un perro en busca de comida. Solo tenían una cosa en la mente: el hombre procedente de Micenas y las noticias que había traído.

Tetis también se había sentado, pero no había platos ni cuchillo para ella, pues los dioses vivían de néctar y ambrosía, saboreaban los holocaustos y los vinos que vertíamos en sus altares. Resultaba extraño, pero allí dentro tenía un aspecto menos visible y resplandeciente que en el exterior. Aquel mobiliario tosco y grande parecía disminuirla en cierto modo.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala, incluso en los asientos más lejanos, cuando Peleo se puso en pie y alzó la copa.

—He recibido una misiva de Micenas, de los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao. —Los últimos murmullos y movimientos cesaron de forma abrupta. Se quedaron inmóviles incluso los criados. Contuve la respiración. Aquiles apretaba su pierna contra la mía—. Se ha cometido un delito. —El monarca hizo otra pausa, como si estuviera sopesando lo que iba a decir—. La esposa de Menelao, la reina Helena, ha sido raptada de su palacio en Esparta.

—¡Helena! —susurraron los hombres entre sí.

Las historias sobre su belleza no habían dejado de crecer desde su matrimonio. Menelao había construido alrededor de su palacio muros con una doble capa de piedra y había entrenado desde la cuna a sus soldados para defenderlo. Pero la habían raptado a pesar de todas aquellas precauciones adoptadas. «¿Quién lo ha hecho?».

—Menelao había recibido una embajada del rey de Troya, encabezada por el hijo de Príamo, el príncipe Paris, el responsable de todo esto: él raptó a la reina de Esparta de su cámara mientras el rey dormía. —Se levantó un murmullo de indignación. Solo un oriental sería capaz de deshonrar la gentileza de su anfitrión, pero era normal; era de todos sabido que se echaban perfumes y estaban corrompidos por culpa de esa vida muelle suya. Un verdadero héroe se la habría llevado de frente, a punta de espada—. Agamenón y Micenas instan a los hombres de toda Hélade para que naveguen hasta el reino de Príamo en rescate de Helena. Troya es próspera y fácil de conquistar, según se dice. Todos cuantos participen volverán a casa cargados de riqueza y renombre. —Esa coletilla era de lo más oportuno. Nuestra gente siempre había matado por la riqueza y la reputación—. Me han pedido que envíe un grupo de Ftía y he accedido. —Peleo aguardó a que cesaran los murmullos antes de añadir—: Aunque no tengo intención de enviar a nadie que no desee ir y no seré yo quien

mande las tropas.

—¿Y quién lo hará? —preguntó alguien a voz en grito.

—Eso está aún por decidir —contestó Peleo, pero vi cómo volvía la mirada hacia su hijo.

«No», pensé, y cerré el puño sobre el borde de la silla. «Aún no». Tetis permanecía en el otro extremo de la mesa con la mirada perdida y el rostro frío e inmóvil. «Estaba al corriente», comprendí. «Quiere que Aquiles vaya». Ahora, Quirón y la cueva de paredes rosadas se me antojaban increíblemente lejos, un idilio infantil. De pronto comprendí el peso de las palabras del centauro: todos decían que Aquiles había nacido para la guerra, que sus manos y pies parecían formados para ese solo propósito. Iban a mandarle entre miles de lanzas troyanas y esperaban verle triunfar mientras se teñía las manos de sangre.

Peleo señaló con un gesto a Fénix, su más viejo amigo, sentado en una de las primeras mesas.

—El noble Fénix anotará el nombre de todos cuantos deseen acudir a la lucha.

Se produjo un revuelo entre los bancos y los hombres empezaron a levantarse, pero Peleo alzó la mano.

—Aún hay más. —El soberano alzó un trozo de lino oscurecido por una profusión de garabatos—. Helena tuvo muchos pretendientes antes de casarse con el rey Menelao. Al parecer, esos hombres hicieron un juramento de protegerla con independencia de quién lograra desposarla. Agamenón y Menelao exigen a esos hombres el cumplimiento de su promesa y que la traigan de vuelta junto a su legítimo esposo.

Yo le miré fijamente. «Un juramento». Entonces, de pronto, me vino a la mente la imagen de un brasero y la sangre derramada de una cabra blanca, y un salón suntuoso abarrotado de hombres imponentes.

Las paredes de la sala parecieron moverse y no fui capaz de mirar nada cuando el heraldo alzó la lista y empezó a leerla.

«Antenor».

«Eurípilo».

«Macaón».

Reconocí muchos de esos nombres, todos lo hicimos. Eran los de los héroes y reyes de nuestra época, pero para mí eran algo más que eso. Yo les había visto a todos en una cámara de piedra saturada con el humo de un fuego.

«Agamenón».

«Ulises». Recordé la cicatriz de su pantorrilla, rosada como una encía.

«Áyax». Era dos veces más grande que cualquier otro hombre de la estancia y llevaba a la espalda aquel enorme escudo.

«Filoctetes», el arquero.

«Menoitiades».

El heraldo se detuvo unos instantes y eso me permitió oír el murmullo:

—¿Quién?

Mi padre no había destacado demasiado durante los años de mi exilio, su fama había menguado, su nombre se había olvidado, e incluso quienes le conocían jamás habían oído hablar de un hijo. Yo me quedé helado, temía moverme para no venirme abajo. «Estoy obligado a ir a esa guerra».

El heraldo se aclaró la garganta.

«Idomeneo».

«Diomedes».

—¿Eres tú? ¿Estuviste ahí? —Aquiles se había girado para orientarse hacia mí. Hablaba con un hilo de voz y apenas podía oírsele, pero aun así yo temía que alguien pudiera escucharle.

Asentí en silencio; tenía la garganta demasiado seca como para pronunciar palabras. Solo había pensado en el peligro que corría Aquiles y en cómo podía intentar retenerle allí, si podía, pero ni siquiera había pensado en mí mismo.

—Escucha y no digas nada. Ese ya no es tu nombre. Ya se nos ocurrirá qué hacer. Se lo preguntaremos a Quirón.

Aquiles jamás había hablado de ese modo: cada palabra atropellaba a la siguiente de tan deprisa como las pronunciaba. La urgencia de su discurso me hizo recobrarme un poco y tomé conciencia de sus ojos fijos en los míos. Asentí una vez más.

Conforme se sucedieron los nombres vinieron los recuerdos: las tres mujeres del estrado, una de las cuales era Helena, los tesoros apilados en el centro, el gesto crispado de mi rostro, las rodillas sobre el enlosado de piedra. Había llegado a pensar que se trataba de un sueño. Pero no.

El rey ordenó retirarse a los hombres en cuanto hubo terminado el heraldo. Se pusieron en pie todos a la vez, arrastrando los bancos al levantarse, deseosos de presentarse ante Fénix para alistarse.

—Venid —nos pidió Peleo, volviéndose hacia nosotros—, me gustaría hablar con vosotros.

Busqué a Tetis con la mirada para ver si ella también iba a venir, pero ya se había marchado.

Nos sentamos junto al hogar de Peleo, que nos ofreció vino casi sin aguar. Aquiles rehusó y yo acepté la copa, pero no la probé. El rey se hallaba en su vieja silla de respaldo alto y llena de cojines, la más próxima al fuego. Contempló a su hijo.

—Te he hecho venir con la idea de que tal vez te gustara encabezar este ejército.

Ya estaba dicho. El fuego crepitaba, pues la leña estaba verde.

—Aún no he terminado con Quirón —respondió Aquiles, aguantando la mirada

de su progenitor.

—Has estado junto a él más que yo, más que cualquier otro héroe.

—Eso no significa que yo deba acudir corriendo para ayudar a los hijos de Atreo cada vez que pierden a sus esposas.

Pensé que el rey podría sonreír ante esa ocurrencia, mas no lo hizo.

—Menelao está que echa chispas por la pérdida de su esposa, eso no lo dudo, pero es Agamenón quien envía el mensajero. Durante años ha visto enriquecerse y prosperar a Troya, y ahora tiene intención de saquearla. La toma de esa ciudad es una tarea digna de nuestros mayores héroes. Quizás haya mucha gloria a ganar si se navega con él.

—Habrá otras guerras —contestó Aquiles con los labios tensos.

Peleo no asintió, no del todo, pero su rostro asumió la verdad de esa respuesta.

—¿Y qué me dices de Patroclo? Le han llamado a filas.

—Como no es hijo de Menecio, ya no está obligado por ese juramento.

—Eso me parece un tanto forzado —objetó el piadoso Peleo, enarcando una ceja.

—No lo veo yo así —refutó Aquiles, levantando el mentón—. El juramento quedó sin efecto cuando su padre le repudió.

—No deseo ir —apostillé en voz baja.

Peleo nos contempló a ambos durante unos instantes antes de responder:

—No me corresponde a mí decidir algo así. Lo dejaré en vuestras manos.

Noté cómo se aflojaba la presión sobre mí: no tenía intención de revelar mi identidad.

—Aquiles, van a venir a hablar contigo reyes enviados por Agamenón.

En el exterior, más allá de la ventana, resonaba el firme susurro de las olas chapaleando sobre la arena. Percibía el olor a sal.

—Me pedirán que luche —dijo Aquiles. No era una pregunta.

—Sí.

—Y tú deseas que les reciba en audiencia.

—Sí.

Se produjo otro silencio, al término del cual contestó Aquiles.

—No voy a faltarles al respeto ni a ellos ni a ti. Oiré sus razones, pero ya te advierto que no creo que me convenzan.

Advertí que la seguridad de Aquiles sorprendía un poco a Peleo, pero no le disgustaba.

—Eso es algo que no me corresponde decidir a mí —repuso el monarca con voz suave.

El fuego volvió a crepitar, desparramando la savia de la leña.

Aquiles se arrodilló y Peleo puso una mano sobre la cabeza de su hijo. Estaba acostumbrado a ese gesto, pero hecho por Quirón; en comparación con el centauro, la

mano de Peleo parecía marchita, surcada por venas trémulas. En ocasiones resultaba difícil recordar que ese hombre había sido un guerrero y había caminado junto a los dioses.

El dormitorio de Aquiles se hallaba tal cual estaba cuando nos fuimos, a excepción hecha del catre; se lo habían llevado en nuestra ausencia, lo cual me alegraba, pues era una excusa de lo más socorrida en caso de que alguien preguntara por qué compartíamos una misma cama. Nos abrazamos mientras pensaba en cuántas noches había permanecido tendido despierto en aquella estancia, amándole en silencio.

Más tarde, Aquiles se acercó a mí y susurró con soñolencia:

—Si tienes que ir, sabes que iré contigo.

Nos dormimos.

DOCE

La luz del sol me despertó al traspasar la piel de mis párpados. Estaba helado. Tenía destapado el hombro derecho, el más próximo al mar, expuesto a la brisa que se colaba por la ventana.

Me había pasado tantas mañanas solo en aquella habitación mientras Aquiles visitaba a su madre que su ausencia no me resultó anómala. Cerré los ojos y me zambullí de nuevo en el batiburrillo de sueños. Transcurrió el tiempo y el sol empezó a calentar con fuerza el alféizar de la ventana. Se habían despertado las aves, los criados e incluso los hombres, cuyas voces, traqueteos y trabajos podía oír procedentes de la playa y el patio de entrenamiento. Me incorporé. Las sandalias de Aquiles descansaban junto a la cama vueltas del revés. Se las había olvidado, lo cual no era raro, ya que solía ir descalzo a casi todas partes.

«Se ha ido a desayunar y me ha dejado dormir», supuse. Una mitad de mí quería quedarse en el dormitorio hasta su regreso, pero eso era cobardía. Ahora tenía derecho a sentarme junto a él y no iba a dejar que las miradas de la servidumbre me lo arrebataran. Me puse una túnica y me marché en su busca.

No se hallaba en el gran salón, atestado de criados dedicados a retirar cuencos y fuentes de sus lugares habituales. Tampoco estaba en la cámara del consejo de Peleo, cuyas paredes estaban adornadas por tapices púrpuras y las armas de los antiguos reyes ftíos. Y tampoco le encontré en la estancia donde solíamos tocar la lira. El arcón donde antaño guardábamos los instrumentos descansaba solitario en el centro de la habitación.

Tampoco estaba fuera de palacio, en los árboles a los que él y yo solíamos trepar. Ni junto al mar, en los salientes rocosos donde esperaba a su madre. Ni en los campos de entrenamiento, donde hombres bañados en sudor a causa del ejercicio entrechocaban sus espadas de madera.

Parece innecesario decir que mi pánico iba en aumento hasta convertirse en algo vivo, poco fiable y sordo a cualquier razonamiento. Empecé a caminar mucho más deprisa y pasé por la cocina, los sótanos y los almacenes llenos de ánforas de vino y aceite. Y aun así, seguía sin encontrarle.

A mediodía me dirigí a los aposentos de Peleo y eso era un buen indicio de mi desasosiego: jamás había hablado con el anciano a solas. Los guardias de las puertas me detuvieron cuando hice ademán de entrar.

—El rey está descansando —me dijeron—. Está solo y no recibe a nadie.

—Pero se trata de Aquiles —repliqué, tragando saliva, en un intento de montar un

número que alimentara la curiosidad que advertía en sus ojos—. ¿Le acompaña el príncipe?

—Está solo —repitió uno de ellos.

A renglón seguido fui a ver a Fénix, el viejo consejero que había cuidado de Aquiles cuando era niño. El miedo casi me impedía respirar cuando entre en las dependencias del anciano, una modesta cámara cuadrada ubicada en el corazón de palacio. Sostenía delante de él unas tablillas de arcilla sobre las cuales los guerreros habían garabateado su firma la noche anterior, comprometiéndose a tomar las armas en la guerra contra Troya.

—El príncipe Aquiles… —farfullé. Hablé con voz entrecortada y pastosa por culpa del pánico—. No le encuentro.

Me observó con cierta sorpresa, pues no me había oído entrar en la habitación; su audición no era buena y, cuando nuestras miradas se encontraron, pude advertir que sus ojos legañosos estaban opacos a causa de las cataratas.

—Entonces, Peleo no te lo ha dicho —observó con voz suave.

—No. —Sentí la lengua con una piedra en la boca, tan grande que apenas podía esquivarla y hablar.

—Lo siento —repuso con amabilidad—. Está con su madre. Se lo llevó la noche pasada mientras dormía. Se han ido, pero nadie sabe adónde.

Más tarde advertiría las marcas rojas que yo mismo me había hecho en las palmas de las manos de tanto apretar los dedos. «Nadie sabe adónde». Tal vez al Olimpo, adonde jamás podría seguirle. A África o a la India. O a algún lugar donde no se me ocurriría mirar.

Fénix tuvo la gentileza de guiarme de vuelta a nuestra habitación. Mi mente iba de un pensamiento descabellado a otro con desesperación. Regresaría con Quirón en busca de consuelo. Iría campo traviesa gritando su nombre. Tetis debía de haberle drogado o engañado. Él jamás se habría marchado por voluntad propia.

Una vez que me hube acurrucado en el dormitorio, me lo imaginé todo: Tetis se inclinó fría y blanca sobre nuestros cálidos cuerpos dormidos. Sus uñas rasguñaron la piel de su hijo cuando le alzó en vilo. El cuello de la nereida refulgió plateado a la luz de la luna que se colaba por la ventana. El cuerpo de Aquiles, dormido o hechizado, se balanceó sobre el hombro de Tetis. La diosa le alejó de mí como un soldado arrastra un cadáver. Ella era fuerte, únicamente necesitaba una mano para evitar que cayera.

No necesitaba preguntarme por qué se lo había llevado. Lo sabía. Ella quería separarnos a la primera oportunidad que se le presentara en cuanto hubiéramos bajado de la montaña. Me enojé al comprender lo estúpidos que habíamos sido. Ella lo había hecho, claro que sí, ¿cómo se me había ocurrido que estábamos a salvo y que la protección de Quirón iba a extenderse hasta Ftía, donde nunca había llegado?

La diosa le había llevado a las grutas marinas, donde le enseñaría a despreciar a los mortales, le alimentaría con comida de los dioses y le quemaría la sangre humana hasta que no corriera ni una sola gota por sus venas. Tetis le modelaría hasta convertirle en una de las figuras que se pintan en las cráteras y se loan en las canciones. Lucharía contra Troya. Le imaginé vestido con armadura negra, con un casco oscuro que no dejara ver otra cosa que sus ojos y unas cnémidas o grebas para cubrirle desde debajo de las rodillas hasta la articulación del tobillo. Empuñaba una lanza en cada mano y no me conocía.

El tiempo se plegó sobre sí mismo y se me echó encima hasta enterrarme. Fuera, en el firmamento, la luna fue cambiando de silueta y acabó por recobrar toda su redondez. Dormí poco y comí menos. La culpa me inmovilizaba en la cama como si se tratara de un ancla. Solo me hizo mover el recuerdo hiriente de Quirón. «No renuncies a las cosas con tanta facilidad como hiciste una vez».

Me presenté ante el rey y me arrodillé ante él sobre una alfombra de lana teñida de púrpura. Él hizo ademán de hablar, pero yo era demasiado rápido para él. Le agarré las rodillas con una mano mientras alzaba la otra con la palma abierta para sostenerle el mentón. Era la pose del suplicante. La había visto en numerosas ocasiones, pero jamás la había llevado a cabo. Ahora me hallaba bajo su protección y, de acuerdo con la ley de los dioses, él estaba obligado a tratarme con justicia.

—Dime dónde se encuentra —le imploré.

No se movió. Pude escuchar el ahogado martilleo de su corazón contra las paredes de su pecho. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo íntima que era la suplicación ni lo cerca que estábamos el uno del otro. Sus costillas aguzadas se clavaban contra mi mejilla y también entraba en contacto con sus piernas, cuya piel se había vuelto fina y suave con la edad.

—No lo sé —respondió.

Sus palabras resonaron por toda la cámara e hicieron que los guardias se removieran. Noté el peso de su mirada en la espalda. Los suplicantes eran poco frecuentes en Ftía. Peleo era un rey demasiado benévolo como para tener que apelar a medidas tan desesperadas.

—No te creo —respondí.

—Fuera —dijo al cabo de un momento. La orden iba destinada a los guardias, que se marcharon arrastrando los pies, pero obedecieron y nos dejaron a solas. Entonces, se inclinó hacia delante y me susurró al oído—: Esciro.

Un lugar. Una isla. Aquiles.

Cuando me puse de pie, las rodillas me dolían como si hubiera estado arrodillado mucho tiempo, y tal vez fuera así. Nunca supe cuánto tiempo habíamos pasado a solas en aquel gran salón de los reyes de Ftía. Me puse de pie y pudimos mirarnos el uno al otro, pero él rehuyó mi mirada. Me había contestado porque era un hombre

piadoso y yo se lo había pedido como suplicante, y porque los dioses así se lo exigían. No le había quedado otro remedio. Entre nosotros flotaba un cierto embotamiento y algo más pesado, algo similar a la ira.

—Voy a necesitar dinero —le dije, sin saber muy bien de dónde salían aquellas palabras; jamás me había dirigido así a nadie, pero no tenía nada que perder.

—Habla con Fénix. Él te lo dará.

Le hice una simple reverencia con la cabeza cuando debería haber hecho mucho más: debería haberme arrodillado otra vez y haberle dado las gracias de nuevo mientras apoyaba la frente sobre su carísima alfombra, pero no lo hice. La mirada de Peleo se perdió por la ventana abierta. El trazado del palacio ocultaba el mar, pero ambos éramos capaces de oír el lejano siseo de las olas al moverse sobre la arena.

—Puedes irte —me dijo.

Tenía la intención de sonar frío y displicente, o eso me pareció. Deseaba parecer un rey contrariado hablándole a su súbdito, pero todo cuanto oí fue su hastío.

Asentí una vez más y me marché.

El oro facilitado por Fénix habría pagado el pasaje de ida y vuelta a Esciro por dos veces. El capitán del barco me miró fijamente cuando se lo entregué, pero parpadeó varias veces mientras ponderaba su valor y consideraba si eso bastaba para pagarle.

—¿Me llevará?

Mis ansias no eran de su agrado, pues no le gustaba ver desesperación en quienes le solicitaban pasaje. Las prisas y la liberalidad en el pago eran indicios de crímenes ocultos en un posible pasajero, pero el oro era demasiado como para que pusiera objeciones. A regañadientes, profirió un gruñido de aceptación y me envió a mi litera.

Nunca había hecho un viaje por mar con anterioridad y me sorprendió su lentitud. El barco era un mercante de gran bodega que navegaba moroso de una isla a otra, vendía a los más recónditos reinos isleños lana, aceite y muebles del continente. Cada noche atracábamos en un puerto diferente para llenar de agua nuestros toneles y descargar la mercancía. Me pasé los días en la proa de la embarcación, desde donde observaba cómo las olas se alejaban del casco calafateado de nuestra nave, a la espera de que se atisbara tierra. En cualquier otra ocasión, todo aquello me habría encantado: los nombres de las partes del barco, driza, mástil, popa; el color de las aguas; el olor puro de los vientos… Pero yo apenas presté atención a nada de eso. Solo pensaba en esa pequeña isla situada en algún lugar delante de mí y en el chico de cabellos rubios que esperaba encontrar allí.

La bahía de Esciro era tan minúscula que no la vi hasta que hubimos doblado el

rocoso anillo septentrional de la isla y estuvimos prácticamente navegando en sus aguas. Nuestra nave apenas cabía entre las dos lenguas de tierra y los marinos contuvieron el aliento, apostados a babor y estribor, desde donde contemplaban las rocas al pasar cerca de ellas. Una vez en el interior, ninguna corriente agitaba las aguas, así que los tripulantes se vieron obligados a bogar para llegar a tierra. La angostura dificultaba mucho la maniobra. No envidiaba el trayecto de salida que aguardaba al capitán.

—Hemos llegado —anunció con hosquedad, pero yo ya había empezado a caminar por la pasarela.

La pared rosácea del acantilado se alzó bruscamente delante de mí. Un sendero de peldaños tallados en la roca caracoleaba hacia arriba en dirección a palacio. Los subí. Al coronar la escalera encontré maleza, cabras y el palacio, un edificio modesto y feote construido la mitad de piedra y la otra mitad con madera. No habría sabido que era el hogar del rey de no haber sido el único edificio a la vista. Me encaminé hacia la puerta, la traspuse y entré.

El salón era estrecho y estaba en penumbra. Un olor a comidas pasadas saturaba el aire. En el extremo opuesto había dos sitiales vacíos. Varios guardias haraganeaban en las mesas, donde jugaban a los dados. Alzaron la vista.

—¿Qué quieres? —me interpeló uno de ellos.

—He venido a ver al rey Licomedes —respondí, y levanté el mentón con el fin de hacerles saber que era un hombre de cierta importancia. Por eso me había puesto la mejor túnica disponible, una de Aquiles.

—Iré yo —dijo uno de aquellos tipos; soltó los dados, que repiquetearon al caer, y se marchó del salón.

Peleo jamás habría tolerado semejante desafección; trataba bien a sus hombres y a cambio esperaba de ellos mucho más. Todo cuanto había en aquella estancia parecía raído y gris.

El tipo reapareció poco después y me llamó.

—Ven.

Le seguí de buen ánimo. Había pensado largo y tendido lo que iba a decir. Estaba preparado.

—Por aquí. —Señaló una puerta abierta con un ademán y luego volvió a la partida de dados.

Traspuse el umbral y me encontré en el interior con una joven sentada junto a los rescoldos del fuego.

—Soy la princesa Deidamia —se presentó con voz clara y tan alta que parecía un tanto infantil. Llamaba la atención después de la grisura de la entrada. Tenía una nariz puntiaguda y un rostro afilado, con un punto zorruno. Era muy guapa, y ella lo sabía.

Recobré mis modales y le hice una reverencia.

—Soy un extranjero y he venido a solicitar un favor a vuestro padre.

—¿Y por qué no a mí? —La mujer ladeó la cabeza y sonrió. Era sorprendentemente pequeña. Supuse que si se ponía de pie apenas me llegaría al pecho—. Mi padre es viejo y está enfermo. Puedes formularme tu petición y yo la responderé.

Adoptó una pose regia, posicionada con sumo cuidado a fin de que la luz de la ventana la iluminara desde detrás.

—He venido en busca de un amigo.

—¿Sí…? —Alzó una ceja—. ¿Y quién es tu amigo?

—Un joven —contesté con prudencia.

—Ya veo. Tenemos algunos por aquí, sí —respondió con suma picardía. La melena oscura le caía en densos rizos sobre la espalda. La muchacha llevó la cabeza a un lado y luego la giró. Después me sonrió de nuevo—. Quizá deberías empezar por decirme cómo te llamas, ¿no?

—Quirónides —respondí. «Quirónides, hijo de Quirón».

La princesa arrugó la nariz e hizo un mohín al oír un nombre tan raro.

—Quirónides, ¿eh? ¿Y qué te trae por aquí?

—Busco a un amigo mío. Llegó aquí hará cosa de un mes. Es natural de Ftía.

Algo iluminó sus ojos durante unos instantes, o quizá fue cosa de mi imaginación.

—¿Y por qué le buscas? —inquirió con menos despreocupación que antes.

—Le traigo un mensaje. —Habría preferido tratar con un rey viejo y achacoso antes que con la princesa, cuyo rostro era como el azogue, siempre en busca de algo nuevo. Me sacaba de quicio.

—Hum, ya. Un mensaje. —Deidamia sonrió con coquetería y empezó a darse golpecitos en la barbilla con una yema pintada—. Traes un mensaje para un amigo. ¿Y por qué debería yo decirte si conozco o no a ese joven?

—Porque tú eres una poderosa princesa y yo un humilde peticionario. —Me arrodillé.

Aquella salida mía fue de su agrado.

—Bueno, tal vez le conozca y tal vez no. Voy a tener que pensármelo. Te quedarás a cenar y esperarás a que tome una decisión. Si tienes suerte, tal vez baile para ti con mis mujeres. —La joven ladeó la cabeza de repente—. ¿Has oído hablar de las mujeres de Deidamia?

—Lamento mucho reconocer que no.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Todos los reyes envían aquí a sus hijas en acogida…, como sabe todo el mundo, excepto tú.

Agaché la cabeza con abatimiento.

—He pasado toda mi vida en las montañas y no he visto mucho mundo.

La princesa torció un poco el gesto e indicó la puerta mediante un gesto.

—Te veo en la cena, Quirónides.

Me pasé la tarde en los polvorientos patios de palacio, erigido en el punto más alto de la isla; su silueta se recortaba contra el azul del cielo y desde el mismo se gozaba de unas vistas preciosas a pesar de estar muy venido a menos. Tras sentarme, intenté recordar todo cuanto había oído acerca de Licomedes. Se le conocía por ser un rey bastante benévolo, pero débil y de recursos limitados. Eubea, al oeste, y Jonia, al este, hacía mucho que le habían puesto el ojo a sus tierras. Pronto, eubeos o jonios iniciarían la guerra a pesar de la inhóspita costa. Y eso sucedería aún más pronto si llegaban a enterarse de que allí gobernaba una mujer.

Regresé al gran salón al ponerse el sol. Habían encendido teas, pero las mismas solo parecían servir para acrecentar la oscuridad. Deidamia lucía un aro dorado en el pelo cuando condujo a un anciano al interior de la habitación. Iba encorvado y estaba tan cubierto de pieles que rozaba lo imposible determinar los límites de su cuerpo. La princesa sentó al rey en su trono y llamó al criado con un gesto grandioso. Yo me hallaba al fondo, entre los guardias y un puñado de hombres cuya función era imposible de determinar al primer golpe de vista. ¿Consejeros? ¿Primos? Tenían la misma apariencia gastada que todo lo demás en la habitación. Únicamente Deidamia parecía escapar a ello, con sus mejillas encendidas y su pelo brillante.

Un criado avanzó hacia las mesas y bancos agrietados y yo me senté. El monarca y la princesa no se unieron a nosotros, permanecieron en sus tronos al otro lado de la estancia. Empezaron a servir una comida bastante apetitosa, pero los ojos se me iban al frente del salón. No podía decidir si debía hacerme notar. ¿Se había olvidado de mí?

Pero entonces se puso en pie y volvió el rostro en dirección a nuestras mesas.

—Extranjero de Pelión —clamó ella—, nunca más vas a poder decir que no has oído hablar de las mujeres de Deidamia.

Y dicho esto, hizo un ademán con una mano adornada por un brazalete y entró un grupo de mujeres. Algo más de una veintena de bailarinas cuchicheando entre sí en voz baja. Permanecieron en el área central vacía que ahora identifiqué como un círculo de baile. Un grupo reducido de hombres tocaba la flauta, los tambores y una lira. Deidamia no parecía esperar respuesta alguna por mi parte, ni siquiera daba la impresión de que le importara que la hubiera oído o no. Bajó de la tarima del trono y se dirigió hacia la posición ocupada por las mujeres, reclamando a una de ellas como compañera.

Empezó a sonar la música. Los pasos del baile eran intrincados y las muchachas los ejecutaron a la perfección. Muy a mi pesar, quedé impresionado. Los vestidos giraban y las joyas se bamboleaban en torno a sus muñecas y tobillos cada vez que giraban. Las bailarinas echaban hacia atrás las cabezas como corceles briosos.

Deidamia era la más hermosa, por descontado. Atraía las miradas de todos con la diadema dorada, la melena suelta y las centelleantes ajorcas de las muñecas en alto. Estaba sonrojada de placer y, cuando la miré con detalle, la vi cada vez más reluciente. Saludaba a su pareja de baile, casi flirteaba. Tan pronto le rehuía la mirada como se acercaba hasta tocarla con gesto burlón. La curiosidad me incitó a alzar la cabeza para ver a la otra danzarina, pero el cúmulo de vestidos albos la ocultaba.

Las bailarinas se detuvieron cuando la pieza llegó a su final. Deidamia las condujo hacia delante, donde se alinearon para recibir nuestra ovación. Su pareja de baile permaneció junto a ella con la cabeza gacha. Hizo una reverencia con todas las demás y alzó la vista.

En ese momento todo el aliento se me agolpó en la garganta y proferí un sonido no muy alto, pero bastó para que los ojos de la joven se posaran en mí.

Entonces sucedieron a la vez varias cosas: Aquiles, pues se trataba de él, soltó la mano de Deidamia y se lanzó jubilosamente hacia mí, abrazándome con tal fuerza que tuve que retroceder.

—¡Pirra! —gritó la princesa, y prorrumpió a llorar.

Y Licomedes, que distaba mucho de ser el viejo chocho que me había hecho creer su hija, se levantó:

—¿Qué significa todo esto, Pirra?

Yo apenas oí nada. Aquiles y yo nos estrechamos el uno al otro, delirantes de puro alivio.

—Mi madre —susurró—, mi madre, ella me…

—¡Pirra! —La voz de Licomedes se oyó por todo el salón, haciéndose oír incluso por encima de los escandalosos sollozos de su hija. Me di cuenta en ese momento de que se estaba dirigiendo a Aquiles. «Pirra». Pelo de color del fuego[8].

Aquiles le ignoró y Deidamia lloró con más fuerza aún. El rey mostró un buen juicio que me sorprendió al mirar a sus cortesanos, tanto a hombres como a mujeres, y ordenar:

—Fuera.

Ellos le obedecieron a regañadientes y se marcharon mirando continuamente hacia atrás.

—Y ahora… —El rey se inclinó hacia delante y pude verle el semblante por vez primera; tenía la piel amarillenta y su barba agrisada parecía un sucio vellón de lana. Pese a todo, sus ojos eran de lo más perspicaces—. ¿Quién es este hombre, Pirra?

—¡Nadie! —chilló Deidamia.

La princesa agarró a Aquiles por el brazo y empezó a tirar de él, pero Aquiles respondió con frialdad:

—Mi marido.

Me apresuré a cerrar la boca para no quedarme boquiabierto como un pez.

—¡Mentira, no lo es! —Deidamia alzó aún más la voz, asustando a los pájaros posados en las vigas del techo.

Licomedes se volvió hacia mí como si buscara refugio en una conversación hombre a hombre.

—¿Es eso cierto, señor?

Aquiles me apretó los dedos.

—Sí —respondí.

—¡No! —chilló la princesa.

Aquiles hizo caso omiso a los tirones de Deidamia y con gran elegancia le dedicó una reverencia a Licomedes.

—Mi esposo ha venido a por mí y ahora debo abandonar tu corte. Agradezco tu hospitalidad.

El soberano alzó una mano con ademán conminatorio.

—Primero debo consultar a tu madre. Fue ella quien te entregó a mí en acogida. ¿Tiene ella noticia de este marido tuyo?

—¡No! —volvió a gritar Deidamia.

—¡Hija! —estalló el rey, crispando el gesto de un modo muy diferente al de su hija—. Deja de montar una escena. Suelta a Pirra.

—No. —La princesa se encaró con Aquiles. Tenía el rostro lleno de manchas e hinchado a causa del llanto—. Embustero, me has traicionado. Monstruo. *¡Apathes!* —«Sin corazón».

El rey se quedó petrificado y Aquiles me estrechó los dedos entre los suyos con más fuerza. La princesa se había dirigido a él usando el género masculino.

—¿Qué has dicho? —preguntó Licomedes lentamente.

Deidamia empalideció, pero alzó la barbilla con gesto desafiante y su voz no vaciló.

—Es un hombre —dijo ella, y luego añadió—: Nos hemos desposado.

—¿Qué…? —clamó Licomedes, llevándose las manos a la garganta.

Yo no dije nada. La mano de Aquiles era lo único que me mantenía con los pies en el suelo.

—No lo hagas, por favor —pidió Aquiles a la joven.

Pero aquello pareció enrabietarla.

—Lo haré —aseguró, y se volvió hacia su padre—. Eres un idiota. Yo era la única que lo sabía. ¡Lo sabía! —Se palmeó el pecho para dar énfasis a sus palabras—. Y ahora voy a decírselo a todos. ¡Aquiles! —se puso a vociferar. Chillaba como si quisiera que el nombre atravesara los gruesos muros de piedra y fuera oído por los mismísimos dioses—. ¡Aquiles, Aquiles, voy a decírselo a todos!

—No lo harás.

Las palabras frías y cortantes detuvieron con facilidad el griterío de la princesa.

«Yo conozco esa voz», pensé mientras me volvía.

Tetis se hallaba en la entrada. La luz azulada del hogar le iluminaba el rostro. Sus ojos eran dos tajos negros practicados en la piel. Nunca me había parecido tan alta como en aquella ocasión. Tenía el pelo tan lacio y brillante como de costumbre y lucía un atavío espléndido, pero había algo salvaje en ella, como si un viento invisible soplara a su alrededor. Parecía una furia, los demonios que acuden al reclamo de la sangre de los hombres. Se me erizaron los cabellos de tal modo que casi me arrancan la cabeza. Incluso Deidamia permaneció en silencio.

Nos quedamos allí delante de ella durante unos instantes. Después, Aquiles alzó la mano y se quitó el velo; rasgó el escote y desgarró la parte delantera del vestido, dejando a la vista el torso desnudo. La luz del fuego se extendió sobre su piel y la bañó hasta conferirle un tono áureo.

—Ya basta, madre.

Algo parecido a un espasmo pareció removerse por debajo de sus facciones. Por un momento casi llegué a temer que le golpeara, pero se limitó a observar a su hijo con esos tormentosos ojos negros.

Aquiles se volvió hacia Licomedes.

—Mi madre y yo te hemos engañado, y te pido disculpas por ello. Soy el príncipe Aquiles, hijo de Peleo. Ella no desea que vaya a la guerra y me ha ocultado aquí como una de tus hijas adoptivas. —Licomedes tragó saliva y no dijo nada—. Nos iremos ahora mismo —añadió con el mayor tacto posible.

Esas palabras sacaron a Deidamia de su trance.

—No —dijo, alzando otra vez la voz—. No puedes. Tu madre pronunció unas palabras sobre nosotros y ahora estamos casados. Eres mi esposo.

El resuello de Licomedes resonó de forma audible por toda la estancia. El rey fijó la mirada en Tetis y preguntó:

—¿Es eso cierto?

—Lo es —respondió la diosa.

Sentí en el pecho el vértigo de una caída desde una gran altura. Aquiles se volvió hacia mí como si tuviera intención de decir algo, pero su madre fue más rápida.

—Ahora estás ligado a nosotros, rey Licomedes. Vas a continuar dando refugio a Aquiles en tu isla y no revelarás su identidad. A cambio, un día tu hija podrá reclamar a un marido famoso. —Los ojos de Tetis se fijaron en un punto por encima de la cabeza de Deidamia; luego, añadió—: Es más de lo que habría conseguido.

Licomedes se frotó la frente como si pretendiera alisar las arrugas.

—No tengo elección, como bien sabes —contestó el monarca.

—¿Y qué ocurriría si no guardo silencio? —Deidamia tenía las mejillas encendidas—. Tú y tu hijo me habéis echado a perder. He yacido con él, como tú me dijiste, y he perdido la honra. Pienso reclamarle ante los jueces como recompensa.

«He yacido con él».

—Eres una chiquilla estúpida —dijo Tetis. Cada palabra resonó como la hoja de un hacha, aguda y cortante—. Pobre, vulgar, un simple recurso. No te mereces a mi hijo. O te callas o yo me encargaré de que no hables.

Deidamia retrocedió con los ojos abiertos como platos, los labios exangües y las manos temblorosas. Se llevó una al estómago y aferró la tela de su vestido a esa altura como si así quisiera calmarse. Fuera de palacio, más allá del acantilado, podíamos oír cómo las olas rompían contra las rocas, castigando con furia la costa.

—Estoy embarazada —susurró la princesa.

Yo estaba contemplando el rostro de Aquiles cuando ella hizo aquella revelación, así que pude apreciar el espanto reflejado en su semblante. Licomedes profirió un gemido de dolor.

Sentí finas como la cáscara de huevo las paredes de mi pecho huero. «Basta». Tal vez lo dije, tal vez solo lo pensé. Solté la mano de Aquiles y me dirigí hacia la puerta. Tetis debió de moverse para dejarme pasar; habría chocado con ella de no haberse apartado. Me encaminé solo hacia la oscuridad.

—¡Espera! —gritó Aquiles.

Necesitó más tiempo del habitual para alcanzarme, noté con cierto desapego. «Las faldas del vestido deben enredársele entre las piernas», aventuré. Llegó a mi altura y me tomó del brazo.

—Vete —le pedí.

—Espera, por favor. Deja que te explique, por favor. No quería hacerlo, pero mi madre… —Aquiles estaba sin aliento y casi jadeaba. Nunca le había visto tan fuera de sí—. Ella llevó a la chica a mi cuarto. Fue cosa de ella, yo no quería. Mi madre… dijo… dijo… —Se trabucó—. Me prometió revelarte mi paradero si hacía lo que ella me pedía.

¿Qué había pensado Deidamia que iba a suceder cuando había puesto a bailar a sus mujeres para mí? ¿De verdad pensaba que no iba a reconocer a Aquiles? Me bastaba un simple roce o el olor para identificarle; y si me quedara ciego, podría reconocerle por el modo en que respiraba o en que pisaba el suelo. Le reconocería en el fin del mundo, incluso en la muerte.

—Patroclo, ¿me oyes? —Me acarició la mejilla con la mano ahuecada—. Di algo, por favor.

No conseguía dejar de recrear la imagen de la piel de Deidamia sobre la de Aquiles, sus pechos turgentes, la curva de sus caderas. Recordé los largos días lamentando su ausencia, con las manos vacías e impotente, dando golpes al aire, igual que pájaros picoteando la tierra seca.

—¿Patroclo?

—Lo hiciste por nada.

Se estremeció al percibir la desolación en mi voz. ¿Pero cómo iba a sonar, si no?

—¿Qué quieres decir?

—Tu madre no me dijo dónde estabas. Fue Peleo.

Se le fue toda la sangre del rostro y se quedó pálido.

—¿No te lo dijo ella?

—No. ¿De verdad esperabas que lo hiciera? —pregunté con voz más tajante y dura de lo que yo pretendía.

—Sí —respondió con un hilo de voz.

Podría haberle dicho un millón de cosas para reprocharle su ingenuidad. Él siempre confiaba en la gente con demasiada facilidad; en su vida había tenido poco que temer y casi nada de qué sospechar. En los días anteriores a nuestra amistad casi le había aborrecido por ello y ahora intentaba prender alguna chispa de aquel viejo fuego que revivía en mí. Cualquier otro hubiera sabido que Tetis únicamente actuaba guiada por sus propios intereses. ¿Cómo podía ser tan tonto? Las palabras de ira me escocían en la boca, pero cuando intenté pronunciarlas descubrí que no era capaz. Tenía las mejillas rojas de vergüenza y ojeras debajo de los ojos. Ese candor formaba parte de él tanto como las manos o aquellos pies suyos milagrosos. Y a pesar de lo herido que me sentía, bajo ningún concepto deseaba verle marchar ni contemplarle nervioso y temeroso, como el resto de nosotros.

Me contempló muy de cerca y estudió mi rostro una y otra vez, como un sacerdote hace con los augurios en busca de una respuesta. Advertí en su frente una arruga casi imperceptible, indicio de una concentración máxima.

Entonces, algo cambió en mi interior, como la superficie helada del Apídano cuando inicia el deshielo en primavera. Había visto la forma en que había mirado a Deidamia o, mejor dicho, había visto cómo no lo hacía. La miraba igual que a los chicos en Ftía, una mirada vacía y perdida. Nunca, ni una sola vez, me había mirado así.

—Perdóname —volvió a decir—. No quería hacerlo. No eras tú. Yo no… No me gustó…

Oírle decir aquello alivió la última de las penas desgarradoras que habían empezado cuando Deidamia gritó su nombre. Se me hizo un nudo en la garganta cuando rompí a llorar.

—No hay nada que perdonar —le contesté.

Esa misma noche, algo más tarde, regresamos a palacio. El gran salón estaba a oscuras ahora que el fuego del hogar se había reducido a rescoldos. Aquiles se había arreglado el vestido lo mejor posible, pero aún tenía un desgarrón a la altura de la cintura, así que lo sostenía con la mano por si nos topábamos con algún guardia

rezagado.

—Habéis regresado —dijo una voz procedente de las sombras.

Nos asustó, pues la luz de la luna no llegaba hasta los tronos, pero aguzando la vista distinguimos en uno de ellos la figura de un hombre envuelto en pieles. Su voz parecía más honda y fuerte que antes.

—Así es —contestó Aquiles. Advertí en su voz una nota de vacilación. No esperaba tener que volver a enfrentarse con el rey tan pronto.

—Tu madre se ha ido… No sé adónde. —Licomedes hizo una pausa, como si esperase una respuesta, pero Aquiles no dijo nada—. Mi hija, tu esposa, está llorando en sus aposentos. Espera que acudas a su lado.

Noté la punzada de culpabilidad que experimentó Aquiles.

—Resulta de lo más inoportuno que lo espere —repuso con fría formalidad, algo muy poco habitual en él.

—En verdad que sí —convino Licomedes. Todos permanecimos en silencio durante unos instantes, pero el monarca resopló con cansancio y dijo—: Imagino que querrás una habitación para tu amigo, ¿no?

—Si no os importa —respondió Aquiles con suma cautela.

El monarca soltó una suave risilla.

—No, príncipe Aquiles, no tengo inconveniente. —La conversación se interrumpió de nuevo, y en ese lapso escuché cómo el rey tomaba una copa de la mesa, apuraba el vino y depositaba la copa en su sitio—. El niño debe llevar tu nombre. ¿Lo entiendes?

Esa era la razón por la que había esperado en la oscuridad junto al fuego agonizante y envuelto en pieles.

—Lo entiendo —contestó Aquiles en voz baja.

—¿Y lo juras?

Se hizo otra nueva pausa, muy breve, durante la que compadecí al anciano rey. Me alegré al oír la respuesta de mi amigo.

—Lo juro.

El monarca suspiró aliviado, pero cuando volvió a hablar, lo hizo con formalidad. Volvía a ser un rey.

—Buenas noches a ambos.

Le hicimos una reverencia y nos marchamos.

Una vez en las entrañas de palacio, Aquiles buscó a un guardia que nos mostrara los aposentos de los invitados. Usó una voz aguda y aflautada, su voz de chica. Vi cómo el guardia le ponía la vista encima, fijándose en los bordes rasgados del vestido y los cabellos despeinados. Aquiles me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Por aquí, señora.

En los cuentos, los dioses tienen el poder de demorar el curso de la luna a su voluntad para que una noche tenga la duración de varias. Así fue aquella noche, había una lluvia de horas que jamás parecía acabar, y nosotros las bebimos con ansia, sedientos después de todas las semanas que habíamos estado separados. No recordé las palabras de Licomedes en el gran salón hasta que el alba empezó a clarear en el horizonte. Había olvidado el embarazo de Deidamia, la boda de Aquiles, nuestra reunión.

—¿Tu madre intenta ocultarte aquí para que no vayas a la guerra?

Él asintió.

—No quiere que acuda a la guerra de Troya.

—¿Por qué? —Siempre había pensado que ella quería que luchara.

—No lo sé. Ella dice que soy demasiado joven. «Aún no», me dice.

—¿Y todo esto lo urdió ella? —Hice un gesto, señalando los restos del vestido.

—Por supuesto, en la vida se me habría ocurrido algo así —contestó con mohín, y se tiró de los rizos, todavía peinados a la manera de las mujeres. Estaba irritado, pero no sentía vergüenza, como le habría pasado a cualquier otro muchacho. Él no temía al ridículo, jamás lo había conocido—. De todos modos, solo es hasta que parta la flota.

Me puse a darle vueltas al asunto.

—Entonces, ¿de verdad que tu madre no te cogió por mi causa?

—Lo de Deidamia sí fue por causa tuya, creo. —Se miró las manos durante un momento—. Pero el resto fue por la guerra.

TRECE

Los días siguientes transcurrieron veloces. Comíamos en nuestros aposentos y pasábamos largas horas lejos de palacio, explorando la isla, a la busca de cualquier posible sombra que pudiera haber debajo de los raquíticos árboles. Tuvimos que ser cuidadosos, pues no debían ver a Aquiles moverse demasiado deprisa, trepar con mucha habilidad ni empuñar una lanza, mas nunca nos siguió nadie; además, había muchos lugares donde él podía quitarse su disfraz.

En el extremo opuesto de la isla había una franja de tierra desierta llena de piedras cuya extensión doblaba las dimensiones de nuestros campos de entrenamiento. Aquiles gritó de júbilo cuando la vio y se quitó el vestido. Le observé correr por la playa como si fuera completamente lisa. Volvió la cabeza hacia atrás y me pidió:

—Llévame la cuenta.

Y así lo hice, golpeando la arena con la sandalia para computar bien el tiempo de su carrera.

—¿Cuánto…? —me preguntó a voz en grito desde el final de la playa.

—Trece —chillé.

—Solo estoy calentando.

La siguiente vez fueron once. La última vez solo nueve. Luego se sentó junto a mí. Su respiración apenas denotaba el esfuerzo y tenía las mejillas coloradas a causa del placer. Me había descrito sus días como mujer: largas horas de aburrimiento forzoso sin más alivio que los bailes. Ahora era libre y estiraba los músculos como uno de los grandes felinos de Pelión, exuberante de su propia fuerza.

Por las tardes, no obstante, debíamos regresar al gran salón. El hijo de Peleo y Tetis se alisaba los cabellos y se ponía el vestido a regañadientes. Llevaba el vestido holgado y sujeto, como aquella primera noche, pero sus cabellos rubios eran lo bastante poco frecuentes como para llamar la atención de marinos y mercaderes que pululaban por el puerto. Como esas historias llegaran a oídos de alguien con dos dedos de frente… Prefería no pensar en ello.

Habían dispuesto una mesa en la parte frontal del salón, junto a los tronos, para que en ella comiéramos los cuatro: Licomedes, Deidamia, Aquiles y yo, aunque en ocasiones se unían a nosotros un par de consejeros. Estos últimos comensales permanecían casi todo el tiempo en silencio. Nos sentábamos a la mesa por puro formalismo, para acallar los rumores y mantener la ficción de que Aquiles era mi esposa y pupila del rey.

Deidamia no le quitaba los ojos de encima con la esperanza de que Aquiles la mirase, cosa que él nunca hizo.

—Buenas noches —decía él con su mejor voz de chica cuando tomábamos

asiento, pero nada más.

Su indiferencia hacia la princesa era algo palpable y advertí en el semblante de la joven emociones como vergüenza, ira y dolor. Su mirada iba un poco más lejos, a Licomedes, como si esperase que tal vez su padre interviniera, pero el rey comía un bocado tras otro sin decir nada.

En ocasiones, ella me veía mirarla, y entonces el rostro se le endurecía y entrecerraba los ojos, para luego llevarse la mano al vientre con gesto de posesión, como si protegiera al bebé de que yo le echara una maldición. Tal vez creyera que yo me burlaba de ella, alardeando de mi victoria. Quizá pensaba que yo la odiaba sin saber que yo le había pedido a Aquiles un millón de veces que fuera un poco más amable con ella. «No tiene por qué humillarla con tanta saña», pensaba, pero en realidad no era un problema de falta de amabilidad, sino de interés. Miraba a través de Deidamia como si no estuviera allí.

Intentó hablar con Aquiles en una ocasión.

—¿Cómo estás, Pirra? —preguntó con voz temblorosa, ante la expectativa de ser respondida.

Él siguió llevándose comida a la boca con esos bocados suyos rápidos y elegantes. Habíamos planeado llevar lanzas al extremo opuesto de la isla en cuanto acabara la cena y luego pescar a la luz de la luna. Estaba loco por irse, así que tuve que darle una patada por debajo de la mesa.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—La princesa desea saber si te encuentras bien.

—Ah. —La miró de refilón a ella y luego a mí—. Estoy bien.

Aquiles se acostumbró a madrugar cada vez más conforme pasaban los días con el fin de poder practicar con las lanzas antes de que el sol estuviera en lo alto. Habíamos escondido armas en una arboleda lejana con el fin de que pudiera ejercitarse antes de tener que regresar a su identidad de mujer en palacio. Después de eso, algunas veces se sentaba sobre alguna de las rocas aguzadas de Esciro y jugueteaba con los pies dentro del agua, en la orilla donde tal vez recibía la visita de su madre.

Alguien llamó con fuerza a mi puerta una de esas mañanas mientras Aquiles se hallaba fuera.

—¿Quién es? —pregunté.

Pero los guardias ya habían entrado en nuestros aposentos con gesto más formal de lo que nunca les había visto. Portaban lanzas y se mantuvieron en posición de firmes. Se me hacía extraño verles sin los dados.

—Debes acompañarnos —espetó uno de ellos.

—¿Por qué?

Acababa de levantarme y aún estaba adormilado.

—Así lo ha ordenado la princesa. —Uno de los soldados me cogió del brazo y me lanzó hacia la puerta. Cuando me puse a farfullar una queja, el primer guardia se me acercó y clavó en mí la mirada—. Te irá mejor si cierras el pico. —Y pasó la yema del pulgar sobre la punta de su lanza a modo de amenaza.

No creía que fueran a hacerme daño de verdad, pero tampoco quería verme arrastrado por los suelos de palacio.

—De acuerdo —acepté.

Nunca antes había visitado los angostos corredores palatinos por los que me condujeron. Me llevaron hasta el ala de las mujeres, una colmena de pequeñas celdas donde dormían y vivían las hermanas adoptivas de Deidamia. Detrás de las puertas escuché risas y un interminable frufrú de telas. Aquiles decía que allí el sol no atravesaba las ventanas ni corría la brisa. Y había pasado casi dos meses allí. Me resultaba inconcebible.

Al final nos detuvimos ante una gran puerta hecha con madera de más calidad que el resto. Un guardia llamó con los nudillos, abrió y me empujó hacia la habitación. Oí cómo cerraba de un portazo.

Dentro, Deidamia se sentaba con mucho remilgo en una silla de cuero y no me quitaba ojo de encima. Había una mesa junto a ella y un pequeño taburete a sus pies. El resto de la estancia estaba vacía. Comprendí entonces que ella había planeado todo aquello, sabedora de las ausencias de Aquiles.

No había allí asiento alguno para mí, así que permanecí de pie. Vi una segunda puerta más pequeña; supuse que conduciría al dormitorio de Deidamia.

Ella clavó en mí sus ojos brillantes como los de un ave. No había nada inteligente que decir, así que solté una tontería:

—Querías hablar conmigo.

La princesa bufó un poco con desdén.

—Sí, Patroclo, quería hablar contigo.

Aguardé, mas ella no despegó los labios; se limitó a estudiarme mientras tabaleaba el brazo de su silla con un dedo. Lucía un vestido más holgado de lo habitual; esta vez no lo llevaba ceñido a la cintura, como hacía a menudo para mostrar su buen talle. Llevaba suelta la melena y la echaba hacia atrás gracias a una suerte de horquillas de marfil sujetas a la altura de las sienes. Ladeó la cabeza y me sonrió.

—Ni siquiera eres apuesto, eso es lo más extraño. Eres bastante vulgar.

Ella siguió el hábito de su padre y esperó a ver si recibía una réplica. Me sonrojé. «Debo decir algo», pensé, y me aclaré la garganta, pero ella me fulminó con la mirada al intuir que iba a hablar y me dijo:

—No te he dado licencia para hablar. —Me sostuvo la mirada durante un momento, como para cerciorarse de que no iba a desobedecerla, y prosiguió—: Lo encuentro raro. Mírate. —Se levantó y con paso rápido salvó la distancia existente entre nosotros—. Eres cuellicorto y tu pecho es fino como el de un niño. —Me señaló con ademán desdeñoso—. ¿Y tu cara? —Hizo una mueca—. Qué fea. Mis mujeres están de acuerdo, lo piensa incluso mi padre. —Entreabrió los preciosos labios rojos, mostrando sus dientes blancos. La princesa nunca había estado tan cerca de mí. Olía a algo dulce, como flor de acanto. Se aproximó un poco más, lo cual me permitió ver que su pelo no era solo negro, sino que tenía hebras con diferentes matices de precioso color castaño.

—¿Y bien? ¿Qué dices? —preguntó con los brazos en jarras.

—No me has dado permiso para hablar.

—No seas idiota —soltó con el rostro brillante a causa de la ira.

—Yo no…

Me abofeteó. Tenía una mano menuda… y una fuerza sorprendente, tanto que me puso la cara del revés. La piel me hormigueó y el labio me palpitó allí donde me había dado con el anillo. No me habían pegado de ese modo desde niño. Los chicos no solíamos recibir bofetadas, a menos que el padre quisiera mostrar descontento. Como el mío. Eso me causó una verdadera impresión y no habría sido capaz de hablar ni aun sabiendo qué decir.

Ella hizo un gesto agresivo, mostrando los dientes, como si me desafiara a devolverle el golpe, y cuando vio que yo no iba a hacerlo, una expresión triunfal le cambió el semblante.

—Cobarde, eres tan pusilánime como feo. Y medio tonto además, según he oído decir. ¡No lo comprendo! No tiene sentido que él… —De pronto, se detuvo y la comisura de los labios se vino abajo, como si el anzuelo de un pescador hubiera tirado de ella. Me dio la espalda y se quedó en silencio.

Transcurrió un instante. Podía oír el sonido de sus inspiraciones cada vez más pausado, lo cual me hizo suponer que no estaba llorando. Yo conocía ese truco para controlar el llanto. Lo había usado en alguna ocasión.

—Te odio —me dijo con voz pastosa, pero habló sin fuerza.

Se alzó en mí una oleada de conmiseración que enfrió el calor de mis mejillas coloradas. Recordé lo difícil que es sobrellevar la indiferencia. Le oí tragar saliva y se llevó una mano a la cara, como si fuera a echarse a llorar.

—Me marcho mañana. Eso debería hacerte feliz. Mi padre quiere empezar mi confinamiento enseguida. Dice que ser vista en estado de buena esperanza antes de que se sepa que estaba casada solo me cubriría de oprobio.

Confinamiento. Aprecié una nota de amargura en su voz cuando pronunció esa palabra. Estaría en alguna casita en el límite de los dominios de Licomedes. No

podría danzar ni tendría compañeras con las que hablar. Estaría sola con alguna criada mientras el vientre no dejaba de crecerle.

—Lo siento mucho —dije.

Ella no me respondió. Contemplé el suave abultamiento de su preñez debajo de su camisola blanca y di un paso hacia ella, pero me detuve. Había tenido la intención de tocarla, de acariciarle el pelo para proporcionarle un poco de consuelo, pero eso no iba a confortarla, no si lo hacía yo. Dejé caer la mano y la mantuve pegada a un costado.

Permanecimos de esa guisa durante algún tiempo. El sonido de nuestra respiración llenó la cámara. Cuando se volvió, tenía el rostro rojo de tanto llorar.

—Aquiles no me mira. —La voz le tembló un poco—. Ni siquiera mira al niño que llevo en las entrañas, su hijo. Soy su esposa. ¿Sabes… por qué lo hace?

Era una pregunta infantil, como preguntar por qué llueve hacia abajo o por qué no se detiene jamás el movimiento del mar. Me sentí mayor que ella, aun no siendo el caso.

—No lo sé —le respondí con un hilo de voz.

Deidamia puso cara de pocos amigos.

—Eso es mentira. Tú eres la razón. Tú te harás a la mar con Aquiles y él se irá de aquí.

Sabía muy bien qué era estar solo y conocía la sensación de sentir la buena fortuna del prójimo como el golpe de una aguijada, pero no había nada que yo pudiera hacer.

—Debería irme —dije con el mayor tacto posible.

—No. —Deidamia se desplazó con celeridad para bloquearme el paso por la puerta—. No puedes. Llamaré a la guardia si lo intentas —amenazó. Hablaba tan deprisa que las palabras se le atropellaban—. Diré que me has atacado si lo haces.

Al final se impuso la compasión hacia ella. Incluso aunque los llamara y ellos la creyeran, ellos no iban a poder ayudarla. Era el compañero de Aquiles y, por tanto, invulnerable.

Mi rostro debió de reflejar cuáles eran mis sentimientos, ya que Deidamia retrocedió como si la hubiera herido, y volvió a acalorarse.

—Te enfada que se haya casado conmigo y nos hayamos acostado. Estás celoso. Y tienes razón. —Alzó la barbilla, como tenía por costumbre—. No fue solo una vez.

«Fueron dos». Aquiles me lo había contado. Ella se creía con el poder de abrir una brecha entre nosotros cuando en realidad no tenía nada.

—Lo siento —repetí. No tenía nada mejor que decir. Él no la quería y jamás lo haría.

Como si me hubiera leído el pensamiento, el semblante se le descompuso y, gota a gota, sus lágrimas cayeron sobre el suelo, convirtiendo en negro el color gris de las

losas.

—Déjame ir a por tu padre, o alguna de tus mujeres.

—Por favor —susurró, alzando los ojos hacia mí—, no te vayas, por favor.

La princesa temblaba como un recién nacido. Sus heridas hasta ese momento habían sido superficiales y siempre había habido alguien para ofrecerle consuelo. Ahora estaba sola en el gabinete de su dolor: aquella habitación de paredes desnudas y una única silla.

Me acerqué a ella casi sin querer. Deidamia soltó un pequeño suspiro, como si fuera una niña dormida, y se abandonó con gratitud en el arco de mis brazos extendidos, humedeciéndome la túnica con sus lágrimas. La sostuve por las curvas de su cintura, sentí su calor y la suave piel de sus brazos. Quizás Aquiles la había sostenido justo de la misma manera, pero él estaba demasiado fuera de lugar, su brillo no tenía cabida en esa habitación apagada y ajada. La joven apretó contra mi pecho su rostro ardiente, como si tuviera fiebre. Todo cuando podía ver de ella era su coronilla, la espesa cascada de su centelleante pelo negro y el pálido cuero cabelludo que había dejado.

Los sollozos de la joven remitieron al cabo de un tiempo; entonces se acercó más a mí. Sentí la caricia de sus manos en la espalda y todo su cuerpo en contacto con el mío. Al principio no comprendí sus intenciones, pero luego sí.

—No deseas hacer esto —aduje mientras hacía ademán de retroceder, pero ella me sujetaba con demasiada fuerza.

—Sí —respondió. La intensidad de sus ojos casi me asustó.

—Deidamia. —Intenté usar el mismo tono de voz que había hecho ceder a Peleo —. Los centinelas están ahí fuera, no debes…

Pero ahora estaba tranquila y segura.

—No nos molestarán.

Hice un esfuerzo para tragar saliva, pues tenía la garganta seca a causa del pánico.

—Aquiles me estará buscando.

Ella sonrió con tristeza.

—No va a mirar aquí. —Me tomó de la mano—. Ven —me instó, y me arrastró hacia la puerta de su dormitorio.

A petición mía, Aquiles me había hablado de las noches que yacieron juntos. No le resultó violento hacerlo, pues entre nosotros no había nada prohibido. Según me dijo, Deidamia tenía un cuerpo suave y pequeño como el de un chiquillo. La princesa había acudido a su celda de noche y en compañía de su madre; se tendió en la cama junto a él. Tuvo miedo de haberla herido. Fue algo muy rápido y ninguno de los dos habló. Se quedó sin palabras cuando tuvo que describir el denso y fuerte olor que desprendía la humedad procedente de entre las piernas de Deidamia.

—Era algo graso, como el aceite.

Sacudió la cabeza cuando le insistí aún más.

—En realidad, no puedo acordarme, pues estaba a oscuras y no era posible ver nada. Y yo quería que se acabara. —Aquiles me acarició la mejilla y dijo—: Te echaba de menos.

La puerta se cerró detrás de nosotros y nos quedamos a solas en una modesta habitación. Las paredes estaban llenas de tapices y el suelo estaba cubierto por pieles de oveja. Había una cama colocada junto a la ventana para aprovechar al máximo el soplo de la brisa.

Se deslizó el vestido por encima de la cabeza y lo dejó caer sobre el suelo.

—¿Me encuentras hermosa? —inquirió.

Le agradecí mucho que me hiciera una pregunta de fácil respuesta.

—Sí.

Era menuda y de constitución exquisita, salvo el más nimio abultamiento del vientre, allí donde se gestaban los niños. Mis ojos se sintieron atraídos hacia lo que nunca antes había visto, un pequeño triángulo alfombrado de finos vellos que subían ligeramente. Ella me vio mirar y me tomó de la mano para guiarme hasta ese lugar, que irradiaba el mismo calor que las ascuas del hogar.

Bajo las yemas de los dedos se deslizaba una piel cálida, delicada, tan frágil que me daba miedo rasgarla con el simple roce. Con la otra mano le acaricié la mejilla y recorrí la tersura de su piel debajo de los ojos, donde pude ver algo terrible: no había esperanza ni placer, solo determinación.

Estuve a punto de huir, pero no soportaba la idea de ver su rostro ajado por otra pena más, otra decepción, otro chico que no le daba lo que quería, y por eso permití que sus manos siguieran tanteando, me arrastraran hasta el lecho y me guiaran entre sus muslos, donde la delicada piel se separaba y lentamente fluían unas cálidas gotas. Hice ademán de retroceder al hallar una cierta resistencia, pero ella negó con la cabeza bruscamente. Tenía tensa la carita y apretaba los dientes como si estuviera combatiendo el dolor. Los dos experimentamos un gran alivio cuando la piel se relajó y cedió; entonces, me deslicé dentro de su cálida vaina.

No voy a decir que no estaba excitado: me embargaba una tensión que crecía lentamente, muy diferente del deseo intenso y firme que despertaba en mí Aquiles. Ella se percató enseguida de mi languidez y se sintió herida. «Más indiferencia». Por eso, moví las caderas, profería gemidos de placer y apreté mi pecho contra los suyos, aplastándole los senos suaves y pequeños con el peso de mi cuerpo.

Entonces ella se sintió satisfecha y de pronto empezó a moverse y empujar con más y más fuerza, y los ojos le brillaban con más intensidad cada vez que se me aceleraba la respiración. Y cuando en mi interior se alzó lentamente la marea, me pasó sus piernas pequeñas pero firmes por detrás, y se puso a corcovear para que yo entrara a fondo en ella, arrastrándome hasta el clímax de placer.

Después de eso yacimos sin aliento, juntos, pero sin tocarnos. Poco a poco se le ensombreció el semblante, se mostró cada vez más distante, y permaneció en una postura extraña y forzada. Yo tenía todavía la mente nublada por el orgasmo y alargué una mano para cogerla. Al menos podía ofrecerle eso.

Pero ella se apartó de mi lado, se levantó y empezó a mirarme con ojos llenos de prevención. Sus ojeras eran tan pronunciadas que parecían cardenales. Empezó a vestirse. Sus nalgas redondeadas con forma de corazón parecían mirarme con aire de reproche. No llegué a entender lo que ella quería, pero sí que no se lo había dado. Me incorporé y me puse la túnica. La habría tocado y también le habría acariciado el rostro, pero me mantuvo lejos esa mirada suya fulminante e intensa. Me dirigí con abatimiento hacia el umbral.

—Espera —me llamó con voz áspera; me volví—. Despídeme de él.

Después cerré, poniendo una puerta de gruesos tablones oscuros entre nosotros.

En cuanto encontré a Aquiles otra vez, me lancé con alivio al gozo existente entre nosotros para liberarme de la tristeza y el dolor de Deidamia.

Más tarde, casi me convencí de que nada de eso había pasado, como si hubiera sufrido una vívida pesadilla, fruto de las descripciones de Aquiles y un exceso de imaginación por mi parte, pero no era esa la verdad.

CATORCE

Deidamia se marchó a la mañana siguiente, tal y como había anunciado.

—Se ha ido a visitar a una tía —informó Licomedes a la corte durante el desayuno con voz monótona.

Si alguien tenía alguna pregunta, no se atrevió a formularla. Estaría ausente hasta que naciera el hijo y entonces podríamos llamar padre a Aquiles.

Por raro que pareciera, las jornadas en la isla se nos antojaban ahora una pérdida de tiempo. Aquiles y yo pasábamos el mayor tiempo posible lejos de palacio y nuestro júbilo, tan explosivo durante los días siguientes a nuestro reencuentro, se había visto sustituido por la impaciencia. Deseábamos marcharnos y retomar nuestras vidas en Pelión o en Ftía. Nos sentíamos sospechosos y culpables de la marcha de la princesa: todos los miembros de la corte nos fulminaban con la mirada de forma muy incómoda y Licomedes ponía cara de pocos amigos cada vez que nos veía.

Y además estaba el asunto de la guerra, de cuyas nuevas teníamos noticia incluso allí, en la remota y olvidada isla de Esciro. Los antiguos pretendientes de Helena habían hecho honor a su promesa y ahora la flota de Agamenón estaba abarrotada de miembros de la realeza. Se decía de él que había logrado lo que nadie había sido capaz hasta entonces: unir a nuestros quisquillosos reinos en una causa común. Me acordaba de él: un tipo de melena enmarañada y semblante adusto y sombrío. A los ojos del niño de nueve años que había sido, su hermano Menelao era el más memorable de los dos, pero Agamenón era el mayor, y sus ejércitos, más numerosos; él lideraría la expedición a Troya.

Ocurrió una mañana en las postrimerías del otoño, aun cuando no lo parecía, pues en el lejano sur los árboles no perdían las hojas y el aire de la mañana no venía cargado de frío. Nos demoramos en una roca escindida desde la que podía dominarse la infinitud del horizonte, observando morosamente el paso de los barcos y los fogonazos de los dorsos de los delfines cuando saltaban. Nos pusimos a lanzar guijarros desde el risco y nos inclinábamos para ver cómo iban deslizándose sobre la cara de piedra. Nos hallábamos a tal altura que no oíamos el ruido cuando chocaban contra las rocas del fondo.

—Ojalá tuviera la lira de tu madre —deseó.

—Pues sí. —Pero estaba en Ftía, se había quedado atrás, con todo lo demás. Permanecimos en silencio, rememorando la dulzura de la música procedente de sus cuerdas.

De pronto, Aquiles se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Qué es aquello?

Entrecerré los ojos para ver mejor. El sol flotaba sobre la línea del horizonte de

forma diferente ahora que era casi invierno y sus rayos parecían incidir en mis ojos desde todos los ángulos.

—No sabría decirte… —Fijé los ojos en la neblina instalada allí donde el mar se desvanecía en el cielo. Había una mancha lejana; podía ser un barco y también un engaño óptico causado por el brillo del sol sobre las aguas—. Si es una nave, traerá noticias —dije con ese pellizco ya habitual en el estómago. Cada vez temía más la noticia de que se había emprendido la búsqueda del último pretendiente de Helena, el que había roto su juramento. Yo era muy joven en aquel entonces. No entendía que ningún líder desearía que se supiera que alguien no acataba sus órdenes.

—Lo es, sin la menor duda —aseguró Aquiles. Ahora el borrón estaba más cerca. La nave debía moverse muy deprisa. El gris azulado del mar desdibujaba cada poco tiempo los colores brillantes de la vela—. No es un barco mercante. —Las naves dedicadas al comercio solían usar velas blancas únicamente por ser útiles y baratas. Un hombre debía ser rico de veras para malgastar el tinte en la lona de sus embarcaciones. Los emisarios de Agamenón usaban velas carmesíes y púrpuras, símbolos tomados de las casas reales de oriente. El velamen de aquel barco era amarillo con algunas volutas negras.

—¿Reconoces esos motivos? —quise saber.

Aquiles negó con la cabeza.

Observamos la maniobra del barco para entrar en el angosto acceso a la bahía de Esciro y luego varar en la arena. La tripulación dejó caer una tosca ancla de piedra y acto seguido sacaron una pasarela desde la borda. Nos encontrábamos demasiado lejos para apreciar con precisión a los muchos hombres de a bordo, más allá de que eran pelinegros.

Permanecimos allí todo el tiempo posible. A continuación, Aquiles se incorporó y recogió sus cabellos sueltos al viento debajo de un pañuelo. Hundí las manos en los pliegues de su vestido para ajustárselo mejor a la altura de los hombros y ceñirle cinturones y lazos. Ya no me extrañaba tanto verle con ese atavío. Aquiles se inclinó para darme un beso una vez hubimos terminado. El suave contacto de sus labios sobre los míos removió mi pasión. Él se dio cuenta al instante gracias al brillo de mis ojos y sonrió.

—Luego —me prometió.

Después se dio la vuelta y bajó por el sendero, de vuelta al palacio. Se dirigiría al ala de las mujeres y permanecería allí, entre telares y vestidos, hasta que se hubiera ido el mensajero.

Sentí detrás de los ojos cómo se formaban los albores de una jaqueca, así que me dirigí a mi cuarto, fresco y oscuro, donde eché los postigos para impedir el paso del sol de mediodía y me quedé dormido.

Me despertó un golpe en la puerta. Quizá fuera un siervo. O Licomedes.

—Adelante —respondí con los ojos aún cerrados.

—Es un poco tarde para eso —respondió una voz con una nota divertida, seca como las maderas que la marea arrastraba hasta la playa. Me incorporé y abrí los ojos a tiempo de ver a un hombre de pie en el quicio de la puerta abierta. Era un sujeto fornido y musculoso; lucía una barba muy corta, al estilo de los filósofos; era de color castaño oscuro con alguna hebra roja. Me sonrió, y pude apreciar las líneas que otras sonrisas habían marcado. En él era un gesto fácil y practicado, y eso removió un recuerdo en mi memoria—. Pido perdón si te he molestado —se disculpó con voz agradable y bien modulada.

—No importa —respondí, cauteloso.

—Esperaba poder tener la ocasión de conversar contigo. ¿Te importa si me siento? —Señaló una silla con la palma abierta de la mano. Había pedido permiso con toda cortesía y no encontré razón para negarle lo que pedía a pesar de mi desasosiego, así que asentí.

Acercó el asiento hacia sí. Tenía manos tan callosas y ásperas que no habría parecido extraño que hubieran sostenido un arado, pero, a pesar de todo, sus modales delataban un origen noble. Me levanté y abrí los postigos con la esperanza de librarme del sopor que me embargaba. No se me ocurría razón alguna por la que ningún hombre deseara ni un momento de mi tiempo, a menos que hubiera venido a reclamarme la observancia de mi juramento. Me di la vuelta para enfrentarme a él.

—¿Quién eres? —inquirí.

El desconocido se echó a reír.

—Una magnífica pregunta. He sido muy grosero al irrumpir en tu dormitorio de esta manera. Soy uno de los capitanes del gran rey Agamenón. Viajo de una isla a otra para convencer a jóvenes prometedores, como tú —dijo, y me señaló con una inclinación de cabeza—, de que se unan a nuestro ejército contra Troya. ¿Has oído hablar de la guerra?

—Algo he oído.

—Bien.

Sonrió y estiró las piernas delante de su posición. La luz mortecina de la tarde incidió sobre sus piernas, revelando una cicatriz rosácea que iba desde la pantorrilla derecha hasta la rodilla. «Una cicatriz escarlata». El estómago me dio un vuelco como si caminase por el mismo borde del acantilado más alto de Esciro sin otra cosa debajo que una larga caída hasta el mar. Era Ulises.

Dijo algo, pero no le oí. En mi mente, había regresado al salón de Tindáreo y recordaba aquellos negros ojos suyos a los que nada se les escapaba. ¿Sabría Ulises quién era yo? Observé su semblante, pero en él únicamente vi una expresión de expectación y una cierta perplejidad. «Está esperando a que le responda», recordé. Hice un esfuerzo por dominar el miedo.

—No te he escuchado, lo siento. ¿Qué me decías?

—¿Te interesa unirte a nuestra lucha?

—Dudo que me queráis con vosotros. No soy muy buen soldado.

Frunció los labios con acritud.

—Es curioso. Nadie parece serlo cuando yo acudo. —Su tono era desenfadado. Su frase era una broma compartida, no un reproche—. ¿Cómo te llamas?

—Quirónides. —Intenté parecer tan tranquilo como él.

—Quirónides —repitió. Observé su semblante en busca de algún indicio de incredulidad, pero no lo vi. La tensión de mis músculos aminoró un poco. No me reconocía, por supuesto que no. Había cambiado mucho desde los nueve años.

—Bueno, Quirónides, Agamenón promete oro y gloria a todos cuantos luchen por él. La campaña tiene pinta de ser corta. Habremos vuelto a casa para el próximo otoño. Estaré por aquí unos cuantos días y espero que te lo pienses.

Dejó caer las manos sobre las rodillas con aire tajante y se puso en pie.

—¿Eso es todo? —Yo había esperado por su parte una larga tarde de presión y persuasión.

—Sí, eso es todo. ¿Te veré en la cena?

Asentí. Hizo ademán de irse, pero de pronto se detuvo.

—Es raro, ¿sabes? Sigo creyendo que te he visto antes.

—Lo dudo —me apresuré a decir—. Yo no te reconozco.

Me estudió durante unos momentos y luego se encogió de hombros, rindiéndose.

—Debo de confundirte con otro joven. Ya conoces el dicho: a más años, menos memoria. —Se rascó la barba con aire pensativo—. ¿Quién es tu padre? Tal vez sea a él a quien conozca.

—Soy un exiliado.

Hizo un gesto de comprensión.

—Lamento saberlo. ¿De dónde vienes?

—De la costa.

—¿Norte o sur?

—Sur.

Sacudió la cabeza, compungido.

—Habría jurado que eras del norte. De algún lugar próximo a Tesalia, diría yo, o de Ftía. Pronuncias las vocales muy abiertas, como suelen hacer por allí.

Tragué saliva. Las consonantes de Ftía eran las más duras de toda Hélade y las vocales, las más abiertas. Yo lo había encontrado horroroso hasta que oí hablar a Aquiles. No me había dado cuenta de lo mucho que se me había pegado el acento.

—N-no lo sa-sabía —musité. El corazón me latía desbocado. Ojalá se fuera pronto.

—La información inútil es mi maldición, me temo. —Volvía a sonar

despreocupado, y esbozó esa sonrisa fácil suya—. No olvides venir a buscarme si decides que quieres unirte a nosotros o si conoces a cualquier otro joven con quien yo pudiera hablar.

La puerta se cerró con un clic tras su marcha.

La campana de la cena ya había sonado y los pasillos estaban llenos de criados con fuentes y sillas. Mi visitante ya estaba en el salón cuando yo entré. Se sentaba entre Licomedes y otro hombre. El rey se percató de mi llegada.

—Quirónides, te presento a Ulises, señor de Ítaca.

—Gracias sean dadas a los dioses por darnos anfitriones —respondió Ulises—. Solo después de irme me di cuenta de que no te había dicho mi nombre.

«Y yo no te lo pregunté porque lo sabía». Eso había sido un error, pero no irreparable. Puse unos ojos como platos y pregunté:

—¿Eres un rey?

Me apresuré a dejarme caer sobre una rodilla, representando mi mejor gesto de sorprendido homenaje.

—De hecho, en realidad, solo es un príncipe —precisó una voz, arrastrando las palabras—. El único que es rey soy yo.

Alcé la vista para encontrarme con los ojos del tercer hombre; eran de un castaño tan luminoso que parecían amarillos, y muy penetrantes. Este invitado llevaba una barba negra muy corta y enfatizaba los rasgos angulosos de su semblante con un afilado mentón.

—Este es Diomedes, rey de Argos —terció Licomedes—, un camarada de Ulises. —Y otro pretendiente de Helena, aunque solo me acordaba de su nombre.

—Mi señor. —Le hice una reverencia. No me dio tiempo a temer ser reconocido. Ya había dejado de mirarme.

—Bueno, ¿comemos? —preguntó Licomedes, señalando la mesa con un ademán.

Varios consejeros del monarca anfitrión se reunieron con nosotros en la mesa y yo me camuflé muy a gusto entre ellos. Ulises y Diomedes nos ignoraron, absortos en su conversación con Licomedes.

—¿Y cómo está Ítaca? —preguntó el rey de Esciro con amabilidad.

—Muy bien, gracias —contestó Ulises—. Allí he dejado a mi esposa y a mi hijo, ambos gozando de excelente salud.

—Pregúntale por su mujer —intervino Diomedes—, le encanta hablar de ella. ¿Has oído cómo se conocieron? Es su historia favorita. —Había en su voz una nota cortante apenas disimulada. Los comensales de mi alrededor dejaron de prestar atención a la comida para mirar.

Licomedes parecía estar atrapado entre ambos invitados, pero se aventuró a preguntar:

—Dime, príncipe de Ítaca, ¿cómo conociste a tu esposa?

Si el interpelado percibió la tensión reinante, no lo demostró.

—Eres muy amable por preguntarlo. Estoy seguro de que recordarás cuando Tindáreo buscó un marido para su hija Helena, le salieron pretendientes de todos los reinos.

—Yo no fui: ya estaba casado —respondió el rey de Esciro.

—Por supuesto, y estos eran demasiado jóvenes, me temo. —Me dedicó una sonrisa y luego centró su atención otra vez en Licomedes—. Yo tuve la fortuna de llegar el primero de todos. El monarca me invitó a cenar con su familia: Helena, su hermana Clitemnestra y la prima de ambas, Penélope.

—¿Invitar…? —se mofó Diomedes—. ¿Así es como se llama ahora a colarse entre los helechos para espiarlas?

—Estoy seguro de que el príncipe de Ítaca no haría algo así —rebatió Licomedes con gesto de desaprobación.

—Aprecio tu fe en mí, pero, por desgracia, sí, eso fue lo que hice. —Dedicó una jovial sonrisa al señor de Esciro—. De hecho, fue Penélope quien me pilló. Según me dijo, me había estado observando cerca de una hora y pensó que debía adelantarse antes de que me hiciera daño entre los espinos. La situación fue un tanto incómoda, por supuesto, pero en el curso de la cena pude ver que Penélope era tan inteligente como sus primas, e igual de bella, así que…

—¿Tan hermosa como Helena? —le interrumpió Diomedes—. ¿Y entonces por qué llegó soltera a los veinte?

—Estoy seguro de que no vas a pedir a ningún hombre que compare desfavorablemente a su esposa con ninguna otra mujer —repuso Ulises con voz dulce.

Diomedes puso los ojos en blanco y volvió a limpiarse los dientes con la punta del cuchillo.

—Así pues, en el transcurso de nuestra conversación, tuve claro que la dama Penélope me favorecía —le dijo Ulises a Licomedes.

—No por tus pintas, eso desde luego —apostilló Diomedes.

—Ciertamente, no —convino Ulises—. Ella me preguntó por el regalo de bodas que le haría a mi prometida. «Un tálamo nupcial del mejor roble», le contesté yo, muy galante, pero esa respuesta no la satisfizo. «Un lecho de boda no debe estar hecho de madera muerta y seca, debe ser algo verde y vivo», esa fue su réplica. «¿Vendrías conmigo si yo fuera capaz de hacer una cama así?», le pregunté, a lo que ella me contestó…

El rey de Argos profirió un ruido de disgusto.

—Esta historia tuya del tálamo conyugal me da vomitera…

—Entonces, quizá no debiste sugerir que la contara…

—Y tal vez tú deberías preparar historias nuevas para no andar jodiéndome hasta que la palme de aburrimiento.

Licomedes se quedó sorprendido: el lenguaje obsceno quedaba reservado para los cuartos de los criados y los campos de entrenamiento, no para las cenas de Estado, pero Ulises se limitó a sacudir la cabeza con tristeza.

—En verdad, los argivos se vuelven más bárbaros conforme pasan los años. Licomedes, muéstrale al rey de Argos un poco de civilización. Espero poder ver a las famosas bailarinas de tu isla.

Licomedes tragó saliva.

—Sí, no había pensado… —Enmudeció y luego empezó otra vez con la más regia voz de que fue capaz—. Si así lo deseáis…

—Sí. —Esta vez fue Diomedes quien contestó.

—Bien. —Los ojos del monarca fueron raudos de un invitado a otro. Tetis le había ordenado mantener a las mujeres lejos de todas las visitas, pero rehusar a esa petición habría resultado bastante sospechoso. Se aclaró la garganta con el fin de sonar decidido y dijo—: Bueno, llamémoslas entonces.

Hizo un gesto brusco a un criado, que dio media vuelta y se marchó corriendo del salón. Yo mantuve la vista fija en el plato a fin de evitar que se advirtiera el pánico de mis facciones.

La llamada había sorprendido a las mujeres y seguían haciendo pequeños ajustes en los peinados y las ropas cuando se adentraron en el salón real. Aquiles se hallaba entre ellas, con la cabeza cuidadosamente cubierta y los ojos entornados con modestia. Los ojos se me iban con ansiedad a los semblantes de Ulises y Diomedes, pero ninguno de los dos le dedicó una mirada siquiera.

La música empezó en cuanto las muchachas ocuparon sus posiciones y nosotros observamos cómo iniciaban una compleja secuencia de pasos. La ausencia de Deidamia aminoraba la calidad del espectáculo, pues era la mejor bailarina de todas, pero el baile era muy hermoso.

—¿Cuál de ellas es tu hija? —quiso saber Diomedes.

—No se encuentra aquí, rey de Argos. Está de visita con su familia.

—Qué lástima —repuso el monarca argivo—, esperaba que fuera esa de ahí. —Señaló a una chica situada al fondo, una menuda y de tez oscura. No se parecía en nada a Deidamia y sus tobillos resultaban especialmente adorables cada vez que se hacían visibles debajo del ondulante dobladillo del vestido.

Licomedes se aclaró la garganta.

—¿Estás casado, mi señor?

Diomedes esbozó una media sonrisa.

—Por ahora —contestó sin apartar la vista de las mujeres.

Ulises se incorporó cuando la danza hubo terminado y alzó la voz para que todos

le oyeran.

—Vuestro número nos ha honrado de verdad. Muy pocos mortales pueden alardear de haber visto a las bailarinas de Esciro. Os hemos traído regalos para vosotras y vuestro rey como muestra de admiración.

Un murmullo de entusiasmo recorrió las filas de comensales. Esciro no era un destino frecuente para los objetos de lujo, pues nadie tenía dinero para pagarlos.

—Eres demasiado amable —respondió Licomedes con las mejillas arreboladas por sincero gozo, pues no había esperado semejante generosidad.

A una señal de Ulises, los criados trajeron unas arquetas y depositaron su contenido sobre las largas mesas. Atisbé el destello de la plata y el fulgor del vidrio y las gemas. Todos nosotros, hombres y mujeres, nos inclinamos hacia delante, ávidos por verlas.

—Por favor, tomad lo que queráis —invitó el príncipe itacense.

Las muchachas se dirigieron a toda prisa hacia los regalos. Las observé toquetear las relucientes chucherías: perfumes dentro de delicadas botellas de cristal tapadas con cera, espejos con asas de marfil, sinuosas ajorcas de oro, cintas teñidas de púrpura y rojo. Entre los presentes había unas cuantas cosas destinadas a Licomedes y sus consejeros, pensé: escudos con correas de cuero, astas de lanza talladas y espadas plateadas con finas y flexibles fundas hechas con piel de cabrito. Al señor de Esciro le centellearon los ojos al ver uno de esos aceros, similar a un pez que ha mordido el anzuelo. Ulises permanecía cerca, dominando la escena con aire benevolente.

Aquiles se mantuvo en retaguardia, merodeando lentamente entre las mesas. Se detuvo para verter unas gotas de perfume sobre sus finas muñecas y acariciar la suave asa de un espejo. Se entretuvo otro momento para juguetear con un par de pendientes de gemas blancas engarzadas en un hilo de plata.

Un movimiento atrajo mi atención hacia el extremo final del salón: Diomedes había atravesado la estancia y conversaba con uno de sus servidores, que asintió y franqueó la gran puerta doble de la entrada. Fuera lo que fuese, no podía ser nada importante: el monarca argivo parecía medio dormido, con los ojos entrecerrados y con aspecto aburrido.

Miré otra vez a Aquiles; se había puesto los pendientes y los giraba mientras soltaba una risilla tonta, haciéndose pasar por chica. Aquello le divertía, lo supe al ver la comisura de sus labios fruncida hacia arriba. Recorrió el salón con la mirada y entonces, por un momento, reparó en mi semblante. No pude contenerme y sonreí.

Alguien hizo sonar un cuerno con fuerza aterradora. El sonido procedía del exterior, fue una nota sostenida seguida de tres toques cortos: nuestra señal para el peligro más grave e inminente. Licomedes se apresuró a levantarse mientras los guardias se volvían hacia esa puerta. Las chicas gritaron y se aferraron unas a otras y

soltaron sus tesoros, que quedaron esparcidos sobre el suelo entre cristales rotos.

Todas, salvo una.

Aquiles había echado mano a uno de los aceros plateados y lo había sacado de su funda de piel de cabrito antes de que hubiera terminado de sonar el último toque. La mesa impedía su avance hacia la puerta, así que la salvó de un salto en un abrir y cerrar de ojos mientras echaba mano a una lanza al pasar. Cayó sobre el suelo con las armas ya en alto y adoptando una letal pose que no encajaba con una chica ni con ningún otro hombre, sino con «el guerrero más grande de su generación».

Me volví de inmediato hacia Ulises y Diomedes. Me horroricé al verles sonreír.

—Muy buenas, príncipe Aquiles —saludó el príncipe de Ítaca—. Te estábamos buscando.

Permanecí allí de pie, impotente, mientras la corte de Esciro asimilaba las palabras de Ulises, que se había girado hacia Aquiles sin quitarle la vista de encima; este no se movió durante unos instantes, pero luego, muy despacio, bajó las armas.

—Mi señor Ulises —contestó con una voz sorprendentemente tranquila—, mi señor Diomedes. —Inclinó la cabeza con amabilidad, como se hacía entre príncipes —. Me honra ser el centro de tanto esfuerzo. —Fue una respuesta excelente, llena de dignidad y un leve toque burlón. En ese momento les hubiera resultado más duro humillarle—. Debo asumir que deseáis hablar conmigo, ¿no? Esperad un momento y enseguida me reuniré con vosotros.

Depositó la espada y la lanza con todo cuidado sobre la mesa y con agilidad se desanudó el pañuelo y se lo quitó. Su cabello expuesto refulgió como el bronce pulido. Los hombres y mujeres de la corte de Licomedes susurraban entre sí, escandalizados, y no apartaban los ojos de Aquiles.

—Tal vez esto sea de ayuda. —Ulises había sacado una túnica de una caja o una bolsa.

Se la lanzó a Aquiles, que la cogió al vuelo, y dijo:

—Gracias.

Los cortesanos observaron hipnotizados cómo se desvestía hasta la cintura y se ponía la nueva prenda.

Ulises se volvió hacia la parte frontal de la habitación.

—Licomedes, ¿harías el favor de permitirnos usar unas dependencias? Tenemos mucho que discutir con el príncipe de Ftía.

El semblante del rey de Esciro era una máscara helada. Supe que estaba pensando en Tetis y su castigo. No contestó.

—Licomedes. —La voz de Diomedes fue brusca, chasqueó como un vendaval.

—Sí —respondió el interpelado con voz ronca. Le compadecí. Me compadecí de todos nosotros—. Sí. Tenéis una justo ahí. —La señaló con la mano.

—Gracias —contestó Ulises, y asintió para luego dirigirse hacia la puerta con aire

confiado, como si no le pasara por la imaginación que Aquiles pudiera hacer otra cosa que seguirle.

—Después de ti —invitó Diomedes con una sonrisa de suficiencia. Aquiles vaciló y me miró de refilón unos segundos.

—Oh, claro —dijo Ulises a voz en grito Aquiles, hablando de espaldas—, te invitamos a traer a Patroclo contigo si así lo prefieres. También tenemos asuntos pendientes con él.

QUINCE

La estancia tenía varios tapices raídos y cuatro sillas. Me obligué a sentarme erguido, con la espalda pegada al respaldo de madera, como haría un príncipe. El semblante de Aquiles reflejaba la tensión de lo vivido y el cuello se le había puesto colorado.

—Fue una trampa —acusó.

Ulises permaneció imperturbable.

—Fuiste listo a la hora de esconderte; debíamos serlo aún más para encontrarte.

Aquiles enarcó una ceja con altivez principesca.

—¿Y bien? Ya me habéis encontrado. ¿Qué queréis?

—Que nos acompañes a Troya —contestó el itacense.

—¿Y si no deseo ir?

—En tal caso, haremos saber todo esto. —Diomedes alzó el atavío tirado que había usado Aquiles.

Aquiles se sonrojó como si le hubieran abofeteado. Una cosa era llevar un vestido, impelido por la necesidad, y otra muy distinta que todos lo supieran. Nuestro pueblo reservaba los más feos apelativos para los hombres que actuaban como mujeres; semejantes insultos habían provocado la pérdida de muchas vidas.

Ulises alzó una mano, pidiendo contención.

—Todos los aquí presentes somos nobles y no debería ser preciso llegar a tomar tales medidas. Espero que seamos capaces de ofrecerte otras razones que te hagan aceptar de buen grado…, como la fama, por ejemplo. La ganarás a raudales si luchas a nuestro lado.

—Habrá otras guerras.

—No como esta —refutó Diomedes—. Va a ser la mayor contienda de nuestro pueblo, será recordada en leyendas y cantada durante generaciones. Serías un bobo si te la perdieras.

—No veo otra cosa que un marido cornudo y la ambición de Agamenón.

—En tal caso, estás ciego. ¿Hay algo más heroico que luchar por el honor de la mujer más hermosa del mundo contra la ciudad más poderosa de oriente? Perseo no puede presumir de tanto, ni Jasón. Heracles mataría a su mujer de nuevo a cambio de tener la ocasión de acompañarnos. Dominaremos Anatolia y todo el camino hacia Arabia. Grabaremos nuestros nombres en las historias de todas las edades venideras…

—Pensé que habías dicho que iba a ser pan comido y que íbamos a estar en casa para el próximo otoño —conseguí decir. Debía hacer algo para poner freno a ese torrente de palabras.

—Mentí. —El príncipe de Ítaca se encogió de hombros—. No tengo la menor idea de cuánto tiempo va a durar. Será más breve si contamos contigo —apostilló, mirando a Aquiles. Sus ojos oscuros te arrastraban como la resaca y daba igual que nadases contra ella—. Los hijos de Troya son conocidos por su habilidad en el combate y escribirás tu nombre en las estrellas con sus muertes. Si te pierdes la guerra, dejarás pasar tu posibilidad de ser inmortal. Te quedarás atrás, serás un desconocido. Sumarás más y más años, envejecerás en la oscuridad del anonimato.

Aquiles crispó el gesto.

—No puedes saber eso.

—En realidad, sí. —Ulises se reclinó sobre el respaldo de la silla—. Tengo la fortuna de conocer algo a los dioses. Y ellos me han considerado lo bastante adecuado para compartir conmigo una profecía sobre ti.

Debía haberlo imaginado: Ulises no iba a venir con un escabroso chantaje como único recurso. En las historias le llamaban *polutropos*[9], el de los ardides. El miedo se removió en mí como la ceniza.

—¿Qué profecía? —quiso saber Aquiles.

—Tu divinidad se consumirá sin usar y tus fuerzas menguarán si no vienes a Troya. Como mucho, acabarás como nuestro anfitrión, el rey Licomedes, enmoheciendo en una isla olvidada y sin sucesores varones. Cualquier Estado cercano conquistará Esciro a no mucho tardar, y eso lo sabes tan bien como yo. Pero no le matarán, ¿por qué iban a hacerlo? Puede consumir sus años en algún rincón, senil, solo, comiendo el pan blando que le tiren. La gente preguntará quién era a su muerte. —Las palabras llenaron la habitación, consumiendo el aire hasta que no fuimos capaces de respirar. Esa vida era horrible, pero Ulises era incansable—: Ahora es conocido porque se cruzan su historia y la tuya. Tu fama será tan grande si vas a Troya que cualquier hombre pasará a la leyenda eterna solo por haberte dado una copa. Serás…

Las puertas se abrieron de sopetón en medio de una lluvia de astillas y Tetis se personó en el quicio de la puerta, flamígera como una llama viva. Todos sentimos su condición de diosa: nos chamuscó los ojos y calcinó los extremos rotos de la puerta.

Finos fragmentos de la puerta destruida cubrían la barba oscura de Ulises, que se puso en pie.

—Te saludo, Tetis.

La mirada flamígera de la diosa fue a por el mortal como una serpiente se lanza a por su presa. La tez de Tetis refulgió. El aire tembló ligeramente alrededor de Ulises, como si lo consumiera el calor o soplara una brisa. Diomedes, que había caído al suelo, se alejó poco a poco. Yo cerré los ojos para no ver el estallido de llamas.

Abrí los ojos durante el silencio sepulcral que se hizo a continuación. El itacense seguía ileso y los puños apretados de la nereida se estaban volviendo blancos. Mirarla

ya no quemaba los ojos.

—La doncella de ojos grises siempre ha sido muy amable conmigo —le explicó el itacense, casi a modo de disculpa—. Ella sabe por qué estoy aquí, bendice y protege mi propósito.

Tuve la impresión de que me había perdido una parte de la conversación y ahora me esforcé para reconstruirla. La doncella de ojos grises debía de ser… la diosa de la guerra y sus artes. Se decía que premiaba la inteligencia por encima de todas las cosas.

—Atenea no tiene hijos que perder. —Las palabras chirriaron mientras salían de su boca y flotaron en el aire.

Ulises no hizo intento alguno de contestar, solo se volvió hacia el príncipe de Ftía y le instó:

—Pregúntale a ella, pregunta a tu madre qué es lo que sabe.

El interpelado tragó saliva. El sonido se oyó en toda la habitación. Los ojos de Aquiles se encontraron con las pupilas negras de su madre.

—¿Es cierto lo que dice?

—Lo es, pero hay más; él no te ha contado la peor parte —repuso con voz monocorde, como si las palabras fueran pronunciadas por una estatua—. Jamás regresarás si vas a Troya. Morirás joven allí.

Aquiles empalideció.

—¿Es eso cierto?

Eso es lo primero que preguntaban todos los mortales con incredulidad, miedo y sorpresa. «¿No soy yo una excepción?».

—Lo es.

Yo me habría venido abajo si Aquiles me hubiera mirado en ese momento, me habría echado a llorar y jamás me habría detenido, pero no apartaba los ojos de su madre.

—¿Qué debo hacer? —inquirió con un hilo de voz.

Un temblor alteró las aguas tranquilas del semblante de Tetis.

—No me pidas que yo elija —contestó antes de desvanecerse.

No consigo recordar qué dijimos a esos dos hombres, ni cómo nos fuimos de su lado ni cómo llegamos a nuestros dormitorios. Recuerdo su semblante: la piel tensa de las mejillas y la palidez apagada de su frente. Tenía hundidos los hombros, por lo general tan erguidos y perfectos. La pena creció en mi interior hasta que estuvo a punto de ahogarme. «Su muerte». Solo de pensarlo me sentía morir, caía en picado a través de un cielo absolutamente negro.

«No debes ir». Estuve a punto de decirlo mil veces, pero en vez de eso sostuve sus veloces manos entre las mías. Estaban frías y muy quietas.

—No sé si podré soportarlo —dijo al fin.

Había cerrado los ojos, como para no ver aquel horror. No se refería a su muerte, yo lo sabía bien, sino a la pesadilla tejida por Ulises: la pérdida de su esplendor, la consunción de su gracia. Yo había visto cuánto júbilo obtenía de su propia habilidad y esa pujante vitalidad, siempre bajo la superficie. ¿Qué era él, sino maravilloso y radiante? ¿Quién sino él estaba destinado a la fama?

—No me importa, me da igual en qué te conviertas. —Las palabras se escaparon a duras penas por entre mis labios—. Eso me da igual. Estaremos juntos.

—Lo sé —contestó en voz baja.

Él lo sabía, pero le resultaba insuficiente. El pesar era tan grande que amenazaba por atravesarme la piel. A su muerte, Aquiles enterraría con él todas las cosas veloces, hermosas y luminosas. Abrí la boca para hablar, pero fue demasiado tarde.

—Voy a ir —anunció—. Iré a Troya.

El destello rosado de su labio, el verde febril de sus ojos, su rostro desprovisto de arrugas… Nada en él decaía ni se marchitaba. Él era áureo, deslumbrante, era la primavera. La envidiosa muerte se bebería su sangre y sería joven de nuevo.

Me miraba con unos ojos profundos como el abismo.

—¿Vas a acompañarme? —quiso saber.

El interminable dolor del amor y el pesar estaba ahí. Quizás en otra vida podría haberme negado, tal vez podría haberme tirado de los pelos y puesto a chillar, tal vez en otra vida podría haberle hecho afrontar solo esa elección, pero no en esta. Él navegaría rumbo a Troya y yo le seguiría, incluso hasta la muerte.

—Sí, sí —contesté con un hilo de voz.

El alivio inundó su rostro y se extendió a mi persona. Le dejé que me sujetara y apretara tanto que no había espacio entre nosotros para que cupiera nada.

Después hicieron acto de presencia las lágrimas, y se derramaron, y las constelaciones se pusieron a girar sobre nosotros, y la luna empezó a trazar su fatigoso curso. Yacimos acongojados e insomnes mientras transcurrían las horas.

Aquiles se levantó con gesto forzado cuando clareó el alba y anunció:

—Debo decírselo a mi madre.

Estaba pálido y le habían aparecido ojeras. Ya parecía mayor. El pánico creció en mi interior. «No vayas», quise decir, pero él se puso una túnica y se marchó.

Me tendí de espaldas e intenté no pensar en el paso de los minutos. En el día de ayer los teníamos en abundancia y ahora cada uno era como una gota de sangre perdida.

La habitación cobró un tono gris y luego se volvió blanca. La cama era demasiado grande y sin él se enfrió. No escuchaba sonido alguno y esa quietud me asustaba. «Es como una tumba». Me incorporé, me froté los miembros y les di palmadas para

hacerlos entrar en calor mientras intentaba controlar la creciente histeria. «Así es como va a ser cada día sin él». Sentí una tirantez ciega en el pecho, como un grito. «Cada día sin él».

Abandoné el palacio, desesperado por poder gritar, e inicié el ascenso a los acantilados de Esciro, unas grandes rocas desde las que se dominaba el mar. Los vientos me zarandeaban y las piedras eran resbaladizas a resultas de las salpicaduras del mar, pero la tensión y el peligro me estabilizaron. Subí como una ardilla hacia el pico más traicionero, un lugar adonde hasta la fecha había tenido miedo de ir. Las rocas estaban lo bastante afiladas como para hacerme cortes en las manos y dejaba manchas de sangre allí donde pisaba. Di la bienvenida a ese dolor puro y cotidiano. Resultaba ridículo lo fácil que era de soportar.

Alcancé la cima, un descuidado montón de rocas desgastadas amontonadas al borde del precipicio, y permanecí de pie sobre ella. Mientras efectuaba el ascenso se me había ocurrido una idea temible y temeraria.

Me puse de cara al mar y grité al viento arrebatador.

—¡Tetis, Tetis! —El sol estaba en su cenit en ese momento; madre e hijo debían de haber terminado la entrevista hacía mucho tiempo. Inspiré por tercera vez.

—No vuelvas a pronunciar mi nombre.

Me volví hacia ella y estuve a punto de perder el equilibrio. Las rocas se me clavaron en los pies y el viento me azotó de firme. Me agarré a un saliente de piedra para sujetarme y alcé la mirada.

Estaba más pálida que de costumbre, la suya era la blancura del primer hielo de invierno. Había estirado los labios para exhibir los dientes.

—Eres un idiota, baja de ahí —me instó—. Tu estúpida muerte no va a salvarle.

No era tan audaz como me creía. La malicia de su rostro me hizo estremecer, pero me obligué a hablar para preguntar algo que necesitaba saber de ella.

—¿Cuánto va a vivir?

Ella profirió un sonido similar al aullido de una foca; necesité unos instantes para comprender que era una risotada.

—¿Por qué? ¿Para prepararte? ¿Para intentar evitarlo? —El desdén presidía el semblante de la nereida.

—Sí, si puedo —respondí. Soltó otra vez ese sonido—. Por favor. —Me puse de rodillas—. Dímelo, por favor.

La carcajada cesó, tal vez porque me había arrodillado, y la diosa me contempló por un momento.

—Héctor morirá primero —respondió—. Eso es cuanto se me ha dado a conocer.

«Héctor».

—Gracias.

La nereida entrecerró los ojos.

—No te atrevas a agradecerme nada. He venido por otra razón. —Su voz siseó como el agua vertida sobre carbones al rojo. Yo esperé mirando su rostro, blanco como un hueso astillado—. No va a ser tan fácil como él se cree. Las Moiras[10] han prometido fama, sí, pero ¿cuánta? Mi hijo va a necesitar proteger su honor con extremo cuidado. Es demasiado confiado y los hombres de Hélade son como perros a la greña —soltó con desprecio—. No van a tolerar la preeminencia de ningún otro. Yo haré cuanto esté en mi mano, y tú también. —Su mirada recayó sobre mis largos brazos y huesudas rodillas—. No vas a desacreditarle, ¿lo entiendes?

«¿Lo entiendes?».

—Sí —contesté, y así era. La fama de Aquiles debía merecer el precio que iba a pagarse por ella, una vida. Una ínfima brisa rozó el dobladillo del vestido de Tetis, lo cual me hizo pensar que estaba a punto de marcharse de regreso a las cuevas del océano. Algo me impulsó a ser audaz y pregunté—: ¿Es Héctor un buen soldado?

—El mejor, a excepción de mi hijo —respondió ella.

Tetis volvió la mirada hacia la derecha, donde el acantilado caía bruscamente.

—Viene hacia aquí —anunció.

Aquiles coronó la cima y se acercó a mi posición. Estudió mi rostro y mi piel ensangrentada.

—Te he oído hablar —dijo.

—Con tu madre —respondí.

Se arrodilló y puso uno de mis pies sobre su regazo para luego, con suavidad, limpiar la suciedad y el polvo y retirar los trocitos de roca de las heridas. Rasgó una tira del bajo de su túnica e improvisó un fuerte vendaje para restañar la sangre.

Cerré mi mano sobre la suya y le dije:

—No debes matar a Héctor.

Alzó el hermoso rostro realzado por el dorado de sus cabellos para mirarme.

—Mi madre te ha contado el resto de la profecía.

—En efecto.

—Y tú crees que nadie, salvo yo, puede matar a Héctor.

—Así es.

—¿Y pretendes ganarle tiempo al destino?

—Sí.

—Ah. —Una tímida sonrisa se extendió por su semblante. Siempre le habían encantado los desafíos—. Bien, pero ¿por qué iba a matarle? No me ha hecho nada.

Y entonces sentí un atisbo de esperanza por vez primera en mucho tiempo.

Zarpamos esa misma tarde, pues ya no había razón para demorarse. El rey de

Esciro, siempre consciente de sus deberes, vino al muelle para despedirnos. Los tres nos quedamos allí, hablando con fría formalidad, mientras Ulises y Diomedes se encaminaban al barco. Iban a escoltarnos de regreso a Ftía, donde Aquiles debía reunir sus propias tropas.

Quedaba una cosa pendiente por hacer y yo sabía que Aquiles no deseaba hacerla.

—Licomedes, mi madre me ha pedido que te transmita su deseo. —Un leve temor alteró el semblante del anciano, pero le sostuvo la mirada a su yerno.

—¿Es sobre el pequeño?

—Sí.

—¿Y cuál es su voluntad? —inquirió el monarca con precaución.

—Desea educar al niño ella misma. —La voz le tembló al ver el rostro del viejo rey—. Mi madre dice que va a ser un varón y que lo reclamará cuando esté destetado.

Se hizo el silencio. Licomedes cerró los ojos. Intuí que estaba pensando en su hija, cuyos brazos no iban a poder abrazar ni al esposo ni al hijo.

—Ojalá no hubieras venido —deseó.

—Lo siento —se disculpó Aquiles.

—Marchaos —susurró el anciano monarca.

Le obedecimos.

Navegamos a bordo de una nave de excelente acabado y con una nutrida tripulación. La dotación se movía con calma y competencia. Los cabos de fibras nuevas centelleaban al sol y los mástiles eran tan recientes que parecían árboles vivos. El mascarón de proa era una belleza como no había visto igual en mi vida: una mujer alta de cabellos y ojos oscuros con los dedos de las manos enclavijados como en un gesto de contemplación. Era hermosa, pero discreta. Tenía una barbilla elegante y el pelo recogido en un moño, así que era posible admirar su cuello de cisne. El mascarón estaba pintado de forma primorosa, interpretando a la perfección hasta el menor detalle.

—Estáis admirando a mi mujer, según veo.

Ulises se unió a nosotros junto a la barandilla, donde apoyó los musculosos antebrazos.

—Al principio se negó a permitir que el artista se acercara a ella. Tuve que hacer que la siguiera en secreto. Al final, creo que todo salió bien.

Un matrimonio por amor era tan raro como los cedros del Líbano, y casi me hizo desear que ese hombre me cayera bien, pero ya había visto demasiadas sonrisas suyas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Aquiles por educación.

—Penélope —contestó el príncipe de Ítaca.

—¿Es nueva la nave? —tercié yo. Si él deseaba hablar de su esposa, yo prefería

hablar de cualquier otra cosa.

—Sí. Hasta el último tablón está hecho con la mejor madera de Ítaca. —Palmeó la barandilla con su manaza como un jinete el flanco de su caballo.

—¿Otra vez te has puesto a alardear de tu nuevo barco? —preguntó Diomedes, que se acababa de unir a nosotros. Se había recogido los rizos negros con una banda de cuero, lo cual confería a su rostro un aspecto más afilado de lo habitual.

—Sí.

El argivo lanzó un salivazo al mar.

—El rey de Argos está hoy inusualmente elocuente —ironizó Ulises. Aquiles no les había visto antes el juego, cosa que yo sí, y su vista iba de uno a otro. Al final, una pequeña sonrisa le curvó la comisura de la boca—. Dime —prosiguió Ulises—, ¿crees que esa viveza intelectual tuya proviene de que tu padre se comiera los sesos de aquel hombre?

—¿Qué…? —El príncipe de Ftía se quedó boquiabierto.

—¿No conoces la historia del poderoso Tideo, rey de Argos, devorador de cerebros?

—He oído hablar de él, pero nada sobre lo de los cerebros…

—Pensaba hacer pintar la escena en nuestra vajilla —repuso Diomedes.

Yo había tomado al argivo como el perro de Ulises en el banquete de Esciro, pero entre los dos hombres había un entusiasmo y un antagonismo tan placentero que solo era posible entre iguales. Y también recordé haber oído el rumor de que Diomedes era otro favorito de Atenea.

—Recuérdame que no cene en Argos en una buena temporada.

Diomedes se echó a reír. No era un sonido agradable.

Los dos reyes tenían ganas de hablar y se demoraron junto a la borda con nosotros y empezaron a intercambiar historias de viajes marinos, guerras, pruebas ganadas en un lejano pasado… Aquiles era un oyente ávido que formulaba una pregunta tras otra.

—¿Dónde te hiciste eso? —Y señaló la cicatriz de la pierna del rey de Ítaca.

—Ah, esa es una historia que sí merece ser contada —repuso el interpelado, frotándose las manos—. Pero antes debo hablar con el capitán. —Señaló con un ademán al sol, cuya esfera completa colgaba suspendida a poca altura sobre el horizonte—. Pronto vamos a tener que detenernos para acampar.

—Yo iré —se ofreció el argivo, incorporándose desde donde se había recostado sobre la borda—. He oído esa narración casi tantas veces como la nauseabunda del tálamo nupcial.

—Tú te lo pierdes —gritó Ulises mientras el otro, ya de espaldas, se alejaba—. No le hagáis ni caso. Su esposa es una perra con un mal genio de cuidado capaz de amargarle el carácter a cualquiera, en cambio, la mía…

—Juro que como acabes esa frase te tiro por la borda y tienes que ir a Troya a nado. —El vozarrón de Diomedes recorrió toda la longitud del barco.

—¿Lo veis? —Ulises meneó la cabeza—. Un amargado.

Aquiles rio, encantado con ambos. Parecía haber olvidado su parte a la hora de desenmascararle y todo cuanto había sucedido con anterioridad.

—¿Por dónde iba?

—La historia de la cicatriz —se apresuró a recordarle Aquiles.

—Ah, sí, la cicatriz. Cuando tenía trece años…

Observé cómo le cautivaban las palabras del señor de Ítaca. «Es demasiado confiado». Pero no tenía intención alguna de convertirme en el cuervo posado todo el tiempo sobre su hombro que se pone a anunciar desgracias.

El sol se deslizó hasta desaparecer de los cielos y nosotros nos acercamos a una oscura franja de tierra donde teníamos intención de acampar. La nave halló un fondeadero y los marineros la arrastraron sobre la costa para pasar la noche. Luego descargaron los suministros: comida, lechos y tiendas para los príncipes.

Nos instalamos en el campamento dispuesto para nosotros, consistente en un pequeño fuego y un pabellón.

—¿Está todo en orden por aquí? —preguntó Ulises, que se había acercado.

—Muy bien —contestó Aquiles, y esbozó una de sus sonrisas fáciles y llenas de honestidad—. Gracias.

Ulises respondió con otra sonrisa que dejó ver sus dientes, cuya blancura se realzó por el contraste con la negritud de su barba.

—Excelente. Os basta con una tienda, ¿no? Tengo entendido que preferís compartirlo todo, tanto aposentos como sacos de dormir, o eso he oído…

El acaloramiento y la impresión se me subieron a la cara, y oí cómo Aquiles, que estaba a mi lado, dejó de respirar.

—Vamos, vamos, no hay necesidad de avergonzarse. Es moneda corriente entre los muchachos. —Se rascó el mentón con aire evaluador—. Aunque ya hace mucho que dejasteis de ser unos niños. ¿Qué años tenéis?

—Eso no es verdad —refuté. Estaba colorado y la sangre de mi rostro prendió fuego a mi voz, que se oyó por toda la playa.

El itacense enarcó una ceja.

—Verdad es lo que los hombres creen y eso es lo que creen de vosotros, pero tal vez anden equivocados. Si ese rumor te preocupa, déjalo atrás cuando te embarques rumbo a la guerra.

—Eso no es de tu incumbencia, príncipe de Ítaca —contestó con voz tensa Aquiles, enojado.

Ulises alzó ambas manos en un gesto de disculpa.

—Me excuso si os he ofendido. He venido a desearos buenas noches a ambos y a

asegurarme de que todo estaba a vuestro gusto. Príncipe Aquiles, Patroclo. —Hizo una reverencia con la cabeza y regresó a su tienda.

El silencio se instaló entre nosotros dentro de la tienda. Yo me había preguntado cuándo iba a plantearse aquel asunto. Muchos chicos tomaban a otros como amantes, tal y como había dicho Ulises, pero esas historias terminaban cuando se hacían mayores, a menos que se tratara de esclavos o de mancebos de pago. A nuestros hombres les gustaba conquistar y no confiaban en un hombre que era conquistado.

«No vas a desacreditarle», había dicho Tetis. Y ese era uno de los aspectos a los que se refería, por eso dije:

—Quizá tenga razón.

Aquiles levantó la cabeza y torció el gesto.

—No es eso lo que piensas.

—Yo no pretendía decir… —Empecé a retorcerme los dedos—. Yo seguiría a tu lado, pero podría dormir fuera para que la cosa no resultara tan obvia. Tampoco necesito asistir a tus reuniones y…

—No. A los hombres de Ftía no les preocupa y el resto puede hablar cuanto guste. Seguiré siendo el *aristós achaion.* —El mejor de los griegos[11].

—Esto podría ensombrecer tu honra.

—Pues entonces ya está hecho. —Apretó los dientes con determinación, resuelto —. Si dejan que mi gloria suba o baje por esto…, son idiotas.

—Pero Ulises…

Sus ojos verdes como hojas de primavera se encontraron con los míos cuando dijo:

—Les he dado mucho, Patroclo, pero no pienso darles esto.

Y ya no hubo nada más que añadir después de eso.

Al día siguiente, cuando Noto, el dios del viento del sur, hinchó nuestra vela, buscamos a Ulises en la proa.

—Príncipe de Ítaca —le llamó Aquiles con voz formal; ya no hubo ni una sola de las sonrisas juveniles de la jornada anterior—, desearía oírte hablar de Agamenón y el resto de los reyes. Me gustaría saber más de los hombres a los que voy a unirme y de la princesa por la que voy a luchar.

—Muy prudente por tu parte, príncipe Aquiles. —Ulises no efectuó comentario alguno sobre el cambio operado en el príncipe de Ftía, si es que lo notó. Nos condujo hasta unos bancos situados en la base del mástil, justo debajo del vientre inflado de la vela—. Bueno, ¿por dónde empiezo? —Se rascó con aire ausente la cicatriz de la pierna, más descarnada, pelada y arrugada a la luz del día—. Por un lado, está Menelao, cuya esposa debemos recuperar. Se convirtió en rey de Esparta después de

que Helena le eligiera como esposo. Eso puede contártelo Patroclo. Se le tiene por un buen hombre, valiente en el combate y muy querido por casi todo el mundo. Muchos reyes se han sumado a su causa de buen grado, no solo quienes estaban obligados por el juramento.

—¿Quiénes? —inquirió Aquiles.

Ulises empezó a decir los nombres, llevando la cuenta con sus grandes manos de granjero.

—Meríones, Idomeneo, Filoctetes. Áyax, bueno, los dos Áyax, el grande y el pequeño. —Uno era el tipo a quien yo recordaba del salón de Tindáreo, el hombrón del escudo; no tenía idea alguna de quién podría ser el otro—. También debemos incluir allí a Néstor, el viejo rey de Pilos. —También me sonaba ese hombre. Había navegado con Jasón, el argonauta, de joven en busca del vellocino de oro. Sus días de guerrero habían quedado atrás hacía mucho, pero acudía a la guerra con su consejo y sus hijos Antíloco y Trasimenes.

Los ojos de Aquiles se habían oscurecido y su rostro estaba concentrado.

—¿Y qué me dices de los troyanos?

—Está el rey Príamo, por supuesto. Los hombres dicen que tiene cincuenta hijos y que todos han crecido con una espada en la mano.

—¿Cincuenta hijos?

—Y otras tantas hijas. Se le conoce por ser un hombre piadoso y muy querido por los dioses. Todos sus hijos son famosos por derecho propio, desde Paris, el amado de la diosa Afrodita y célebre por su belleza, por supuesto, hasta el más joven, que apenas tiene diez años, pero supongo que también será feroz. Se llama Troilo, según creo. Combate a su lado un primo de buena cuna. Se llama Eneas y es hijo de la mismísima Afrodita.

—¿Y qué hay de Héctor? —Aquiles no le quitaba la vista de encima a Ulises.

—Es el hijo mayor de Príamo, su heredero, el favorito del dios Apolo, el más poderoso defensor de Troya.

—¿Qué aspecto tiene?

El príncipe de Ítaca se encogió de hombros.

—Ni idea. Se cuenta que es grandón, pero eso es lo que se dice de la mayoría de los héroes. Tú le conocerás antes que yo, así que serás tú quien me lo cuente.

Aquiles entrecerró los ojos.

—¿Por qué dices eso?

Ulises compuso un gesto seco antes de responder:

—Soy un soldado competente, pero solo eso; estoy seguro de que Diomedes estaría de acuerdo conmigo. Mis talentos son otros. Yo no sería recordado si me enfrentara con Héctor en el campo de batalla, pero tú, por supuesto, eres harina de otro costal. Te harás célebre con su muerte.

Me quedé helado.

—Tal vez sí, pero no veo razón para matarle —replicó Aquiles con frialdad—. No me ha hecho nada.

Ulises soltó una risilla por lo bajo, como si le hubieran contado un chiste.

—No habría ningún tipo de guerras si los soldados matasen únicamente a quienes les han hecho una ofensa personal, Pelida. —Enarcó una ceja—. Aunque tal vez no sería tan mala idea, pues en ese mundo quizá fuera yo el *aristós achaion*, y no tú.

Aquiles no contestó. Se volvió para mirar el costado de la nave y las olas circundantes. La luz del sol incidía sobre sus mejillas, iluminándolas hasta hacerlas refulgir.

—No me has contado nada de Agamenón.

—Sí, el poderoso rey de Micenas. —Ulises volvió a echarse hacia atrás—. Vástago orgulloso de la casa de Atreo. Su bisabuelo Tántalo era hijo de Zeus. Seguramente has oído su historia.

Todo el mundo conocía el suplicio eterno de Tántalo. Para castigar el desprecio de este hacia los poderes de los dioses, estos le habían arrojado al más profundo foso del inframundo, donde el rey sufría hambre y sed a perpetuidad, mientras había agua y comida justo fuera de su alcance.

—He oído hablar de él —admitió Aquiles—, pero jamás supe cuál fue su delito.

—Bueno… En tiempos del rey Tántalo todos los reinos de la Hélade tenían el mismo tamaño y los reyes vivían en paz, pero Tántalo estaba insatisfecho con su parte y empezó a conquistar por la fuerza los dominios de sus vecinos. Dobló sus tierras, y luego volvió a doblarlas, pero eso no le dejó satisfecho. Su éxito le hizo ser orgulloso y, una vez que hubo vencido a todos cuantos se le enfrentaron, buscó derrotar a los propios dioses, no con las armas, pues no hay mortal capaz de vencer a los dioses en la batalla, sino con la traición. Deseaba demostrar que los dioses no lo sabían todo, pero resultó que sí lo sabían.

»Tántalo convocó a su hijo, Pélope, y le preguntó si deseaba ayudar a su padre. “Por supuesto”, respondió Pélope. El padre sonrió, desenfundó la espada y le cortó el cuello de un solo tajo. Después, troceó el cuerpo con cuidado y asó las porciones al fuego. —La imagen de la carne del muchacho atravesada por un pincho me revolvió el estómago—. Tántalo llamó a su padre, Zeus, en el Olimpo y le dijo: “He preparado un festín en tu honor y en el de los tuyos. Apresúrate, pues la carne aún está tierna y fresca”. A los dioses les encantan ese tipo de banquetes, pero cuando llegaron, el olor del estofado de carne, normalmente tan jugoso, pareció sofocarles a todos. Zeus supo de inmediato lo que había ocurrido, cogió a Tántalo por las piernas y le arrojó al Tártaro, para que allí padeciera un castigo eterno.

El cielo estaba luminoso y la brisa soplaba con fuerza, pero bajo el hechizo de la historia de Ulises me sentí como si a nuestro alrededor fuera de noche y estuviéramos

sentados junto al fuego.

—Después, Zeus reunió los trozos del muchacho y les insufló una segunda vida. Pélope se convirtió en rey de Micenas a pesar de ser solo un niño. Fue un magnífico monarca, distinguido por su piedad y sabiduría, aunque padeció muchos sufrimientos durante su reinado. Algunos dijeron que los dioses habían maldecido al linaje de Tántalo, condenándolos a todos a la violencia y al desastre. Los hijos de Pélope, Atreo y Tiestes, nacieron con la ambición del abuelo y cometieron crímenes tan sanguinarios y oscuros como los de Tántalo. Una hija violada por su padre, un hijo cocinado y devorado…, y todo ello en medio de una enconada rivalidad por el trono.

»La fortuna de la dinastía únicamente parece haber cambiado ahora, gracias a la virtud de Agamenón y Menelao. Los días de la guerra civil han terminado y Micenas prospera bajo el justo gobierno de Agamenón. Se ha ganado un merecido renombre por su habilidad en el manejo de la lanza y la firmeza de su liderazgo. Tenemos mucha suerte de que sea nuestro general.

Yo pensaba que Aquiles había dejado de escuchar hacía mucho, pero se volvió al oír aquello con gesto de pocos amigos y precisó:

—Todos somos generales.

—Claro —convino Ulises—, pero vamos a enfrentarnos al mismo enemigo, ¿no? Veintitantos generales en la batalla significarían caos y derrota. —Hizo una mueca—. Sabes cómo somos cuando estamos juntos, acabaríamos matándonos entre nosotros en vez de a los troyanos. El éxito en una guerra como esta pasa por estar todos unidos en un único propósito y encauzar las voluntades para ser una única lanza en vez de mil alfileres. Tú guiarás a los de Ftía y yo a los itacenses, pero debe haber alguien que nos emplee a cada uno dentro de nuestras habilidades, por muy grandes que sean estas —concluyó, señalando a Aquiles con un gentil ademán.

Pero el príncipe de Ftía ignoró el cumplido. El sol poniente proyectaba sombras sobre su rostro y le iluminaba unos ojos categóricos y acerados.

—Voy por libre voluntad, príncipe de Ítaca. Aceptaré el consejo de Agamenón, mas no sus órdenes. Espero que comprendas esto.

El interpelado sacudió la cabeza.

—Los dioses nos salven de nosotros mismos. No ha empezado la batalla y ya nos estamos preocupando por los honores.

—Yo no estoy…

Ulises movió una mano.

—Créeme, Agamenón comprende la enorme valía de tu incorporación a su causa. Fue el primero en desear que vinieras. Serás recibido en nuestro ejército con toda la pompa que pudieras desear.

Aquiles no se refería exactamente a eso, pero le andaba cerca. Me alegró oír el grito del vigía, anunciando que había avistado tierra a proa.

Esa noche, después de apartar los platos de la cena, Aquiles se tendió de espaldas sobre la cama.

—¿Qué piensas de esos hombres que hemos conocido?

—No lo sé.

—Estoy contento de que al menos Diomedes se haya marchado.

—También yo. —Nos habíamos separado: el rey argivo se quedó en un cabo de la costa septentrional de Eubea, donde iba a esperar a sus tropas, procedentes de Argos —. No me fío de ellos.

—Supongo que pronto sabremos cómo son —comentó Aquiles.

Permanecimos en silencio, dándole vueltas a todo aquello, mientras escuchábamos el apenas perceptible repiqueteo de las gotas de lluvia en el techo de la tienda, pues fuera había empezado a chispear.

—Ulises predijo tormenta para esta noche.

Una tormenta en el Egeo desaparecía tan deprisa como se desataba. Nuestro barco estaba varado a salvo en la playa y al día siguiente ya estaría despejado.

Aquiles me estaba mirando.

—Siempre tienes revuelto el pelo aquí. —Me tocó la cabeza justo detrás de la oreja—. Creo que nunca te he dicho lo mucho que eso me gusta.

Se me erizó el cabello allí donde sus dedos me habían tocado.

—No —respondí.

—Lo hice. —Deslizó la mano hacia la base de mi cuello y acarició la vena que discurría por el mismo—. ¿Y qué me dices de esto? ¿Te he dicho lo que me parece? Justo ahí…

—No.

—Entonces, seguramente esto… —Movió las manos sobre los músculos de mi pecho, calentando la piel con su tacto—. ¿Te he hablado de esto?

—Algo me dijiste. —Contuve un poco la respiración al hablar.

—¿Y qué me dices de esto? —Su mano se demoró sobre mis caderas, acercándose a la línea de los muslos—. ¿Lo he mencionado?

—Sí.

—¿Y te he hablado de esto…? Seguro que sí, no me habría olvidado. —Esbozó su sonrisa gatuna—. Dime que no.

—No te olvidaste.

—Ni tampoco de esto. —Ahora su mano era incansable—. Sé que te he hablado de esto.

Cerré los ojos y pedí:

—Dímelo otra vez.

Después, Aquiles se durmió a mi lado y llegó la tormenta vaticinada por Ulises; zarandeó con fuerza las paredes de tosca lona de la tienda. Escuché el chapaleteo de las olas sobre la arena, acercándose una y otra vez. Él se removía y el aire del interior de la tienda con él, impregnando el ambiente con su suave aroma a musgo. «Es esto lo que voy a echar de menos. Me mataré antes que perderlo», pensé, y luego me pregunté: «¿Cuánto tiempo tenemos?».

DIECISEIS

Arribamos a Ftía al día siguiente. El sol estaba justo en el meridiano y Aquiles y yo lo contemplábamos desde cubierta.

—¿Ves eso?

—¿El qué…? —pregunté con perplejidad, pues veía mucho mejor que yo.

—La costa… Resulta extraño.

Vimos el motivo cuando estuvimos más cerca: la orilla era un hervidero de gente que se empujaba con impaciencia y estiraba el cuello para mirar en nuestra dirección. Y luego estaba ese sonido, aquel rugido que en un principio parecía proceder de las olas o de la nave al henderlas, pero fue haciéndose cada vez mayor a cada golpe de remo hasta que al fin comprendimos que se trataba de voces, y luego de palabras que se repetían una y otra vez sin cesar.

—¡Príncipe Aquiles, *aristós achaion!*

Cuando la nave llegó a la playa, cientos de personas alzaron las manos y prorrumpieron en vítores. El golpe de la plancha al caer sobre la piedra, las órdenes de los marinos y todos los demás sonidos quedaron sofocados por el griterío. Nos quedamos mirando, estupefactos.

Probablemente, ese momento cambió nuestras vidas. No fue en Esciro ni tampoco en Pelión, sino allí cuando empezó a comprender la gloria y la grandeza que ahora y siempre iban a acompañarle. Aquiles había elegido convertirse en leyenda y aquel era el comienzo. Vaciló y me tocó la mano con la suya donde la multitud no podía verlo.

—¡Ve! —le urgí—. Te están esperando.

Él dio un paso sobre la plancha y alzó un brazo a modo de saludo. El gentío rugió de tal modo que me dio miedo de que se abalanzaran sobre el barco, pero los soldados se adelantaron y rodearon la pasarela, formando un pasillo entre la muchedumbre.

Aquiles se volvió hacia atrás y me dijo algo imposible de oír en medio de aquel tumulto, pero le entendí. «Ven conmigo». Asentí y echamos a andar. La multitud se agolpaba contra la barrera de soldados a ambos lados. Al final del pasillo se hallaba Peleo, nos aguardaba con el rostro lloroso, pero no hizo intento alguno de enjugarse las lágrimas. Atrajo a su heredero y le abrazó durante largo tiempo antes de soltarle.

—Nuestro príncipe ha regresado —anunció Peleo con voz más grave de lo que yo le recordaba, era resonante y llegaba lejos, haciéndose oír por encima de la cháchara del gentío, que se había callado con el fin de oír las palabras de su rey—. Ante todos vosotros doy la bienvenida a mi muy amado hijo y único sucesor del reino. Él os conducirá a la gloria en Troya y regresará victorioso a casa.

Me quedé helado a pesar del fuerte sol. «Él jamás volverá a casa», pero eso Peleo

aún no lo sabía.

—Es un hombre adulto, un semidiós. *¡Aristós achaion!*

Ahora no había tiempo para pensar en ello. Los soldados empezaron a golpear los escudos con las lanzas, las mujeres chillaron y los hombres aullaron. Logré atisbar el semblante de Aquiles: estaba asombrado, pero no disgustado. Noté que tenía un aspecto diferente: echaba hacia atrás la espalda y mantenía las piernas firmes. Parecía algo mayor y también más alto, aun cuando no sabría decir cómo era eso posible. Se inclinó para decir algo al oído de su padre, mas no pude oír lo que le decía. Un carro nos aguardaba: nos subimos al mismo y observamos el flujo de gente que dejamos en la playa.

Criados y miembros del séquito revolotearon a nuestro alrededor desde que entramos en palacio. Nos concedieron un momento para comer y beber el refrigerio que nos pusieron en las manos y luego fuimos conducidos al patio de palacio, donde nos esperaban dos mil quinientos hombres que en cuanto nos acercamos alzaron sus escudos rectangulares, refulgentes como caparazones, en señal de saludo a su nuevo general. Aquello era lo más extraño de todo: ahora él era su comandante. Se esperaba de él que los conociera a todos: sus nombres, las armaduras, las historias. «Ya no me pertenece a mí solo», dije para mí.

Ni siquiera podría decir si estaba nervioso. Le observé mientras los saludaba y pronunciaba palabras vibrantes que les hicieron erguirse aún más. Los soldados sonrieron, encantados hasta con el último centímetro de aquel príncipe prodigioso: cabellos deslumbrantes, manos letales, pies ágiles. Se inclinaban hacia él como las flores hacia el sol, ávidos de recibir su brillo. Era lo que había dicho Ulises una vez: él tenía luz suficiente para hacerles héroes a todos.

Nunca nos quedamos a solas. Siempre requerían su presencia para algo, el examen de los enrolamientos y el número de los mismos, su consejo sobre las vituallas y la lista de las levas. El viejo consejero de su padre, Fénix, nos acompañaba a todas partes, pero había mil preguntas que el príncipe debía responder. ¿Quiénes iban a ser sus capitanes? ¿Cuántos iba a tener? Él hizo cuanto estuvo en su mano y luego anunció:

—Confío la solución de estas cuestiones a la experiencia de Fénix.

Detrás de mí oí el suspiro de una esclava. Era bien parecido y gentil.

Aquiles sabía que yo no tenía nada que hacer allí y, cuando se volvía hacia mí, ponía cara de disculpa. Él se aseguraba de poner las tablas donde pudiera verlas o de pedir mi opinión, pero yo no se lo ponía fácil al quedarme en la retaguardia, indiferente y en silencio.

Pero ni siquiera así lograba escapar.

El interminable charloteo de los soldados se colaba por todas las ventanas.

Fanfarroneaban, hacían instrucción y aguzaban la punta de las lanzas. Habían empezado a llamarse los mirmidones, los hombres hormiga, un viejo y honorable apodo. Eso fue otra cosa que tuvo que explicarme Aquiles: Zeus creó a los primeros ftíos a partir de hormigas, según la leyenda. Les observé desfilar, una fila jovial tras otra. Les vi soñar con el botín que iban a traer a casa y con el triunfo. Esos sueños no tenían cabida para nosotros.

Comencé a rezagarme. Cuando los cortesanos le conducían hacia delante, encontré una razón para quedarme por detrás: un picor y una correa suelta del calzado. Ellos se apresuraron a seguir, como era obvio, doblaron una esquina y de pronto me dejaron completamente solo, por suerte. Seguí unos corredores sinuosos que tan bien conocía desde hacía tantos años y llegué muy agradecido a nuestro cuarto vacío, donde me tumbé sobre las frías losas de piedra del suelo y cerré los ojos. No podía dejar de darle vueltas al final de todo aquello. ¿Cómo concluiría? Una lanzada. A punta de espada. Aplastado por un carro de guerra. El rápido e irrestañable desangramiento…

Una noche de la segunda semana, mientras yacíamos medio dormidos, le pregunté:

—¿Cómo piensas contárselo a tu padre…? Me refiero a la profecía. —Las palabras sonaron muy audibles en el silencio de la medianoche.

Se quedó quieto durante unos instantes, pero luego respondió:

—Dudo que vaya a hacerlo.

—¿Jamás?

—Él no puede hacer nada —dijo, negando con la cabeza—. Saberlo solo le haría sufrir.

—¿Y qué hay de tu madre? ¿No se lo dirá?

—No. Esa es una de las cosas que le hice prometerme ese último día en Esciro.

Fruncí el gesto. Hasta ese momento no me había contado nada.

—¿Y qué otras cosas le pediste?

Le vi vacilar, pero nosotros no nos mentíamos, nunca lo habíamos hecho.

—Le pedí que te protegiera… después.

Me quedé mirándole con la boca seca.

—¿Y qué te dijo ella?

Se produjo otro silencio y luego, en voz tan baja que pude imaginar el color rojo de la vergüenza coloreando sus mejillas, me respondió:

—Me dijo que no.

Se quedó dormido y yo permanecí despierto con la vista fija en las estrellas, reflexionando acerca de todo aquello. Él había pedido protección para mí y saberlo disipaba en parte la frialdad de aquellos días en palacio, cuando a él se le requería en todo momento y a mí nunca.

La respuesta de la diosa no me preocupaba, pues no necesitaba a Tetis para nada. No tenía pensado seguir viviendo tras la muerte de Aquiles.

Transcurrieron tres semanas durante las cuales hubo que organizar a los soldados, equipar una flotilla, guardar vituallas y ropas que debían durar hasta el final de la guerra, un año o tal vez dos, pues los asedios solían ser prolongados.

Peleo no dejaba de insistir en que Aquiles debía equiparse con lo mejor. Se gastó una pequeña fortuna en armaduras y llevó más equipo del que necesitarían seis hombres. Había petos de bronce con tallas de leones y un fénix resurgiendo, cnémidas de cuero endurecido con cintas doradas, cascos con penachos de cola de caballo, una espada plateada, docenas de puntas de lanzas y dos carros de guerra ligeros con los cuales venía un equipo de cuatro caballos entre los que figuraban los que los dioses habían regalado a Peleo con ocasión de su boda, Janto y Balio, también llamados Dorado y Moteado[12]. Se impacientaban enseguida cuando no estaban libres para correr a su antojo y ponían los ojos en blanco. También nos facilitaron un auriga, un joven de nuestra edad, pero de recia constitución y, según se decía, muy ducho con los caballos obstinados que respondía al nombre de Automedonte.

Y finalmente, el último de todos los presentes: una larga lanza hecha con un fresno joven, pulida hasta relucir como una llama agrisada.

—La manda Quirón —dijo Peleo mientras se la entregaba a su hijo.

Nos inclinamos para observarla y recorrimos su superficie con los dedos por si resultaba posible captar un posible atisbo de la presencia del centauro. Quirón debía de haber necesitado semanas de habilísima talla para conseguir un resultado tan soberbio. ¿Conocía el destino de su pupilo o solo lo presentía? ¿Estaba al tanto de algún detalle de la profecía que se cernía sobre Aquiles ahora que yacía solo en su cueva de paredes rosadas? Tal vez se había limitado a asumirlo con la amargura de la costumbre: otro chico adiestrado en la música y en la medicina era enviado para la matanza.

Aun así, aquella hermosa lanza había sido hecha con amor y no con amargor. Su forma estaba hecha para que únicamente encajara con la mano de Aquiles, y solo alguien de su fuerza sería capaz de manejar. Y aunque la punta era afilada y resultaba letal, la madera en sí misma se deslizaba bajo nuestros dedos como el esbelto y aceitado puntal de una lira.

Por último, llegó el día de la partida. Nuestro barco era precioso, más hermoso aún que el de Ulises; estaba pensado para cortar las olas, por eso era fino como una punta de cuchillo y de líneas elegantes. Se hundió bastante en las aguas conforme lo fueron cargando con las reservas de comida y otros pertrechos.

Pero solo era el buque insignia. Junto a él iban a navegar otros cuarenta y nueve. Toda una ciudad de madera se bamboleaba con suavidad en las aguas del puerto de Ftía. Sus refulgentes mascarones de proa constituían un bestiario de animales, ninfas y criaturas a medio camino entre ambas, y sus mástiles eran tan altos como los árboles de donde provenían. Al mando de cada una de esas naves iba uno de los recién nombrados capitanes, que ahora permanecían en formación, saludando mientras nosotros ascendíamos por la rampa de camino a la nave capitana.

Aquiles iba en primer lugar con la capa púrpura agitada por la brisa marina; detrás marchaba Fénix, y a su lado iba yo, con una capa nueva cosida por mí mismo, sosteniendo el brazo del anciano para que no se cayera. El pueblo nos vitoreó a nosotros y a los soldados que llenaban los barcos a rebosar. A nuestro alrededor todos gritaban las últimas promesas sobre la gloria y el oro que íbamos a conseguir y traer a casa desde la rica ciudad del rey Príamo.

Peleo permaneció de pie en la orilla del puerto con una mano alzada en señal de despedida. Aquiles hizo honor a su palabra y no le habló de la profecía; se limitó a abrazarle con tal fuerza que parecía que iba a quedarse pegado a su piel. También yo había abrazado a aquel hombre de miembros finos y alargados. «Aquiles se parecerá a él cuando se haga viejo», dije para mis adentros. Y entonces me acordé de que él jamás iba a envejecer.

Los tablones de a bordo aún estaban pegajosos a causa de la resina recién aplicada, pero aun así nos apoyamos en la borda para agitar las manos y, con la madera de la barandilla, caliente por efecto del sol, clavada en las tripas, nos despedimos por última vez. Los marinos levaron el ancla cuadrada llena de percebes e izaron la vela. Después se sentaron en los bancos y empuñaron los remos que orlaban la nave como si fueran pestañas a la espera de la señal. Los tambores empezaron el redoble y los remos subieron y bajaron para llevarnos a Troya.

DIECISIETE

Pero nuestro primer destino fue Áulide, ciudad portuaria situada en el estrecho de Euripo. Consistía en una lengua de tierra de lo más adecuada por tener la suficiente línea costera para poder varar todas nuestras naves a la vez. Era quizá también un símbolo: el poder visible de la Hélade ofendida.

Tras cinco días de ir dando tumbos sobre la mar picada junto a la costa eubea, rodeamos el último obstáculo del sinuoso estrecho y vimos aparecer Áulide. La escena se presentó a nuestros ojos de sopetón, como si hubieran retirado un velo; era una costa atestada de embarcaciones de todo tamaño, forma y color, cuya playa aparecería alfombrada por un alternante tapete de miles de hombres detrás de los cuales podía verse la parte superior de las tiendas, que se prolongaban hasta el horizonte. Nuestros hombres se afanaron en los remos y nos condujeron hasta el último rincón vacío de la atestada playa, lo bastante grande para dar cabida a nuestra flotilla. Poco después, cincuenta anclas fueron arrojadas desde la popa de otras tantas naves.

Resonaron los cuernos. Los mirmidones de otras naves ya habían empezado a avanzar entre las olas hacia la playa, nos rodearon con sus albas túnicas hinchadas por el viento y los dos mil quinientos guerreros se pusieron a corear el nombre de su príncipe a una señal imperceptible a nuestros ojos.

—A-qui-les.

Se volvieron a mirar espartanos, argivos, micénicos y todos los demás hombres situados a lo largo de la costa. La noticia corrió por las filas como si de una ola se tratase, y unos decían a otros:

—Ha venido Aquiles.

Vimos congregarse a reyes y reclutas cuando los marinos colocaron la pasarela para bajar a tierra. Los soberanos estaban demasiado lejos para que pudiera verles el semblante, pero sí reconocí los penachos exhibidos por sus escuderos delante de ellos: el estandarte amarillo de Ulises, el azul de Diomedes, y detrás el más grande y deslumbrante, un león sobre un fondo púrpura, el símbolo de Agamenón y de Micenas.

Aquiles contuvo el aliento y me miró. La bulliciosa multitud de Ftía no era nada en comparación con aquello, pero estaba preparado, lo advertí por el modo en que sacaba pecho y el fiero brillo de sus ojos verdes. Anduvo hacia la pasarela y se detuvo en lo alto. Los mirmidones avivaron los gritos y ahora no gritaban solos, otros muchos ocupantes de la playa se unieron a ellos. Un capitán mirmidón de amplio pecho puso las manos a modo de bocina delante de la boca y gritó:

—Príncipe Aquiles, hijo del rey Peleo y la diosa Tetis. *¡Aristós achaion!*

El aire cambió como si respondiera a esa voz y abrió un hueco entre las nubes por el que la centelleante luz del sol se derramó sobre Aquiles, le recorrió el pelo, la espalda, la piel, y lo bañó en oro. De pronto pareció más grande y su túnica arrugada por el viaje marino se estiró hasta ser brillante y blanca como una vela. Sus cabellos se convirtieron en una llamarada vivaz al reflejar aquel resplandor.

Los hombres exclamaron con asombro y al poco estalló otra salva de vítores. «Es cosa de Tetis», pensé. No podía ser obra de nadie más. La nereida estaba forzando los límites de la divinidad para propiciar la causa de su retoño y la estiraba como si fuera nata sobre cada centímetro de la piel de Aquiles. Estaba dispuesta a ayudar a que su hijo consiguiera la máxima fama posible, obtenida a tan alto precio.

Acerté a ver el atisbo de una sonrisa en la comisura de su boca. Aquiles disfrutaba de todo aquello, saboreaba la adoración rendida por la multitud. Más tarde me confió que él no sabía qué había pasado, pero cuando yo le comenté mi hipótesis, él no la cuestionó ni le extrañó.

La tropa le abrió un camino entre sus filas para dejarle pasar hasta el corazón de la muchedumbre, donde le esperaban los reyes. Cada nuevo príncipe debía presentarse ante sus pares y el nuevo comandante. Ahora le tocaba a Aquiles. Descendió por la pasarela en cuatro zancadas y pasó entre las filas de hombres, deteniéndose a diez pies de los monarcas. Yo estaba unos metros por detrás de él.

A pie firme nos estaba esperando Agamenón, el de la nariz curva y puntiaguda como el pico de un águila. Los ojos reflejaban su inteligencia y chispeaban de codicia. Era de pecho amplio y constitución robusta. Tenía aspecto de ser un veterano curtido, pero también más viejo de la cuenta, aparentaba más edad que los cuarenta que sabíamos que tenía. A su izquierda se hallaba Menelao, rey de Esparta y causa de la guerra. Había mechones grises enhebrados a los cabellos de intenso color rojo que yo recordaba. Se parecía a su hermano: era alto y ancho de hombros, fuerte como una yunta de bueyes. Tenía los ojos negros de su familia, pero tenía una nariz menos curva. Era un hombre sonriente y de facciones agraciadas, cosa que no podía decirse de su pariente.

El único otro rey a quien pude identificar con seguridad era Néstor, el anciano de ojos agudos, mentón cubierto por una rala barba de pelo blanco y rostro consumido por la edad. Era el más anciano de los mortales vivos, según se decía, un astuto superviviente de mil escándalos, batallas y levantamientos. Gobernaba el arenoso dominio de Pilos, a cuyo trono aún se aferraba con tenacidad para decepción de las docenas de hijos que habían envejecido más y más, mientras que él, en vez de morirse, seguía engendrando hijos de sus bien afamadas entrañas. Dos de esos descendientes le sostenían por los brazos para mantenerle firme, apartando a empellones a otros soberanos para hacerle un sitio en la parte delantera de la playa. Se quedó boquiabierto y perdió el aliento de entusiasmo cuando nos vio. Le

encantaban las conmociones.

Agamenón se adelantó un paso, abrió los brazos en ademán de bienvenida y permaneció con gesto majestuoso a la espera de venias, reverencias y juramentos de lealtad como los que él había hecho. Ahora le correspondía a Aquiles ponerse de rodillas y ofrecerlas.

Pero el recién llegado no se arrodilló ni saludó a voz en grito al gran rey, tampoco inclinó la cabeza ni le ofreció un regalo. No hizo nada, salvo permanecer erguido delante de todos con el mentón alzado con orgullo.

Agamenón apretó los dientes. Parecía un idiota, allí, con los brazos extendidos, y él lo sabía. Mi vista recayó sobre Ulises y Diomedes, que echaban chispas por los ojos. A nuestro alrededor se extendió un silencio de lo más incómodo y los hombres intercambiaron miradas.

Puse los brazos a la espalda y entrelacé las manos mientras observaba la jugada de Aquiles. Su semblante parecía tallado en piedra mientras enviaba su mensaje al rey de Micenas. «No me das órdenes». El silencio se prolongó más y más, doloroso, expectante, como un cantante que alarga demasiado el final de una frase.

Aquiles rompió a hablar justo cuando Ulises se adelantaba para intervenir.

—Soy Aquiles, hijo de Peleo, hijo de dioses, el mejor de los griegos. He venido a traeros la victoria.

La sorpresa silenció a los hombres durante unos instantes, pero luego rugieron en señal de aprobación, y a todos nos invadió el orgullo. Nuestros héroes nunca eran modestos.

—Agamenón, líder de hombres, hemos traído al príncipe Aquiles para que se comprometa a ayudar —dijo Ulises, cuya mirada advirtió a Aquiles. «No es demasiado tarde», venía a decir, pero el príncipe de Ftía se limitó a sonreír y se adelantó un paso para zafarse de la mano del itacense.

—He venido por voluntad propia para ofrecer mi ayuda a tu casa —anunció a grito pelado. Después, se volvió hacia el gentío circundante, y siguió—: Me honra luchar junto a tantos nobles guerreros de nuestros reinos.

Eso levantó otra ovación, prolongada y ruidosa, que tardó varios minutos en apagarse. Finalmente, el comandante en jefe habló desde el paraje pétreo de su semblante con la paciencia del veterano que ha peleado duro para ganar.

—Desde luego, tengo el mejor ejército del mundo, y te doy la bienvenida a él, príncipe de Ftía. —Esbozó una abrupta sonrisa—. Lástima que hayas tardado tanto en venir. —Había una acusación implícita en esas palabras, pero Aquiles eligió no responder, y Agamenón empezó a hablar de nuevo, alzando la voz para hacerse oír por todos—. Ya nos hemos demorado bastante, hombres de Hélade. Mañana zarpamos hacia Troya. Retiraos a vuestras tiendas y preparaos.

Entonces, se volvió con determinación y se dirigió hacia la orilla caminando a

grandes trancos.

Los reyes pertenecientes al círculo íntimo de Agamenón le siguieron, dispersándose en dirección a sus barcos. Figuraban entre ellos Ulises, Diomedes, Néstor, Menelao, y algunos más. No obstante, otros se demoraron para tener ocasión de saludar al nuevo héroe: el tesalio Eurípilo, Antíloco de Pilos, el cretense Meríones y el médico Podalirio.

Hombres de los más lejanos países de la Hélade habían acudido allí atraídos por la promesa de gloria u obligados por un juramento; muchos de ellos estaban allí desde hacía meses a la espera de que los rezagados del ejército se fueran incorporando y, según dijeron, mirando a Aquiles furtivamente, tras ese tedio agradecían cualquier distracción inofensiva, en especial si era a costa de…

—Disculpa la intrusión, príncipe Aquiles —interrumpió Fénix—, pensé que te gustaría saber que nuestro campamento está preparado. —Hablaba envarado a causa de la desaprobación, pero allí, delante de todos los demás, no iba a pronunciar censura alguna.

—Gracias, honorable Fénix —repuso Aquiles—. ¿Me disculpáis si…?

Todos le disculparon, por supuesto, se verían más tarde o al día siguiente. Vendrían con su mejor vino para brindar juntos. Aquiles prodigó apretones de manos, prometiendo que así sería.

De vuelta al campamento, los mirmidones pululaban a nuestro alrededor con fardos de equipaje, vituallas, postes y tiendas. Un hombre con los colores de Menelao se aproximó a nosotros e hizo una reverencia.

—El rey no puede venir —se disculpó, pero había enviado al heraldo para darnos la bienvenida. Aquiles y yo intercambiamos una mirada elocuente. Era una inteligente jugada diplomática. No venía él en persona porque no nos habíamos hecho amigos de su hermano, pero, aun así, daba la bienvenida al mejor de los griegos.

—Un hombre que juega a dos bandas —le susurré a Aquiles.

—Y que no puede permitirse el lujo de ofenderme si quiere recuperar a su esposa —replicó él, también en voz baja.

El acantonamiento principal era un caos vertiginoso, una locura en acción: el tremolar de las enseñas, las ropas tendidas en cuerdas y los laterales de las tiendas se entremezclaban con el movimiento apresurado de miles y miles de hombres. Detrás del campamento se hallaba el río, donde podía verse la marca que indicaba el máximo nivel del caudal de agua alcanzado al principio, cuando las tropas acababan de llegar; y luego estaba el ágora, el centro del mercado, con un altar y un podio improvisado; y al final del todo estaban las letrinas, unas largas zanjas a cielo abierto siempre repletas de hombres.

Nos observaban allá donde fuéramos; yo también vigilaba estrechamente a

Aquiles, a la espera de ver si Tetis volvía a hacer que su pelo brillara más o le hinchaba los músculos. Si lo hizo, no me percaté; toda la gracia que vi era suya: sencilla, sin adornos, gloriosa. Saludaba con la mano a los hombres que no le quitaban la vista de encima; les sonreía y los saludaba al pasar. Yo escuchaba las palabras pronunciadas desde detrás de las barbas desgreñadas, los dientes rotos y las manos encallecidas.

—*Aristós achaion.*

¿Era tal y como habían prometido Ulises y Diomedes? ¿Creían que esos miembros finos podrían repeler a un ejército troyano? ¿Podría ser un muchacho de diecisiete veranos el más grande de nuestros guerreros? Y mirara donde mirase, al mismo tiempo que veía esas preguntas, veía también las respuestas. «Sí», se decían unos a otros, «sí, sí».

DIECIOCHO

Aquella noche me desperté con la respiración entrecortada. La sudación me había empapado y dentro de la tienda reinaba un calor opresivo. Aquiles dormía junto a mí con la piel tan húmeda como la mía.

Salí al exterior en busca de un soplo de brisa marina, pero allí el aire también era pesado y húmedo. Reinaba una quietud de lo más anómala. No escuchaba el flamear de las lonas de las tiendas ni el cascabeleo de algún arnés mal sujeto. Incluso el mar permanecía en silencio, como si las olas hubieran dejado de golpear contra la orilla. Más allá de los rompientes, estaba tan liso como un espejo de bronce pulido.

«No hay viento», comprendí. Eso era de lo más extraño. A mi alrededor no se movía el aire, no soplaba ni un atisbo de brisa. Recuerdo que pensé: «Mañana no podremos zarpar si esto sigue así».

Agradecí el frescor del agua cuando me lavé la cara; regresé junto a Aquiles e intenté conciliar otra vez un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente ocurrió lo mismo. Me desperté bañado en sudor, con la piel rugosa y cuarteada. Bebí de muy buen grado el agua que nos trajo Automedonte. Aquiles se despertó, se pasó una mano sobre la frente empapada y torció el gesto. Se marchó fuera de la tienda para regresar enseguida.

—No hay viento.

Yo asentí.

—Hoy no vamos a irnos.

Nuestros remeros eran hombres vigorosos, pero ni siquiera ellos tenían fuerza para remar todo el día. Necesitábamos viento favorable para ir a Troya.

Y no sopló durante esa mañana, ni aquella noche, ni al día siguiente, ni al otro. Agamenón se vio obligado a comparecer en el ágora para anunciar un nuevo retraso.

—Nos iremos en cuanto sople el viento —prometió.

Pero el aire no regresó. Estábamos acalorados todo el tiempo y el aire era tan abrasador como el roce de las llamas, por lo que teníamos los pulmones en carne viva. Hasta entonces no había sabido lo achicharrante que podía ser la arena ni la aspereza de las mantas. Enseguida se caldearon los ánimos y estallaron las primeras peleas.

Empezamos a preocuparnos con el correr de los días: dos semanas sin viento era algo antinatural, pero Agamenón seguía sin hacer nada.

—Voy a hablar con mi madre —acabó por decir Aquiles.

Me senté en la tienda a sudar y esperarle mientras se entrevistaba con ella. A su

regreso, me informó:

—Me dice que es cosa de los dioses.

Pero Tetis no supo, o no quiso, decirle de qué numen en concreto se trataba.

Nos fuimos a ver al jefe de las tropas. Tenía la piel roja de tantos sarpullidos como le habían salido por culpa de la canícula y estaba enfadado todo el tiempo y contra todo, el viento, sus tropas inquietas y cualquiera que le diera la menor excusa.

—Mi madre es una diosa, como sabes. —Agamenón casi le bufó, pero Ulises le puso una mano sobre el hombro para refrenarle—. Ella dice que esta calma chicha no es natural. Es un mensaje de los dioses.

Agamenón no quedó nada complacido al oírlo, nos fulminó con la mirada y nos despidió de su tienda.

Transcurrió un mes, un mes agotador de sueño febril por las noches y días sofocantes. La ira crispaba el semblante de los hombres, pero no estallaron más peleas, pues hacía demasiado calor. Los soldados se tumbaban a la sombra y se odiaban unos a otros.

Al cabo de otro mes todos empezamos a volvernos locos, creo, sofocados bajo el peso de aquel aire inmóvil. ¿Cuánto tiempo más iba a prolongarse aquel suplicio? Eran terribles tanto el cielo resplandeciente que inmovilizaba a nuestra hueste como el calor sofocante que se nos metía en el cuerpo con cada inspiración. Incluso Aquiles y yo, a la sombra de la tienda y con los muchos juegos disponibles, nos sentíamos desnudos y vapuleados. ¿Cuándo iba a terminarse todo aquello?

Por último, corrió la voz de que Agamenón había hablado con Calcante, el sumo sacerdote. Le conocíamos bien, era un tipo menudo y feo, ocultaba su anguloso rostro de comadreja detrás de una barba irregular de color castaño, y tenía el hábito de sacar la lengua y humedecerse los labios antes de hablar. Lo menos agraciado de todo eran sus ojos, de un azul brillante. La gente se estremecía al verlos. Había algo anormal en ello. Había tenido mucha suerte de que no le mataran nada más nacer.

Calcante sostenía que habíamos ofendido a la diosa Artemisa, aun cuando no era capaz de explicar la causa, y daba la receta habitual: un sacrificio enorme. Se decidió reunir ganado y vino endulzado con miel a la mayor brevedad posible. Agamenón anunció en el transcurso de la siguiente reunión de las tropas que había invitado a venir a su hija con el fin de que le ayudara a realizar los ritos, pues era sacerdotisa de Artemisa y la más joven de cuantas se habían ungido. Tal vez ella lograra aplacar la ira de los dioses.

Luego nos enteramos de algo más: esa hija venía desde Micenas para algo más que una ceremonia, la traían para desposarse con uno de los reyes allí reunidos. Las bodas eran de lo más propiciatorio y complacían a los dioses, tal vez eso ayudara.

El comandante en jefe nos convocó a Aquiles y a mí a su tienda. Tenía la cara arrugada e hinchada, como suele suceder con quienes no duermen bien. La nariz aún

seguía colorada y llena de sarpullidos. A su lado se sentaba Ulises, tan sereno como de costumbre.

—Te he hecho llamar para hacerte una proposición, príncipe Aquiles. —Agamenón se aclaró la garganta—. Tal vez hayas oído… que tengo una hija, Ifigenia. Me gustaría que se convirtiera en tu esposa.

Nos miramos fijamente. Aquiles se quedó boquiabierto, pero logró cerrar la boca.

—Agamenón te ofrece un gran honor, príncipe de Ftía —terció Ulises.

—Sí, y s-se l-lo a-gradezco —tartamudeó con una falta de labia inhabitual en él.

Miró al rey itacense y supe lo que le pasaba por la mente. ¿Y qué pasaba con Deidamia? Aquiles ya estaba casado, como Ulises sabía perfectamente.

Pero el rey itacense asintió de forma imperceptible con el fin de que Agamenón no le viera. Estaba claro. Íbamos a fingir que la princesa de Esciro no existía.

—Me siento muy honrado de que hayas pensado en mí —repuso Aquiles, todavía vacilante. Posó en mí sus ojos con una pregunta escrita en las pupilas.

Ulises lo vio, pues no se le pasaba ni una.

—Por desgracia, solo vais tener una noche para estar juntos antes de que ella deba marcharse de nuevo. Aunque, por supuesto, una noche da para que sucedan muchas cosas.

Sonrió. Pero nadie más lo hizo.

—Unos esponsales serán buenos para nuestras familias y para los hombres, o eso creo. —Agamenón pronunció aquellas palabras con lentitud y sin sostenernos la mirada ni un momento.

Aquiles permanecía a la espera de mi respuesta. Estaba dispuesto a negarse si yo así lo deseaba. Sentí el escozor de los celos, pero de forma muy leve. «Solo va a ser una noche», pensé para mis adentros. «Ese matrimonio le hará ganar influencia y posición; además, así podrá sellar la paz con Agamenón. No va a significar nada». Asentí ligeramente, como había hecho Ulises.

—Acepto —respondió Aquiles, ofreciendo la mano—. Me enorgullecerá llamarme yerno tuyo.

Agamenón tomó la mano del hombre más joven. Yo le observé mientras lo hacía. Sus ojos eran fríos, casi glaciales. Más tarde me acordaría de aquel detalle.

Se aclaró la garganta por tercera vez antes de decir:

—Ifigenia es una buena chica.

—Estoy seguro de que así es. Me sentiré honrado de tenerla como esposa.

Agamenón asintió. Eso era una señal de que debíamos marcharnos, y así lo hicimos. Ifigenia. Un nombre de vocalización exigente, evocaba el sonido de los cascos de las cabras sobre las rocas: veloz, encantador, con brío.

La muchacha llegó al cabo de unos días con su escolta, una guardia de micénicos

de rostro adusto; eran hombres mayores, los que ya no valían para librar una guerra. Los soldados salieron a mirar cuando el carro de la princesa pasó traqueteando por el camino pedregoso en dirección a nuestro campamento. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que las tropas habían visto a una mujer. Se regalaron los ojos con la curva de su cuello, el atisbo de los tobillos o las manos que alisaban el faldón de su traje de novia. Los ojos castaños le brillaban de entusiasmo: venía a casarse con el mejor de los griegos.

La ceremonia iba a tener lugar en la improvisada ágora, una plataforma cuadrada de tablazón con un altar levantado justo detrás. El carro de guerra dejó atrás la multitud de guerreros y se acercó aún más a la tarima donde la esperaba su padre, flanqueado por Ulises y Diomedes. Calcante también rondaba por las inmediaciones. Aquiles aguardaba junto al estrado en su condición de novio.

Ifigenia bajó con paso grácil y se encaminó a la plataforma de madera. Era muy joven, no tendría ni catorce años. Avanzó con un porte a mitad de camino entre la pose de la sacerdotisa y la avidez de una chiquilla. Rodeó el cuello de su padre con los brazos y enlazó las manos entre los cabellos de este. Le susurró algo a Agamenón, que se echó a reír. No fui capaz de verle la cara, pero las manazas del guerrero sobre los delicados hombros de la muchacha parecían de lo más tenso.

Ulises y Diomedes se adelantaron entre sonrisas y reverencias para recibirla. Ella les contestó con gracia e impaciencia, buscando con la mirada al marido que le habían prometido. Lo encontró con facilidad y no pudo apartar los ojos del dorado pelo de Aquiles. Sonrió, contenta de lo que veía.

Al apreciar la mirada de Ifigenia, Aquiles se adelantó para reunirse con ella, que ahora estaba al borde de la tarima, tan cerca que la tenía al alcance, y le vi tender una mano hacia los dedos huesudos de la muchacha, finos como conchas alisadas por efecto del mar.

En ese instante, la muchacha pareció dar un traspié. Miré a Aquiles: torció el gesto y recuerdo haberle visto moverse para recogerla.

Pero ella no se caía hacia delante, la arrastraban hacia atrás, hacia el altar situado detrás de ella. Nadie había visto moverse a Diomedes, pero le había puesto una manaza sobre el delicado cuello y la sujetaba contra la superficie de piedra del altar. La joven estaba demasiado sorprendida para forcejear, ni siquiera sabía qué sucedía. Su padre sacó del cinto algo que centelleó al sol cuando lo levantó en alto.

El filo del cuchillo cayó sobre la garganta de Ifigenia y la sangre manó a borbotones sobre el altar, cayendo también sobre su vestido. La pobre intentó hablar, pero, asfixiada, no lo consiguió. La muchacha se retorció y se contorsionó, pero el rey argivo siguió sujetándola contra el altar. Al cabo de un buen rato sus forcejeos se debilitaron y pateó con menos fuerza, y por último yació inmóvil.

—La diosa ha sido aplacada —anunció Agamenón con las manos chorreantes de

sangre en medio de un silencio sepulcral.

¿Alguien sabía lo que podría suceder a continuación? El olor metálico y salado de la sangre saturó el aire. Los sacrificios humanos eran una abominación desterrada de nuestras tierras desde hacía mucho. Y se trataba de su propia hija. Nos quedamos horrorizados y enfadados, llenos de violencia en nuestros corazones.

Entonces, antes de que fuéramos capaces de movernos, sentimos algo en las mejillas. Nos detuvimos, inseguros, y el fenómeno se produjo de nuevo. «El viento», me dije, «sopla viento otra vez». Dejaron de verse mandíbulas tensas y todos se relajaron. «La diosa ha sido aplacada».

Aquiles parecía petrificado en su posición junto a la tarima. Le tomé del brazo y tiré de él a través del gentío para llevarlo hasta nuestra tienda. La mirada de sus ojos era salvaje y tenía el rostro salpicado con la sangre de Ifigenia. Humedecí una tela e intenté limpiársela, pero él me aferró la mano.

—Pude impedirlo —aseguró con voz ronca; estaba pálido—. Estaba pegado a ella. Pude haberla salvado.

Negué con la cabeza.

—No podías saberlo.

Hundió el rostro entre sus manos y no dijo nada más. Yo le abracé y en voz muy baja susurré todas las palabras de consuelo que fui capaz de encontrar.

Agamenón nos convocó a todos otra vez en el ágora después de que se hubo lavado la sangre de las manos y se hubo cambiado la ropa ensangrentada. Nos explicó que Artemisa estaba contrariada por el derramamiento de sangre que aquel enorme ejército pretendía realizar en tierras troyanas y exigió un pago por anticipado y en especie. El sacrificio de reses no era suficiente. Era necesario inmolar a una virgen, una sacerdotisa, se requería sangre humana por sangre humana. La hija mayor del líder era la mejor ofrenda.

Ifigenia lo había sabido y había estado de acuerdo, aseguró. La mayoría de los hombres había estado lejos y ninguno había tenido la oportunidad de ver la sorpresa y el pánico en los ojos de la muchacha. Por suerte, creyeron la mentira de su general.

Prepararon una pira para Ifigenia con madera de ciprés, el árbol de nuestros dioses más oscuros, y la prendieron esa misma noche. Agamenón dio orden de abrir un centenar de barriles de vino para celebrar que nos íbamos a Troya con la marea de la mañana. Dentro de nuestra tienda, Aquiles, con la cabeza recostada en mi regazo, se sumió en el sueño del agotamiento. Yo le acariciaba la frente, observando el temblor de su rostro soñador. En un rincón yacía su ensangrentada túnica de novio. La rabia me henchía el pecho cada vez que la veía o le miraba a él. Aquella era la primera muerte que había visto en mi vida. Levanté la cabeza de Aquiles de mi regazo y me puse en pie.

En el exterior, los soldados cantaban y gritaban, cada vez más beodos, pues no dejaban de beber. La pira de la playa ardía con fuerza, soltando una humareda que se extendía en alas de la brisa. Pasé junto a hombres de andares inseguros y los fuegos del campamento con paso firme y seguro: sabía muy bien adónde iba.

Había guardias apostados delante de su tienda, pero yacían desplomados en el suelo, semidormidos.

—¿Quién eres tú? —inquirió uno, pero yo pasé junto a él y abrí el faldón de la entrada a la tienda.

Ulises se volvió. Estaba de pie junto a una mesa con el dedo sobre un mapa junto al cual pude ver el plato de su cena a medio acabar.

—Bienvenido, Patroclo. Todo está en orden, le conozco —le dijo al guardia que farfullaba disculpas detrás de mí. El itacense aguardó a que se hubiera ido el centinela —. Se me pasó por la cabeza que tal vez me visitaras.

Solté un bufido de desprecio.

—Da igual lo que pasara, tú dirías que lo habías pensado.

Esbozó una media sonrisa.

—Siéntate si gustas. Estaba terminando de cenar.

—Les dejaste asesinarla —le espeté.

—¿Y qué te hace pensar que yo habría podido detenerles? —preguntó mientras me acercaba una silla a la mesa.

—Lo habrías hecho si se hubiera tratado de tu hija. —Me sentía como si echara chispas por los ojos, y quise calcinarle con la mirada.

—No tengo ninguna hija. —Partió un trozo de pan y lo untó en la salsa hecha con jugo de carne asada.

—Pues tu esposa entonces. ¿Qué habrías hecho de haber sido tu mujer?

El itacense alzó la vista hacia mí.

—¿Qué deseas oírme decir? ¿Que no lo habría hecho en tal caso?

—Sí.

—Pues bien, no, no lo habría hecho. Pero tal vez por eso Agamenón gobierna Micenas y yo solo soy príncipe de Ítaca.

Respondía con demasiada facilidad y su paciencia me sacaba de quicio.

—La muerte de Ifigenia pesa sobre tu cabeza.

Un gesto seco frunció la comisura de sus labios.

—Me concedes demasiado crédito. Soy un simple consejero, Patroclo, no un general.

—Nos mentiste.

—¿Sobre la boda? Por supuesto, no había otra manera de que Clitemnestra dejara venir a la muchacha.

«Se refiere a la madre, que está en Argos». Se me ocurrieron un montón de

preguntas, pero conocía bien esa treta suya de desviar la atención. No iba a dejarle que me distrajera de mi rabia. Acuchillé el aire con el dedo índice mientras le acusaba:

—Le habéis deshonrado.

Aquiles aún no había pensado en el agravio, pues la muerte de la muchacha le había apenado demasiado, pero yo sí había reparado en ello. Habían mancillado su honor con aquel engaño.

Ulises desechó la idea con un ademán.

—Los hombres ya se han olvidado de que él formaba parte de esto. Se olvidaron en cuanto se derramó la sangre de la muchacha.

—Te conviene mucho pensar eso.

—Estás enfadado, y no sin razón. —El príncipe se sirvió una copa de vino y la bebió—. Pero ¿por qué acudes a mí? No sostuve el cuchillo ni retuve a la chica.

—Aquiles quedó cubierto de sangre… El rostro, la boca… —bufé—. ¿Sabes el efecto que ha causado?

—Se lamenta por no haberlo evitado.

—Por supuesto —le espeté—. Apenas puede hablar.

Ulises se encogió de hombros.

—Tiene un corazón muy tierno. Es una cualidad admirable, sin duda. Si piensas que va a tener menos cargo de conciencia, dile que situé a Diomedes donde estaba a propósito, para que él se diera cuenta de todo cuando fuera demasiado tarde.

Le aborrecí tanto que no fui capaz de hablar.

El itacense se inclinó sobre la silla.

—¿Puedo darte un consejo? Es muy sensible, ayúdale a endurecerse si en verdad eres su amigo. Viaja a Troya para matar hombres, no a ayudarlos. —Sus ojos oscuros me retuvieron como una presa a un riachuelo de aguas rápidas—. Es un arma, un asesino. No lo olvides. Puedes usar una lanza como cayado para los paseos, pero eso no va a cambiar su naturaleza.

Esas palabras me dieron un poco de aliento y pude farfullar:

—Él no es ningún…

—Lo es. El mejor campeón de cuantos han forjado los dioses, y es hora de que lo sepa, y también tú. Si hasta ahora no has oído nada de cuanto he dicho, escucha esto al menos. No lo digo con malicia.

Yo no era rival para él y sus palabras se clavaban como púas, sin que hubiera forma de arrancarlas.

—Te equivocas —le dije.

Ulises no me contestó, se limitó a mirarme mientras me daba la vuelta y huía de su lado en silencio.

DIECINUEVE

Nos marchamos a primera hora del día siguiente con el resto de la flota. La playa de Áulide pareció extrañamente desnuda cuando la contemplamos desde la popa. Las únicas evidencias de nuestra estancia eran las zanjas de las letrinas y las cenizas blancas de la pira de Ifigenia.

Nada más despertar aquella mañana le había contado a Aquiles lo que me dijo Ulises, que él no podía haber visto a tiempo a Diomedes. Me escuchó con desgana. Tenía grandes ojeras a pesar de haber dormido mucho.

—Es lo mismo. Ella ha muerto.

Al zarpar, caminó por cubierta detrás de mí. Yo le mostré cosas para animarle, como los delfines que iban junto a nosotros o las nubes cargadas de lluvia que se formaban en el horizonte, pero estaba apático y me escuchaba solo a medias. Más tarde le sorprendí practicando movimientos de combate y golpes de espada con cara de pocos amigos.

Cada noche atracábamos en un puerto distinto, pues nuestras naves no habían sido construidas pensando en largas singladuras, así que tocaba hacer navegación de cabotaje. Los únicos hombres a los que veíamos eran a nuestros propios ftíos y a los argivos de Diomedes. La flota se dispersaba para evitar que una sola isla se viera obligada a acoger a todo un ejército. Yo estaba convencido de que no era casual que nos hubiera tocado navegar junto al rey de Argos. «¿Piensan que vamos a huir?».

Hice todo lo posible por ignorarle y él pareció conforme con dejarnos en paz.

Todas las islas me parecían iguales: altos acantilados de paredes blanquecinas, playas llenas de rocas que rasguñaban la parte inferior de nuestros esquifes con sus uñas terrosas. Solían estar llenas de maleza entre la cual se abrían paso a duras penas olivos y cipreses. Aquiles apenas reparó en nada de ello. Permanecía inclinado sobre las piezas de su armadura y la pulió hasta que refulgió al sol como si fuera una hoguera.

Al séptimo día de singladura llegamos a Lemnos, al otro lado de la boca del estrecho del Helesponto. Era pantanosa y menos alta que la mayoría de nuestras islas; había muchos remansos de aguas estancadas llenos de nenúfares. Localizamos una laguna a cierta distancia del campamento y nos sentamos junto a ella. Las chinches pululaban por la superficie acuosa y entre los carrizos asomaban ojos bulbosos. Nos hallábamos a tan solo dos días de Troya.

—¿Cómo fue cuando mataste a ese chico?

Alcé la vista. Su rostro permanecía en penumbra y los cabellos le caían alrededor de los ojos.

—¿Cómo…?

Él asintió sin dejar de mirar las aguas, como si estuviera leyendo en sus honduras.

—¿Cómo fue?

—Es difícil de describir. —Me había pillado por sorpresa. Cerré los ojos para conjurar la escena—. Sangró enseguida, de eso sí me acuerdo. Yo no podía creer cuánta sangre había. Se le abrió la cabeza y asomaron un poco sus sesos. —Luché para controlar la náusea que me atenazaba incluso ahora—. También recuerdo el sonido que hizo su cabeza al chocar contra la roca.

—¿Se retorció como hacen los animales?

—No me quedé lo suficiente como para mirar.

Permaneció en silencio durante un buen rato.

—Mi padre me aconsejó que los considerara animales… Me refiero a los hombres a los que mate.

Abrí la boca para decir algo, pero volví a cerrarla. Él no apartó la vista de la superficie de la laguna.

—No creo que pueda hacerlo —admitió con sencillez, tal y como era su hábito.

Las palabras de Ulises me cayeron encima, pesándome como una losa. «Estupendo», estuve a punto de decir, era lo que quería decir, pero ¿y qué sabía yo en realidad? Yo no tenía que ganarme la inmortalidad en la guerra. Me abrazaba a la paz.

—No dejo de verla… La muerte de Ifigenia —dijo en voz baja. Le entendía, tampoco yo dejaba de recordar la salpicadura de sangre y la sorpresa y el dolor de sus ojos.

—No siempre va a ser así —me oí decir—. Ella era una muchacha, alguien inocente. Esos hombres contra quienes vas a luchar son guerreros dispuestos a matarte si tú no golpeas primero.

Él se volvió a mirarme, y lo hizo con fijeza e intensidad.

—Pero tú no vas a luchar, ni aunque fueran a asestarte un lanzazo. Lo odias. —Sus palabras habrían constituido un insulto si las hubiera pronunciado otro hombre.

—Porque no poseo la habilidad necesaria —aduje.

—No creo que esa sea la única razón.

Sus ojos eran verdes y marrones, como el bosque, pero incluso a la escasa luz del crepúsculo podía advertir el tono dorado.

—Tal vez no —respondí al cabo de un rato.

—Pero ¿me perdonarás?

—No necesito perdonarte. —Alargué la mano para coger la suya—. Tú no puedes ofenderme. —Hablé con cierta precipitación, pero con toda la convicción de mi corazón.

Antes de que yo pudiera mover los labios, Aquiles liberó su mano de la mía y rodó junto a mi pie en un movimiento borroso de puro rápido, tanto que no pude seguirlo con la vista. Cuando se irguió, llevaba entre los dedos algo flácido y largo

muy similar a un trozo de cabo mojado. Miré la cosa fijamente sin comprender nada.

—Hidra —anunció Aquiles. Serpiente de agua.

Era de un color pardo agrisado y su cabeza colgó rota a un lado. El cuerpo aún se estremeció un poco mientras agonizaba.

—Ni siquiera la vi —conseguí farfullar.

Me entró una flojera. Quirón nos había hecho memorizar los hábitats y colores de las serpientes. Gris amarronado, agua. Se enfadaba enseguida. Su mordedura era letal.

—Tampoco hacía falta. Ya la vi yo.

Se mostró más sosegado a partir de ese momento y dejó de pasear por la cubierta o mirar por la borda, pero yo sabía que la muerte de Ifigenia aún pesaba en su ánimo. En el de los dos, en realidad. Aquiles tomó por costumbre llevar siempre una de sus lanzas. La lanzaba al aire y la recogía una y otra vez.

Poco a poco, la flotilla empezó a perder unidades. Algunos se decantaron por la vía más larga, la del sur, junto a la isla de Lesbos. Otros prefirieron la ruta más directa, y ya nos esperaban cerca de Sigeo, al noroeste de Troya. Y otros, como era nuestro caso, navegamos junto a la costa tracia.

Nos reunimos otra vez en Ténedos, una isla situada en los aledaños de la amplia costa troyana, donde nos agrupamos y a grito pelado nos fuimos pasando de un barco a otro el plan de Agamenón: los barcos de los reyes navegarían al frente y sus hombres se desplegarían detrás. Las maniobras en aquel lugar fueron un caos y se produjeron tres colisiones. Y todas las naves acabaron desportillando algún remo contra el casco de otras próximas.

Al final quedamos situados entre Diomedes, a nuestra izquierda, y Meríones, a la derecha.

Resonó el redoble de tambores y se adelantó la primera fila de naves, bogada a bogada. Agamenón había transmitido la orden de avanzar despacio para mantener las filas y avanzar todos a una, pero nuestros reyes aún estaban un poco verdes en eso de acatar las instrucciones de otro hombre y cada uno ansiaba ser el primero en llegar a Troya. Los remeros empezaron a sudar a chorros cuando sus jefes los azotaron.

Nosotros nos fuimos a la proa junto a Fénix y Automedonte para observar la línea de costa cada vez más próxima. Aquiles acariciaba y empuñaba la lanza con despreocupación, y le daba palmadas con una cadencia que los remeros empezaron a seguir a la hora de bogar.

Empezamos a poder distinguir contornos en el gran arenal cuando nos acercamos todavía más y empezaron a surgir árboles altos y montañas del borrón verde y marrón que hasta ese momento había sido la línea costera.

—Hay hombres en la playa —anunció Aquiles; entornó los ojos—. Van armados.

Un cuerno sonó con fuerza en alguna nave de la flota antes de que yo tuviera ocasión de responder y otros le respondieron enseguida. El viento nos trajo un eco débil de gritos. Habíamos contado con sorprender a los troyanos, pero ellos sabían de nuestra llegada y nos estaban esperando.

Los remeros de toda la línea hundieron los remos en las aguas para ralentizar el acercamiento, pues los hombres de la playa eran soldados sin el menor género de dudas. Todos vestían el carmesí oscuro de la casa de Príamo.

Una biga corría entre sus filas levantando nubes de arena. Su ocupante lucía un casco con crines de caballo y la fortaleza de su cuerpo podía advertirse incluso a lo lejos. Era corpulento, sí, pero no tanto como Áyax Telamonio o Menelao. Emanaba un aura de poder procedente de su propio carro de guerra, la forma en que se cuadraba de hombros y lo erguida que mantenía la espalda, que se alzaba recta hacia el cielo. Ese no era un príncipe perezoso entregado a una vida licenciosa y de embriaguez como se decía de los orientales. No podía ser otro que Héctor.

Abandonó el carro de un salto sin dejar de gritar a sus hombres, que enristraron las lanzas y enflecharon los arcos. Todavía nos hallábamos fuera de su alcance, pero la marea nos arrastraba hacia la costa a pesar de los remos y las anclas, que no se aferraban al fondo. La confusión reinó en la primera fila, convertida ya en un griterío. Agamenón no tenía otras órdenes que aguantar la posición y no desembarcar.

—Casi estamos al alcance de sus flechas —comentó Aquiles.

A nuestro alrededor reinaba el pánico y el sonido de pisadas a la carrera sobre cubierta, pero él no se alarmó.

Estudié la costa, ahora muy cercana. Héctor había desaparecido, retirándose hacia la posición de otro destacamento de tropas, pero delante de nosotros había un capitán con justillo de cuero y un casco metálico que le cubría todo el rostro, salvo la barba. Enflechó el arco y tiró de la cuerda hacia atrás cuando la fila de naves se acercó un poco más. No era un arma tan grande como la de Filoctetes, pero no le andaba a la zaga. Suspiró cerca del astil de la flecha y se preparó para matar a su primer griego.

No llegó a tener la ocasión. No vi moverse a Aquiles, aunque sí oí el silbido del aire y una suave exhalación suya. Cuando miré, había soltado la lanza, que surcaba la distancia existente entre nuestra posición y la playa. Era una actitud, un simple gesto. Ningún lancero podía arrojar su arma ni la mitad de lejos de lo que podía volar una flecha. «Va a quedarse bien corta», supuse.

Mas no fue así. La punta oscura atravesó limpiamente el pecho del hombre, empujándole hacia atrás y haciéndole caer. El arco vibró inofensivo y la flecha salió errática de entre sus dedos sin vida. El oficial quedó tumbado sobre la arena y jamás se levantó.

Una salva de gritos y cuernos triunfales se levantó de entre los barcos próximos al nuestro, pues lo habían visto todos. Las nuevas se propagaron entre la fila de barcos

griegos en todas direcciones: nuestra era la primera sangre, vertida por el semidiós y príncipe de Ftía.

El rostro de Aquiles estaba en calma, casi era pacífico. No parecía el de un hombre que había obrado un milagro. En la costa, los troyanos agitaron las armas y gritaron palabras con acento áspero y extraño. Un grupo se arrodilló junto al caído. Detrás de mí oí a Fénix susurrarle algo a Automedonte, que se marchó a la carrera para reaparecer al cabo de un momento con un manojo de lanzas. Aquiles tomó una sin mirarla siquiera, la sopesó y la lanzó. Esta vez sí le observé, contemplé la curva de su brazo y lo erguido de su mentón. A diferencia de muchos soldados, no hizo una pausa para apuntar o mirar. Conocía el destino de la lanza. En la playa se desplomó otro hombre.

Ahora que estábamos muy cerca nos llovían flechas desde ambos lados de la playa. Muchas caían al agua y unas pocas se hundían en mástiles y cascos. Algunos hombres gritaron a lo largo de la línea de barcos. Sufrimos algunas bajas. Automedonte entregó un escudo a Aquiles, que lo tomó con calma y me dijo:

—Quédate detrás de mí.

Yo así lo hice.

Él desvió con el escudo una flecha que venía a por nosotros y tomó otra lanza.

Los soldados cada vez estaban más fuera de sí, pero sus jabalinas y saetas, lanzadas con un exceso de entusiasmo, se perdían en las aguas. En algún punto de la línea, Protésilas, príncipe de Fílace, saltó de la proa entre risas y comenzó a nadar hacia la orilla. Tal vez estaba bebido, tal vez el ansia de gloria le enardecía la sangre, tal vez deseaba superar al príncipe de Ftía. El propio Héctor le lanzó una vibrante lanza que le alcanzó de lleno, tiñendo de rojo toda la espuma de alrededor. Fue el primero de los griegos en morir.

Nuestros hombres se amontonaron en esquifes, los bajaron con cabos y se dirigieron en tropel hacia la playa. Los troyanos estaban bien organizados, pero la playa no ofrecía defensa natural alguna y nosotros les aventajábamos en número. A una orden de Héctor, los troyanos tomaron los cuerpos de sus compañeros caídos y abandonaron el grao, dejando claro que matarles no iba a ser nada fácil.

VEINTE

Ganamos la orilla, varamos las primeras naves sobre la arena, enviamos exploradores por delante para evitar nuevas emboscadas del enemigo y apostamos guardias. Nadie se desprendió de la armadura a pesar de la elevada temperatura.

Mientras los barcos atestaban la playa detrás de nosotros, enseguida se determinaron los emplazamientos del vivaque de cada rey. El campo asignado a los ftíos estaba en el confín más lejano de la playa, lejos de cualquier ágora, Troya y los demás caudillos. Miré por el rabillo del ojo a Ulises, pues era él quien había asignado los lotes de terreno, pero mantuvo el rostro tan afable e inescrutable como de costumbre.

—¿Cómo sabemos hasta dónde hemos de ir? —preguntó Aquiles con una mano sobre los ojos a modo de visera. Miró al norte. La playa parecía no tener fin.

—Andad hasta que se acabe la arena —respondió Ulises.

Aquiles hizo un gesto en dirección a nuestras naves varadas en el grao y los capitanes mirmidones empezaron a separarse de las restantes líneas. El sol caía a plomo sobre nosotros, parecía refulgir con más fuerza en aquel lugar, aunque tal vez solo fuera una sensación causada por la albura de la playa. Caminamos hasta una pequeña elevación cubierta de hierba que afloraba desde el propio arenal. Tenía forma de media luna y acunaba a nuestro futuro campamento por un flanco y la retaguardia. En lo alto había un bosque que se extendía hacia el este, hacia un río de caudal titilante; hacia el sur, Troya era un manchón en el horizonte. Si el responsable de la elección había sido Ulises, no quedaba más remedio que agradecérselo: era el mejor campamento con diferencia, pues ofrecía verdor, sombra y sosiego.

Dejamos a Fénix al mando de los mirmidones y nos encaminamos hacia el campamento principal. Todos los rincones por donde pasábamos eran un hervidero de hombres consagrados a la misma actividad: hacer rodar a las naves hasta la orilla con el concurso de leños, levantar tiendas y descargar vituallas. Todos se movían con frenesí, impulsados por un propósito casi maniaco. Al fin habíamos llegado.

A lo largo del camino pasamos junto al vivaque del célebre primo de Aquiles, el imponente Áyax, rey de la isla de Salamina. Le habíamos visto de lejos en Áulide y habíamos oído los rumores de que había roto la cubierta de su nave al pasear, había sido capaz de echarse un toro a las espaldas y llevarlo durante más de un kilómetro. Le encontramos sacando de la bodega de su nave unos fardos gigantescos. Tenía unos músculos grandes como piedras.

—Hijo de Telamón —le saludó Aquiles.

El hombrón se volvió. Tardó un poco en darse cuenta de quién era el inconfundible muchacho que tenía delante. Entrecerró los ojos y adoptó una rígida

amabilidad antes de saludar con voz pastosa.

—Pelida.

Depositó en el suelo su carga y tendió una mano nudosa y con unos callos de forma y tamaño similares a los de los olivos. Compadecí un poco a Áyax el Grande. Él habría sido el *aristós achaion* si Aquiles no estuviera allí.

De regreso al campamento, nos instalamos en la colina que delimitaba la arena y la hierba para contemplar lo que nos había traído hasta allí: Troya, separada de nuestras posiciones por una vasta planicie cubierta de hierba y flanqueada por dos ríos de cauce ancho y corriente perezosa. El refulgir de las murallas de piedra bajo aquel sol de justicia era visible aun desde tan lejos y nos pareció ver el destello metálico de la famosa puerta Escea, cuyos goznes de bronce medían tanto como un hombre, según se decía.

Más adelante iba a tener ocasión de ver más de cerca esos muros de piedras perfectamente talladas y encajadas unas entre otras, un trabajo primoroso hecho por el propio dios Apolo, si se daba crédito a los rumores. Y entonces me pregunté cómo íbamos a conquistar aquella urbe, pues la muralla era demasiado alta para las torres de asedio y demasiado gruesa para ceder ante el fuego de las catapultas, y nadie en su sano juicio intentaría siquiera trepar por la superficie totalmente lisa de sus lienzos.

Agamenón convocó la primera reunión cuando el sol se estaba poniendo en el horizonte. Habían levantado una carpa y habían guardado en su interior varias hileras de sillas que formaban un semicírculo desigual. En la parte delantera se hallaban sentados los Atridas, Agamenón y Menelao, flanqueados por Ulises y Diomedes. Los reyes entraron y ocuparon su lugar uno tras otro. Educados desde la cuna en la jerarquía, los de menor relevancia eligieron sitios más retrasados y dejaron las filas de delante a sus pares más conspicuos. Aquiles no vaciló a la hora de tomar un asiento en la primera fila y me empujó para sentarme junto a él, y así lo hice, esperando de un momento a otro la objeción por parte de alguien que deseara que me fuera de allí, pero entonces llegó Áyax el Grande con su hermanastro bastardo, Teucro, e Idomeneo se hizo acompañar por un escudero y un auriga. Al parecer, los grandes señores se permitían sus indulgencias.

A diferencia de los encuentros habidos en Áulide, pomposos, erráticos e interminables, en aquella reunión se habló exclusivamente del asedio: letrinas, vituallas y estrategia. Los reyes se dividieron entre los partidarios de atacar y los defensores de la diplomacia. ¿No debíamos intentar mostrarnos civilizados primero? Por increíble que pudiera parecer, Menelao fue la voz más firme a favor de parlamentar.

—Yo mismo iré gustosamente a tratar con ellos —se ofreció—, es mi trabajo.

—Si tenías intención de hablar de rendición, ¿para qué hemos venido hasta tan

lejos? —se quejó Diomedes—. Podría haberme quedado en casa.

—No somos salvajes —se empecinó Menelao—, tal vez quieran atenerse a razones.

—Pero no es probable que lo hagan. ¿Por qué perder el tiempo?

—Porque no pareceremos los villanos de esta historia si primero hay un poco de diplomacia y alguna tregua. —Ese era Ulises—. Y eso implica que las ciudades de Anatolia no van a sentirse en la obligación de acudir en ayuda de Troya.

—Entonces, ¿estás a favor de eso, itacense? —quiso saber Agamenón.

—Hay muchas formas de iniciar una guerra, mi querido rey de Argos —respondió Ulises con un encogimiento de hombros—. Soy de la opinión de que las razias son un buen comienzo. Consiguen prácticamente los mismos logros que la diplomacia, pero con un mayor beneficio.

—¡Sí, una razia! —cacareó Néstor—. Lo primero de todo debemos hacer una demostración de fuerza.

Agamenón se frotó el mentón y paseó la mirada por las sillas de los reyes.

—Creo que Néstor y Ulises están en lo cierto: hagamos primero una razia; tal vez enviemos una embajada más adelante. Empezaremos mañana.

No necesitó añadir instrucciones ulteriores. La razia era un clásico de la poliorcética: no se ataca la ciudad, sino las tierras circundantes que la abastecen de grano y carne. Se asesina a quienes ofrecen resistencia y se esclaviza a quienes se rinden. De ese modo, los asediadores consiguen toda la comida así como a las esposas e hijas de esos hombres, que pasan a ser las garantes de su lealtad. Quienes lograban escapar al ataque se acogían a la protección de la ciudad, cuyos distritos se llenaban de gente con el consabido resultado de motines y alguna enfermedad. Al final, la urbe se veía obligada a abrir las puertas, por desesperación o por honor.

Albergué la esperanza de que tal vez Aquiles pusiera alguna objeción, pues no había gloria alguna en degollar granjeros, pero él se limitó a asentir como si hubiera tomado parte en cien cercos y en su vida no hubiera hecho otra cosa que asediar ciudades.

—Una última cosa. No quiero caos ni confusión en caso de ser atacados. Debemos formar en líneas y compañías. —Agamenón se removió en su asiento, casi parecía nervioso, y bien podría estarlo, pues nuestros reyes eran quisquillosos y difíciles, y aquella era la primera distribución de los puestos de mérito: la posición en las filas. Si iba a producirse alguna rebelión contra la autoridad de los dos Atridas, se produciría entonces. La simple idea de una revuelta parecía enfurecerle y habló con voz aún más ronca. Ese era uno de los fallos más reiterados de Agamenón: se volvía más desagradable cuanto más precaria era su posición—. Menelao y yo ocuparemos el centro, por supuesto.

Una pequeña marejada de descontento atravesó las filas de los reyes, pero Ulises

reaccionó rápido y habló para hacerse oír por encima de los murmullos.

—Muy sabio por tu parte, rey de Micenas. Los emisarios podrán encontrarte con suma facilidad.

—Por eso mismo, itacense —convino Agamenón, asintiendo con brusquedad, como si esa fuera en verdad la razón—. A la izquierda de mi hermano estará el príncipe de Ftía y a mi derecha, Ulises. En las alas se situarán Diomedes y Áyax. —Todas aquellas posiciones eran las más peligrosas, las que el enemigo intentaría flanquear o atravesar. Había que defenderlas a toda costa y por eso eran las de mayor prestigio—. Los demás puestos se determinarán por sorteo. —El general aguardó a que se acallara el murmullo para concluir—: Está decidido. Empezamos mañana con una razia en cuanto amanezca.

El sol se ponía cuando echamos a andar de camino a nuestro acuartelamiento de la playa. Aquiles se hallaba muy complacido: se había hecho con uno de los puestos de primacía, y sin luchar. Era demasiado pronto para cenar, así que subimos por la pradera que alfombraba la ladera de la colina situada detrás de nuestro campamento y nos detuvimos en lo alto durante un instante con el fin de inspeccionar la nueva posición. La luz mortecina iluminaba los dorados cabellos de Aquiles, cuyo semblante se dulcificó con el crepúsculo.

Una pregunta me había consumido las entrañas desde que tuvo lugar el combate del desembarco, pero no había tenido tiempo de formularla hasta ese momento.

—¿Piensas en ellos como si fueran animales? Como te aconsejó tu padre…

Él negó con la cabeza.

—No pienso en nada.

Las gaviotas estridentes volaban en círculos por encima de nuestras cabezas. Intenté imaginarle cubierto de sangre y con aspecto mortífero después de la primera razia del día siguiente.

—¿Tienes miedo? —quise saber. En los árboles situados detrás de nosotros sonó la primera llamada de los ruiseñores.

—No, he nacido para esto.

Me despertó el chapaleteo de las olas contra la costa de Troya. Aquiles aún se hallaba adormilado junto a mí, así que me deslicé fuera de la tienda para dejarle dormir. La jornada se presentaba como la del día anterior: un cielo despejado, un sol brillante y caluroso, el mar convertido en un espejo que proyectaba grandes destellos luminosos. En cuanto me senté, noté en la piel las gotas de sudor, que enseguida empezaron a acumularse para formar regueros.

La razia daría comienzo en menos de una hora. Me había adormecido con esa idea y me desperté con el mismo pensamiento. Nosotros ya lo habíamos hablado y yo no iba a participar, como la mayoría de los hombres. Era una expedición realizada por

reyes y se elegía a los mejores guerreros para asegurar los primeros honores. Aquiles mataría a un hombre de verdad.

Sí, estaban los hombres abatidos en la playa el día anterior, pero eso había sucedido en la distancia, sin verter una sangre que todos pudieran ver. Los troyanos alanceados se habían desplomado de forma casi cómica, demasiado lejos para que pudiéramos verles las caras o apreciar su dolor.

Aquiles salió ya vestido de la tienda, se sentó junto a mí y tomó el desayuno preparado para él. Hablamos poco.

No había palabras que yo pudiera pronunciar para explicar cómo me sentía. El nuestro era un mundo de sangre y solo la reputación lo conquistaba. Los cobardes no combatían. Un príncipe ni siquiera tenía elección: guerreaba y ganaba o guerreaba y moría. Incluso Quirón le había enviado una lanza.

Fénix ya se había levantado y había reunido a los mirmidones que iban a acompañarle. Era la primera escaramuza y todos querían ser la voz e imagen de su señor. Aquiles se levantó y le vi encaminarse hacia ellos. Por la forma en que centelleaban las hebillas de la túnica y el modo en que su capa de oscuro color púrpura realzaba el color de sus cabellos dorados por el sol, se parecía muchísimo a un héroe. Apenas fui capaz de acordarme de que aquella misma noche nos habíamos estado escupiendo huesos de aceituna por encima de la bandeja de quesos que nos había dejado Fénix y habíamos proferido gritos de júbilo cuando uno me había caído en la oreja, todavía con trozos de fruta colgando.

Alzó una lanza mientras los arengaba y agitó la punta de un gris oscuro como una piedra o aguas agitadas por la tormenta. Sentí lástima por los reyes que debían luchar por imponer su autoridad o que la sobrellevaban a duras penas; hacían gestos toscos y bastos. En cambio, Aquiles estaba lleno de gracia, como una bendición, y los hombres alzaban los rostros hacia él como los fieles se orientan hacia un sacerdote.

A renglón seguido vino a despedirse de mí. Volvía a ser mortal y sostenía la lanza sin apretar, casi con pereza.

—¿Me ayudas a ponerme el resto de la armadura?

Asentí y le seguí al frescor de la tienda, detrás de la pesada puerta de tela cuya caída y cierre tenía un efecto similar a que alguien hubiera apagado la luz. Le entregué piezas de cuero y metal conforme me las iba pidiendo mediante gestos y con ellas cubría los muslos, los brazos, el vientre. Se las anudó una tras otra; las rígidas tiras de cuero se hundieron en la suave piel cuyos contornos yo había seguido con el dedo aquella misma noche. Las manos me temblaron, ávidas de deshacer las tensas correas y liberarle, pero no lo hice. Los hombres le aguardaban.

Le entregué la última pieza: un deslumbrante casco con cola de caballo. Se lo encajó hasta dejar solo una nimia franja de rostro a la vista. Se inclinó hacia mí, envuelto en bronce, oliendo a sudor, cuero y metal. Cerré los ojos al sentir sobre mis

labios los suyos, la única parte aún suave de Aquiles. Después se marchó.

Sin su presencia, el pabellón parecía de pronto mucho más pequeño y cerrado, y olía más a las pieles colgadas por las paredes. Me tumbé en nuestro lecho y escuché sus órdenes impartidas a voz en grito, los pasos de marcha, el piafar de los caballos y, por último, el chirriar de las ruedas del carro en el que se alejaba. Al menos no temía por su seguridad: no podía morir mientras viviera Héctor. Cerré los ojos y me dormí.

Me desadormeció la presión de su nariz sobre la mía; no dejó de insistir cuando me aferré a las hebras de mis sueños. Olía de forma extraña y penetrante y por un momento casi me repugnó aquella criatura que frotaba su rostro con el mío, pero se echó hacia atrás para sentarse y volvió a ser Aquiles, con el pelo húmedo y ennegrecido, como si de sus cabellos hubiera desaparecido todo el sol de la mañana, que sí incidía en su rostro y en las orejas, aplanadas y húmedas tras el encierro del casco.

Estaba cubierto de sangre y algunas de las salpicaduras más intensas aún estaban sin secar. Mi primera sensación fue de pánico: le habían alcanzado e iba a morir desangrado.

—¿Estás herido? —quise saber.

—No pueden acercarse lo suficiente para tocarme —respondió con una triunfal nota de asombro en la voz—. No sabía que iba a ser tan fácil. Es como si nada. Tendrías que haberlo visto. Después, los hombres me vitorearon. —Hablaba con un aire soñador—. No podía perdérmelo. Me gustaría que lo hubieras visto.

—¿Cuántos…?

—Doce —me contestó.

Doce inocentes sin relación alguna con Paris, Helena o alguno de nosotros.

—¿Eran granjeros…? —pregunté con un amargor en la voz que pareció hacerle volver a su ser.

—Iban armados. No mato a hombres indefensos.

—¿Y a cuántos crees que vas a matar mañana?

Advirtió el tono hiriente de mis palabras y desvió la mirada. El dolor de su semblante fue un gran golpe para mí, me sentí avergonzado. ¿Dónde había quedado mi promesa de perdonarle? Ese era su destino, yo lo sabía y, de todos modos, había elegido venir a Troya. Era demasiado tarde para poner objeciones por el simple hecho de que mi conciencia hubiera comenzado a irritarse.

—Lo siento —me disculpé.

Luego le pedí que me describiera lo sucedido, que me lo contara absolutamente todo, tal y como había sucedido siempre entre nosotros. Y así lo hizo, me refirió la historia con detalle: la primera lanza penetró en el carrillo de un hombre, llevándose toda la carne cuando salió por el otro lado; la segunda había atravesado el pecho de

otro, donde quedó atascada, como pudo comprobar cuando intentó retirarla. El hedor de la aldea era terrible cuando se marcharon dejando un olor a metal y lodo. Las moscas empezaban ya a posarse.

Yo escuché hasta la última palabra, imaginando que solo era un relato, como si hablara de siluetas oscuras dibujadas sobre una cerámica en vez de hombres.

Agamenón apostó centinelas para vigilar la ciudad las veinticuatro horas del día. Todos nos mantuvimos a la espera de un ataque, una embajada o una demostración de poder, pero Troya mantuvo las puertas cerradas a cal y canto, así que prosiguieron las razias. Aprendí a dormir de día con el fin de no estar cansado a su regreso, pues Aquiles siempre necesitaba hablar y contarme hasta el último detalle de los semblantes, las heridas y los movimientos de los hombres. Y yo deseaba ser capaz de escuchar para asimilar las sangrientas imágenes y pintarlas luego vulgares y corrientes en el vaso de la posteridad, y para liberarle de ellas y conseguir que volviera a ser Aquiles.

VEINTIUNO

Con las razias llegó el reparto. Era nuestra costumbre otorgar trofeos y reclamar los despojos de guerra. Todos los hombres podían quedarse aquello que habían ganado personalmente, como la armadura arrebatada a un soldado muerto o una joya arrancada del cuello de la viuda, pero todo lo demás, aguamaniles, alfombras y cráteras, se llevaba a la tarima y se apilaba para la distribución posterior.

La importancia de la misma no guardaba relación con el valor de los objetos en sí mismos, sino con la reputación. La parte recibida por cada uno equivalía a la posición en el ejército. La primera adjudicación se destinaba por lo general al mejor soldado, pero Agamenón se designó a sí mismo primero y al príncipe de Ftía segundo. Me sorprendió que Aquiles se limitara a encogerse de hombros.

—Todo el mundo sabe que soy el mejor. Esto solo hace que Agamenón parezca más rapaz.

Estaba en lo cierto, por supuesto. Y todo fue aún más agradable cuando todos nos ovacionaron a nosotros cuando pasamos al trote, cargando con la pila de tesoros que nos correspondía, y no a Agamenón, solo aplaudido por su propia gente, los micénicos.

A Aquiles le siguió Áyax, y luego Diomedes, y después Ulises, y así fueron pasando los líderes hasta llegar a Cebriones, a quien solo le quedaron unos cascos de madera y unas copas baratas. Empero, a veces el general podía recompensar a un hombre con un comportamiento sobresaliente en el campo de batalla con algo de mucho valor, incluso por delante del lote del primer hombre. De ese modo, incluso Cebriones albergaba esperanzas de obtener buen botín.

En la tercera semana de asedio, entre aceros, oro y finas alfombras, había una jovencita sobre la tarima. Era una belleza de tez bronceada y refulgente melena negra. Un morado se extendía por la mejilla hasta llegar al pómulo, donde la habían golpeado. También presentaba sendos moratones en los ojos, que a la luz del crepúsculo parecían como si estuvieran pintados con kohl egipcio. El vestido manchado de sangre estaba roto a la altura de uno de los hombros. Tenía las manos atadas.

Los hombres se congregaron a los pies del estrado con avidez. Todos ellos conocían el significado de la presencia de la muchacha: Agamenón iba a darnos permiso para admitir civiles en el campamento, concubinas, cautivas y esclavas. Hasta ahora, las mujeres eran violadas en los campos y abandonadas allí. Tenerlas en la propia tienda era un arreglo mucho más conveniente.

Advertí cómo el general repasaba a la muchacha con la mirada; una sonrisa imperceptible le curvó los labios. Era bien conocido por sus apetitos, como toda la casa de Atreo. En aquel momento yo no sabía la que se me venía encima, pero agarré a Aquiles por el brazo y le hablé al oído.

—Tómala. —Se volvió hacia mí con los ojos abiertos a causa de la sorpresa—. Cógela como premio antes de que lo haga Agamenón, por favor.

Vaciló, mas solo unos instantes.

—Hombres de Hélade. —Se adelantó con la armadura de ese día y oliendo a sangre—. Gran rey de Micenas.

El interpelado se volvió para mirarle y torció el gesto.

—¿Qué quieres, Pelida?

—Reclamo a esa joven como trofeo de guerra.

Ulises enarcó una ceja desde su posición al fondo de la tarima y los hombres situados a nuestro alrededor se pusieron a murmurar. La petición de Aquiles era inusual, pero no excesiva. El primer turno de elección habría sido suyo en cualquier otro ejército. La irritación flameó en los ojos de Agamenón, en cuyos rasgos pude advertir lo que le pasaba por la mente: no le gustaba nada Aquiles, pero en aquel punto no le merecía la pena mostrarse grosero con él. La cautiva era hermosa, pero habría otras chicas.

—Te concedo ese deseo, príncipe de Ftía. Es tuya.

El gentío estalló en vítores, dando su aprobación. A la tropa le gustaban los líderes generosos y los héroes audaces y lujuriosos.

La muchacha siguió con atención el intercambio, y al término del mismo la comprensión le iluminó los ojos. La vi tragar saliva cuando comprendió que iba a venir con nosotros y de inmediato clavó la mirada en Aquiles.

—Dejo a mis hombres el resto de mi botín. Me llevo a la chica ahora mismo.

Los hombres estallaron en carcajadas de agradecimiento y silbidos. La cautiva se echó a temblar un poco; parecía un conejo vigilado por un halcón desde lo alto.

—Ven —le ordenó Aquiles.

Nos dimos la vuelta para marcharnos. Ella nos siguió con la cabeza gacha.

Ya de vuelta a nuestro campamento, Aquiles desenfundó el cuchillo. La cautiva agitó la cabeza de puro miedo, pues él aún estaba cubierto de sangre tras un día de batalla y era su aldea la que habían devastado.

—Déjame a mí —le pedí. Él me entregó el arma y se echó atrás, casi avergonzado —. Voy a liberarte.

La mirada de la joven iba de la hoja del cuchillo a mi persona. Su aspecto me recordó el de algunos perros asustados, aculados en un rincón para defenderse.

—No, no —me apresuré a decirle—. No vamos a hacerte daño. Voy a liberarte.

Nos miró horrorizada. Solo los dioses sabían qué pensaba que le estaba diciendo. Era una granjera anatolia sin ningún motivo para haber oído ni una sola palabra de griego con anterioridad. Me adelanté un paso y le puse una mano en el brazo para infundirle confianza, pero ella dio un respingo, como si esperase recibir un puñetazo. En sus ojos advertí el miedo a ser violada o tal vez algo peor.

No pude soportarlo. Solo se me ocurrió una cosa para disipar sus temores: me volví hacia Aquiles, le tomé por la pechera de la túnica y le besé.

Ella nos estaba mirando fijamente cuando me separé de él, nos miraba sin cesar. Entonces, le señalé con un ademán sus ataduras y después el cuchillo.

—¿De acuerdo?

Vaciló un momento y después me ofreció las manos.

Aquiles se marchó con el fin de pedir a Fénix que nos facilitara otra tienda y yo la conduje hasta el prado de la ladera, donde le preparé una compresa para el rostro amoratado. Ella la aceptó con cuidado y sin levantar la mirada. Entonces, señalé su pierna, pues tenía un corte bastante feo en la espinilla.

—¿Puedo verlo? —le pregunté, mientras señalaba la herida con la mano.

La cautiva no me respondió, pero a regañadientes me dejó examinarle la pierna, limpiar la herida y vendársela. Ella no apartó los ojos de mis manos en movimiento, pero me rehuyó la mirada en todo momento.

Luego, la conduje a su tienda recién montada. Ella se asustó y parecía tener miedo a entrar. Retiré la portezuela de lona y mediante gestos le indiqué que dentro había comida, mantas, un aguamanil y algunas ropas viejas pero limpias. Entró con andares vacilantes y yo la dejé allí, mirándolo todo con ojos llenos de asombro.

Aquiles se fue de saqueo al día siguiente. Vagué por el campamento, recogiendo madera y refrescando los pies en el oleaje, sin perder de vista ni un momento la nueva tienda levantada en una esquina de nuestro vivaque. No habíamos vuelto a verla; la puerta de lona estaba tan cerrada como la entrada de Troya. Estuve a punto de llamarla desde el otro lado de la tela una docena de veces.

Por último, a mediodía, la vi aparecer en la entrada. Se estaba asomando, medio oculta tras los pliegues de lona. Se dio la vuelta y estuvo a punto de irse cuando vio que había reparado en ella.

—¡Aguarda! —le pedí.

La muchacha se quedó quieta. Vestía una de mis túnicas, que le llegaba por debajo de las rodillas, lo cual le hacía parecer muy joven. ¿Cuántos años podría tener? Ni siquiera lo intuía. Eché a andar hacia ella.

—Hola.

Ella me miró con unos ojos como platos. Se había echado el pelo hacia atrás, revelando unos rasgos delicados. Era muy guapa.

—¿Has dormido bien? —No sabía por qué hablaba con ella. Pensaba que tal vez eso podría confortarla un poco. Una vez oí a Quirón comentar la conveniencia de hablar a los niños para tranquilizarlos—. Me llamo Patroclo —le dije, señalándome con el dedo. Me miró, pero apartó la vista enseguida—. Pa-tro-clo —repetí lentamente.

La muchacha no contestó ni se movió, siguió aferrando con los dedos la lona del faldón de la tienda. Me avergoncé. La estaba asustando.

—Voy a irme.

Ladeé la cabeza e hice ademán de marcharme. Entonces, ella dijo algo en voz tan bajita que no logré oírlo. Me detuve.

—¿Cómo…?

—Briseida —repitió sin dejar de señalarse.

—¿Briseida? —pregunté.

Ella asintió con timidez.

Ese fue el comienzo.

Al final, resultó que sí chapurreaba algunas palabras de griego, las pocas que su padre había aprendido y le había enseñado cuando se enteró de la llegada inminente del ejército heleno. «Misericordia», era una; otra fue «sí», y también «por favor». Y también conocía la frase «¿Qué ordena?». El padre le había enseñado a ser una esclava.

No había nadie en el emplazamiento durante el día, a excepción de nosotros. Nos sentábamos en la playa e intercambiábamos algunas frases. Yo entendía cada vez mejor las expresiones de la muchacha, la pensativa calma de sus ojos, las fulgurantes sonrisas que ocultaba detrás de la mano. No pudimos hablar mucho en aquellos primeros días, pero eso no me importó. Resultaba apaciguador sentarse junto a ella mientras las olas se enredaban de forma amigable sobre nuestros pies. Casi me recordaba a mi madre, aunque los ojos de Briseida centelleaban con cada comentario, mientras que los de mi progenitora nunca lo hicieron.

Algunas tardes paseábamos juntos por las inmediaciones de la posición, señalando todas las cosas cuyo nombre ella aún no conocía. Las palabras se amontonaron una tras otra tan deprisa que no tardamos en necesitar elaboradas pantomimas para las explicaciones. «Cocinero mal sueño tener», le indiqué por señas. Briseida entendió mi mímica por muy limitada que fuera esta y ella lo tradujo a una serie de gestos para precisar lo que quería decir: «Huelo la carne en el fuego». Su ingenuidad me hacía reír a menudo y entonces ella me concedía una de sus sonrisas furtivas.

Las incursiones continuaron. Agamenón se subía al estrado todos los días después de una jornada de saqueo y anunciaba:

—Sin novedad.

Eso significaba que de la ciudad no habían venido soldados, ni señales, ni sonidos. Troya seguía asentada sobre el horizonte con obstinación, dispuesta a hacernos esperar.

Los hombres hallaron otros consuelos. Después de Briseida, todas las tardes había un par de chicas en la tarima. Eran muchachas de granja, con manos callosas y nariz requemada de tanto trabajar bajo el sol. Agamenón tomó su parte, y también otros reyes. Enseguida empezaron a verse cautivas por todas partes, tejiendo a la sombra de los pabellones, vertiendo cubos de agua sobre vestidos largos y arrugados, los que llevaban puestos el día en que fueron apresadas. Servían fruta, queso, olivas y trozos de carne; escanciaban las copas de vino; pulían los petos, se sentaban en la arena y sostenían las piezas entre las piernas; algunas de ellas incluso hacían ovillos a partir de los vellones de lana esquilada a las ovejas que habíamos robado en el transcurso de nuestros saqueos.

Por la noche servían a otros propósitos. Yo me encogía avergonzado al oír los gritos que llegaban incluso a nuestra alejada posición del campamento. Intentaba no pensar en las aldeas quemadas y en los padres muertos, pero no era tan fácil desterrar esas imágenes. Las vicisitudes de las razias estaban escritas en los rostros de cada una de las muchachas; a causa de ese pesar lloraban tanto que los ojos de las cautivas vertían tanta o más agua que los baldes agujereados que llevaban de un lado para otro. Y luego estaban los moratones causados por puños o codos; algunos, los de la frente o las sienes, eran de un redondo perfecto: los habían hecho al golpearlas con la contera de las lanzas.

Yo no soportaba la visión de aquellas desgraciadas entrando a trompicones para ser objeto del reparto, así que enviaba a Aquiles para que las pidiera y rescatara al mayor número posible. Aquel priapismo voraz e inapagable le granjeaba las burlas de los hombres.

—Ni siquiera sabía que le gustaran las chicas —bromeó Diomedes.

Todas las nuevas acudían primero a Briseida en busca de sus palabras de consuelo. Ella tenía permitido darles un baño y ropas limpias, y después debía reunirse con las demás en la tienda, pues habíamos habilitado un pabellón nuevo y más grande adecuado para albergar a ocho, diez, once chicas… La mayoría de las veces Fénix o yo éramos los encargados de hablar con ellas. Aquiles se mantenía siempre lejos, sabedor de que le habían visto matar a sus hermanos, padres y amantes. Ciertas cosas no podían perdonarse.

Poco a poco iban teniendo menos miedo. Daban una vuelta, hablaban en su propio idioma y aprendían unas de otras las palabras que habían conseguido asimilar. Eran palabras prácticas, como queso, agua, lana. No eran tan listas como Briseida, pero se las arreglaban para poder hablar con nosotros.

Fue Briseida quien me dio la idea de pasar algunas horas con ellas para enseñarles, aun cuando las lecciones fueron más difíciles de lo inicialmente previsto, pues se mostraban muy recelosas, se miraban unas a otras, no muy seguras de cuál era el significado de mi repentina aparición en sus vidas. Fue Briseida otra vez quien aplacó sus pavores e hizo que nuestras lecciones se hicieran más elaboradas, incluyendo con cada palabra una explicación o un gesto clarificador, pues ahora su griego era excelente, y poco a poco yo delegaba en ella cada vez más, pues era mejor profesora que yo, y más divertida. Sus gestos nos hacían reír a todos, representaba muy bien dos perros a la greña, una lagartija aletargada… Resultaba muy fácil quedarse con ellas cada vez más tiempo, hasta que oía el crujir de un carro y el golpeteo de las ruedas de bronce, y me iba a saludar a mi Aquiles.

En aquellos momentos me resultaba muy fácil olvidar que la contienda aún no había empezado en realidad.

VEINTIDOS

Por muy victoriosas que fueran las incursiones no dejaban de ser incursiones y los muertos no eran soldados, sino granjeros y comerciantes del enorme entramado de aldeas que daban apoyo a la gran ciudad. Agamenón apretaba los dientes cada vez con más fuerza durante los consejos y los hombres, cada vez más impacientes, le preguntaban:

—¿Dónde está la batalla que nos has prometido?

—Muy cerca —respondió Ulises, y señaló el continuo reguero de refugiados que entraba en Troya—. La ciudad debe de estar a rebosar en este momento. Las familias hambrientas deben de estar en palacio y las tiendas improvisadas de los fugitivos deben de bloquear el paso por las calles. Es solo cuestión de tiempo —nos dijo.

A la mañana siguiente, como conjurada por las palabras del itacense, una bandera de parlamento ondeó sobre las murallas de la urbe. El soldado de guardia bajó a la carrera hasta la playa para decir a Agamenón que Príamo estaba dispuesto a recibir una legación.

El campamento ardió de entusiasmo al oír las nuevas. De un modo u otro, iba a suceder algo. Devolverían a Helena o saldrían a pelear como es debido en el campo de batalla.

El consejo de reyes envió a Menelao y Ulises, las elecciones obvias. Con la primera luz del día los dos hombres salieron a lomos de sus caballos de gran alzada, cepillados hasta deslumbrar y cascabeleando de tanto adorno. Les observamos cruzar la herbosa planicie de Troya y luego se desvanecieron en el borrón gris oscuro de los muros.

Aquiles y yo aguardamos en nuestra tienda, formulando conjeturas. ¿Verían los embajadores a Helena? Paris se había atrevido a arrebatársela a su esposo y ahora podía tener la osadía de mostrársela. Menelao había acudido al encuentro desarmado de forma muy notoria. Quizá no se fiara mucho de sí mismo.

—¿Sabes por qué le eligió a él? —quiso saber Aquiles.

—¿A Menelao? Ni idea. —Recordé el semblante del monarca en el salón de Tindáreo, rebosando salud y buen humor. Era apuesto, sí, pero no el más guapo de los pretendientes. Ostentaba ya un gran poder, pero entre aquellas paredes había muchos hombres con mayores riquezas y hazañas—. Su regalo consistió en una tela teñida muy fina. Dijo algo muy inteligente cuando entregó el presente.

Aquiles apoyó la cabeza sobre su brazo doblado y sopesó mis palabras.

—¿Crees que Helena se fue con Paris por voluntad propia?

—Tal vez, pero si así fuera, no va a admitirlo ante Menelao.

—Hum. —Aquiles tabaleó los dedos sobre su pecho, pensativo—. Aun así, ella

debió de consentir. El palacio de Menelao es una fortaleza. Alguien la habría oído si ella hubiera gritado o forcejeado. Helena sabía que su marido iba a venir tras ella, para salvaguardar su honor cuando menos… Y también que Agamenón iba a aprovechar la oportunidad de invocar el juramento.

—Yo no habría sabido algo así.

—No te habías casado con Menelao.

—¿Tú crees que ella lo hizo a propósito…? ¿Para provocar la guerra? —Eso me sorprendió.

—Es posible. Se la conocía como la mujer más hermosa de toda Hélade. Ahora dicen de ella que es la más hermosa del mundo entero. —Puso su mejor voz de falsete para decir—: Un millar de naves han navegado por ella.

Un millar de naves era el número que los aedos de Agamenón habían empezado a usar en sus composiciones. Un millar. Mil ciento ochenta y seis no quedaba demasiado bien en una línea de la estrofa.

—A lo mejor se enamoró de Paris.

—O tal vez estaba aburrida tras diez años de enclaustramiento en Esparta. También ella quería irse.

—Tal vez Afrodita influyó en ella.

—Quizá los embajadores regresen con Helena.

Nos detuvimos a considerar esa opción.

—Agamenón atacaría de todos modos, o eso creo.

—Y también yo. Ninguno de los reyes ha vuelto a mencionar a Helena.

—Excepto en las arengas a los hombres.

Permanecimos en silencio durante unos instantes.

—Bueno, ¿y a qué pretendiente hubieras elegido tú?

Le empujé, y se echó a reír.

Regresaron al anochecer. Solos. Ulises informó a los reyes mientras Menelao permanecía sentado y en silencio. El señor de Troya les había dispensado una cálida bienvenida y les había ofrecido un festín en su salón.

—Sabemos la razón de vuestra venida, pero la dama en cuestión no desea regresar y se ha puesto bajo nuestra protección. Jamás me he negado a defender a una mujer y no voy a empezar ahora.

—Muy inteligente —observó Diomedes—. Han encontrado una forma de sortear su culpa.

—Yo le contesté que no había nada más que decir si en verdad estaban tan resueltos —prosiguió el príncipe itacense.

—Por descontado que no —convino Agamenón con voz resonante y profunda mientras se ponía de pie—. Hemos probado la vía diplomática y la han rechazado.

Solo nos queda un camino honorable, la guerra. Mañana iréis a ganaros la gloria que os merecéis hasta el último de vosotros.

Hubo más, pero no le escuché. «Hasta el último de vosotros». Me abrumó el pánico. ¿Cómo no había pensado en ello? Había esperado combates, por supuesto. Ahora estábamos en guerra y todos debían servir como soldados, en especial los allegados más íntimos del *aristós achaion.*

Apenas pegué ojo aquella noche. Las lanzas apoyadas sobre las paredes de la tienda parecían de una longitud inverosímil y mi mente se esforzaba por recordar algunas lecciones, cómo levantarlas, cómo bajarlas. Las Moiras no habían dicho nada acerca de mi destino, no habían profetizado cuánto iba a vivir. Aterrado, desperté a Aquiles.

—Yo estaré allí —me prometió.

Aquiles me ayudó a armarme en la oscuridad previa al alba. Cnémidas, guanteletes, una coraza de cuero y, encima de ella, un peto metálico. Todo parecía, más que una protección, un estorbo que me apretujaba los brazos, me lastraba con su peso o me rozaba en el mentón. Él me aseguró que acabaría por acostumbrarme, mas no le creí. Me sentía como un tonto, como un chico que se ha puesto las ropas de su hermano mayor, cuando salí de la tienda a la luz del primer sol de la mañana. Los mirmidones ya nos estaban aguardando, empujándose unos a otros con expectación. Juntos empezamos el largo trayecto hacia la playa donde se congregaba el enorme y descomunal ejército. Mi respiración se hizo entrecortada.

Pudimos escuchar a la tropa antes de verla: fanfarronadas, el tintineo metálico de las armas, el sonido de los cuernos. Luego el trazo del arenal se abrió y nos reveló un mar de hombres dispuestos en pulcros rectángulos, cada uno señalado con un pendón indicativo de su rey. Solo había un espacio vacío, un lugar de privilegio, reservado para el príncipe de Ftía y sus mirmidones. Nos adelantamos y nos pusimos en orden de batalla: Aquiles al frente; luego, una línea de capitanes, conmigo en el medio; detrás, hileras centelleantes de orgullosos hoplitas ftíos.

Ante nosotros se extendía la amplia llanada de Troya, que terminaba en las inmensas puertas y torres de la ciudad, a cuyos pies se agitaba un bullicio de hombres pelinegros y escudos centelleantes al sol.

Aquiles se volvió y me dijo:

—Quédate siempre detrás de mí.

Asentí, y el casco se me movió sobre las orejas al hacerlo.

El miedo era como una copa de pánico cuyo contenido se agitaba en mi interior, amenazando con verterse de un momento a otro. Las cnémidas se resbalaron hasta hundirse en los huesos de los pies y el peso de la lanza me hacía bajar el brazo. El sube y baja del pecho se me desbocó cuando sonó un cuerno. Ahora. Había llegado el

momento.

Nos lanzamos a la carrera entre golpeteos y tintineos, convertidos en una masa. Así era nuestra forma de combatir: realizábamos una carga mortífera para encontrarnos con el enemigo en el medio. Era posible desbaratar las líneas del adversario si se cobraba el suficiente impulso. Las nuestras se descompusieron enseguida, pues los más veloces aventajaron al resto enseguida en su ávida carrera hacia la gloria, porque todos ardían en deseos de ser los primeros en matar a un guerrero troyano en combate. Al llegar a la mitad de la planicie ya no había en nuestro ejército el menor atisbo de filas, ni siquiera de formaciones por reinos. Los mirmidones me dejaron atrás enseguida, se convirtieron en una borrosa nube que se alejaba a mi izquierda y yo me encontré entre los espartanos de Menelao, guerreros de largas melenas que acudían al combate aceitados y peinados.

Yo también corrí entre el repiqueteo de mi armadura, con el pulso cada vez más acelerado. El suelo temblaba bajo los pies de tantos combatientes a la carrera, un estrépito cada vez más ensordecedor. La carga no tardó en levantar una nube de polvo casi enceguecedora. No podía ver a Aquiles; de hecho, no veía al hombre que tenía al lado. Solo podía hacer una cosa: sujetar bien el escudo y correr.

La vanguardia chocó en medio de un gran fragor y una lluvia de astillas, esquirlas y sangre. La convulsa refriega de la batalla devoraba hombres y voces como si fuera Caribdis[13]. Vi mover los labios a los soldados, pero no logré escucharlos. Solo se oía el entrechocar de los escudos entre sí, la percusión del bronce contra la madera astillada.

De súbito, a mi lado se desplomó un espartano con el pecho atravesado por una lanza. Moví la cabeza a mi alrededor en busca del hombre que le había ensartado, pero únicamente vi un revoltijo de cuerpos. Me arrodillé junto al espartano con el fin de cerrarle los ojos y musitar una breve oración; estuve a punto de vomitar cuando advertí que seguía con vida, resollando con dificultad e implorándome con miedo.

Entonces oí un porrazo muy cerca de mí y levanté la vista con sobresalto. Áyax estaba usando su enorme escudo a modo de porra para aplastar rostros y cuerpos. A la estela del hijo de Telamón iba un carro troyano por encima de cuyo lateral podía verse un rostro aniñado que enseñaba los dientes como un perro. Ulises le lanzó un golpe al pasar y luego se echó a correr para apoderarse de los caballos de la biga. El espartano me aferró y al hacerlo me bañó las manos con su sangre. La herida era demasiado profunda y nada podía hacerse por él. Sentí un entumecimiento de alivio cuando por fin se le apagaron los ojos. Mis temblorosos dedos salpicados de tierra le cerraron los párpados.

Aquiles apareció de la nada. Estaba cubierto de sangre y sin aliento. Tenía el rostro encendido y su lanza chorreaba sangre hasta la empuñadura. Me dedicó una ancha sonrisa y de un brinco se lanzó a donde había un grupo de troyanos. El suelo

parecía sembrado de cadáveres y trozos de armadura, junto a astas de lanza y ruedas de carro, pero él no tropezó ni una sola vez. Nunca lo hacía. El campo de batalla parecía la cubierta de una nave resbaladiza por culpa del salitre y todos andaban dando tumbos, salvo él. Me entraron arcadas.

No maté a nadie; tampoco lo intenté. Al final de la mañana, tras horas y horas de caos nauseabundo, acabé deslumbrado por el sol y con la mano dolorida de apretar con tanta fuerza la lanza; la había usado más a menudo como bastón donde apoyarme que para amenazar a alguien. El casco parecía empeñado en meterme las orejas dentro del cráneo.

Estaba tan exhausto como si hubiera corrido durante kilómetros a pesar de que, cuando bajaba la mirada, podía advertir que mis pies no habían salido del mismo lugar, donde había aplanado la hierba seca como si hubiera estado preparando una pista de baile. El pánico constante me había dejado sin fuerzas, incluso a pesar de que, por extraño que pueda parecer, durante toda la pelea estuve en una zona vacía a la que no venía nadie y nunca estuve amenazado.

Buena medida de mi aturdimiento y mareo es que hasta media tarde no vi qué hacía Aquiles. Él no me perdía de vista en ningún momento y parecía tener un don sobrenatural para sentir el momento en que un enemigo abría los ojos de asombro al ver el fácil objetivo que yo representaba; él los abatía sin darles tiempo a volver a inspirar.

Aquiles era un prodigio. A una velocidad fuera de lo común lanzaba una tras otra lanzas que arrancaba de cadáveres tendidos en el campo de batalla para acosar a nuevos objetivos. Le vi torcer la muñeca y dejar expuesta la parte inferior de su brazo, donde podían advertirse aquellos huesos finos como flautas, mientras realizaba el movimiento del lanzamiento. Olvidé en el suelo mi lanza combada de tanto mirarle. Ni siquiera fui capaz de seguir advirtiendo la fealdad de aquellas muertes, ni los sesos, vísceras o huesos astillados que luego iba a tener que lavarme hasta quitármelos del pelo y de la piel. Todo cuanto veía era su belleza, el zumbido de sus extremidades y el raudo movimiento de sus pies.

Por fin se hizo de noche y la oscuridad nos liberó, dejándonos fatigados y renqueantes. Regresamos a nuestras tiendas, llevándonos con nosotros a muertos y heridos.

—Un buen día —concluyeron nuestros reyes, dándose palmadas en la espalda unos a otros—. Un comienzo esperanzador. Lo repetiremos mañana.

Y ese día, y al otro, y al siguiente. Una jornada de combate se convirtió en una semana y después en un mes. Y en dos.

Se libraba una guerra de lo más extraño: no se conquistaba territorio alguno y tampoco se hacían prisioneros. Se combatía solo por el honor, los hombres luchaban

uno contra uno. Con el tiempo, la contienda cobró un ritmo respetado por ambas partes: luchábamos siete de cada diez días, y lo hacíamos de forma civilizada, con treguas para respetar las festividades y los entierros. No hubo razias ni ataques sorpresas, eso se acabó cuando los líderes, antaño optimistas con las posibilidades de una guerra relámpago, se resignaron a un combate prolongado. Las fuerzas de ambos ejércitos eran extraordinariamente parejas y luchaban un día tras otro sin que fuera posible discernir cuál de ellos era más fuerte. En parte eso se debía a los soldados venidos de todas partes de Anatolia para ayudar a los troyanos y granjearse así una fama. Los nuestros no eran los únicos ávidos de gloria.

Aquiles floreció en el transcurso de aquella lucha. Se iba a la batalla riendo un tanto atolondrado y no dejaba de sonreír mientras tomaba parte en ella. El acto de matar en sí no le complacía, pues enseguida se había percatado de que ninguno de aquellos enemigos era rival para él. Ni siquiera cuando luchaban dos o tres juntos. Una carnicería tan sencilla no le producía alborozo alguno y caían bajo su lanza menos de la mitad de los que podría haber abatido. Él vivía para las cargas, para esos momentos en que una cohorte atronadora de hombres cargaba contra él. Ahí, rodeado entre una veintena de espadas aguzadas, es donde él podía luchar de verdad y con una gracia inverosímil derrotaba a diez, quince o veinticinco hombres. «Por fin, esto es lo que yo puedo hacer», pensaba.

No tuve que acompañarle con tanta frecuencia como había temido en un principio. Cuanto más se prolongaba la guerra, menos importante parecía lograr que ningún heleno se quedara en la tienda. Yo no era un príncipe cuyo honor estaba en juego, ni un soldado, vinculado por ataduras de obediencia, ni un héroe, cuyas habilidades todos echarían de menos. Era un exiliado, un hombre sin rango ni estatus. Si yo no acudía al combate, eso era un asunto exclusivamente de Aquiles.

Mi presencia en el campo de batalla se redujo a cinco días, y luego a tres, y luego acudía una vez a la semana, y por último, únicamente cuando Aquiles me lo pedía, cosa que no ocurría a menudo, pues la mayoría del tiempo estaba muy feliz de ir solo para meterse entre las filas enemigas y llevar a cabo hazañas por su cuenta, pero de vez en cuando se hartaba de tanta soledad y me imploraba que fuera con él para alisarle el cuero endurecido por el sudor y la sangre, para trepar con él sobre una montaña de cadáveres.

Para ser testigo de sus proezas.

En algunas ocasiones, mientras le contemplaba, atisbaba un espacio de terreno adonde no iban los soldados. Dicho fenómeno solía ocurrir cerca de la posición de Aquiles y se volvía más y más luminoso, y cegador, si uno lo miraba fijamente, pero al fin logré desentrañar el secreto: allí había una mujer blanca como la muerte y más alta que todos los hombres que se afanaban a su alrededor. Ni una salpicadura de sangre caía sobre su vestido de color gris perla por mucha sangre que corriera y sus

pies descalzos no tocaban el suelo. No ayudaba a su hijo, pues no había necesidad de ello. Se limitaba a observar, igual que yo, con sus enormes ojos negros. No fui capaz de leer nada en sus inescrutables facciones. En ellas podía haber placer, pena, o tal vez nada.

Excepto en la ocasión en que se volvió hacia mí y me miró con el rostro crispado por el desprecio y los labios estirados para enseñarme los dientes. Siseó como una serpiente antes de desvanecerse.

Junto a él me acostumbré a los avatares del campo de batalla y fui capaz de identificar a soldados completos, no solo partes del cuerpo, piezas de bronce, carne herida. Al amparo de la protección de Aquiles, fui capaz de moverme entre las filas de la batalla en busca de los otros reyes. El más cercano a nosotros era Agamenón, un consumado lancero, siempre posicionado detrás del contingente micénico, siempre en perfecta formación. Gracias a esa protección podía gritar sus órdenes y arrojar lanzas, lo cual se le daba francamente bien, y era necesario tener semejante destreza, pues el arma arrojadiza debía salvar el obstáculo de sus veinte hombres.

A diferencia de su general, Diomedes no le temía a nada. Luchaba como un animal salvaje, enseñando los dientes, adelantándose a saltos y asestando unos golpes veloces hasta que ya no había carne que rasgar. Después, se echaba sobre el cadáver con aire lobuno y despojaba al muerto de todo el oro y el bronce antes de subir a su carro y seguir moviéndose.

Ulises llevaba un escudo liviano y se enfrentaba a sus enemigos acuclillado como un oso y empuñando la lanza a escasa altura. Observaba a su adversario con ojos centelleantes sin perder de vista la tensión de sus músculos para adivinar cuándo y por dónde iba a llegar la lanza. Cuando esta había pasado sin hacerle daño, se adelantaba y ensartaba a su oponente. Al final de la jornada siempre estaba cubierto de sangre.

También empecé a familiarizarme con los troyanos. Paris disparaba flechas al tuntún desde una biga a la carrera. El casco le comprimía ese rostro suyo de cruel belleza. Tenía unos huesos finos como los de Aquiles. Solía apoyar su escasa cintura sobre uno de los laterales del carro con su altanería habitual y llevaba una capa roja que caía sobre él en lujosos pliegues. No me maravillaba que fuera el favorito de Afrodita; parecía tan vanidoso como ella.

Una vez divisé de lejos a Héctor entre los pasillos que formaban los hombres al desplazarse. Estaba solo, como de costumbre, extrañamente solo en ese espacio que los hombres siempre le concedían. El príncipe era capaz, tenaz y previsor, de los que se pensaban cada movimiento. Tenía manos grandes y encallecidas. En algunas ocasiones, cuando nuestro ejército se retiraba, le veíamos lavárselas con el fin de rezar sus plegarias sin sombra de mácula. Ese hombre aún amaba a los dioses a pesar de que sus primos y hermanos habían sucumbido por culpa de estos y luchaba por su

familia más que por un trozo de fama. Las filas se cerraron y él desapareció.

Nunca intenté acercarme a él, y tampoco Aquiles, que tuvo la precaución de darse la vuelta nada más atisbar la figura de Héctor para enfrentarse a otros rivales de menos entidad.

Más tarde, Agamenón le preguntaría cuándo pensaba enfrentarse al príncipe de Troya. Aquiles le dedicó una de sus sonrisas más cándidas y desesperantes antes de contestar:

—¿Y qué me ha hecho Héctor a mí?

VEINTITRÉS

Un día de fiesta, poco después del desembarco ante las playas de Troya, Aquiles se levantó con las luces del alba.

—¿Adónde vas? —quise saber.

—A ver a mi madre —me respondió, y salió por la puerta de lona antes de que pudiera hablar de nuevo.

Su madre. Una parte de mí había tenido la estúpida esperanza de que Tetis no fuera a seguirnos hasta allí, que la pena o la distancia la mantendrían alejada, pero no fue así, por supuesto. La costa de Anatolia no tenía más obstáculos que la de Hélade, y el pesar solo prolongaba la duración de sus visitas. Aquiles se fue al alba y seguía sin regresar después de que el sol hubo alcanzado el cenit. Le esperé, paseando con impaciencia y muy alterado. ¿Qué tendría que decirle para que el encuentro durase tanto tiempo? Temí algún desastre divino o cualquier tipo de dictado celestial que le apartara de mi lado.

Briseida vino varias veces para hacerme compañía mientras esperaba.

—¿Quieres dar un paseo por el bosque?

La dulzura de su voz y su deseo evidente de confortarme me ayudaron a salir de mí mismo, y pensé que me sosegaría mucho dar un paseo hasta el bosque, cuyos secretos, como dónde tenían los conejos sus madrigueras o el lugar donde crecían las setas, ella parecía conocer tan bien como Quirón. Incluso empezó a enseñarme los nombres nativos de plantas y árboles.

Al terminar, nos sentamos en el lindero del boscaje, desde donde se dominaba el campamento para que yo pudiera verle regresar. Ese día, Briseida había cogido una pequeña cesta de cilandros y nos envolvía la fresca fragancia de sus hojas verdes.

—Estoy segura de que no tardará en volver —me aseguró. Su conversación era como el cuero nuevo, era envarada y precisa, pero le faltaba la soltura que da el uso. Como no le contesté, me preguntó—: ¿Adónde ha ido que tarda tanto?

¿Por qué no iba a saberlo? No era ningún secreto.

—Su madre es una diosa, una ninfa de los mares. Va a verla.

Había esperado que se sobresaltara o se llevara un susto, pero Briseida se limitó a asentir.

—Pensé que era… algo… Él no… —Calló unos instantes—. No se mueve como los humanos.

Le sonreí.

—¿Y cómo se mueven los humanos?

—Como tú —repuso la muchacha.

—Entonces, son unos patosos.

Ella desconocía esa palabra y yo le hice una demostración de su significado, llevado por la suposición de que así le haría reír, pero ella movió la cabeza con vehemencia.

—No. No sois así. No me refiero a eso.

Jamás llegué a saber a qué se refería, pues Aquiles coronó la colina en ese momento.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo. Briseida se disculpó y regresó a su tienda. Aquiles se dejó caer sobre la hierba y puso una mano a modo de almohada para reposar la cabeza—. Me muero de hambre.

—Toma. —Le di el resto del queso que habíamos traído para el desayuno. Se lo comió con gratitud—. ¿De qué has hablado con tu madre? —La simple pregunta me ponía nervioso. El tiempo que pasaba con ella era un campo al que yo no tenía acceso.

Se le cortó la respiración, ni siquiera soltó un suspiro.

—Está preocupada por mí.

—¿Por qué? —Se me erizó el vello al pensar en que ella estaba intranquila por su hijo, pues eso mismo me ocurría a mí.

—El ambiente está muy enrarecido entre los dioses y están luchando entre sí. Todos toman partido en la guerra y tiene miedo. Las deidades me han prometido gloria, pero no han dicho cuánta.

Esa era una nueva preocupación que yo no había tomado en consideración, pero tenía su lógica. Había muchos personajes en nuestras historias, desde el gran Perseo al modesto Peleo, del famoso Heracles al casi olvidado Hilas. Algunos contaban con todo un cantar épico y otros solo tenían un verso.

Se incorporó y rodeó sus piernas con los brazos.

—El temor de mi madre es que alguien vaya a matar a Héctor… antes que yo, o eso creo.

Otro nuevo temor. De pronto, la vida de Aquiles me pareció más breve de lo que ya era.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé. Áyax lo ha intentado, pero ha fracasado, y también Diomedes. Después de mí son los mejores. No se me ocurre ningún otro.

—¿Y qué me dices de Menelao?

Aquiles negó con la cabeza.

—Nunca. Es valiente y fuerte, pero eso es todo. Se rompería al embestir contra Héctor como el agua contra una roca. Créeme, soy yo… o nadie.

—Tú no vas a hacerlo. —Intenté que no sonara como una súplica.

—No. —Permaneció callado durante unos instantes—. Pero puedo verlo. Eso es lo extraño. Lo veo como si fuera un sueño. Me veo lanzándole una lanza y le veo

fallar a él. Me encaramo a su cuerpo y permanezco encima de él.

El pavor me inundó el pecho. Respiré hondo y me obligué a espirar.

—Y entonces, ¿qué?

—Eso es lo más extraño de todo. Bajo la mirada, veo su sangre y sé que mi muerte es inminente, pero en el sueño ya no me importa. Lo que siento por encima de todo es alivio.

—¿Crees que puede tratarse de un sueño profético?

La pregunta pareció devolverle a la realidad. Sacudió la cabeza.

—No, no creo que sea nada de eso. Es una simple ensoñación.

Hice un esfuerzo para que mi voz sonara tan despreocupada como la suya y repuse:

—Estoy seguro de eso. Después de todo, Héctor no te ha hecho nada.

Entonces, él sonrió tal y como yo había esperado.

—Sí, eso he oído.

Durante las largas horas de ausencia de Aquiles empecé a alejarme de nuestro campamento en busca de compañía o algo de lo que ocuparme, alterado por las nuevas de Tetis sobre las disputas entre los dioses y el posible peligro de la fama de Aquiles.

Necesitaba una distracción, algo tangible y real. Uno de los hombres me señaló la tienda blanca de los médicos mientras decía:

—Si buscas algo que hacer, ellos siempre necesitan ayuda.

Me acordé de los pacientes cuidados de Quirón, así como de los instrumentos colgados en las paredes de cuarzo rosa de su cueva. Y allí me dirigí.

El interior del pabellón estaba oscuro y había una tufarada a almizcle en el aire, donde también se notaba el olor metálico de la sangre. En un rincón se hallaba el médico Macaón, un hombre barbado de mandíbula cuadrada. Vestía de un modo práctico: llevaba el pecho desnudo y anudaba a la cintura una vieja túnica. Tenía la tez más oscura que la mayoría de los aqueos a pesar del mucho tiempo que pasaba en el interior de la tienda. Había optado de nuevo por una solución práctica en lo tocante a su peinado, pues lo llevaba casi al cero como forma de evitar que le cayera sobre los ojos.

El médico se hallaba inclinado sobre la pierna de un herido y exploraba con un dedo el emplazamiento de una punta de flecha. Al otro extremo del pabellón su hermano Podalirio terminó de sujetarse las correas de la coraza y se despidió con brusquedad antes de darme un empujón y salir por la puerta. Era de todos sabido que Podalirio prefería el campo de batalla a la tienda del cirujano, aunque servía en ambos frentes.

—No debes de estar muy herido si puedes aguantar de pie tanto tiempo —me dijo

Macaón sin levantar los ojos.

—No —convine—, he venido…

Hice una pausa cuando Macaón sacó con los dedos una punta de flecha y el soldado gimió con alivio.

—¿Y bien…? —dijo con tono eficiente pero amable.

—¿Necesitas ayuda?

Profirió un sonido que tomé como un asentimiento.

—Toma asiento y pásame los ungüentos —me indicó sin levantar la mirada.

Hice lo que me pedía y recogí del suelo un montón de botellines llenos de pesadas unturas o de hierbas tintineantes. Olisqueé un poco y entonces recordé: el ajo y la miel para combatir las infecciones, amapolas para la sedación, milenrama para los coágulos. El aroma de esas hierbas me trajo de nuevo el recuerdo de los dedos del paciente centauro y el dulce olor a fresco de su cueva.

Elegí los ungüentos necesarios para el herido y observé el hábil proceder del galeno: puso un poco de sedante junto a los labios del hombre para que lo mordisqueara, le aplicó un poco de ungüento para evitar la infección, después le aplicó los apósitos y le vendó. Macaón aplicó una última capa de cremosa y olorosa cera de abeja sobre la pierna del herido y alzó la vista con cansancio.

—Te llamas Patroclo, ¿verdad? ¿Estudiaste con Quirón? Eres bienvenido a este lugar.

Fuera de la tienda se alzó un clamor de vozarrones y gritos de dolor. Macaón ladeó la cabeza hacia el exterior.

—Nos traen a otro. Hazte cargo de él.

Los soldados, hombres de Néstor, irrumpieron con su camarada en vilo y lo llevaron hasta el camastro vacío que había en un rincón de la tienda. Una flecha de punta espinada le había atravesado el hombro derecho. Tenía el rostro bañado en espuma de saliva y sudor y se mordía el labio en un intento de no gritar. Respiraba con un resuello explosivo y sofocado, temblaba de los pies a la cabeza y puso los ojos en blanco, aterrado. Reprimí el afán de llamar a Macaón, ocupado con otro hombre que se había puesto a dar alaridos, y tomé una tela para limpiarle la cara.

El dardo le había atravesado la parte más carnosa del hombro y se había quedado allí, una mitad dentro y la otra fuera, como una terrible aguja. Debía romper la flecha y tirar de la misma hasta sacarla sin romper más tejido ni dejar astillas que luego pudieran infectarse.

Le administré enseguida la pócima que Quirón me había enseñado a preparar, una mezcla de adormidera y corteza de sauce para que el paciente estuviera un poco atontado y soportara mejor el dolor. El malherido no podía sostener la copa, así que yo lo hice por él, la levanté y le mantuve en alto la cabeza con el fin de evitar que se ahogara. El sudor, la sangre y la espuma me empaparon la túnica.

Intenté aparentar calma y no mostrar el pánico que sentía. Vi entonces que el paciente tendría a lo sumo un año más que yo. Se trataba de uno de los hijos de Néstor, Antíloco, el joven de rasgos dulces tan mimado por su padre.

—Todo va a ir bien —repetí una y otra vez; aún hoy no sería capaz de decir si se lo decía a él o a mí.

El problema era el asta del proyectil. Por lo general, un médico tiraría de un extremo hasta sacarlo, pero no asomaba el trozo suficiente para poder cogerlo sin abrirle aún más las carnes. Tampoco podía dejarla allí. Ni arrastrar la flecha a través de la herida. Bueno, ¿y qué podía hacer entonces?

Uno de los compañeros que había traído al herido seguía en la entrada, removiéndose inquieto. Sin volverme a mirarle, le hice un gesto y le dije:

—Un cuchillo, deprisa, dame el más afilado que puedas encontrar.

Yo mismo me sorprendí por el tono seco y autoritario de mi voz y la obediencia instantánea obtenida de ese modo. Regresó al poco con un cuchillo para la carne de hoja corta muy afilada. Limpió en su túnica las manchas encostradas de carne reseca antes de entregármelo.

La flacidez dominaba las facciones del muchacho y la lengua le colgaba laxa dentro de la boca. Me agaché, agarré el dardo con la palma húmeda y me puse a serrar con la otra mano, sacando una astilla de la madera con cada movimiento. Obré con la mayor suavidad posible con el fin de no desgarrarle el hombro al muchacho, que resoplaba y murmuraba, perdido en la soñolencia del sedante.

Corté, ajusté y corté de nuevo. La espalda me dolía muchísimo. Me reproché la mala postura elegida al haber dejado la cabeza del herido sobre mis rodillas. Al cabo de un rato de porfiar, el culatín emplumado de la fecha se quebró, dejando solo una larga esquirla por la que podía abrirse paso el cuchillo. Por fin.

Y entonces tocaba otra tarea igual de difícil: arrastrar el asta hasta sacarla por el otro lado del hombro. En ese momento tuve un rapto de inspiración y apliqué ungüento contra la infección a toda la madera, con la esperanza de que eso sirviera para suavizar el paso del asta entre la carne al tiempo que combatía una posible corrupción de la carne. Después, empecé a empujar el dardo, un poco cada vez. Se me antojaron horas el tiempo que estuve allí hasta que emergió empapado en sangre el extremo seccionado de la flecha. Con la última chispa de juicio que me quedaba logré cerrar y vendar la herida, anudándole una suerte de cabestrillo sobre el pecho.

Más tarde, Podalirio me diría que estaba loco de remate por hacer lo que hice, por haber cortado con tanta lentitud y en ese ángulo. Me acusó de haber practicado una carnicería y que iba a terminar mal. Empero, Macaón apreció lo bien que sanó el hombro sin infección ni apenas dolor y la siguiente vez que alguien recibió un flechazo me hizo llamar, me tendió un cuchillo afilado y me miró expectante.

Fue un tiempo de lo más extraño. Sobre nosotros pendía en todo momento el temor sobre el destino de Aquiles mientras que los rumores de la guerra entre los dioses eran cada vez mayores. Pero ni siquiera yo estaba aterrado todo el tiempo. Había oído decir que los hombres que vivían junto a una catarata dejaban de oír el fragor y algo así había ocurrido: aprendí a vivir junto al torrente vertiginoso de la maldición de Aquiles. Transcurrieron los días y él siguió con vida. Y luego se sucedieron los meses. Y entonces fui capaz de pasar un día entero sin mirar hacia el precipicio de su muerte. El milagro duró un año, y después dos.

Los demás parecían experimentar una situación similar. En nuestro campamento empezó a formarse algo muy similar a una familia y todos nos apretujábamos junto a las llamas mientras se hacía la cena. Y cuando se alzaba la luna y las estrellas titilaban en la oscuridad del firmamento, todos encontrábamos tiempo para estar allí. Aquiles y yo, y también el viejo Fénix, y las mujeres, al principio únicamente aparecía Briseida, pero luego se presentó un pequeño grupo, tranquilizado por la buena acogida dispensada a aquella, y se incorporó otro miembro más, Automedonte, el más joven de todos nosotros, con tan solo diecisiete años. Era un joven callado, pero tanto Aquiles como yo habíamos apreciado el aumento de su fuerza y su destreza para dirigir a los difíciles caballos de Aquiles y pasar por el campo de batalla con la necesaria floritura.

Se convirtió en un placer para Aquiles y para mí ofrecer el fuego de nuestro hogar y jugar a ser los anfitriones adultos que no nos sentíamos mientras pasábamos las fuentes de carne y servíamos el vino. Cuando la leña se consumía, nos limpiábamos el jugo de la carne de los labios y clamábamos por que Fénix nos contara viejas historias. Siempre dispuesto, este se inclinaba hacia delante sobre su silla. El brillo de las ascuas confería a los huesos de su semblante un aire importante y délfico, como el augur que intenta leer algo.

Briseida también contaba historias extrañas, cuentos de ensueño y encantamientos, de dioses cautivos por culpa de la magia y de mortales que les pillaban desprevenidos. Esos dioses suyos eran extraños, en parte animales y en parte hombres, deidades rurales muy diferentes a los grandes dioses venerados en Troya. Todas esas historias contadas por su susurrante voz cantarina eran hermosas y a veces de lo más divertido, como cuando imitaba a un cíclope o el olfateo de un león tras un hombre oculto.

Luego, cuando nos quedábamos a solas, Aquiles repetía algunos fragmentos de esos relatos en voz más alta y tocando algunas notas con la lira. Resultaba un placer ver cómo cosas tan adorables tal vez se convirtieran en canciones y a mí me complacía de forma especial porque sentía que ahora que había visto a Briseida comprendía por qué pasaba las horas de su ausencia en compañía de la muchacha. «Ahora es una de nosotros», pensaba yo, «un miembro de nuestro círculo, de por

vida».

—¿Qué sabes de Héctor? —le preguntó Aquiles una de esas noches.

Hasta ese momento ella había estado inclinada hacia atrás apoyada sobre las manos, con el fuego calentándole la parte interior de los brazos. Se sobresaltó al oír la voz del príncipe de Ftía y se incorporó. No era habitual que él se dirigiera a la muchacha, ni viceversa. Tal vez era un vestigio de lo sucedido en la aldea de Briseida.

—No mucho —contestó la joven—. No le he visto nunca, ni a él ni a nadie de la familia de Príamo.

—Pero habrás oído cosas. —Aquiles permaneció sentado, pero adelantó el cuerpo.

—Un poco. Sé más de su esposa.

—Cualquier cosa está bien —repuso Aquiles.

La muchacha asintió y se aclaró la garganta, como solía hacer antes de empezar una historia.

—Se llama Andrómaca y es la única hija del rey Eetión de Tebas de Cilicia. Al decir de las gentes, Héctor la ama más que a nada en el mundo.

»La vio por vez primera cuando fue al reino de su padre a por tributo. Andrómaca le dio la bienvenida y le entretuvo durante el festín de aquella tarde. Al terminar la noche, Héctor le había pedido al monarca la mano de su hija.

—Ha de ser una belleza.

—La gente dice que es guapa, pero no la más hermosa que pudo haber encontrado Héctor. Se la conoce por su carácter dulce y espíritu gentil. La gente del campo la adora porque suele llevarles ropas y comida. Estaba embarazada, pero no he llegado a saber qué fue del niño.

—¿Dónde está Cilicia? —quise saber yo.

—Si vas en barco, al sur, sin apartarte de la costa. A caballo no está muy lejos de aquí.

—Cerca de Lesbos —precisó Aquiles. Briseida asintió.

Más tarde, cuando todos los demás se habían ido, Aquiles me dijo:

—Hicimos una incursión contra Cilicia. ¿Lo sabías?

—No.

Él asintió.

—Recuerdo a ese hombre, a Eetión. Tenía ocho hijos. Intentaron repelernos.

—Y tú los mataste. —Toda una familia asesinada.

Él se percató de mi gesto, aunque hice lo posible por ocultarlo, y aun así, como siempre, no me mintió.

—Sí.

Mataba hombres todos los días, y yo lo sabía. Volvía a nuestro pabellón empapado con su sangre y antes de cenar se frotaba hasta limpiarse la piel de esas manchas. Pero había momentos, como en esa ocasión, en que ese conocimiento me abrumaba. ¿Cuándo había pensado yo en todas las lágrimas derramadas por culpa del príncipe de Ftía? Y ahora Andrómaca y Héctor también estaban sufriendo por su culpa. En esos momentos, parecía estar sentado en el otro confín y no tan cerca de mí que podía sentir el calor creciente de su piel. Mantenía las manos en reposo sobre su regazo, llenas de callos por el manejo de la lanza, pero aún hermosas. Jamás había habido unas tan suaves ni tan letales.

Un velo parecía ocultar las estrellas del firmamento. Pude sentir la pesadez del aire. Esa noche iba a haber tormenta. La lluvia iba a empapar la tierra hasta inundarla. El agua iría cobrando fuerza cuando bajara a borbotones desde los picos y se llevaría por delante cuanto encontrara a su paso, casas, animales y hombres.

«Va a ser un diluvio», pensé.

—Dejé con vida a uno de sus hijos, al octavo —me explicó, rompiendo el hilo de mis pensamientos—, para que su linaje no se extinguiera.

Resultaba extraño que un detalle tan nimio pareciera una gracia. Y aun así, ¿qué otro guerrero habría hecho algo parecido? Matar a toda una familia era una hazaña de la que alardear, una proeza que demostraba que eras lo bastante poderoso como para borrar un nombre de la faz de la tierra. Ese superviviente tendría hijos que mantendrían el nombre de la familia y contaría su historia. Ellos preservarían la memoria de los ocho hijos de Eetión, ya que no la vida.

—Me alegro —dije con el corazón henchido.

Los leños del fuego habían cobrado un color blanquecino a causa de las cenizas.

—No deja de ser curioso. Siempre he dicho que Héctor nunca había hecho nada que me ofendiera, pero ahora él no puede decir lo mismo de mí.

VEINTICUATRO

Pasaron los años y un soldado, uno de los hombres de Áyax, empezó a quejarse sobre la duración de la campaña. Nadie le hizo caso en un principio, pues el tipo era feísimo y un conocido sinvergüenza, pero se mostró cada vez más elocuente.

—Han pasado cuatro años y nadie lo diría. ¿Dónde están los tesoros? ¿Y las mujeres? ¿Cuándo vamos a marcharnos? —Áyax le atizó un golpazo en la cabeza, pero el alborotador no se calló—. ¿Veis cómo nos tratan?

Poco a poco, el descontento se extendió de un campamento a otro. Habíamos sufrido una estación terrible, particularmente húmeda, espantosa para hacer la guerra, con una gran abundancia de heridas, sarpullidos, torceduras de tobillos por culpa del lodo e infecciones. Las irritantes moscas se habían instalado de forma permanente sobre el campamento, y en algunos puntos había tantas que los enjambres parecían nubes de humo.

Hombres de un talante huraño y llenos de picores empezaron a rondar por el ágora. En un primer momento se limitaron a reunirse en corrillos poco nutridos y cuchichear, luego se les unieron muchos soldados y empezaron a hacer oír sus voces con más fuerza.

—¡Cuatro años!

—Ni siquiera sabemos si Helena está allí. ¿Alguien la ha visto?

—Troya jamás capitulará ante nosotros.

—Todos deberíamos dejar de luchar.

Agamenón dio orden de azotarles en cuanto los escuchó, pero al día siguiente eran el doble, y algunos, y no pocos, eran de Micenas.

El líder envió una fuerza armada para dispersar a los malcontentos, que se escabulleron para regresar en cuanto la tropa se hubo marchado. La reacción de Agamenón consistió en enviar una falange a guardar el ágora día y noche, pero esta tarea era frustrante y penosa, pues había que estar de guardia a pleno sol y soportar a las moscas. Al final de la jornada la falange se quedó en cuadro por culpa de las deserciones y aumentó el número de amotinados.

Agamenón se sirvió de espías para saber el nombre de los críticos; los hizo detener y azotar, pero al día siguiente varios cientos de hombres se negaron a luchar. Algunos alegaron estar enfermos, pero otros no dieron excusa alguna. Se corrió la noticia y de pronto más hombres se sintieron indispuestos. Arrojaron escudos y espadas en un montón delante de la tarima y bloquearon el ágora. Cuando Agamenón intentó abrirse paso por la fuerza, se cruzaron de brazos y no se movieron.

Agamenón se sonrojó más y más al ver que le negaban el acceso a su propia ágora y apretó con tanta fuerza su cetro de recia madera con bandas metálicas que los

nudillos de los dedos se le volvieron blancos. El hombre situado enfrente de él le lanzó un salivazo que cayó a sus pies, y él alzó el cetro y lo descargó con fuerza sobre su cabeza. Todos oímos el chasquido del hueso al romperse. El golpeado se desplomó fulminado.

No creo que el Atrida pretendiera golpearle tan fuerte. Se quedó petrificado, contemplando el cuerpo tendido a sus pies, incapaz de moverse. Un compañero se arrodilló para retirar el cadáver. Tenía la mitad del cráneo hundido a resultas del porrazo. Los hombres pasaron la noticia entre cuchicheos con un sonido similar al de un rayo. Muchos de ellos sacaron los cuchillos. Oí murmurar algo a Aquiles y enseguida se fue de mi lado.

El rostro de Agamenón reflejó a la perfección la gradual comprensión de su error. Había cometido la imprudencia de dejar atrás a su leal guardia y ahora estaba rodeado. Si había alguien dispuesto a ayudarle, no llegaría a tiempo. Contuve la respiración, convencido de que estaba a punto de verle morir.

—¡Hombres de Hélade! —Todos se volvieron hacia él al oír los gritos. Aquiles se había encaramado a lo alto del montón de escudos. Estaba serio, pero parecía un campeón de los pies a la cabeza, era hermoso y fuerte—. Estáis enfadados.

Eso llamó la atención de la tropa, pues desde luego que lo estaban. Resultaba poco frecuente que un general admitiera ante sus hombres que tenían ese estado de ánimo.

—Hablad, decid los motivos de vuestra queja.

—Queremos irnos. —La voz provenía de la parte final del gentío—. La guerra es inútil.

—El general nos mintió.

Se oyó un creciente murmullo de conformidad.

—Esto dura ya cuatro años. —Esa última voz fue la más airada de todas.

Yo no podía culparles. Esos cuatro años para mí eran un regalo, un tiempo arrebatado a las manos miserables del destino, pero a ellos les habían privado de una vida, lejos de sus hijos y esposas, lejos de la familia y el hogar.

—Es vuestro derecho cuestionar estas cosas —convino Aquiles—. Os sentís engañados. Se os prometió la victoria.

—¡Sí!

Atisbé el rostro de Agamenón, retorcido por una mueca de rabia, pero el general se hallaba entre la multitud, y no podía ni zafarse ni hablar sin montar una escena.

—Decidme, ¿acaso os creéis que el *aristós achaion* lucha en una guerra sin esperanza? —Los soldados no respondieron—. ¿Y bien?

—No —respondió alguien.

Aquiles asintió con gravedad.

—No, no, y estoy dispuesto a jurarlo por lo que queráis. Estoy aquí porque creo

en la victoria. Y pienso quedarme hasta el final.

—Esto está bien para ti —replicó una voz—, pero ¿y para los que quieran irse?

Agamenón abrió la boca para responder. Imaginé perfectamente lo que podría haber dicho. «De aquí no se va nadie. Los desertores serán ejecutados». Por suerte, Aquiles fue más rápido.

—Podéis marcharos cuando gustéis…

—¿Podemos…? —preguntó una voz, llena de dudas.

—Por supuesto. —Aquiles hizo una pausa y les dedicó su sonrisa más amigable y jovial—. Pero yo me quedaré con vuestra parte cuando tomemos Troya.

Esa respuesta alivió la tensión del ambiente y escuché unas cuantas risas. El príncipe de Ftía les hablaba de tesoros a ganar, y donde había codicia, había esperanza.

Aquiles advirtió el cambio de ánimo de la tropa y dijo:

—Ha llegado el tiempo de tomar el campo o los troyanos van a pensar que tenemos miedo. —Desenfundó su acero y lo sostuvo en alto—. ¿Quién se atreve a demostrarles lo contrario?

Alguien voceó su acuerdo y enseguida se produjo un clamor general cuando los hombres reclamaron sus armaduras y recogieron las lanzas. Levantaron en vilo el cadáver y se lo llevaron. Todos se mostraron de acuerdo en que siempre había sido un alborotador. Aquiles descendió de la tarima de un salto y pasó junto a Agamenón, saludándole con un asentimiento formal. El rey de Micenas no dijo nada, pero observé cómo no le quitaba la vista de encima durante mucho tiempo después de eso.

Tras el motín abortado, Ulises ideó un proyecto con el fin de mantener a los hombres demasiado ocupados para descansar: una gigantesca empalizada erigida alrededor de todo el campamento. Pretendía que tuviera quince kilómetros de longitud para proteger las tiendas y las naves de un posible ataque desde la llanura. En la base habría un foso lleno de lanzas y puntas afiladas.

Yo estaba convencido de que los hombres iban a darse cuenta de que era una estratagema en cuanto Agamenón lo anunciara. En los cinco años de guerra, ni el campamento ni las naves habían corrido el menor peligro por muchos refuerzos que recibiera el enemigo. Después de todo, ¿quién iba a superar a Aquiles?

Diomedes se apresuró a tomar la palabra para alabar el plan y asustó a los hombres con visiones de salidas nocturnas de los troyanos y barcos en llamas. Eso último fue de lo más efectivo, pues nadie podría regresar a casa sin naves. Al final de la jornada, los ojos de todos relucían con avidez. Cuando los soldados se dirigieron alegremente a los bosques con sus hachas y niveles, Ulises se fue en busca del primer alborotador, que respondía al nombre de Tersites, y sin armar mucho alboroto le dejó inconsciente de una paliza.

Así se acabaron los motines en Troya.

Las cosas cambiaron después de aquello, tal vez por el trabajo coyuntural en la estacada o por conjurar la violencia gracias a la misma, pero todos nosotros, desde el soldado de a pie hasta el mismísimo general en jefe, empezamos a pensar en Troya como una suerte de hogar. Nuestra invasión se había convertido en ocupación. Hasta ese instante habían vivido como carroñeros, consumiendo los despojos de las tierras y granjas devastadas, pero ahora empezamos a construir, y no solo el cercado, sino otros edificios característicos de un poblado: una forja, un redil para el ganado robado a las granjas vecinas, y hasta un cobertizo para el alfarero. En ese último, artesanos no profesionales se pusieron a trabajar para reemplazar los objetos de cerámica que habíamos traído con nosotros, pues la mayoría de ellos estaban rotos o sufrían serios deterioros por culpa del duro trato recibido en el campamento. Todo cuanto teníamos ahora era robado o usado, y había tenido al menos dos propietarios. Solo seguían impolutas y puras las insignias y las armaduras de los reyes.

Los soldados empezaron a sentirse más como compatriotas y menos como integrantes de una docena larga de ejércitos distintos. Aquellos hombres que habían zarpado de Áulide siendo cretenses, chipriotas y argivos eran ahora simples griegos. Todos formaban parte del mismo bando frente a la otredad de los troyanos. Las distinciones se difuminaron entre ellos al compartir comida, mujeres, vestidos e historias de batallas. La fanfarronada de Agamenón de unir a todos los griegos no fue tal, después de todo. El sentimiento de amistad tan impropio de nuestros reinos tan belicosos y aquella camaradería perduraron incluso años después, y durante una generación no hubo guerras entre quienes habíamos luchado en Troya.

Tampoco yo fui una excepción. Tuve ocasión de conocer a muchos hombres durante aquellos seis o siete años, ya que pasé cada vez más horas en el pabellón de Macaón y menos tiempo con Aquiles en el campo de batalla. Todo el mundo terminaba por pasar por la tienda médica en un momento u otro, ya fuera por un dedo aplastado o un uñero. Incluso Automedonte vino, cubriéndose con la mano un terrible forúnculo. Los soldados se encaprichaban con sus esclavas y las traían a nosotros cuando se quedaban en estado. Les entregábamos a sus hijos en medio de enérgicos lloros y les curábamos las heridas sufridas cuando se hacían mayores.

Y no solo me traté con la soldadesca. Con el tiempo, llegué también a conocer a los reyes. Al final de cada jornada Néstor quería su jarabe para la garganta, templado y endulzado con miel; Menelao tomaba opio para las jaquecas y Áyax, un preparado para aliviar la acidez de estómago. Eso me hizo ver lo mucho que confiaban en mí; acudían a mí en busca de consuelo. Y ellos me cayeron cada vez mejor, sin importar lo difíciles que se pusieran durante los consejos.

Me granjeé una reputación y un prestigio en el campamento. La gente acudía a

mí, confiados en la rapidez de mis manos y en el poco daño que causaba. Podalirio estaba cada vez menos en el pabellón médico a la hora de su turno y era yo quien permanecía allí cuando se ausentaba Macaón.

Aquiles empezó a sorprenderse cuando saludaba a la tropa mientras paseábamos por el campamento. Me sentía gratificado cuando ellos me contestaban con un saludo y señalaban una cicatriz que había sanado bien.

Cuando nos alejábamos, Aquiles meneaba la cabeza.

—No sé cómo te acuerdas de ellos. A mí me parecen todos iguales, te lo juro.

Me reí y volví a señalarlos.

—Ese es Estéleno, el auriga de Diomedes, y ese otro Podarces, su hermano fue el primero en caer, ¿te acuerdas?

—Son demasiados —repuso—. Será más sencillo si todos se acuerdan de mí.

Nuestra hoguera empezó a estar menos concurrida cuando una mujer tomó discretamente a un mirmidón primero como amante y luego como esposo. Y luego otra, y otra. Ya no necesitaban sentarse junto a nuestro hogar, tenían el suyo propio. Nos alegramos. En el campamento había risas y por la noche se oían voces de placer, y más tarde llegó la hinchazón de los vientres. Los mirmidones sonrieron con satisfacción. Nosotros acogíamos de buen grado todo aquello, toda esa felicidad suya era como la guinda en el pastel de la nuestra.

Al cabo de un tiempo, solo quedó Briseida, la de negros cabellos y rostro más afilado que de costumbre. Jamás tomó un amante a pesar de su belleza y de que la rondaron casi todos los mirmidones. En vez de eso, ella se convirtió en una especie de tía, una mujer con dulces, pociones de amor y telas suaves para el maquillaje de los ojos. Así es como pienso en nosotros cuando recuerdo nuestras noches en las playas de Troya: Aquiles y yo sentados uno junto al otro, cerca del sonriente Fénix, Automedonte trabucándose la lengua en el remate de los chistes y Briseida, la de mirada discreta y ojos raudos, riendo a carcajadas.

Me desperté antes del alba y sentí la primera punzada de frío en el aire. Era un día festivo, donde se ofrendaban al dios Apolo los primeros frutos de la cosecha. Junto a mí descansaba el cálido cuerpo desnudo de Aquiles, lánguido a causa del sueño. Reinaba la oscuridad en el interior de la tienda, y yo apenas podía verle los rasgos de la cara, la fuerte mandíbula y la dulce curva de sus ojos. Quise despertarle para verle abrir los párpados, un espectáculo del que nunca me cansaba a pesar de haberlo visto miles de veces.

Deslicé la mano sobre su pecho y le acaricié los músculos del vientre. Ahora los dos estábamos bastante musculados, incluso yo, después de pasar tantos días en el

campo de batalla y el pabellón blanco de los médicos. Me sorprendía a veces ver algún atisbo de mí mismo. Era un hombre ancho, como mi padre, aunque más enjuto.

Él se estremeció al contacto de mis dedos y yo sentí crecer el deseo en mi interior. Retiré las mantas para poderle ver del todo. Me incliné y le rocé con los labios, dejando sobre su estómago un reguero de besos suaves.

Las luces del alba se filtraron por la puerta de la tienda y el interior se iluminó, lo cual me permitió ver el instante en que se despertaba y tomaba conciencia de mi presencia. Nuestros miembros se deslizaron unos sobre otros, siguiendo senderos que habíamos recorrido tantas veces con anterioridad, y aun así seguían siendo nuevos.

Nos levantamos algo después y tomamos el desayuno. Habíamos alzado los faldones de la tienda para que entrara el aire que ahora se desparramaba sobre nuestra piel de un modo muy agradable. Por el espacio abierto observábamos el ir y venir de los mirmidones a sus quehaceres, el paseo de Automedonte hasta la orilla para darse un baño y el mismísimo mar, de aspecto tentador y aguas cálidas gracias al calor estival. Apoyé la mano sobre la rodilla de Aquiles con familiaridad.

Ella no entró por la puerta, simplemente apareció allí, en el centro de la tienda, donde antes había un espacio vacío. Solté un jadeo y retiré la mano que había estado apoyada en él. Era una tontería, lo sabía incluso mientras lo hacía, pues ella era una diosa y podía vernos cuando se le antojara.

—Madre —la saludó.

—He recibido un aviso. —Soltó las palabras con brusquedad, como haría un búho mientras picoteaba un huevo. El pabellón estaba en penumbra, pero la piel de Tetis emitía luz… y frío. Podía verle todos los rasgos del semblante, cada pliegue de su centelleante atuendo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi tan de cerca, desde Esciro. Yo había cambiado desde entonces. Había ganado fuerza y tamaño, y ya me crecía la barba, aunque me la solía afeitar. Pero ella seguía igual, por supuesto que sí—. Apolo ha montado en cólera y busca formas de actuar contra los griegos. ¿Vas a ofrendarle hoy un sacrificio?

—Sí —contestó Aquiles. Los dos respetábamos los días festivos a rajatabla, rajábamos las gargantas de las ofrendas y quemábamos la grasa.

—Debes… —repuso Tetis con la mirada fija en Aquiles. No parecía verme siquiera—. Ha de ser una hecatombe. —Esa era la mayor de nuestras ofrendas, un centenar de ovejas o de vacas. Únicamente los hombres de mayor riqueza y poder podían permitirse un acto de devoción tan oneroso—. Da igual lo que hagan los demás, tú haz lo que te digo. Los dioses eligen bando y no debes incurrir en su ira.

Nos íbamos a pasar todo el día sacrificando animales y el campamento iba a apestar a osario durante una semana, pero Aquiles asintió y prometió:

—Lo haremos.

—Aún hay más —anunció la diosa.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando vi vacilar a la nereida. Debía tratarse de algo terrible si hacía dudar a una diosa.

—Una profecía dice que el mejor de los mirmidones va a morir antes de que pasen otros dos años.

Aquiles se quedó completamente inmóvil, pero dijo:

—Sabíamos que iba a suceder.

Ella movió la cabeza con vehemencia.

—No. La profecía augura que estarás vivo cuando eso suceda.

Aquiles torció el gesto.

—¿Sabes a qué puede referirse?

—No —contestó—. Temo algún truco. —Las Moiras eran bien conocidas por hablar en enigmas muy poco claros hasta que se había colocado la última pieza; entonces eran de una claridad amarga—. Debes estar atento e ir con mucho cuidado.

La diosa no parecía haberse percatado de mi presencia hasta ese momento, pero entonces posó en mí los ojos y arrugó la nariz, como si acabara de detectar un hedor. Se volvió hacia su hijo y le espetó:

—Él no es digno de ti. Nunca lo ha sido.

—En eso no estamos de acuerdo —respondió Aquiles. Lo dijo como si lo hubiera repetido cientos de veces, lo cual era probable.

Tetis profirió por lo bajo un sonido de desdén y se desvaneció.

—Está asustada —me dijo Aquiles, volviéndose hacia mí.

—Lo sé —contesté, y carraspeé en un intento de deshacer el nudo de mi garganta.

—Si yo estoy excluido, ¿quién es el mejor de los mirmidones?

Hice un repaso de nuestros capitanes y pensé en Automedonte, que se había convertido en el valioso segundo de Aquiles en la batalla, aunque no hasta el punto de designarle como el mejor.

—No tengo ni idea —respondí.

—¿Crees que puede referirse a mi padre?

Peleo estaba en casa, Ftía. Había luchado con Heracles y Perseo. En sus tiempos había sido una leyenda gracias a su bondad y a su coraje, aunque no sabía yo si eso valía también para tiempos venideros.

—Tal vez —admití.

Permanecimos en silencio durante un tiempo hasta que al final él dijo:

—Supongo que no tardaremos en saberlo.

—No eres tú, al menos estamos seguros de eso.

Esa misma tarde realizamos el sacrificio tal y como nos había indicado Tetis. Los mirmidones prepararon unas grandes hogueras junto al altar y yo sostuve más y más cuencos mientras Aquiles iba rebanando cuellos. Quemamos los muslos con cebada y granadas, y sobre los restos vertimos el mejor vino. «Apolo ha montado en cólera»,

nos había dicho la nereida. Era uno de nuestros dioses más poderosos, capaz de detener el corazón de un hombre con sus flechas, raudas como los rayos del sol. No se me conocía por tener una especial piedad, pero ese día oré a Apolo con una intensidad que habría rivalizado con el mismísimo Peleo. Y fuera quien fuera el mejor de los mirmidones, también recé una plegaria por él.

Briseida me pidió que le enseñara algo de medicina y a cambio me prometió formarme en el área de la botánica, algo indispensable para la menguante reserva de Macaón. Estuve de acuerdo y pasé unos días estupendos con ella en el bosque, partiendo ramas de árboles que colgaban a baja altura para luego sacar de debajo setas y hongos tan suaves y delicados como la piel de un niño.

En el transcurso de aquellos días su mano rozaba la mía de vez en cuando. Ella alzaba la vista y sonreía. Gotas de rocío pendían de su pelo y sus orejas como si fueran perlas. Llevaba una falda larga atada por comodidad alrededor de las rodillas, lo que permitía ver sus pies, firmes y fuertes.

Uno de esos días hicimos un alto para desayunar. Sacamos pan envuelto en telas, queso, tiras de cecina, y dimos buena cuenta de ello, luego fuimos a un arroyo, donde bebimos de la corriente. Era primavera y nos hallábamos rodeados por todas las muestras de la fertilidad de las tierras anatolias. Durante tres semanas, la naturaleza se vestía de todos los colores, estallaba hasta el último capullo y los pétalos se desplegaban en todo su esplendor. Luego, cuando pasara el arrebato de ese alboroto, se asentaría para dejar obrar laborioso al verano. Era mi estación favorita.

Debí haberlo visto venir y al no haberlo hecho es posible que se me tenga por estúpido. Le estaba contando una historia, algo relacionado con Quirón, creo, y ella me escuchaba, con los ojos oscuros como la tierra donde estábamos sentados. Se quedó callada cuando yo terminé, lo cual no resultó extraño; a menudo se sumía en el silencio. Nos quedamos sentados uno junto al otro con las cabezas muy próximas, como si estuviéramos conspirando. Podía oler la fruta que acababa de comerse y la esencia de rosas que había prensado para las otras chicas y que aún le manchaba los dedos. Pensé en lo mucho que la apreciaba y miré su semblante serio y sus ojos almendrados. La imaginé de niña, el revuelo al correr de sus piernas huesudas con arañazos de tanto subir a los árboles. Me habría encantado conocerla entonces, que ella me hubiera acompañado en la casa de mi padre y hubiera podido lanzar piedras con mi madre. Casi podía imaginarla allí, rondando por el lindero de mis recuerdos, y entonces… sus labios rozaron los míos. Me quedé inmóvil de la sorpresa. Su boca era delicada y un poco vacilante. Cerró los ojos con dulzura. Mis labios se entreabrieron por su cuenta, casi por costumbre. Así transcurrió un momento, con el suelo a nuestros pies y la brisa removiendo el efluvio de las flores. Entonces ella retrocedió con los ojos bajos a la espera de un veredicto. El pulso me martilleaba los oídos, pero

no como cuando se trataba de Aquiles. Era algo más cercano a la sorpresa y el miedo a herirla. Puse una mano sobre las de Briseida y entonces ella lo supo, lo supo por la forma en que le tomé la mano y el modo en que la miré.

—Lo siento —murmuró.

Sacudí la cabeza, pero no se me ocurrió nada que decir. Ella alzó los hombros, que parecían alas plegadas.

—Sé que tú le amas —dijo, vacilando antes de pronunciar cada palabra—, ya lo sé, pero pensé que… Bueno, algunos hombres tienen esposas y amados.

Su rostro se empequeñeció y parecía tan triste que no fui capaz de permanecer callado.

—Briseida, si alguna vez hubiera deseado tomar esposa, te habría elegido a ti.

—Pero tú no deseas tener una mujer.

—No —respondí con la mayor gentileza posible. Ella asintió, y volvió a bajar los párpados. Escuché la lentitud de su respiración y un débil temblor en su pecho—. Lo siento —repetí.

—¿Ni siquiera deseas tener hijos? —inquirió. La pregunta me sorprendió, pues yo mismo me tenía todavía por un crío, aunque muchos de mi edad habían sido padres varias veces.

—No creo que yo fuera un gran padre —contesté.

—Yo lo veo de otra forma.

—¿De veras?

Lo pregunté con tranquilidad, pero pareció sonar muy hondo, así que ella vaciló y respondió:

—Tal vez.

Y entonces, cuando ya era demasiado tarde, comprendí lo que en realidad me había pedido. Me sonrojé, avergonzado por mi falta de consideración. Me sentí humillado, abrí la boca para decir algo, quizá para darle las gracias. Pero Briseida ya se había puesto de pie y se estaba sacudiendo el vestido.

—¿Nos vamos?

Solo podía hacer una cosa: levantarme y unirme a ella.

Esa noche no pude dejar de darle vueltas a lo de Briseida y mi hijo. Vi el tropiezo de unas piernas, y unos mechones negros, y los grandes ojos de la madre. Nos vi junto al fuego a Briseida, a mí… y a nuestro hijo jugando con un trozo de madera que yo le había tallado. Aun así, había un vacío en la escena, el dolor de una ausencia. ¿Dónde estaba Aquiles? ¿Muerto? ¿O acaso nunca había existido? Yo no podía vivir esa vida. «Pero Briseida no me lo ha pedido». Ella me lo ha ofrecido todo, ella misma, el niño y también Aquiles.

Me moví para ponerme enfrente de Aquiles.

—¿Has pensado en tener hijos?

Tenía los ojos cerrados, pero no estaba dormido.

—Ya tengo uno.

Eso me sorprendía cada vez que me acordaba. Su hijo con Deidamia. Tetis le había dicho que era un niño, se llamaba Neoptólemo. «Nueva guerra». Se le conocía por su apodo, Pirro; se lo habían puesto por el intenso color rojo de su pelo. Me perturbaba pensar que una parte de Aquiles vagaba por el mundo.

—¿Se parece a ti? —le había preguntado en una ocasión. Aquiles se había encogido de hombros antes de contestar:

—No lo he preguntado.

—¿Y te gustaría verle? —inquirí ahora.

Él negó con la cabeza.

—Es mejor que le críe mi madre. Estará mejor con ella.

Yo no estaba de acuerdo, pero no era el mejor momento de decirlo. Esperé un instante para que él me preguntara si deseaba tener hijos, pero no lo hizo. Su respiración se hizo más acompasada. Siempre se dormía antes que yo.

—Aquiles…

—¿Sí…?

—¿Te gusta Briseida?

Crispó el gesto, pero no abrió los ojos.

—¿Gustarme?

—Ya sabes, para gozarla…

Abrió los párpados, más alerta de lo que yo había esperado.

—¿Y eso qué relación tiene con los niños?

—Nada. —Pero era obvio que yo estaba mintiendo.

—¿Desea tener un hijo?

—Tal vez sí.

—¿Conmigo?

—No.

—Eso está bien —repuso, y entornó de nuevo los párpados. Pasaron unos instantes y yo estaba convencido de que se había dormido, pero entonces dijo—: Es contigo, quiere tener un hijo tuyo.

Mi silencio fue su respuesta. La manta que le cubría se le resbaló sobre el pecho cuando se incorporó.

—¿Está preñada? —preguntó. Había en su voz una tirantez como no había apreciado nunca.

—No.

Los ojos de Aquiles bucearon en los míos en busca de respuestas.

—¿Y tú quieres tenerlos? —me preguntó. Advertí su lucha interior en su

semblante. Los celos eran algo insólito en él, no formaban parte de su persona. Estaba herido, pero no sabía cómo verbalizarlo. De pronto, me sentí cruel por haber sacado el tema.

—No, no, creo que no.

—Si así lo quieres, estaría bien. —Eligió con cuidado cada palabra. Pretendía ser justo. Pensé otra vez en el chico de cabellos negros; y luego pensé en Aquiles.

—Ya está bien ahora —respondí.

El alivio de su semblante me colmó de dulzura.

Las cosas fueron un tanto forzadas durante algún tiempo después de aquello. Briseida me evitaba, pero yo la llamaba e íbamos juntos a pasear, como siempre habíamos hecho. Conversábamos sobre los cotilleos del campamento y sobre medicina. Ella no me hablaba de esposas y yo tenía buen cuidado de no sacar a colación el tema de los niños. Aun así, advertí una gran ternura en sus ojos cada vez que me miraba y yo hice lo posible para devolvérsela en la medida que me era posible.

VEINTICINCO

Una muchacha subió a la tarima un día del noveno año de guerra. En el moflete lucía un moratón que se le extendía como vino derramado por la mejilla. Una serie de cintas le caían desde el pelo, unas cintas ceremoniales que la identificaban como servidora consagrada a un dios. Era la hija de un sacerdote, según oí decir a alguien. Aquiles y yo intercambiamos una mirada.

Era hermosa a pesar del pánico. Tenía unos enormes ojos de color avellana y un rostro redondeado; una melena de color castaño le caía suelta sobre las orejas; era de figura delgada y tenía aspecto de niña. Sus ojos se anegaron como dos lagos desbordados y el llanto rodó por sus mejillas. Llevaba las manos atadas a la espalda.

La cautiva alzó los ojos y miró al cielo en señal de muda plegaria mientras los hombres se congregaban en el ágora. Le di un codazo a Aquiles y él asintió, pero, antes de que pudiera reclamarla, Agamenón puso una mano sobre el suave hombro de la muchacha y anunció:

—Esta es Criseida, y la reclamo para mí.

Dicho esto, tiró de ella para sacarla del estrado y se la llevó bruscamente a su tienda.

Reparé en el gesto de contrariedad de Calcante, tenía la boca medio abierta, como si fuera a formular una objeción, pero luego la cerró, y Ulises dio por terminada la distribución.

Apenas había transcurrido un mes de aquella escena cuando apareció el padre de la muchacha con un cayado claveteado de oro y enguirnaldado con hilo dorado. Tenía un fuerte y ancho rostro de rasgos marcados. Lucía una barba larga al estilo de los sacerdotes anatolios y llevaba el pelo suelto, pero adornado con algunas cintas, a juego con su cayado. Se advertían ribetes de rojo y oro en su túnica suelta, cuya tela se hinchaba y flameaba alrededor de sus piernas. Detrás de él, unos silenciosos sacerdotes de menor rango se esforzaban para soportar el peso de unos enormes cofres de madera. El sumo sacerdote no aminoró el paso para acomodarse al ritmo más lento de sus acólitos, sino que caminó hacia delante sin darles tregua.

La pequeña comitiva pasó por delante de las tiendas de Áyax, Diomedes y Néstor —las más próximas al ágora— y se detuvo ante el estrado. Aquiles y yo nos enteramos y acudimos enseguida, esquivando a los soldados más lentos. Para cuando llegamos, el sacerdote se había plantado allí cayado en mano y con el mentón alzado. Agamenón y Menelao subieron a la tarima y se acercaron a él, el troyano se limitó a quedarse allí con pose orgullosa delante de sus tesoros y sus jadeantes subordinados.

Agamenón echaba chispas ante semejante osadía, pero se mordió la lengua.

Por último, cuando se hubieron congregado los suficientes soldados, atraídos de todos los rincones del campamento por los rumores, se volvió para dirigirse a todos ellos, con los ojos fijos en el gentío, mirando a reyes y soldados, y por último a los hijos gemelos de Atreo, que permanecían de pie ante él sobre el estrado.

Habló con voz resonante y grave, acostumbrada a dirigir las plegarias. Dijo llamarse Crises y, cayado en mano, se identificó como sumo sacerdote de Apolo en la Tróade. A renglón seguido señaló a los cofres, ahora abiertos, para mostrar oro, gemas y objetos de bronce refulgiendo al sol.

—Nada de eso nos dice por qué has venido, sacerdote Crises —dijo Menelao con voz templada, pero con una nota de impaciencia. Ningún troyano se encaramaba al estrado de los reyes griegos para soltar discursos.

—He venido a rescatar a mi hija Criseida. El ejército griego se la llevó de nuestro templo de forma ilícita. Es una joven delgada con cintas en el pelo.

Los griegos murmuraron. Los suplicantes que ofrecían rescates se arrodillaban y se humillaban, no hablaban como reyes dictando sentencia en un tribunal, pero ese hombre era un alto sacerdote, poco acostumbrado a postrarse ante nadie que no fuera su dios, y se podía hacer una excepción. Ofreció una cantidad de oro generosa, el doble de lo que valía la muchacha, y uno nunca podía desdeñar el favor de un sacerdote. Aquella palabra, «ilícita», cortaba como una espada afilada, pero tampoco se podía decir que se equivocara al usarla.

—Lo primero de todo, jamás debió ser raptada.

Incluso Diomedes y Ulises asintieron ante esas palabras, y Menelao suspiró de un modo que era como si lo hubiera dicho. Pero Agamenón, grandón como un oso, dio un paso al frente con los músculos del cuello crispados por la ira.

—¿Así es como implora un hombre? Tienes suerte de que no te mate aquí mismo. Yo mando este ejército y no te doy permiso para hablar delante de mis hombres. Ya te doy mi respuesta: no. No habrá rescate. Ella es mi presa y no pienso liberarla ni ahora ni nunca, ni a cambio de esta basura ni de cualquier otra que puedas tratar. —Agamenón cerró las manos a escasos centímetros de la garganta de Crises—. Vete ahora mismo, sacerdote, y que no vuelva a verte por mi campamento… o tus guirnaldas no te salvarán.

Crises apretó los dientes, aun cuando no sabríamos decir si fue a causa del miedo o para tragarse una réplica. Sus ojos brillaron con amargura. Se volvió con brusquedad y en silencio, bajó del estrado y volvió a la playa dando grandes zancadas. Los acólitos le siguieron con sus tintineantes arcones de tesoros.

Seguí contemplando a lo lejos la figura del apenado sacerdote en retirada incluso después de que Agamenón se hubiera retirado y los hombres se hubieran puesto a cuchichear a mi alrededor. Quienes estaban situados al final de la playa dijeron que

estaba llorando y que blandía el cayado contra el cielo.

Esa noche, deslizándose entre nosotros como una sierpe rápida y silenciosa, comenzó la plaga.

A la mañana siguiente las mulas pusieron los ojos en blanco y empezaron a dejarse caer sobre las cercas con la respiración agitada entre borbotones de mucosidad amarilla. A eso de mediodía les siguieron los perros, que se pusieron a ladrar y gañir a los cuatro vientos mientras echaban espuma roja por la boca. A última hora de la tarde todos estos animales habían muerto o estaban agonizando en el suelo entre temblores, bañados en charcos de su propio vómito sanguinolento.

Macaón y yo, y después también Aquiles, los quemábamos en cuanto sucumbían, sacábamos del campamento los cuerpos empapados de bilis, cuyos huesos resonaban cuando los lanzábamos a las piras. Aquella misma noche, a nuestro regreso al vivaque de los mirmidones, Aquiles y yo nos frotamos con la áspera sal del mar y nos limpiamos con agua clara tomada del arroyo del bosque. No usamos el Simois ni el Escamandro, los serpenteantes y caudalosos ríos troyanos, porque todos los demás bebían de sus aguas y se bañaban en ellas.

Al día siguiente empezaron a sucumbir los hombres. Cayeron abatidos por la enfermedad a centenares, encogidos allí donde se habían desplomado con los ojos saltones y lagrimosos, los labios cuarteados y sangrando por mentones y muñecas. Macaón, Aquiles, Podalirio y yo, y por último también Briseida, corríamos para arrastrar lejos los cuerpos de las últimas víctimas, abatidas de forma tan súbita como si cayeran por efecto de una lanza o una flecha.

Se creó un campo de enfermos en un extremo del campamento. Primero hubo diez o veinte, y luego cincuenta. Se estremecían a causa de la fiebre, pedían agua a gritos, se arrancaban la ropa para encontrar alivio al fuego que les ardía en las entrañas. Por último, en las postrimerías de la tarde, se les cuarteó la piel, donde había más agujeros macerados que en una manta agusanada, rezumando pus y carne sanguinolenta. Cuando cesaba el último de sus violentos espasmos, quedaban tendidos en el charco de sus vómitos, el contenido negruzco de sus intestinos mezclado con sangre.

Aquiles y yo utilizamos hasta el último trozo de madera a nuestro alcance para levantar piras. Finalmente, la necesidad nos impulsó a olvidar el decoro y el ritual, y a cada fuego no arrojábamos un cuerpo, sino muchos. Ni siquiera teníamos tiempo de quedarnos a contemplar cómo la carne y los huesos se deshacían y se entremezclaban.

Al final, acabaron por unirse a nosotros la mayoría de los monarcas. El primero

fue Menelao, y después Áyax, capaz de derribar tres árboles de un solo hachazo, y bien que los usamos todos para alimentar una hoguera tras otra.

Mientras trabajábamos, Diomedes iba entre los hombres y acabó por descubrir a los pocos que yacían ocultos en las tiendas, temblorosos a causa de la fiebre y el vómito. Sus amigos los habían ocultado porque aún no querían enviarlos a los campos de la muerte. Agamenón no abandonó su tienda.

Pasó un día, y otro, y otro más, hasta que llegó un momento en que no hubo compañía ni rey que no hubiera perdido docenas de soldados. Aquiles y yo cerramos los ojos de cientos de hombres, y por extraño que pudiera parecer, ninguno de ellos fue un rey. Perecieron nobles menores y soldados de a pie. También tuvimos ocasión de notar que no murió ninguna mujer. Nos miramos cada vez más recelosos conforme más y más hombres se derrumbaban de repente con un grito, agarrándose el pecho con las manos allí donde la plaga se le había clavado como si fuera un proyectil.

Ocurrió durante la novena noche de aquella pesadilla de cadáveres arrojados a las piras y de sudar pus a chorros. Permanecíamos exhaustos y jadeantes dentro de nuestro pabellón, donde hacíamos trizas las túnicas que habíamos llevado durante el día para luego arrojarlas al fuego. Se había confirmado por mil formas diferentes nuestra sospecha de que no era una plaga natural ni se trataba del brote al azar de una pandemia. Era algo más, era un fenómeno tan repentino y catastrófico como la calma chicha en Áulide. Aquí obraba el disfavor de una deidad.

Nos acordamos entonces de Crises y de la justa indignación del sumo sacerdote ante la blasfemia cometida por Agamenón y su desprecio a los códigos de la guerra y el rescate justo, y también caímos en la cuenta de cuál era su dios, la divinidad de la luz, la medicina y la plaga.

Aquiles salió de la tienda con sigilo cuando la luna estaba en lo alto y regresó al cabo de poco tiempo, oliendo a mar.

—¿Qué dice tu madre? —pregunté, incorporándome en la cama.

—Que tenemos razón.

El décimo día de la plaga, el *aristós achaion* y yo nos dirigimos a la playa con el respaldo de todos los mirmidones y nos dirigimos al ágora. Aquiles se encaramó al estrado y puso las manos en torno a la boca a modo de bocina para que se le oyera desde más lejos. Gritó por encima del rugido de las piras, el llanto de las mujeres y los gemidos de los moribundos, convocando a todos los hombres del campamento.

Los soldados acudieron a trompicones, con recelo y lentitud, parpadeando bajo la luz del sol. Estaban demacrados y tenían aspecto atormentado, temerosos de que los dardos de la plaga se hundieran en sus pechos como piedras en el agua y extendieran

sus raíces como ondulaciones en un estanque. Aquiles les observó llegar con la armadura bien puesta y la espada ceñida a un costado. El pelo le centelleaba como agua vertida sobre bronce pulido. No estaba prohibido que algún otro general convocara un encuentro, pero jamás había ocurrido durante los diez años que habíamos pasado ante las murallas de Troya.

Agamenón y sus micénicos se abrieron paso a empellones entre el gentío y el general subió al tablado.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Aquiles le saludó con amabilidad y respondió:

—He congregado a los hombres para hablar de la plaga. ¿Me das licencia para dirigirme a ellos?

La rabia y la vergüenza encorvaron un poco más los hombros de Agamenón; él tendría que haber convocado esa reunión hace mucho, y lo sabía. Ahora difícilmente podría reprender al príncipe de Ftía por hacerlo, especialmente delante de la tropa. El contraste entre ambos dirigentes no podía ser más acusado: Aquiles estaba relajado y exudaba control, había en él un desahogo que desdecían las piras funerarias y las mejillas consumidas. Agamenón torció el gesto con ese rostro suyo cerrado como el puño de un avaro.

Aquiles esperó a que se hubieran acomodado los hombres, nobles y gente del común. Entonces se adelantó y se dirigió a ellos con una sonrisa.

—Reyes, señores, hombres de los reinos griegos, ¿cómo vamos a librar una guerra si nos mata una plaga? Es tiempo, tiempo de sobra, de que sepamos qué hemos hecho para merecer la ira de un dios.

Se desató una tormenta de cuchicheos y susurros. Los hombres ya habían sospechado de los dioses. ¿Acaso no venía de ellos todo el bien y todo el mal? Pero oírselo decir abiertamente al *aristós achaion* suponía un alivio. Su madre era una deidad y seguro que él lo sabía.

Agamenón estiró los labios y enseñó los dientes. Estaba demasiado cerca de Aquiles, como si pretendiera echarle del estrado, pero Aquiles no pareció percatarse.

—Tenemos entre nosotros a un sacerdote, un hombre cercano a los dioses. ¿No deberíamos pedirle que hablara?

Los hombres asintieron mientras una oleada de esperanza recorría las filas. Oí un chasquido metálico. Al ver a Agamenón con una mano en su muñeca supe qué era, el pausado movimiento de la hebilla de su manopla.

Aquiles se volvió al rey.

—¿No es eso lo que tú me recomendaste?

Agamenón entrecerró los ojos. No confiaba en la generosidad, no confiaba en nadie. Clavó los ojos en Aquiles, a la espera de una trampa, pero al final, con ingratitud, respondió.

—Sí, lo hice. —Hizo un rudo gesto a sus hombres—. Traedme a Calcante.

La guardia sacó al sacerdote de entre la multitud a empujones. Jamás había tenido un aspecto tan poco agraciado: la barba nunca terminaba de crecerle, le raleaba el pelo y estaba empapado en un sudor agrio. Tenía la costumbre de repasar los labios cuarteados con la lengua antes de hablar.

—Gran rey, príncipe de Ftía, me cogéis desprevenido. No pensé que… —Aquellos extraños ojos azules iban de Agamenón a Aquiles—. Es decir, no esperaba ser interrogado sobre este tema aquí, delante de tanta gente. —La voz iba y venía, como una comadreja al abandonar su madriguera.

—Habla —ordenó Agamenón.

Calcante parecía azorado. Se humedeció los labios con la lengua una y otra vez.

—Seguramente habrás hecho sacrificios y habrás orado, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto que sí, pero… —la voz le flaqueó—, pero temo que mis palabras enojen a alguien poderoso y que no olvida un insulto con facilidad.

Aquiles se agachó y puso una mano en el hombro sucio del clérigo, que dio un respingo, y le sujetó de forma amistosa.

—Nos morimos, Calcante. No ha lugar para esos temores. ¿Qué hombre de entre nosotros iba a volver tus palabras contra ti? Yo no lo haría, ni aunque dijeras que yo soy la causa. ¿Y vosotros…? —Miró a los hombres que tenía enfrente, y estos negaron con la cabeza—. Ningún hombre en su sano juicio haría daño a un sacerdote.

El cuello de Agamenón estaba tenso como los cabos de una nave. De pronto tomé conciencia de lo raro que se me hacía verle ahí solo. Su hermano, Ulises o Diomedes estaban siempre junto a él, pero ahora todos ellos esperaban a un lado, con el resto de los príncipes.

Calcante se aclaró la garganta antes de tomar la palabra.

—Los augurios demuestran que Apolo está enfadado. —Apolo. El nombre del dios recorrió las huestes como el viento por el trigo del estío. Calcante miró al hijo de Atreo y luego al príncipe de Ftía. Tragó saliva—. Al parecer, o eso dicen los augurios, le ha ofendido el trato dispensado a su siervo consagrado, Crises. —Agamenón se cuadró de hombros y fulminó con la mirada al sacerdote, a quien se le trababa la lengua mientras proseguía—: Para apaciguarle, hay que devolver a la joven Criseida sin pedir rescate alguno y el gran rey Agamenón debe ofrecer plegarias y sacrificios. —Enmudeció después de haber pronunciado esa última palabra, como si le faltara el aire.

La sorpresa dibujó unas oscuras manchas rojas en el semblante de Agamenón. Parecía una gran estupidez o un acto de suprema arrogancia no haber supuesto que todo aquello era culpa suya, pero no lo había hecho. Se hizo un silencio tan profundo que me pareció oír los granos de arena que removíamos con los pies.

El monarca se volvió hacia el sacerdote.

—Gracias, Calcante —dijo con una voz que chisporroteó en el aire—. Gracias por traer siempre buenas noticias. La última vez fue mi hija. «Mátala», me dijiste, «porque has enojado a los dioses». Ahora pretendes humillarme delante de todo mi ejército. —Se giró sobre el hombre con el rostro congestionado por la ira—. ¿Acaso no soy tu general? ¿No he velado para que recibieras sustento, ropa y honores? ¿No son micénicos la mayor parte de los soldados de este ejército? La chica es mía, la recibí como premio, y no tengo intención de entregarla. ¿Acaso has olvidado quién soy?

Hizo una pausa, como si esperara o temiera que los hombres gritaran: «No, no». Mas nadie lo hizo. Frunció los labios y soltó un gruñido.

—Rey Agamenón —terció Aquiles con voz ligera, casi divertida, mientras se adelantaba—, nadie ha olvidado que eres el jefe de este ejército, estoy seguro, pero tú no pareces recordar que todos nosotros somos por derecho propio reyes, príncipes o cabezas de clan. Somos tus aliados, no esclavos.

Un puñado de hombres asintió y más hubieran deseado hacerlo también. Agamenón profirió un sonido inarticulado y el rostro se le puso púrpura de la rabia. Aquiles alzó una mano.

—No tengo la menor intención de deshonrarte, solo deseo poner fin a la plaga. Envía la chica al padre y acabemos con esto.

El rostro de Agamenón se crispó por culpa de la ira y sus gruesas mejillas se llenaron de pliegues.

—Te comprendo, Pelida. Te crees que por ser hijo de una ninfa de los mares te asiste el derecho de jugar con los príncipes a tu antojo. Nunca te han enseñado cuál es tu lugar entre los hombres. —Aquiles abrió la boca para responderle, pero el micénico se adelantó—. No digas nada. —Sus palabras sonaron como un latigazo—. Te arrepentirás como digas otra palabra más.

—¿Me arrepentiré? —El rostro de Aquiles permaneció inexpresivo—. No creo, gran rey, que puedas permitirte el lujo de decirme esas cosas —añadió en voz baja, pero perfectamente audible.

—¿Me amenazas? ¿A mí? —chilló el general—. ¿No le habéis oído amenazarme?

—No es una amenaza. Dime, ¿qué es tu ejército sin mí?

El rostro del micénico enrojeció intensamente de pura maldad.

—Siempre has tenido una opinión demasiado buena de ti mismo. Debimos haberte dejado donde te encontramos, escondido tras las faldas de tu madre, vestido tú mismo con otras faldas.

Los hombres se quedaron confundidos y torcieron el gesto antes de ponerse a murmurar entre ellos.

Aquiles cerró las manos a los costados y logró mantener la compostura a duras penas.

—Dices eso para desviar la atención de ti. ¿Cuánto tiempo habrías dejado morir a tus hombres si yo no hubiera convocado este concilio? ¿Puedes responder a eso?

Pero el monarca micénico ya estaba rugiendo para hacerse oír por encima de Aquiles.

—Cuando todos estos hombres vinieron a Áulide, se arrodillaron para ofrecerme su lealtad, todos salvo tú. Tengo la impresión de que nuestra tolerancia ante tu arrogancia ha durado demasiado. Es tiempo, tiempo de sobra —dijo, imitando a Aquiles—, de que prestes ese juramento.

—No necesito probarme ante ti ni ante ninguno de vosotros. —Aquiles habló con voz fría y alzó el mentón en gesto de desdén—. Estoy aquí por voluntad propia y tienes suerte de que sea así, o de lo contrario no sería yo quien tendría que arrodillarse.

Había ido demasiado lejos. Los hombres se removieron a mi alrededor. El hijo de Atreo se lanzó a por esa oportunidad como un ave que se lanza en picado a por un pez.

—¿Habéis oído su orgullo? —Se volvió hacia Aquiles—. ¿No te arrodillarás?

El rostro del *aristós achaion* era pétreo cuando respondió:

—No.

—En tal caso, eres un traidor a este ejército y se te castigará como a tal. Tus premios de guerra son rehenes y quedarán a mi cuidado hasta que ofrezcas tu obediencia y sumisión. Empezaremos por la chica, Briseida, ¿verdad? Servirá como compensación por la chica que me veo obligado a devolver.

Me quedé sin aire en los pulmones.

—Es mía, la recibí de todos los griegos —replicó Aquiles. Cada palabra fue cortante como el cuchillo de un matarife—. No puedes quitármela y te costará la vida si lo intentas. Piénsalo, gran rey, antes de perjudicarte.

La respuesta de Agamenón se produjo de inmediato. Nunca iba a achantarse delante de una multitud. Jamás.

—No te temo. Voy a tenerla. —Se volvió hacia su gente—. Traed a la chica.

Advertí la sorpresa en el rostro de los reyes. Briseida era un trofeo de guerra, la personificación del honor de Aquiles. Al quitársela, Agamenón negaba a Aquiles la plenitud de su valor. Al oír murmurar a los hombres, albergué la esperanza de que alguien dijera algo, pero nadie habló.

El gran rey se había dado la vuelta, por eso no vio volar la mano de Aquiles al acero. Se me detuvo el corazón. Le sabía capaz de atravesar de un solo espadazo el cobarde corazón del micénico, pero advertí en su rostro una lucha interior. Aún sigo sin saber por qué se detuvo, tal vez quería para el general un castigo peor que la muerte.

—Agamenón —le llamó. Di un respingo al oír la rudeza de su voz. El rey se

volvió y Aquiles le hundió un dedo en el pecho. El micénico no pudo reprimir el resoplido de sorpresa—. Tus palabras de hoy han causado tu muerte y la de tus hombres. No volveré a luchar por ti y tu ejército caerá sin mi concurso. Héctor os molerá los huesos y esparcirá vuestra sangre por la arena. Y yo lo veré y me reiré. Vendrás a mí en busca de misericordia, pero no la tendrás. Todos morirán, Agamenón, y será por lo que has hecho hoy aquí.

Y soltó un enorme salivazo que cayó entre los pies de Agamenón. Después, enseguida estuvo a mi altura, y luego me dejó atrás. Tuve una sensación de vértigo mientras me daba la vuelta para seguirle, sintiendo que detrás de mí venían los mirmidones, cientos de hombres vociferantes que se abrían paso entre la muchedumbre que salía en tropel de sus tiendas.

Aquiles llegó enseguida a la playa gracias a unas enérgicas zancadas. Su ira era incandescente, un fuego le ardía debajo de la piel. Tenía los músculos tan tensos que me daba miedo tocarle, no fueran a saltar como cuerdas de arco. No se detuvo cuando llegamos a nuestro campamento. Tampoco se volvió para dirigirse a los hombres. Agarró la lona que hacía las veces de puerta de nuestra tienda y la arrancó al pasar.

Tenía la boca torcida, nunca la había visto tan fea, y los ojos enloquecidos.

—Le mataré —juró—, le mataré. —Tomó una lanza y la partió por la mitad en medio de una lluvia de astillas. Los trozos cayeron sobre el suelo—. Estuve a punto de trincharle ahí fuera. No sé por qué no lo hice. ¿Cómo se atreve? —Cogió un aguamanil y lo estrelló contra una silla, haciéndolo añicos—. ¡Los muy cobardes! Todos se mordían la lengua sin atreverse a hablar. ¿Lo viste? Ojalá Agamenón les quite todos sus trofeos. Espero que se los arrebate uno a uno.

—¿Aquiles? —preguntó fuera del pabellón una voz vacilante.

—Adelante —ordenó el interpelado.

—Lamento molestarte. Fénix me ordenó que me quedara para que pudiera enterarme de todo lo sucedido y así podértelo contar luego —explicó Automedonte.

—¿Y? —preguntó Aquiles.

El auriga vaciló.

—Agamenón preguntó por qué sigue con vida Héctor. Le dijo a la tropa que no te necesitaban y que… tal vez no fueras… lo que dices que eres. —Otro astil de lanza saltó hecho añicos entre los dedos de Aquiles. Automedonte tragó saliva—. Ahora van a venir a por Briseida.

Aquiles me daba la espalda y no pude verle cuando se dirigió a su auriga:

—Déjanos.

Automedonte se retiró y nos quedamos a solas.

Iban a venir a por Briseida. Me puse en pie con los puños apretados. Me sentía fuerte, indomable, como si mis pies atravesaran la tierra y asomaran por el otro lado

del mundo.

—Debemos hacer algo. Podemos ocultarla, tal vez en los bosques o…

—Lo va a pagar caro, y ahora. —Había una nota feroz de victoria en su voz—. Deja que venga a por ella. Él mismo se ha condenado.

—¿A qué te refieres?

—Debo hablar con mi madre —sentenció, e hizo ademán de abandonar la tienda, pero le agarré por el brazo.

—No tenemos tiempo. A tu regreso ya se la habrán llevado. Debemos hacer algo ¡ahora!

Se volvió y me miró con unos ojos extraños: las pupilas enormes y oscuras le devoraban la cara. Parecía hallarse a muchos kilómetros de allí.

—¿De qué me hablas?

—De Briseida —repliqué, mirándole fijamente.

Aquiles me devolvió la mirada. No pude advertir el parpadeo de alguna emoción en sus ojos.

—Nada puedo hacer por ella —contestó al fin—. Agamenón deberá pagar las consecuencias si elige ese camino.

Tuve la sensación de caer en las honduras del océano con dos pesados lastres atados a los pies.

—No vas a dejar que se la lleve.

Se volvió sin mirarme.

—Esa elección es de Agamenón. Ya le dije lo que ocurrirá si lo hace.

—Sabes lo que le hará a Briseida.

—Agamenón decide —repitió—. ¿No iba a privarme de mi honor? ¿No iba a castigarme? ¡Que se atreva!

Un fuego interior le iluminaba los ojos.

—¿No vas a ayudarla?

—No hay nada que yo pueda hacer —respondió de modo terminante.

Me abrumó el vértigo, como si estuviera bebido; no era capaz de hablar ni de pensar. Jamás me había enfadado con él y ahora no sabía cómo hacerlo.

—Ella es una de nosotros. ¿Cómo puedes dejar que se la lleve? ¿Dónde está tu honor? ¿Cómo puedes dejar que Agamenón la deshonre?

Y entonces, de pronto, lo entendí todo, y la náusea se apoderó de mí. Me volví hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—He de avisarla —respondí feroz con voz rasposa—. Tiene derecho a conocer tu elección.

Me detuve un instante ante la tienda de Briseida antes de retirar las pieles de la

puerta.

—¡Briseida! —me oí llamarla.

—¡Adelante! —me invitó con voz cálida, parecía complacida. Durante la plaga no habíamos tenido tiempo de hablar más allá de lo imprescindible.

Dentro, ella estaba sentada en un taburete y en su regazo sostenía maza y mortero. En el aire flotaba un olor a nuez moscada. Sonreía.

Me retorcí de pena y dolor. ¿Cómo iba a decirle lo que sabía?

—Yo…

Intenté hablar, pero me detuve. Dejó de sonreír al ver mi cara desencajada, se levantó y enseguida acudió a mi lado.

—¿Qué ocurre? —Presionó la fría piel de su muñeca sobre mi frente—. ¿Se encuentra bien Aquiles? ¿Estás enfermo?

Sí, enfermo de vergüenza, pero ahora no había tiempo para la autocompasión. Venían a por ella.

—Ha pasado algo —anuncié. La lengua pastosa se me pegaba a la boca y las palabras no me salían con facilidad—. Aquiles se dirigió hoy a los hombres y les dijo que Apolo enviaba la plaga.

—Eso pensábamos. —Asintió y puso la mano sobre la mía para confortarme. Casi no pude continuar.

—Pero Agamenón no…, y ahora se ha enfadado. Aquiles y él han discutido y ahora el gran rey quiere castigarle.

—¿Castigarle? ¿Cómo? —Entonces advirtió algo en mis pupilas y su rostro se quedó inexpresivo—. ¿Qué ocurre?

—Ha enviado hombres a por ti.

Advertí la llamarada de pánico en sus ojos por mucho que intentó ocultarla.

—¿Qué va a suceder?

Sentí una vergüenza corrosiva que me consumía los nervios. Era como una pesadilla de la que esperaba despertar de un momento a otro, pero no había nada de que despertar, era verdad. Aquiles no iba a ayudar.

—Él…

No fui capaz de decir nada más, pero eso bastó, ella lo supo. Cerró la mano derecha sobre el vestido ajado y rasgado tras el durísimo trabajo de los nueve días anteriores. Gracias a un ímprobo esfuerzo logré farfullar palabras que pretendían ser de consuelo; le dije que la traeríamos de vuelta, que todo iba a ir bien. Mentiras, todo mentiras. Los dos sabíamos lo que iba a suceder en la tienda de Agamenón, y también Aquiles, pero aun así la enviaba allí.

Mi mente se llenó de imágenes apocalípticas y de cataclismo. Deseé que hubiera terremotos, erupciones, diluvios. Solo esos desastres parecían capaces de contener toda mi pena y mi rabia. Deseaba tener el mundo patas arriba y aplastado a mis pies.

Fuera sonó un cuerno. Ella se llevó la mano a la mejilla y se enjugó las lágrimas.
—Vete, por favor —susurró.

VEINTISEIS

A lo lejos, dos hombres caminaban por la estrecha lengua de arena. Enarbolaban el emblema púrpura de Agamenón con el símbolo de los heraldos grabado en las túnicas. Les conocía, eran Taltibio y Euríbates, los principales emisarios de Agamenón; se les tenía por hombres discretos que gozaban de la confianza del gran rey. Se me formó un nudo de odio en la garganta. Deseé verlos muertos.

Los heraldos se acercaron entre las miradas furibundas de los guardias mirmidones, que hacían resonar sus armaduras de forma amenazadora. Se detuvieron a diez pasos de nosotros, parecieron pensar que eso bastaría para escapar si Aquiles perdía los nervios. Me permití regodearme en una serie de imágenes sanguinarias: Aquiles se les echaba encima, les retorcía el pescuezo y los dejaba sobre el suelo, desmadejados como conejos muertos entre las manos del cazador.

Tartamudearon un saludo sin dejar de mover los pies y con la mirada gacha.

—Hemos venido a hacernos cargo de la custodia de la chica —dijeron a continuación.

El *aristós achaion* contuvo la rabia y les contestó con sarcasmo y fría acritud. Toda aquella representación suya de gracia y tolerancia me hizo rechinar los dientes. A Aquiles le gustaba dar esa imagen de sí mismo, la del joven ofendido que acepta estoicamente el despojo de su premio de guerra y sufre el martirio delante de todo el campamento. Oí mi nombre y vi que todos me miraban. Debía ir en busca de Briseida.

Ella me estaba esperando con las manos vacías, pues no iba a llevarse nada.

—Lo siento —musité.

Ella no me dijo «Todo va bien», porque no lo iba. Percibí la cálida dulzura de su respiración mientras se inclinaba hacia delante y me rozaba los labios con los suyos. Luego, siguió adelante y se marchó.

Taltibio le cogió de un brazo y Euríbates del otro. Ambos hundieron los dedos en la piel de Briseida, y no con suavidad precisamente. Tiraron de ella, deseosos de alejarse cuanto antes de nosotros, obligándola a elegir entre moverse o caer. La anatolia se volvió hacia nosotros. Quise conjurar la desesperación de sus ojos y miré fijamente a Aquiles, con la esperanza de que levantara la vista y cambiara de idea, pero no lo hizo.

Salieron del campamento a toda prisa y poco después apenas fui capaz de distinguir sus figuras de las de otras siluetas oscuras que caminaban por la playa, comiendo, paseando y cuchicheando sobre la enemistad de sus reyes. La ira me consumió con la misma facilidad que un incendio devora los matorrales.

—¿Cómo puedes dejar que se la lleven? —mascullé, apretando los dientes.

—Debo hablar con mi madre —repuso con rostro demudado, huero, incomprensible como un idioma extranjero.

—Pues vete.

Le vi marcharse. Sentí en el estómago una quemazón como si en él ardieran unas brasas y me dolían las palmas de las manos de tanto como hundía en ellas las uñas. «No conozco a ese hombre, nunca antes le he visto», dije en mi fuero interno. Sentí hacia él una rabia cálida como la sangre. Jamás iba a perdonarle.

Me imaginé destrozando nuestra tienda, destrozando la lira, hundiéndome un cuchillo en las tripas y sangrando hasta morir. Quise ver su rostro resquebrajado por el dolor y la pena. Quería hacer añicos la máscara de fría piedra que se había deslizado sobre el rostro del chico que conocía. Había entregado a Briseida pese a saber lo que iba a hacerle Agamenón.

Ahora esperaba de mí que yo aguardase impotente y obediente. Nada podía ofrecerle al Atrida a cambio de la seguridad de la muchacha. No podía sobornarle ni suplicarle. El monarca micénico había esperado largo tiempo para obtener ese triunfo, así que no iba a soltarla. Me vino a la mente la imagen de un lobo protegiendo su hueso. En Pelión abundaban ese tipo de lobos capaces de cazar hombres si el hambre les acuciaba lo suficiente. «Si uno te acechara, debes darle algo que desee más que a ti», me había aconsejado Quirón.

Solo había una cosa que el gran general deseara más que a Briseida. Me eché un cuchillo al cinto y salí. Jamás me había gustado la sangre, pero eso ya no tenía remedio.

Los guardias repararon en mí un poco tarde y se sorprendieron de verme armado. Uno reaccionó lo bastante rápido como para agarrarme, pero yo le hundí las uñas en el brazo y me soltó. Me miraron con necia expresión de sorpresa. ¿Acaso no era yo el perrito faldero de Aquiles? Se hubieran enfrentado a mí si yo hubiese sido un guerrero, mas no lo era, y yo ya me había colado en el pabellón para cuando pensaron que debían retenerme.

Lo primero que vi nada más entrar fue a Briseida. Estaba encogida en un rincón con las manos atadas. Agamenón estaba de pie, de espaldas a la entrada, y la increpaba. Una chispa de triunfo iluminó su rostro cuando me vio entrar. Debió de pensar que había venido a suplicar. Imaginó que acudía allí como embajador de Aquiles para implorar clemencia. O quizá para entretenerle a él, lo cual me enfureció.

Abrió los ojos con desmesura cuando alcé el cuchillo e hizo ademán de sacar el suyo mientras abría la boca para llamar a su guardia, pero no le di tiempo a hablar. Me abrí las venas de la mano izquierda de un tajo. Me rasgué la piel, sí, pero la herida no fue muy profunda. Me di otra cuchillada y esta vez sí le acerté a la vena. Un surtidor de sangre lo puso todo perdido y, mientras unas gotas salpicaban a

Agamenón, oí gritar horrorizada a Briseida.

—Las noticias que traigo son verdad, lo juro por mi sangre.

Agamenón se echó atrás. El juramento y la sangre contuvieron su mano. Él siempre había sido supersticioso.

—Bueno —repuso de manera cortante, intentando recobrar la dignidad—, pues en tal caso cuéntame esas nuevas.

Percibí cómo la sangre me bajaba por el brazo, pero no me moví para restañarla.

—Estás en un grave peligro —le aseguré.

Me miró con desdén.

—¿Me estás amenazando? ¿Para eso te ha enviado?

—No, él no me ha enviado, en absoluto.

Entrecerró los ojos, a través de los cuales pude ver cómo trabajaba su mente para unir todas las piezas.

—Seguro que vienes con sus bendiciones.

—No —le aseguré. Ahora me escuchaba con atención—. Aquiles conocía tus intenciones hacia la chica —le solté. Observé a Briseida por el rabillo del ojo, pero no me atreví a mirarla directamente. Notaba de forma apagada el latido de mi muñeca y podía sentir el calor de mi sangre y la sensación de desangrarme. Solté el cuchillo y puse el pulgar sobre la vena para ralentizar la rápida pérdida de sangre.

–¿Y…?

—¿No se te ha pasado por la cabeza preguntarte por qué no te impidió llevártela? —inquirí con desdén—. Podría haberte matado a ti y a todo tu ejército. ¿No has pensado que podría haberte rechazado? —Agamenón se sonrojó, pero no le di tiempo a abrir la boca—. Te dejó llevártela. Te mueres de ganas por acostarte con ella, y él lo sabe, como también que eso será tu perdición. Ella le pertenece, la ganó en buena lid, prestando un buen servicio. Los hombres y los dioses se volverán contra ti si la violas. —Hablé con deliberada lentitud para que cada palabra hiciera blanco en su objetivo.

Todo cuanto decía era la pura verdad, aunque el micénico estaba demasiado cegado por el orgullo y la lujuria como para verlo. Briseida se hallaba bajo la custodia de Agamenón, mas seguía siendo un trofeo de guerra propiedad de Aquiles y mancillarla era mancillar el honor de Aquiles, el mayor insulto concebible a su honor. Aquiles podría matarle por ello e incluso Menelao lo consideraría justo.

—Has ido al límite de tu poder para apoderarte de ella. La tropa te lo ha permitido porque el príncipe de Ftía se ha mostrado demasiado orgulloso, pero no van a permitirte mucho más. —Nosotros obedecíamos a nuestros reyes, sí, pero dentro de los límites de la razón. Si los premios del *aristós achaion* no estaban a salvo, no lo estaban los de nadie. No iban a dejar que esa clase de rey gobernara por mucho tiempo.

Agamenón no había pensado en nada de esto. Lo fue comprendiendo poco a poco, por oleadas que acabaron por ahogarle hasta que admitió con desesperación:

—Mis consejeros no me han dicho nada de esto.

—Tal vez no sabían qué pretendías o quizás eso sirva a sus propios intereses. —Hice una pausa para considerar esta hipótesis—. ¿Quién mandará si tú caes?

Sabía la respuesta: Ulises y Diomedes, los dos juntos, usando a Menelao como figura decorativa. Empezó a comprender por fin el valor de mi regalo. No había llegado tan lejos siendo un idiota.

—Le has traicionado al prevenirme.

Eso era cierto. Aquiles le había dado a Agamenón una espada con la que atravesarse y yo le había agarrado la mano para que no lo hiciera. Eran palabras fuertes y amargas.

—Sí.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque está mal. —Sentí la garganta en carne viva, como si hubiera apurado un cáliz lleno de arena y sal.

Agamenón me contempló. Era muy conocido en el campamento por mi honestidad y buen corazón. No había motivo alguno para no creer en mí. Sonrió.

—Lo has hecho bien. Te has mostrado leal a tu verdadero señor. —Hizo una pausa para degustar, y conservar, el sabor de estas palabras—. ¿Está al tanto de tus actos?

—Aún no —admití.

—Ah. —Entrecerró los ojos para recrear mejor la escena y advertí que la sensación de triunfo crecía en él hasta alcanzar el máximo.

Era un experto consumado en lo tocante al dolor. Nada podía causar más dolor a Aquiles que aquello: el hombre más próximo a su corazón le traicionaba ante su peor enemigo.

—Te prometo que la liberaré si me pide perdón. Lo que merma el honor de Aquiles es su orgullo, no yo. Díselo.

No respondí a eso. Me erguí, me acerqué a Briseida y corté sus ataduras. Ella me miró con ojos redondos, sabedora de cuánto me había costado hacer aquello.

—Tu muñeca —susurró, pero no fui capaz de contestarla. La cabeza me daba vueltas, aturdida por el triunfo y la desesperación. Había empapado con mi sangre la arena de la tienda.

—Trátala bien —dije.

Me di la vuelta y abandoné el pabellón. «Ahora está a salvo», me dije, «va a darse un festín con el regalo que acabo de hacerle». Rasgué un trozo de túnica y me vendé la muñeca. Estaba mareado, aunque no sabía si era a causa de la pérdida de sangre o por lo que había hecho. Lentamente, comencé a recorrer el largo camino que había de

vuelta a la playa.

Se hallaba de pie junto a la tienda cuando regresé. Su túnica estaba empapada allí donde se había arrodillado a orillas del mar. Su rostro hermético parecía un lienzo en cuyos bordes se apreciaban síntomas de fatiga, como si se estuviera deshilachando por los bajos. Como el mío.

—¿Dónde has estado?

—En el campamento. —No estaba dispuesto a contárselo, aún no—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien. Estás sangrando.

La sangre había empapado la venda y empezaba a gotear.

—Lo sé.

—Déjame echarle un vistazo. —Le seguí obedientemente al interior de la tienda, donde me tomó el brazo y retiró las vendas. Trajo agua limpia para lavar la herida y le puso un emplasto de milenrama y miel.

—¿Ha sido con un cuchillo?

—Sí.

Los dos éramos conscientes de la inminencia de la tormenta, pero la estábamos dilatando todo lo posible. Me puso vendajes nuevos en torno a la muñeca y luego me trajo agua y comida. A juzgar por la expresión de su rostro, supe que yo tenía mal aspecto y estaba pálido.

—¿Vas a decirme quién te hirió?

Me imaginé respondiéndole: «Tú», pero eso no dejaba de ser una chiquillada.

—Me lo hice yo mismo.

—¿Por qué?

—Por un juramento. —Ya no podía demorarse más. Le miré abiertamente a la cara—. Me entrevisté con Agamenón y le conté tu plan.

—¿Mi plan? —Su réplica sonó monocorde, casi indiferente.

—Dejar que violara a Briseida para luego poder vengarte de él. —Dicho en voz alta sonaba bastante más sorprendente de lo que yo había pensado.

Se puso de pie y me dio la espalda, así que no pude verle el rostro, pero en vez de eso pude ver la crispación de sus hombros y la tensión de su cuello.

—De modo que le avisaste, ¿eh?

—Sí.

—Podría haberle matado si lo hubiera hecho, lo sabes —me dijo con la misma voz indiferente—. O haberle exiliado. O haberle obligado a dejar el trono. Los hombres me habrían honrado como a un dios.

—Lo sé.

Se hizo el silencio, un silencio peligroso. Permanecí a la espera de que se

encarara conmigo para gritarme o pegarme. Se dio la vuelta al cabo de un rato.

—La seguridad de Briseida a cambio de mi honor. ¿Te hace feliz el cambio?

—No hay honor en traicionar a los amigos.

—Me resulta extraño que tú te pronuncies contra la traición.

Esas palabras me produjeron casi más dolor del que era capaz de soportar. Me obligué a pensar en la muchacha anatolia antes de contestar:

—No había otra forma.

—La antepusiste a ella por encima de mí.

—Por encima de tu orgullo —precisé. Usé el término *hibris*[14], la palabra que empleábamos para referirnos a esa arrogancia que llega hasta el cielo, cuya virulencia y rabia es tan espantosa como la de los dioses.

Cerró los puños. «Tal vez me ataque», llegué a pensar.

—Mi vida es mi reputación —replicó con respiración irregular—. No tengo nada más. No voy a vivir mucho más tiempo. La memoria es todo a cuanto voy a poder aspirar. —Tragó saliva en abundancia—. Sabes eso y, aun así, ¿vas a dejar que Agamenón la destruya? ¿Le ayudarás a arrebatármela?

—No, no lo haría. Pero la memoria ha de ser digna del hombre. Quiero que seas tú y no un tirano recordado por su crueldad. Hay otras formas de hacérselo pagar al micénico, y lo haremos. Yo te ayudaré, lo juro, pero no de ese modo. Ninguna fama merece lo que has hecho en el día de hoy.

Me dio la espalda otra vez y permaneció en silencio. Me quedé mirándole. Memoricé cada pliegue de su túnica, cada grano de sal seca y arena pegado a su piel.

Cuando habló de nuevo, había fatiga y derrota en su voz. Tampoco él sabía enfadarse conmigo. Éramos como un bosque mojado en el que no prendía el fuego.

—Entonces, ¿ya está hecho? ¿Está a salvo Briseida? Debe de estarlo, o no habrías regresado.

—Sí, está segura.

Suspiró con fatiga.

—Eres mejor hombre que yo.

Eso era el comienzo de una esperanza. Nos habíamos infligido heridas el uno al otro, pero ninguna mortal. Briseida no había sufrido daño alguno, Aquiles volvía a su ser y mi muñeca iba a sanar. Habría un después tras todo esto.

—No, eso no es cierto. —Me levanté y me dirigí hacia él. Puse una mano sobre su piel tibia—. Hoy te has perdido y luego te has encontrado.

Sus hombros subieron y bajaron cuando soltó un gran suspiro.

—No digas eso, no hasta que hayas oído el resto de lo que he hecho.

VEINTISIETE

Había tres piedrecitas sobre las alfombras de nuestra tienda; tal vez las habíamos arrastrado hasta ahí con los pies o habían venido por cuenta propia. Las recogí. Merecía la pena guardarlas.

Aquiles había recobrado fuerzas mientras hablaba.

—No volveré a luchar para él, ya no. Busca arrebatarme mi legítima fama y proyectar una sombra de duda sobre mí en todo momento. No soporta que ningún otro hombre reciba más honra que él, pero se va a enterar… Pienso mostrarle cuánto vale su ejército sin el *aristós achaion.*

No dije nada al ver lo mucho que se irritaba. Era como contemplar la llegada de una tormenta cuando no tienes donde guarecerte.

—Los griegos caerán si no me tienen a mí para defenderlos. Se verá obligado a suplicar o morir.

Me acordé entonces del aspecto que tenía cuando se fue a ver a su madre: salvaje, enfebrecido, duro como el granito. Me lo imaginé arrodillado ante su madre, sollozando de rabia, golpeando con los puños las piedras recortadas de la orilla.

—Me han insultado, me han deshonrado, han arruinado mi reputación inmortal —debió de quejarse a la diosa.

Me lo imaginé. Ella se acarició su largo cuello níveo y suave como la piel de foca antes de empezar a asentir. Se le había ocurrido algo, había tenido una idea de diosa, rebosante de venganza e ira. Aquiles dejó de gimotear en cuanto Tetis se la explicó.

—¿Y él lo hará? —preguntó Aquiles sin salir de su asombro. Se refería a Zeus, el rey de los dioses, el de las sienes laureadas por nubes, el dios capaz de coger rayos con las manos.

—Lo hará, está en deuda conmigo —le dijo Tetis—. Zeus desnivelará su balanza de oro y hará que los griegos pierdan una y otra vez hasta que se vean empujados contra la playa, donde caminarán en un revoltijo de anclas y cabos y los mástiles y las proas se harán añicos al caer sobre sus espaldas. Y entonces sabrán a quién han de implorar.

Tetis se inclinó para besar a su hijo, dejando en su mejilla una brillante marca roja con forma de estrella de mar. Luego se dio la vuelta y se marchó, hundiéndose en el agua como una piedra hasta llegar al fondo.

Solté los guijarros, se deslizaron por entre mis dedos y los dejé donde cayeron, ya fuera por azar o a propósito, tal vez fuera un augurio, tal vez casualidad. Si Quirón hubiera estado allí, tal vez habría podido interpretar los signos y decirnos nuestro destino, pero no estaba allí.

—¿Y si Agamenón no suplica? —inquirí.

—Entonces morirá. Todos ellos morirán. Y yo no lucharé hasta que implore. —Y reforzó la fuerza del reproche alzando el mentón.

Me sentí agotado. El brazo me dolía donde me había hecho el corte y sentí sucia la piel a causa del sudor. No le contesté.

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí. Los griegos morirán.

Quirón había dicho en una ocasión que las naciones eran el invento más estúpido de los mortales.

—Ningún hombre merece más que otro, venga de donde venga —sentenció en una ocasión.

—¿Y si se trata de un amigo o de un hermano? —le había preguntado Aquiles con los pies apoyados en la pared rosácea de la cueva—. ¿Hay que tratarle como a un extraño?

—Los filósofos discrepan acerca de la respuesta a esa pregunta —le había contestado el centauro—. Tal vez valga más que tú, tal vez no, y el forastero también tiene amigos y hermanos, así que al final ¿qué vida tiene más valor?

No le respondimos. Teníamos quince años en aquel entonces y aquellas cosas nos venían grandes. A los veintiocho la situación no había cambiado.

Él es la mitad de mi alma, como dice el poeta. Pronto estará muerto y su honor es todo cuanto quedará de Aquiles. La fama es su hijo, su ser más querido. ¿Debería reprochárselo? He salvado a Briseida. No puedo salvarlos a los dos.

Ahora sé cómo contestar a la pregunta de Quirón.

—No hay respuesta —le diría—. Sea cual sea tu elección, te equivocas.

Más tarde, esa misma noche, regresé al campamento de Agamenón. Sentí clavadas en mí miradas de curiosidad y compasión mientras caminaba. Todos miraban detrás, para saber si venía o no Aquiles. No venía.

Expliqué a Aquiles mi intención y eso pareció devolverle a las sombras.

—Dile que lo siento —me había dicho con los párpados entornados.

No le contesté. ¿Lo lamentaba porque ahora dispone de una mejor venganza? ¿Un desquite que iba a sufrir no solo Agamenón, sino la totalidad de su malagradecido ejército? No dejé que ese pensamiento anidase en mi mente. Se arrepentía y eso era suficiente.

—Adelante —dijo Briseida con voz extraña.

Vestía un vestido de hilo dorado y lucía un collar de lapislázuli. En las muñecas llevaba brazaletes de plata grabada, de forma que tintineaban cada vez que se movía; sonaban como si llevara puesta una armadura.

Estaba avergonzada, me percaté enseguida, pero no dispusimos de tiempo para hablar, pues detrás de mí Agamenón en persona cruzó la estrecha raja de entrada a la

tienda.

—La custodio muy bien, ¿lo ves? Todo el campamento será testigo de la estima que le guardo a Aquiles. Solo tiene que disculparse y yo le colmaré de todos los honores que se merece. En verdad, es una desgracia que alguien tan joven tenga tanto orgullo.

La expresión petulante de su rostro me enfureció, aunque ¿qué podía esperar? Aquello era obra mía. «La seguridad de Briseida a cambio de mi honor», había dicho Aquiles.

—Lo has hecho muy bien, poderoso rey.

—Habla con el príncipe de Ftía y dile lo bien que la trato. Ven cuando quieras para verla. —Me hizo objeto de una sonrisa desagradable y se quedó allí plantado, observándonos. No tenía intención de dejarnos a solas.

Me volví hacia Briseida. Había aprendido los rudimentos de su idioma y ahora los usé para dirigirme a ella.

—¿De verdad estás bien?

—Sí. ¿Cuánto va a durar esto? —preguntó con el cerrado acento del idioma anatolio.

—No lo sé —admití. Y era la verdad. ¿Cuánto calor puede soportar el hielo antes de suavizarse? Me incliné y le di un beso—. Vendré a verte muy pronto —le dije en griego.

Ella asintió.

Agamenón no me quitó ojo de encima mientras me iba, y al salir le oí preguntar:

—¿Qué te ha dicho?

También escuché la respuesta.

—Admiraba mi vestido.

A la mañana siguiente todos los demás reyes salieron a la cabeza de sus ejércitos para combatir contra los ejércitos de Príamo, pero el ejército de Ftía no acudió. Aquiles y yo nos tomamos un buen rato para desayunar. ¿Por qué no íbamos a hacerlo? No teníamos otra cosa que hacer. Podíamos nadar, si así nos apetecía, jugar a las damas o echar unas carreras. No habíamos tenido un momento de tiempo libre y asueto desde Pelión.

Pero aun así, no era asueto, parecía más bien un momento de respiración contenida, como cuando el águila se posicionaba sobre la presa antes de lanzarse en picado. Yo estaba todo el tiempo con la espalda encorvada y no era capaz de dejar de mirar la playa vacía. Estábamos a la espera de ver el comportamiento de los dioses.

No íbamos a tener que aguardar mucho.

VEINTIOCHO

Esa noche, Fénix se acercó renqueante a la playa con noticias de un duelo. Los ejércitos se hallaban dispuestos ya para la batalla cuando Paris salió de entre las filas troyanas dándose aires con su deslumbrante armadura dorada. Lanzó un desafío, ofreció un combate singular. El ganador se quedaría con Helena. Los griegos aceptaron a voz en grito. ¿Quién no iba a querer adelantarse en esa jornada para ganar la apuesta de Helena en un combate singular y zanjar la guerra de una vez por todas? Además, Paris parecía un blanco muy fácil, muy peripuesto, delgado, fino de caderas, como una jovencita soltera. Sin embargo, fue Menelao quien se adelantó y aceptó a voz en grito la ocasión de recuperar el honor y a su bella esposa de una sola vez.

El duelo se inició con lanzas, pero enseguida se pasó a las espadas. Paris era más rápido de lo que Menelao había anticipado, no era mejor luchador que él, pero sí más rápido de pies. Por último, el príncipe troyano tropezó y Menelao le cogió por la cimera de crin de caballo y le arrastró por el suelo. El troyano se apresuró a lanzar puntapiés a cual más inútil mientras hundía los dedos en la correa del casco que le estaba ahogando. Entonces, de repente, el yelmo quedó en manos de Menelao y Paris había desaparecido. Donde el príncipe yacía despatarrado hacía un instante ahora solo había polvo. Ambos ejércitos examinaron la zona y se preguntaron entre susurros por el paradero de Paris. Y el duelista griego hizo lo propio, por ello no vio venir la flecha troyana procedente de un arco de cuerno de íbice. Traspasó el peto de cuero y se hundió en su estómago.

La sangre le corrió por las piernas y empezó a acumularse a sus pies. Resultó ser una herida superficial, pero los griegos aún no lo sabían y, enrabietados por la traición, se precipitaron bulliciosos contra las filas troyanas. No tardó en formarse una sangrienta refriega.

—¿Qué ha sido de Paris? —me interesé.

Fénix sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Los dos ejércitos combatieron a lo largo de toda la tarde hasta que sopló otro cuerno. Era Héctor. Ofrecía una segunda tregua y un segundo duelo para reparar el deshonor causado por la desaparición de Paris y por el incidente de la flecha. Se ofrecía para luchar en lugar de su hermano contra cualquiera que se atreviera a responder a su desafío.

—Menelao se hubiera adelantado para combatir otra vez —nos informó Fénix—, pero Agamenón lo impidió. —No deseaba ver morir a su hermano ante el

combatiente más fuerte de los troyanos.

Los griegos echaron a suertes quién iba a batirse con Héctor. Imaginé la tensión y el aliento contenido mientras agitaban el yelmo donde estaban los papeles con los nombres antes de que se cayera uno al azar. Ulises se agachó sobre la tierra polvorienta para recuperarlo. Fue Áyax. Hubo un alivio colectivo. Era el único capaz de enfrentarse con posibilidades al príncipe troyano, esto es, el único de cuantos luchaban aquel día.

De ese modo, Áyax y Héctor lucharon lanzándose piedras y lanzas que hicieron trizas los escudos hasta que se hizo de noche y los heraldos anunciaron el final de la jornada. Resultó extrañamente civilizado. Los dos ejércitos se retiraron en paz y Héctor y Áyax se estrecharon las manos como iguales. Los soldados empezaron a murmurar que el duelo no habría terminado así si Aquiles hubiera estado allí.

Fénix se levantó después de habernos contado las nuevas y se apoyó en el brazo de Automedonte para regresar a su tienda. Aquiles se volvió hacia mí con la respiración acelerada y las puntas de las orejas sonrosadas por la emoción. Me tomó de la mano y alardeó de que al final de la jornada su nombre estaba en boca de todos, el puro poder de su ausencia, grande como un cíclope que caminara pesadamente entre los soldados. El entusiasmo del día prendió en él como las llamas en la hierba seca. Y por vez primera soñó con la matanza, con asestar el golpe de gloria, el lanzazo ineludible que atravesara el corazón de Héctor. Se me puso la carne de gallina al oírselo contar.

—¿Lo ves? ¡Y es solo el principio!

No pude evitar la sensación de que algo se resquebrajaba bajo la superficie.

A primera hora de la mañana siguiente sonó una trompeta. Nos levantamos y subimos a la colina para ver una tropa de jinetes dirigirse a Troya desde el este. Montaban a lomos de caballos enormes que se movían a una velocidad casi antinatural, tirando de unos carros ligeros. A la cabeza del ejército iba un hombre más grande aún que Áyax. Llevaba flotando al viento su largo pelo negro ungido con aceite, al modo espartano. Enarbolaba un estandarte con forma de cabeza de caballo.

—Son licios, un pueblo anatolio aliado de Troya desde tiempo inmemorial —nos explicó Fénix, que se había reunido con nosotros—. Ha extrañado mucho que no se hubieran unido todavía a la guerra, pero bueno, aquí están, como si los hubiera convocado el propio Zeus.

—¿Y quién es ese? —Aquiles señaló al líder de los recién llegados.

—Sarpedón, uno de los hijos de Zeus. —El sol arrancaba destellos a los hombros del gigantón, humedecidos por el sudor de la cabalgada. Su piel era de color oro oscuro.

Las puertas de la ciudad se abrieron y los troyanos salieron en tropel para recibir a

sus aliados. Héctor y Sarpedón se estrecharon las manos y luego guiaron a sus respectivas tropas hasta el escenario del combate. Las armas licias eran extrañas: jabalinas de punta dentada y objetos similares a enormes ganchos de pesca. Durante todo el día se oyeron sus extraños gritos de guerra y los cascos de su caballería. Hubo un flujo continuo de heridos hacia el pabellón de Macaón.

Fénix acudió a la reunión de la tarde en su condición de único miembro de nuestro campamento que no había caído en desgracia. Al regresar, miró con dureza a su príncipe.

—Idomeneo ha sido herido y los licios han roto el flanco izquierdo. Entre Sarpedón y Héctor van a aplastarnos.

Aquiles no se percató de la desaprobación de Fénix y se volvió hacia mí con aire triunfal.

—¿Has oído eso?

—Sí.

Transcurrió un día, y otro, y un tercero. Las habladurías cundían más que las nubes de mosquitos, y a juzgar por ellas, el ejército troyano empezaba a tomar ventaja, audaz e incontenible en ausencia de Aquiles. También se hablaba de los frenéticos concilios, donde nuestros reyes discutían a la desesperada sobre estrategia: razias nocturnas, espías, emboscadas. Y aún se rumoreaba más, Héctor en combate resplandecía ígneo, a su paso quemaba las filas griegas como si fueran arbustos, las diezmaba, y cada jornada había más bajas que la anterior. Por último, mensajeros asustados trajeron noticias de retiradas y heridas entre los reyes.

Aquiles interpretaba esos rumores a su manera.

—Esto no va durar mucho más.

Las piras funerarias ardían durante toda la noche; sus columnas de humo grasiento emborronaban el círculo de la luna en el cielo. Hice lo posible por no pensar en cada uno de los caídos como en alguien a quien conocía. Bueno, a quien había conocido.

Aquiles tocaba la lira cuando llegaron los tres hombres: primero Fénix, y detrás de él Ulises y Áyax.

Yo estaba sentado junto a él y un poco más lejos se hallaba Automedonte, afanado en cortar la carne de la cena. Aquiles alzó la cabeza mientras cantaba con voz dulce y clara. Yo me envaré y retiré la mano de su bota, donde la había apoyado hasta ese momento.

El terceto se aproximó hasta nuestra posición y permaneció al otro lado del fuego, a la espera de que Aquiles terminara. Este depositó la lira en el suelo y se levantó.

—Sed bienvenidos. Espero que os quedéis a cenar —invitó, y les estrechó las manos con calidez, sonriendo ante la sorpresa que se llevaban por semejante

recibimiento.

Yo sabía la razón de su presencia.

—Debo echar un vistazo a la comida —murmuré, y me fui, y al hacerlo sentí los ojos de Ulises clavados en mi espalda.

La carne rezumaba jugo al quemarse en la parrilla del brasero. Les vigilé a través del humo: se sentaban en torno al fuego como si fueran amigos. No logré escuchar la conversación, pero Aquiles, aún sonriente, había logrado dispersar el aura funesta de sus invitados, simulando no verla. Entonces me llamó y ya no pude demorarme por más tiempo. Acudí diligentemente con las fuentes y tomé asiento junto a él.

El príncipe de Ftía inició una conversación poco entusiasta sobre batallas y cascos de combate. Entretanto, servía la carne y como anfitrión atentísimo volvió a repartir una segunda vez a todos y una tercera solo a Áyax. Los invitados comieron y le dejaron hablar. Al término del ágape, se limpiaron los labios y apartaron los platos. Todo el mundo parecía saber que había llegado el momento. Ulises fue quien inició la conversación.

En primer lugar habló de objetos. Iba dejando caer las palabras con despreocupación, una cada vez. Doce caballos veloces, siete trípodes de bronce, otras tantas chicas preciosas, diez lingotes de oro, veinte calderos, y todavía más: cuencos, copas, una armadura, y al final nos puso la perla: el regreso de Briseida. El itacense sonrió y extendió las manos en un gesto jovial de candidez que había visto antes: en Esciro, en Áulide y ahora en Troya.

Luego empezó otra segunda lista, el interminable parte de bajas. Aquiles torció cada vez más el gesto mientras Ulises leía nombre tras nombre de un rollo que llegaba hasta la arena, donde yacía diseminado hasta las inmediaciones del fuego. Áyax permaneció con la mirada fija en las manos llenas de heridas causadas por esquirlas de escudos y lanzas.

Entonces, Ulises nos contó las nuevas que aún ignorábamos: los troyanos estaban a menos de mil pasos de nuestra empalizada, acampados en la recién recuperada planicie, de la que no habíamos sido capaces de expulsarlos antes de la caída de la noche. Bastaba con asomarse desde la colina situada detrás de nuestro campamento para comprobarlo si nos cabía alguna duda. Iban a atacar al alba.

Hubo un largo momento de silencio antes de que Aquiles hablara:

—No.

Lo dijo con un tono de voz claro: rechazaba los tesoros y la culpa. Su honor no era una bagatela susceptible de ser recuperada por una embajada nocturna mientras nos apiñábamos junto a un fuego de campamento, no cuando la humillación se había cometido delante de toda la hueste, la había presenciado hasta el último hombre.

El príncipe de Ítaca atizó el fuego situado entre ellos.

—Ella no ha sufrido daño alguno. Me refiero a Briseida. Solo los dioses saben de

dónde ha sacado Agamenón la contención, pero está intacta y bien protegida. Y ella y tu honor solo esperan a que los reclames.

—Dicho así parece como si alguna vez hubiera descuidado o abandonado mi honor —replicó Aquiles con voz ácida como el vino peleón—. ¿Es esa vuestra versión? ¿Eres la araña de Agamenón y cazas moscas incautas con ese cuento?

—Muy poético —convino Ulises—, pero la jornada de mañana no va a ser ningún poema. Mañana los troyanos abrirán una brecha en la empalizada y quemarán las naves. ¿Vas a quedarte aquí sin hacer nada?

—Eso depende de Agamenón.

—Dime una cosa, ¿por qué no ha muerto Héctor todavía? —quiso saber el itacense, y alzó una mano—. No busco una respuesta. Me limito a repetir lo que todos quisieran saber. Has tenido ocasión de matarle mil veces en los últimos diez años y no lo has hecho. Llama la atención y sorprende.

Pero nos hablaba en un tono en el que no había cabida para la sorpresa. El astuto príncipe de Ítaca estaba al tanto de la profecía. Me alegraba que hubiera traído como único acompañante a Áyax, que no comprendía el intercambio de frases.

—Has prolongado tu vida durante diez años, y me alegro por ti, pero en cuanto al resto de nosotros… —Ulises frunció los labios—. Bueno, hemos de esperar a que te venga bien. Nos estás deteniendo aquí, Aquiles. Se te ha dado una alternativa y has elegido. Ahora debes vivir con ello. —Los dos le fulminamos con la mirada, pero no había terminado—. Lo has hecho realmente bien a la hora de bloquear el camino al destino, pero no vas a poder prolongarlo para siempre. Los dioses no van a permitírtelo. —Hizo una pausa a fin de que pudiéramos oír con claridad todo cuanto decía—. El hilo va a hacerse cada vez más fino, lo elijas tú o no. Voy a decirte una cosa como amigo, será mejor que busques el destino en tus propios términos para poder irte en paz y no dejar que sea en los suyos.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Muy bien —repuso el itacense—, eso es cuanto he venido a decir.

Aquiles se levantó.

—En tal caso, es hora de que te vayas.

—Aún no —terció Fénix—. También yo deseo decir algo.

Aquiles se sentó lentamente, cautivo entre su orgullo y el respeto profesado al anciano.

—Tu padre te confió a mí cuando eras niño para que te criase. Tu madre se había ido hace tiempo y yo fui la única niñera que tuviste. Yo mismo te preparaba la comida y te enseñaba. Ahora eres un hombre y aún velo por ti para que estés a salvo de espadas, lanzas y locuras.

Miré a Aquiles; estaba en tensión y se mostraba cauto. Comprendí su temor a que la gentileza del anciano le venciera y sus palabras le empujaran a ceder. Y aún peor,

de pronto le asaltó el miedo a que, si el fiel Fénix estaba de acuerdo con aquellos dos invitados, tal vez era él quien se equivocaba. El anciano alzó una mano, como si quisiera detener aquella espiral de pensamientos.

—Hagas lo que hagas, estaré a tu lado, tal y como siempre he hecho, pero deberías oír una historia antes de que decidas tu camino. —Y se lanzó a contarla sin dar tiempo a Aquiles de negarse—. En los tiempos del padre de tu padre hubo un joven héroe, Meleagro, cuya ciudad, Calidón, sufría el asedio de un pueblo feroz, los curetes.

Yo conocía aquella historia. Se la había oído contar a Peleo hacía mucho tiempo mientras Aquiles me sonreía desde las sombras. Por aquel entonces no tenía las manos manchadas de sangre ni una sentencia de muerte pendía sobre su cabeza. Eso fue en otra vida.

—Los curetes empezaron perdiendo la guerra por culpa de las habilidades guerreras de Meleagro —prosiguió Fénix—. Entonces, un día, el héroe sufrió un insulto, algo no muy grave, por parte de su propia gente, y a partir de entonces se negó a luchar de nuevo en favor de su ciudad. El pueblo le ofreció regalos y disculpas, pero él no las aceptó. Se encerró en su dormitorio para yacer con su esposa, Cleopatra, y recibir consuelo de ella. —Fénix me miró cuando pronunció el nombre de la esposa. Torcí un poco el gesto—. Al final, cuando la ciudad estaba a punto de caer y sus amigos morían, Cleopatra ya no pudo aguantarlo más e imploró a su esposo que volviera a luchar. Meleagro la amaba por encima de todas las cosas y se avino a ello, dispuesto a obtener una gran victoria para los suyos, pero aunque les salvó, también llegó demasiado tarde: muchas vidas se habían perdido como precio por su orgullo y, por ello, los habitantes de Calidón no le dieron regalos ni gratitud, solo odio por no haber acudido antes en su ayuda.

En el silencio subsiguiente pude oír la respiración de Fénix, fatigosa después del esfuerzo de haber hablado durante tanto tiempo. No me atreví a hablar ni a moverme. Temía que alguien apreciara en mi rostro una idea evidente: Meleagro no había vuelto a la lucha por el honor, los amigos, la victoria o la venganza, ni siquiera por su propia vida. Fue Cleopatra de rodillas delante de él con el rostro bañado en lágrimas. He ahí la habilidad de Fénix: Cleopatra, Patroclo[15]. Los nombres estaban hechos con las mismas sílabas, aunque ordenadas de forma diferente.

Si Aquiles se percató, no lo demostró. Habló con amabilidad en deferencia al anciano, pero siguió negándose.

—No hasta que Agamenón me devuelva el honor que me quitó.

Ulises no se sorprendió, pude verlo incluso en la oscuridad. Casi podía oír cómo iba a informar a los demás. «Lo intenté», diría al tiempo que extendía los brazos con pesar. Todo habría sido estupendo si Aquiles hubiera aceptado, pero como no lo había hecho, su negativa a los regalos y a las disculpas solo se interpretaría como una

locura, furia u orgullo más allá de lo razonable. Iban a odiarle tal y como habían hecho con Meleagro.

El pecho se me llenó de miedo y sentí el deseo urgente de arrodillarme delante de él y suplicar, pero no lo hice. Ya me había decidido, al igual que Fénix. Yo no iba a marcar el rumbo de la nave, me limitaría a ir en ella hacia la oscuridad, y más allá, si Aquiles llevaba solo el timón.

Áyax no era tan ecuánime como Ulises y le lanzó una mirada furibunda con el rostro alterado por la ira. Le había costado mucho acudir allí y pedir su propia degradación. Él era el *aristós achaion* si no combatía el príncipe de Ftía.

Una vez que los visitantes se hubieron ido, me puse de pie y ofrecí el brazo a Fénix. Aquella noche estaba muy cansado, según pude ver, y sus pasos eran lentos. Para cuando le dejé —sus viejos huesos suspiraban por tumbarse en su camastro— y regresé a nuestra tienda, Aquiles ya se había dormido.

Me llevé una decepción. Había esperado, tal vez, tener una conversación, estar juntos en la cama, asegurarme de que había otro Aquiles diferente al que había visto durante la cena, pero no le desperté. Me deslicé fuera de la tienda y le dejé dormir.

Me agazapé en la arena suelta a la sombra de la pequeña tienda y llamé en voz baja:

—¡Briseida!

—¿Patroclo? —oí al cabo de unos instantes de silencio.

—Sí.

Levantó un lateral de la tienda y se apresuró a tirar de mí hacia el interior. Tenía el rostro tenso a causa del pánico.

—Es muy peligroso que estés aquí. Agamenón está colérico. Te matará —me susurró de forma atropellada.

—¿Porque Aquiles le ha dicho que no a su embajada? —le contesté también en voz baja.

Ella asintió y con un rápido movimiento apagó la única candela encendida.

—Agamenón viene a verme a menudo. Aquí no estás a salvo. —No podía ver la preocupación en su rostro, pero se le notaba en la voz—. Debes irte.

—Seré rápido. Debo hablar contigo.

—Entonces debo esconderte. Se presenta sin avisar.

—¿Dónde? —La tienda era pequeña y no había nada, salvo su camastro, unas mantas y almohadas, y algunas ropas.

—En la cama.

La muchacha apiló cojines y acumuló mantas a mi alrededor; luego, se tendió junto a mí, cubriéndonos a los dos con la colcha. Me vi envuelto por su cálido aroma de siempre. Acerqué la boca a su oído y hablé con voz más baja que una respiración.

—Ulises dice que mañana los troyanos atravesarán la empalizada y caerán sobre el campamento. Debemos encontrar un lugar para ocultarte… entre los mirmidones o en el bosque.

Sentí su mejilla moverse contra la mía: negaba con la cabeza.

—No puedo. Ese es el primer lugar donde va a mirar. Eso solo causaría más problemas. Estaré bien aquí.

—¿Y si toman el campamento?

—Voy a rendirme a Eneas, el primo de Héctor, si me resulta posible. Se le tiene por un hombre piadoso y su padre vivió como pastor durante un tiempo en mi aldea. Si no puedo, entonces buscaré a Héctor o a cualquiera de los hijos de Príamo.

Ahora fui yo quien negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso, no debes exponerte.

—No creo que vayan a hacerme daño: soy una de ellos después de todo.

De pronto me sentí un imbécil. Para ella, los troyanos eran los liberadores, no unos invasores.

—Por supuesto —dije enseguida—. Entonces serás libre. Querrás estar con tus…

—¡Briseida! —La lona de la entrada se abrió y Agamenón apareció en la entrada.

—¿Sí? —contestó ella, teniendo buen cuidado de mantener la colcha sobre mí.

—¿Hablabas?

—Rezaba, mi señor.

—¿Tendida?

Pude ver el brillo de una tea a través del grueso tejido de lana. Hablaba en voz alta, se le oía como si estuviera entre nosotros. Me juré no moverme. La castigarían si me apresaban allí.

—Así me enseñó a orar mi madre, ¿está mal?

—Deberías estar mejor educada a estas alturas. ¿No te corrió con la vara el diosecito?

—No, mi señor.

—Esta noche le he ofrecido tu vuelta, pero él no te quiere. Si sigue diciendo que no, tal vez te reclame para mí.

Cerré los puños, pero Briseida se limitó a decir:

—Sí, mi señor.

Escuché caer la lona y la luz desapareció. No me moví ni respiré hasta que Briseida regresó debajo de la colcha.

—No puedes quedarte aquí.

—Todo está bien. Únicamente amenaza. Le gusta verme asustada.

El tono práctico y realista de su voz me horrorizó. ¿Cómo iba a dejarla allí? Pero estaba en mayor peligro si me quedaba.

—Debo irme.

—Espera. —Me rozó el brazo—. Los hombres… —Briseida vaciló—. La tropa está enfadada con Aquiles. Le culpan de las bajas. Agamenón envía a su gente entre los soldados para agitar las conversaciones. Casi han olvidado lo de la plaga. Cuanto más tiempo siga sin luchar, más van a odiarle. —Ese era mi mayor temor: la historia de Fénix cobraba vida—. ¿No va a luchar?

—No hasta que Agamenón se disculpe.

Se mordió el labio.

—Con los troyanos ocurre lo mismo: no hay nadie a quien teman y odien más. Si pueden, mañana le matarán a él y a cualquier allegado suyo. Debes ir con cuidado.

—Él me protegerá.

—Sé que lo hará… mientras viva, pero tal vez ni siquiera el Pelida sea capaz de luchar contra Héctor y Sarpedón al mismo tiempo. —Briseida vaciló de nuevo—. Te reclamaré como esposo mío si cae el campamento, pero no debes decir que estabas con él. Eso sería una sentencia de muerte. —Me apretó la mano entre sus dedos—. Prométemelo.

—Briseida, si él muere, yo no tardaré en seguirle.

Ella presionó mi mano contra su mejilla.

—Entonces júrame otra cosa, prométeme que, pase lo que pase, no abandonarás Troya sin mí. Sé que no puedes… —se interrumpió—. Preferiría vivir como hermana tuya antes que quedarme aquí.

—No hay nada que necesites pedirme por juramento —le aseguré—. No me iré sin ti si tú deseas venir. Me dolería más allá de lo imaginable que la guerra terminase mañana y nunca volviera a verte.

—Me alegro.

No le dije que pensaba que jamás abandonaría Troya. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza. Briseida apoyó la cabeza sobre mi pecho y por un momento no pensamos en Agamenón, en el peligro ni en los griegos moribundos. Solo contaba la manita apoyada sobre mi vientre y la dulzura de la mejilla que acariciaba. Ese parecía ser el sitio de Briseida, resultaba extraña la facilidad con que mis labios rozaban su suave pelo con fragancia a lavanda. Ella suspiró levemente y se acercó un poco más. Casi pude imaginar que esa fuera mi vida, abarcada en el dulce círculo de sus brazos. Me habría casado con ella y hubiéramos tenido un hijo.

Tal vez, si nunca hubiera conocido a Aquiles.

—Debería irme.

Bajó las mantas, liberándome, y abarcó mi rostro entre sus manos.

—Ve con cuidado mañana, eres el mejor de los hombres, el mejor de los mirmidones. —Me puso los dedos en los labios para impedirme que negara sus palabras—. Acéptalo por una vez.

Entonces me condujo hasta un lateral de la tienda y me ayudó a deslizarme por

debajo de la lona. Lo último que noté fue su mano estrechando la mía a modo de despedida.

Esa noche yací en la cama junto a Aquiles, cuyo rostro terso por efecto del sueño era inocente y aniñado. Me encantaba verlo. Reflejaba su ser más auténtico, el más ferviente y despreocupado, lleno de picardía, pero sin malicia alguna. Se había perdido en las trampas y argucias de Ulises y Agamenón, en sus mentiras y juegos de poder. Le habían confundido, le habían atado a una apuesta y lo acosaban. Le acaricié la piel suave de la frente. Yo le desataría… si me resultaba posible y él me dejaba.

VEINTINUEVE

Nos despertaron el griterío y los truenos. Había estallado una tormenta en lo alto, pero no caía ni una gota de lluvia, solo había secos chispazos en el aire gris y la flama zigzagueante de los relámpagos, cuyo ruido se asemejaba a los aplausos de unas manos gigantescas. Salimos de la tienda enseguida para echar un vistazo. Un humo acre y oscuro venía hacia nosotros desde la playa, trayendo el olor de los rayos al chocar contra la arena. Había comenzado el ataque y Zeus se mantenía fiel a su trato, coreando el avance troyano con gestos de ánimo celestiales. Notamos una vibración en lo más hondo del suelo, causada tal vez por una carga de carros liderada por el gigantesco Sarpedón.

Me agarró la mano con rostro hierático. Aquella era la primera vez en nueve años que los troyanos amenazaban las puertas, su empuje jamás les había llevado tan lejos en la llanura. Si atravesaban la empalizada, quemarían las naves, nuestra única vía de regresar, lo único que hacía de nosotros un ejército en vez de unos refugiados. Esas eran las circunstancias pedidas por Tetis y su hijo: los griegos desesperaban y eran aplastados al no contar con Aquiles. Era la prueba incontrovertible de su valía, pero ¿cuándo iba a tener suficiente? ¿Cuándo iba a intervenir?

—Jamás —me contestó cuando se lo pregunté—, jamás hasta que Agamenón me implore perdón o Héctor en persona irrumpa en mi campamento y amenace a lo que me es querido. He jurado no hacerlo.

—¿Y si Agamenón muriese?

—Tráeme su cuerpo y combatiré. —Su rostro era inconmovible, como la estatua de un dios severo.

—¿No temes que los soldados vayan a odiarte?

—Deberían aborrecer a Agamenón. Es su orgullo lo que les mata.

«Y el tuyo», pensé, pero conocía aquel semblante y la temeridad de sus ojos ahora negros. No iba a ceder. No sabía cómo hacerlo. Yo había vivido con él quince años y durante ese tiempo Aquiles jamás había retrocedido, nunca había perdido. ¿Qué sucedería si se veía obligado a hacerlo? Temía por él, por mí, por todos nosotros.

Nos vestimos y desayunamos. Aquiles habló con bravura del futuro. Habló del día siguiente, cuando quizá fuéramos a nadar o trepáramos por los troncos desnudos de los pringosos cipreses, o tal vez fuéramos a contemplar la eclosión de los huevos de tortugas marinas, incubados bajo la arena entibiada por el sol.

Pero mi atención no se fijaba en sus palabras, se veía atraída hacia el gris cada vez más débil del cielo y la arena helada y pálida como un cadáver, y los gritos agónicos de hombres a los que conocía. ¿Cuántas bajas más habría al final del día?

Mantuvo la mirada fija en el océano. Su inmovilidad era poco natural, como si

Tetis le hiciera contener la respiración. Las pupilas de sus ojos oscuros estaban dilatadas a causa de la escasez de luz en aquel día nublado. La llama de sus cabellos se le pegaba a la frente.

—¿Quién es ese? —inquirió de pronto.

Abajo, en el arenal, llevaban a una figura lejana sobre una angarilla. Se trataba de alguien principal, a juzgar por el corrillo de gente formado a su alrededor.

Cacé al vuelo la ocasión de estirar las piernas y distraerme.

—Iré a echar un vistazo.

En los aledaños de nuestro campamento el estruendo de la batalla había aumentado: los relinchos desgarradores de los caballos empalados en las estacas de la trinchera, los gritos desesperados de los comandantes, el clangor del entrechocar de metales.

Ya en el pabellón blanco, Podalirio pasó junto a mí. El oscuro espacio interior estaba saturado por el olor a hierbas, sangre, miedo y sudor. Néstor se levantó junto a mí a la derecha y me puso en el hombro una mano tan helada que su frío traspasaba mi túnica.

—Estamos perdidos. La empalizada empieza a ceder.

Tras él, Macaón jadeaba en un jergón con la pierna tendida sobre un charco de sangre, procedente de la punta aserrada de una flecha. Podalirio se había acuclillado junto a él y ya estaba trabajando.

Macaón me miró.

—Patroclo —me llamó, jadeando un poco.

Acudí a su lado.

—¿Vas a ponerte bien?

—Aún no lo sé. Creo… —dejó la frase inconclusa y cerró los ojos con fuerza.

—No le hables —espetó con brusquedad Podalirio, con las manos cubiertas con la sangre de su hermano.

La voz de Néstor se alzó más a la hora de listar una desgracia tras otra: la cerca se estaba astillando, los barcos se hallaban en peligro y había varios reyes heridos: Diomedes, Agamenón, Ulises, entre otros; estaban tendidos en el campamento como túnicas arrugadas.

Macaón abrió los ojos.

—¿No puedes hablar con Aquiles? —dijo con voz ronca—. Por favor, hazlo por todos nosotros.

—Sí. Ftía debe acudir en nuestra ayuda ¡o estamos perdidos! —Néstor, aterrado, hundió los dedos en mi carne y me bañó el rostro con la salpicadura de su saliva.

Cerré los ojos y rememoré la historia de Fénix. Me vino a la mente la imagen de las gentes de Calidón arrodillándose ante Cleopatra, cubriéndole pies y manos de lágrimas. En mi imaginación, ella no les miraba, se limitaba a tenderles las manos

como si fueran telas con las que pudieran enjugarse el llanto incontrolable. Ella miraba a su esposo Meleagro para conocer la respuesta del mismo, pero los labios del héroe se fruncieron para decir a la mujer qué debía contestar:

—No.

Me zafé de los dedos engarfiados de Néstor. Estaba desesperado por escapar del olor acre del miedo que lo cubría todo como una capa de cenizas. Di la espalda al rostro de Macaón, crispado por el pánico, y al anciano de brazos extendidos hacia mí, y hui de la tienda.

Se escuchó un crujido terrible, similar al del casco de una nave cuando se resquebrajaba, como el de un árbol gigante al chocar contra el suelo, en el preciso momento en que salía del pabellón. «La empalizada». Le siguieron alaridos de triunfo y pánico.

A mi alrededor todos los hombres llevaban a sus camaradas caídos, andaban con muletas improvisadas o gateaban sobre la arena, arrastrando algún miembro roto. Les conocía a todos: tenían el torso lleno de cicatrices que yo había curado con ungüentos y emplastos; mis dedos habían limpiado su carne de sangre, bronce y acero; sus bocas habían bromeado, habían dado las gracias o habían hecho muecas mientras yo les asistía. Ahora, esos hombres volvían a estar malheridos, eran una masa sanguinolenta con los huesos rotos. Por culpa de Aquiles. Por la mía.

Delante de mí, un joven se afanaba en mantenerse de pie a pesar de una pierna atravesada por una flecha. Era Eurípilo, príncipe de Tesalia.

No me lo pensé dos veces. Le pasé el brazo por debajo del hombro y le conduje hasta su tienda. El dolor le había puesto al borde del delirio, pero aun así me reconocía.

—Patroclo —consiguió decir.

—Eurípilo, ¿puedes hablar? —dije mientras me arrodillaba y le examinaba la herida.

—Ese bastardo de Paris. Mi pierna.

Estaba inflamada y desgarrada. Eché mano a mi cuchillo y empecé a trabajar. El príncipe apretó los dientes.

—No sé a quién odio más, si a los troyanos o a Aquiles. Sarpedón desgajó la empalizada con las manos desnudas. Áyax le contuvo todo el tiempo que pudo, pero ahora están ahí —dijo entre jadeos—, en el campamento.

El terror me atenazó el pecho al oír aquellas palabras y me debatí contra el deseo de salir corriendo. Intenté concentrarme en lo que tenía delante, quitarle la punta de flecha y vendarle la herida.

—Has de darte prisa —me instó, hablando con dificultad—. Debo volver. Van a quemar las naves.

—No puedes salir otra vez. Has perdido demasiada sangre.

—No —contestó.

Pero la cabeza cayó hacia atrás. Se había desmayado. Que viviera o no, era voluntad de los dioses, yo había hecho cuanto estaba en mi mano. Inspiré hondo y salí fuera.

Dos barcos estaban en llamas: las antorchas troyanas había prendido fuego a los mástiles. Una aglomeración de hombres se lanzaba contra los cascos entre voces de desesperación y saltaba a cubierta para apagar el fuego. Únicamente reconocí la enorme figura de Áyax Telamonio recortada contra el cielo, había plantado bien separadas las piernas en la proa del barco de Agamenón y, haciendo caso omiso del incendio, daba lanzazos hacia abajo contra el enjambre de troyanos, apretujados como un banco de peces en busca de alimento.

Mientras me quedaba allí inmóvil, contemplándolo todo, tuve ocasión de ver sobresalir de aquella refriega una mano que aferró la proa puntiaguda de un barco. Y a la mano le siguió un fuerte y firme brazo de tez oscura, y luego una cabeza, y después unos anchos hombros, y un torso que salió de entre la ebullición de cabezas. Y entonces todo el cuerpo de Héctor se contorsionó cuando colgó entre la tierra y el aire, donde su figura morena se recortaba contra la blancura del mar y el cielo. No tenía ni una arruga en el rostro, sereno y en paz, cuando alzó los ojos, era un hombre que oraba, alguien en busca de dios. Colgó ahí suspendido durante un tiempo: los músculos del brazo se le marcaron nudosos mientras los flexionaba, sosteniendo la armadura que le pendía de los hombros, mostrando unas caderas huesudas y angulosas como la cornisa tallada de un templo. Entonces, alguien lanzó otra tea llameante a la cubierta de madera de la nave.

El lanzamiento fue bueno y la antorcha fue a caer en viejas ropas podridas y la vela caída, razón por la cual las llamas prendieron de inmediato, avanzaron por el cabo y luego llegaron a la madera de debajo. Héctor sonrió. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Estaba ganando.

Telamonio aulló de frustración cuando advirtió el incendio de otra nave, de cuyas cubiertas incendiadas saltaban los hombres. Héctor se escabulló hasta ponerse fuera de su alcance y se desvaneció entre los hombres del fondo. La fuerza de Áyax era todo lo que separaba a los hombres del descalabro.

Y en ese instante una punta de lanza centelleó desde abajo, dorada como una escama a la luz del sol, y se movió demasiado deprisa como para ser vista. De súbito, una flor roja se dibujó en el muslo de Áyax. Yo había trabajado muchas horas en el pabellón médico de Macaón como para saber que la hoja le había seccionado el músculo. Le temblaron las rodillas y al cabo de unos instantes se le doblaron. Áyax cayó.

TREINTA

Aquiles contempló mi llegada. Corría tan deprisa que los pulmones me llenaban la boca de sabor a sangre. Se me escapaban lágrimas, me temblaba el pecho, tenía la garganta en carne viva. Ahora le odiarían. Nadie se acordaría de su gloria, su honestidad ni su belleza. Todo cuanto era dorado en él se convertiría en cenizas y vestigios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Una aguda preocupación le llenaba la frente de arrugas. «¿De verdad no lo sabes?», pensé.

—Están muriendo… todos ellos… —contesté con voz ahogada—. Los troyanos están en el campamento y se han puesto a quemar las naves. Áyax ha resultado herido, ya no queda nadie, salvo tú, capaz de salvarles.

Adoptó una expresión glacial antes de contestar:

—Si mueren, es culpa de Agamenón. Ya le advertí lo que pasaría si me privaba de mi honra.

—La noche pasada te ofreció…

—… nada. —Profirió un sonido gutural—. Unos trípodes, algunas armaduras. Nada que valiera para reparar el insulto, nada que admitiera el error. Una y otra vez he salvado su vida y su ejército. —La voz se le hizo más pastosa, con una ira retenida a duras penas—. Ulises puede lamerle las botas, y Diomedes, y todos los demás, pero yo no.

—Él es una calamidad. —Le aferré como a un niño—. Lo sé yo, y lo saben todos. Debes olvidarte de Agamenón. Va a suceder como dijiste: él solo va a condenarse, pero no culpes a los demás por su fallo. No les dejes morir por culpa de la locura del Atrida. Ellos te quieren y te honran.

—¿Honrarme? Ni uno de ellos me apoyó frente a Agamenón. Ni uno solo habló a mi favor. —Me sorprendió la amargura de su voz—. Han permanecido a su lado y le han dejado insultarme. ¡Como si Agamenón tuviera razón! He trabajado muy duro para ellos durante diez años y todo su pago ha sido desentenderse de mí. —Sus ojos negros eran distantes de nuevo—. Hicieron su elección y no pienso derramar lágrimas por ellos.

Desde la playa llegó el chasquido de un mástil antes de caer. Ahora, la humareda era más densa, pues había más barcos en llamas, y también más muertos. Ahora todos debían estar maldiciéndole, pidiendo para él las más oscuras cadenas del inframundo.

—Son idiotas, sí, pero siguen siendo nuestra gente.

—Nuestra gente son los mirmidones. El resto… que se salven solos. —Se habría alejado de no haberle sujetado yo por el brazo.

—Te estás destruyendo. Esto hará que no te quieran, te odiarán, te maldecirán,

por favor, si tú…

—Patroclo. —Pronunció mi nombre con una dureza que nunca había usado. Clavó en mí sus ojos y me habló con esa voz propia de los jueces al dictar sentencia —. No voy a hacerlo. No vuelvas a pedírmelo.

Le lancé una mirada recta y erguida como una lanza que apunta al cielo. No lograba hallar las palabras capaces de conmoverle. Tal vez no las había. La arena y el cielo se habían vuelto grises y yo tenía la boca cuarteada. Sentí que aquello era el fin de todo. No iba a luchar. Los hombres morirían y, con ellos, el honor de Aquiles. Sin atenuantes ni misericordia. Aun así, hurgué en los rincones de mi mente a la desesperada con la ilusión de encontrar algo que pudiera calmar sus ánimos.

Me arrodillé, le tomé de las manos y las apreté contra mis mejillas, donde fluía una catarata de lágrimas tan interminable como el agua de una cascada contra las rocas.

—Entonces, hazlo por mí, sálvalos por mí. Sé lo que te estoy pidiendo y aun así te lo pido, hazlo por mí.

Me contempló. Pude ver el enorme influjo que en él tenían mis palabras, advertí la disputa interna en sus ojos, pero al fin tragó saliva y dijo:

—Haría cualquier cosa, cualquier cosa, pero eso no. No puedo.

Contemplé su hermoso rostro, que parecía tallado en piedra, y desesperé.

—Si me amaras…

—¡No, no puedo! —El rostro de Aquiles estaba rígido a causa de la tensión—. El Atrida podría deshonrarme cada vez que lo tuviera a bien si cedo ahora. Los reyes no me respetarían, y tampoco los hombres. —Se quedó sin aliento, como si hubiera corrido durante mucho rato—. ¿Acaso crees que yo deseo la muerte de todos ellos? Pero no puedo, ¡no puedo! No les dejaré que me quiten la honra.

—Algo debes hacer. Al menos envía a los mirmidones. Envíame a mí en tu lugar. Vísteme con tu armadura y yo mandaré a los mirmidones. —Esas palabras nos dejaron a ambos estupefactos. Parecían venir de mis labios sin ser mías, era como si las hubiera pronunciado un dios. Aun así, me aferré a ellas como un ahogado apura su último aliento—. ¿Ves? No tendrás que quebrantar tu juramento y los griegos se salvarán.

Me miró con fijeza.

—Pero si no sabes luchar.

—¡Y no voy a tener que hacerlo! Te tienen tanto miedo que huirán en cuanto yo aparezca.

—No, es demasiado peligroso.

—Por favor. —Le aferré—. No lo es. Estaré bien. No voy a acercarme a los troyanos. Estarán conmigo Automedonte y el resto de los mirmidones. Si no puedes luchar, sea, no puedes, pero sálvalos de esa forma. Déjame hacerlo. Dijiste que me

concederías cualquier otra cosa.

—Pero…

No le dejé rebatir.

—¡Piensa! Agamenón sabrá que tú sigues desafiándole, pero los hombres te adorarán. No hay fama mayor que esta: les demostrarás a todos que tu fantasma es más poderoso que todo el ejército del Atrida. —Ahora me prestaba atención—. Será tu poderoso nombre el que los salvó, no tu brazo ni tu lanza. Entonces, todos se reirán de la debilidad de Agamenón, ¿lo ves?

Le miré a los ojos, donde pude advertir que, aunque a regañadientes, retrocedía centímetro a centímetro. Se los estaba imaginando: los troyanos huían en desbandada al ver su escudo, flanqueando a Agamenón. La tropa caía a sus pies en señal de gratitud.

Alzó una mano.

—Prométemelo, debes jurarme que no vas a combatir contra ellos. Te quedarás en el carro con Automedonte y dejarás que los mirmidones vayan delante de ti.

—Sí. —Le apreté la mano—. Por supuesto que sí. No estoy loco. Voy a asustarlos, eso es todo. —Estaba mareado y bañado en sudor. Había encontrado una salida entre el tortuoso laberinto de su orgullo y su ira. Salvaría a la tropa. Le salvaría de sí mismo—. ¿Vas dejarme ir?

Vaciló durante otro instante más, sus ojos ahora verdes buscaron los míos, y solo entonces, con lentitud, asintió.

Aquiles se arrodilló para abrocharme las hebillas, lo hizo tan deprisa que no fui capaz de seguirle con la mirada, solo sentía el rápido tirón de cinchas y correas. Montó las piezas de la armadura una tras otra: la coraza de bronce, las cnémidas, que me apretó demasiado, y por último el faldellín de cuero. Mientras me vestía, no dejaba de darme instrucciones en voz baja y rápida. No debía luchar, no debía separarme de Automedonte ni de los demás mirmidones. Debía quedarme en el carro y huir a la primera señal de peligro. Podía perseguir a los troyanos si huían hasta las puertas de su ciudad, pero no intentar combatirles allí, en la playa. Y lo más importante de todo, debía permanecer lejos de los muros de la urbe y de los arqueros allí apostados, listos para abatir a los griegos que se acercaran demasiado.

—No será como antes, cuando yo estaba allí.

—Lo sé.

Moví los hombros. La coraza era rígida, pesada y poco manejable. Me sentía como Dafne, le dije, atrapada en su nueva piel de laurel. Él no se rio, se limitó a entregarme dos lanzas de centelleante punta pulida. La sangre comenzó a martillearme los oídos cuando las miré. Aquiles habló de nuevo para darme más consejos, pero no le presté atención. Oía el golpeteo de mi impaciente corazón.

—Deprisa —recuerdo haberle dicho.

Al final me puse el casco para ocultar mis cabellos negros. Giró hacia mí un espejo de bronce pulido, en cuya superficie me contemplé embutido en una armadura que conocía tan bien como mis propias manos: la cimera del casco, la espada plateada pendiendo del cinto, el tahalí de oro batido. Todo era inconfundible y reconocible al primer golpe de vista. Solo mis ojos parecían míos al ser más grandes y oscuros que los suyos. Me dio un beso cuya suavidad me envolvió con una delicada y notoria calidez que inundó de dulzura mi garganta. Luego, me tomó la mano y salimos al exterior, donde estaban los mirmidones.

Se alinearon y se armaron enseguida, cobrando un aspecto temible. Las capas de metal centelleaban como las brillantes alas de las cigarras. Aquiles me condujo hasta el carro donde ya estaba enganchado el tiro de tres caballos.

—No te bajes del carro ni arrojes las lanzas.

Comprendí su temor: me delataría si luchaba de verdad.

—Estaré bien —le dije, y le di la espalda para acomodarme dentro del carro, donde fijé los pies y deposité las lanzas.

A mis espaldas, él arengó a los mirmidones y agitó una mano con la que señaló detrás de él, donde humeaban las cubiertas de las naves, que lanzaban al cielo vaharadas de humo negro que revoloteaban hacia lo alto y debajo de cuyos cascos había una refriega de cuerpos enzarzados en una lucha enconada.

—Traédmelo de vuelta —les dijo.

Los hombres asintieron y golpearon los escudos con la lanza en señal de aprobación. Automedonte se subió a mi lado y se hizo cargo de las riendas. Todos sabíamos por qué debía ir en carro: si bajaba corriendo por la playa nadie se dejaría engañar y confundiría mis andares con los de Aquiles.

Los caballos relincharon y resoplaron al sentir al auriga detrás de ellos. Un pequeño tirón me hizo trastabillar, haciendo resonar mis lanzas al golpetearse entre ellas.

—Lleva una en cada mano —me aconsejó—. Te será más fácil.

Todos aguardaron a que yo, con suma torpeza, empuñara una lanza con la mano izquierda y ladeara un poco el casco mientras lo hacía. Luego, alcé una mano para fijarlo mejor.

—Estaré bien —dije tanto para él como para mí.

—¿Listo? —me preguntó Automedonte.

Miré por última vez a Aquiles, que permanecía junto al carro con aspecto triste. Le alargué la mano y él la cogió.

—Ve con cuidado —me instó.

—Lo haré.

Había mucho más por decir, mas, por una vez, no lo dijimos. Habría otras

ocasiones para hablar, por la noche, y al día siguiente, y todos los días venideros. Me soltó la mano.

Me volví hacia el auriga y le dije:

—Estoy listo.

El carro empezó a avanzar. Automedonte lo condujo hacia la zona de arena apelmazada, donde rompían las olas. Nada más llegar a ella lo noté, pues las ruedas rodaron con más facilidad y cesaron las sacudidas. Enfilamos hacia los barcos, cobrando velocidad poco a poco. Me percaté de que el viento agitaba la cimera de mi casco y supe que sus crines de caballo se alborotaban detrás de mí. Alcé las lanzas.

Automedonte iba acuclillado a fin de que lo primero en verse fuera mi figura. Las ruedas hacían saltar la arena al pasar y detrás de nosotros acudían los mirmidones entre tintineos metálicos. Mi respiración enseguida se convirtió en un jadeo y aferré las astas de la lanza con tal fuerza que empezaron a dolerme los dedos. Pasamos a toda velocidad por delante de las tiendas vacías de Idomeneo y Diomedes, situadas junto a la curva de la playa. Y por fin nos acercamos a los primeros grupos de hombres. Veía borrosos sus rostros, pero escuchaba los gritos de reconocimiento y repentina alegría.

—¡Aquiles, es Aquiles!

Experimenté una intensa sensación de alivio. «Está funcionando».

A doscientos pasos de mí, cada vez más cerca, estaban las naves y los ejércitos; los combatientes se volvieron hacia nosotros al oír el estrépito de nuestras ruedas y las pisadas acompasadas de los mirmidones contra la arena. Respiré hondo y me cuadré de hombros dentro de mi armadura, bueno, la suya. Entonces, eché la cabeza hacia atrás levemente, alcé la lanza, apoyé los pies contra los costados del carro, oré para que las ruedas no pisaran ningún abultamiento que me derribara y grité, solté un alarido salvaje y febril que me sacudió todo el cuerpo. Un millar de guerreros, entre griegos y troyanos, se volvieron hacia mí con rostros llenos de júbilo o paralizados por la sorpresa. Hubo un choque y nos encontramos entre los combatientes.

Volví a proferir su nombre a grito pelado y escuché la respuesta de los griegos, un gruñido animal de esperanza. Los troyanos empezaron a apartarse a mi paso, caían de espaldas, presas de un terror gratificante. Enseñé los dientes en señal de triunfo, la sangre corría desbocada por mis venas, impulsada por la intensidad de mi gozo cuando les vi correr. Pero nuestros enemigos eran valientes y no todos se retiraron. Alcé el brazo, empuñando la lanza con gesto amenazante.

Tal vez fuera obra de la armadura, que ya estaba moldeada, quizá fueran los años que me había pasado observándole, pero lo cierto es que mi hombro ya no se vio afectado por el tembleque ni el torpor de antaño. Lograba un equilibrio perfecto, más alto, más fuerte. Y luego, antes de que fuera capaz de pensarlo siquiera, efectué un lanzamiento. El arma describió una trayectoria en espiral antes de clavarse en el

pecho de un troyano y la antorcha que había sostenido junto al barco de Idomeneo cayó sobre la arena, donde ardió con luz parpadeante mientras el enemigo se desplomaba hacia atrás. No pude ver si sangraba o si se había partido el cráneo y por la abertura se le veían los sesos. «Muerto», me dije.

Automedonte abrió unos ojos como platos y movió los labios. «Aquiles no quiere que luches», supuse que me estaba diciendo, pero ya tenía otra lanza en la mano, como si se hubiera levantado sola. «Puedo hacerlo», pensé. Los caballos cambiaron de dirección otra vez y los hombres se apartaron de nuestro camino. Sentí de nuevo esa sensación de puro equilibrio donde el mundo se había detenido y todo estaba a la espera. Atisbé por el rabillo del ojo a un troyano y le arrojé la lanza, noté el golpe de la madera contra el pulgar. El adversario cayó con el muslo atravesado por un golpe que le había roto el hueso, estaba seguro. Dos. A mi alrededor todos los guerreros coreaban el nombre de Aquiles.

Aferré a Automedonte por el hombro y le dije:

—Otra lanza.

El auriga vaciló un momento antes de tironear las riendas con el fin de aminorar la velocidad de modo que pudiera inclinarme sobre uno de los lados del carro traqueteante y apuntar a un cuerpo. El astil de la lanza pareció salir solo de mis dedos. Ya estaba buscando otro blanco cuando efectué el lanzamiento.

Los griegos empezaron a acometer. Menelao mató a un hombre situado a mi lado, y uno de los hijos de Néstor golpeó la lanza contra mi carro, como si buscara algo de suerte antes de hundirla en la cabeza de un príncipe troyano. El enemigo retrocedió a la desesperada en busca de sus carros. Héctor corría entre ellos, pidiendo orden a gritos. Llegó hasta su biga y comenzó a guiar a los hombres hacia la puerta y luego por encima del estrecho paso que permitía salvar la trinchera, y después los llevó hacia la planicie que se extendía a lo lejos.

—¡Ve tras ellos!

El rostro de Automedonte se llenó de reticencia, pero al final obedeció y maniobró para perseguirlos. Mientras, fui recogiendo lanzas clavadas en los cadáveres —arrastraba los cuerpos durante un trecho hasta ser capaz de liberar las puntas— y acosé a los carros troyanos, ahora apelotonados en el acceso. Vi a los aurigas volver la vista atrás con miedo y frenesí para mirar a Aquiles, resurgido cual ave fénix del aislamiento de su ira.

No todos los caballos eran tan ágiles como los de Héctor y muchos, aterrados, resbalaron al cruzar el paso, acabaron tropezando y cayeron a la trinchera, de donde huyeron desbocados, obligando a huir a pie a los aurigas. Nosotros seguimos adelante. Los caballos divinos de Aquiles emprendieron el galope y volaron, era como si caminaran sobre las palmas del aire. Pude haberme detenido entonces, cuando los troyanos huían en desbandada de regreso a su ciudad, pero detrás de mí se

había montado una fila de guerreros griegos coreando mi nombre, su nombre. No me detuve.

Indiqué una dirección y Automedonte fustigó a los caballos para que describieran un arco. Adelantamos a los troyanos en fuga y nos volvimos para encontrarnos con ellos de frente. Apunté y arrojé lanzas una tras otra, rasgando cuellos, abriendo vientres, partiendo corazones y pulmones. Era implacable, infatigable, capaz de evitar las protecciones de cuero y bronce para penetrar en la carne, que vertía sangre como un pellejo de vino abierto por una raja. Conocía muy bien la fragilidad del cuerpo humano gracias al tiempo pasado en el pabellón blanco. Era demasiado fácil.

De la masa rodante de carros salió uno disparado; lo guiaba un auriga descomunal cuya melena flotaba a su espalda mientras fustigaba a los caballos hasta hacerles soltar espuma por la boca. Fijó en mí sus ojos oscuros y frunció la boca con rabia. La armadura le encajaba como anillo al dedo. Se trataba de Sarpedón.

Levantó el brazo de la lanza y apuntó a mi corazón. Automedonte voceó algo y se afanó en las riendas. Noté un soplo de viento por encima del hombro y poco después la punta del proyectil se hundió en el suelo detrás de mí.

El licio gritó, maldijo o me desafió, no lo sabía. Alcé mi lanza como en trance. Era el matador de tantos y tantos griegos. Eran sus manos las que habían abierto la brecha en la empalizada.

—¡No! —gritó Automedonte.

El auriga me agarró el brazo con una mano mientras con la otra fustigaba a los caballos para que abandonaran el campo de batalla. Sarpedón hizo girar el carro, desviándolo, lo cual me indujo a pensar que se había rendido. Pero entonces volvió a virar y enarboló en alto el arma.

Entonces, el mundo estalló. Los caballos relincharon y el carro dio una sacudida en el aire que me arrojó sobre la hierba. Me di un fuerte golpe contra el suelo. El casco se venció hacia delante, tapándome los ojos, pero enseguida lo enderecé y pude ver a nuestros caballos entrelazados entre sí. Uno había caído, traspasado por una lanza. No vi a Automedonte.

Sarpedón se me echaba encima desde bastante lejos. Conducía su carro implacablemente hacia mí. No había tiempo de huir, así que me puse en pie para hacerle frente. Alcé la lanza. La apretaba tan fuerte como si estuviera estrangulando a una serpiente. Imaginé la conducta de Aquiles, fijé los pies en el suelo y tensé los músculos de la espalda. Aquiles habría visto un espacio en aquella armadura impenetrable, y si no lo había, lo habría inventado, pero yo no era él. Yo vi algo muy distinto, mi única oportunidad. Efectué el lanzamiento cuando los tuve casi encima.

El arma impactó en el vientre, donde la coraza era gruesa, pero el suelo estaba muy desnivelado y yo la había arrojado con todas mis fuerzas. La lanza no le atravesó, pero le obligó a dar un paso atrás, uno nada más. Bastó. Su enorme peso

escoró el carro y el licio se cayó. Los caballos pasaron junto a mí a toda velocidad y le dejaron detrás, inmóvil sobre el terreno. Eché mano a la espada, aterrado de que pudiera levantarse y me matara, pero entonces vi el ángulo imposible de su cuello roto.

Había matado a un hijo de Zeus, pero eso no bastaba. Debían pensar que era obra de Aquiles. El polvo ya había cubierto los largos cabellos del caudillo licio como el polen del vientre de una abeja. Recuperé mi lanza y se la hundí con fuerza en el pecho, de donde brotó sangre, aunque débilmente. No tenía fuerzas para empujarla más, así que tiré del arma para retirarla, salió lentamente, como si arrancara un bulbo de la tierra cuarteada. Obré así para que todos pensaran que aquella victoria era mérito del príncipe de Ftía.

Oí los gritos de los hombres que venían en tropel hacia mí, tanto en carro como a pie. Eran licios que acudían rabiosos al ver la sangre de su rey en mi lanza. Automedonte me cogió por la espalda y me arrastró hacia el carro. Había cortado las correas del caballo muerto y había enderezado las ruedas. Acudía con la respiración entrecortada y estaba pálido a causa del pánico.

—Debemos irnos.

Automedonte puso en cabeza al corcel más impaciente y cruzamos el campo de batalla, huyendo de los perseguidores licios. Me invadía un extraño sabor a metal. Ni siquiera me daba cuenta de lo cerca que había estado de la muerte. Me zumbaba la cabeza, donde una fiereza sanguinaria florecía como la sangre sobre el pecho de Sarpedón.

En nuestra fuga, el auriga nos había llevado cerca de la gran urbe, cuyas murallas se irguieron imponentes ante mí. Se suponía que los mismos dioses habían puesto aquellos sillares cortados, y también las enormes puertas de viejo bronce renegrido. Aquiles me había advertido sobre los arqueros apostados en las torres, pero la carga y la huida en desbandada habían tenido lugar tan deprisa que ninguno había tenido tiempo de regresar aún. La urbe se hallaba completamente desguarnecida. Un niño podría apoderarse de ella.

La idea de la destrucción de Troya me traspasó con inmenso placer. Se merecían perder la ciudad. Todo eso era culpa suya. Habíamos perdido diez años y muchos hombres ante esos muros, y Aquiles iba a morir por ellos. «Se acabó».

Bajé del carro de un salto y corrí hacia los muros. Mis dedos encontraron leves oquedades en la piedra, como las cuencas vacías de un ciego. «Trepa». Mis pies buscaron desportilladuras ínfimas en las rocas talladas por los dioses.

Mis movimientos carecían de gracia, pero no dejé de escalar y metía los dedos entre la piedra antes de auparme. Continué trepando. Yo abriría una brecha en la ciudad inexpugnable y capturaría a Helena, la preciada joya del interior. Ya me imaginaba sacándola a rastras debajo del brazo y dejándola caer a los pies de

Menelao. Todo habría acabado. Ningún hombre más debería morir por la vanidad de Helena.

—Patroclo —me llamó una voz musical desde lo alto.

Alcé la vista y vi a un hombre acodado en las murallas, como si estuviera tomando el sol. Una melena negra le caía sobre los hombros. Llevaba sobre la espalda un arco y un carcaj con flechas. Mis pies resbalaron un poco y unos guijarros se desprendieron de la roca. El hombre era de una hermosura arrebatadora, tenía la tez suavísima y unos rasgos elegantes que relucían con un fulgor más que humano. Y tenía ojos negros.

—Apolo.

Esbozó una sonrisa, como si todo cuanto quisiera fuera eso, que le reconociera. Entonces alargó un brazo capaz de abarcar la distancia imposible entre mi cuerpo colgante y sus pies. Al cerrar los ojos solo fui capaz de sentir cómo un dedo me enganchaba por la parte posterior de la armadura, tiraba hasta alejarme de mi asidero en la pared y me arrojaba hacia abajo.

Caí pesadamente entre el tintineo de mi armadura. El impacto me nubló un poco la mente, o tal vez fue cosa de la frustración, al verme de repente en el suelo. Pensaba que estaba trepando. Y ahí estaba la muralla, obstinada en no dejarse escalar. Apreté los dientes y empecé de nuevo. No iba a dejar que el muro me desafiara. La idea de salir con la cautiva Helena en los brazos me había sumido en un delirio enfebrecido. Las piedras eran como aguas oscuras que fluían sin cesar sobre algo que yo había dejado caer al río y ahora deseaba recuperar. Me olvidé del dios y de la causa de mi caída, y también de por qué metía los pies en las mismas grietas por las que había trepado. Se me ocurrió la idea demencial de que tal vez no hacía otra cosa en la vida: subir murallas y caer de ellas. Y esta vez, cuando alcé la vista de nuevo, el dios ya no sonreía. Hurgó en la tela, me sostuvo entre los dedos, haciéndome oscilar. Entonces me dejó caer.

Mi cabeza golpeó de nuevo contra el suelo, pero esta vez me quedé aturdido y sin aliento. A mi alrededor se congregaron una sucesión de rostros borrosos. ¿Acudían en mi ayuda? Fue entonces cuando noté una fría corriente de aire bañándome la frente empapada en sudor y la libertad de los cabellos, sueltos por fin. «Mi casco». Lo vi a mi lado, bocarriba, como la concha de un caracol. La coraza también me colgaba suelta, el dios había desanudado todas las correas que Aquiles había apretado. Las piezas rajadas de mi armadura iban cayendo dispersas sobre el suelo.

Los gritos airados y roncos de los troyanos rompieron el silencio y la inmovilidad. Empecé a razonar de nuevo: estaba solo y desarmado, y ahora sabían que solo era Patroclo.

«Huye».

Me incorporé. Una lanza pasó volando, solo un latido más lenta de la cuenta. Me

rozó la pantorrilla, donde me dibujó una línea roja. Me zafé de una mano extendida que me golpeó en el pecho. El pánico me cubría los ojos con un velo, pero, aun así, vi a un hombre apuntar una lanza hacia mi rostro. No supe cómo, pero fui lo bastante raudo como para evitarla: el arma pasó junto a mí, rozando mis cabellos como el aliento de un amante. Una lanza se dirigió hacia mis rodillas con el fin de hacerme caer. La evité de un salto, sorprendido de seguir aún con vida. Jamás había sido tan rápido.

Me dieron una lanzada por detrás, esa no la vi. La punta me atravesó la piel dos veces: una al entrarme por la espalda y otra al asomar por debajo de las costillas. Di un traspié, empujado por la fuerza del golpe, la sorpresa de un dolor desgarrador y el lacerante entumecimiento del vientre. Noté el tirón cuando retiraron el arma de mi cuerpo. La sangre manó caliente sobre mi piel helada. Creo que grité.

Los rostros del enemigo se desdibujaron y me desplomé. La sangre me corría por los dedos y también sobre la hierba. El gentío se dispersó y vi a un hombre caminar hacia mí. Parecía venir desde muy lejos y descender, como si yo estuviera en el fondo de un barranco. Le identifiqué. Era fácil con esas caderas salientes como la cornisa de un templo y el ceño de su rostro severo. No miró ni una sola vez a los hombres situados a su alrededor. Caminaba como si no hubiera nadie más en el campo de batalla. Venía a matarme. «Es Héctor».

Respiré entre jadeos entrecortados que sonaban como heridas al abrirse. Los recuerdos resonaron en mi interior al igual que el pulso desbocado me martilleaba las sienes. «No puede matarme. No debe hacerlo. Aquiles acabará con él si lo hace, y él debe vivir siempre, no debe morir jamás, ni siquiera cuando sea viejo, ni siquiera cuando esté tan consumido que la piel se le deslice por los huesos como el arroyo sobre las piedras del fondo». Héctor debía vivir, porque su vida, pensé mientras retrocedía a gatas sobre la hierba, era el hito final antes de que corriera la sangre del mismísimo Aquiles.

Me volví a los hombres que me rodearon con desesperación y me aferré a sus rodillas.

—Por favor, por favor —supliqué con voz ronca.

Pero ni me miraron, solo tenían ojos para su príncipe, el hijo mayor de Príamo, y sus andares inexorables mientras se aproximaba hacia mí. Volví bruscamente la cabeza: ahora estaba muy cerca y venía con la lanza en alto. Solo escuché el resollar de mis pulmones fatigados, el aire que bombeaban en mi pecho y luego salía de él. Héctor levantó la lanza sobre mí, se contorsionó como hacían los lanzadores para que los músculos de la espalda imprimieran fuerza al movimiento, y luego la arrojó hacia abajo, hacia mí, y cayó como un brillo de plata derramada.

«No». Mis manos revolotearon en el aire como aves sobresaltadas en un intento de frenar la implacable progresión de la lanza hacia mi vientre, pero yo era débil

como un bebé ante la fuerza de Héctor, y las palmas cedieron, soltando un surtidor de cintas rojas. Aferré inútilmente el asta de madera cuando la punta atravesó mi última defensa, una piel fina como el papel que cedió como un susurro. La punta de la lanza me sumergió en un fuego doloroso tan grande que dejé de respirar mientras una quemazón agónica me consumía todo el estómago. Mi cabeza cayó hacia atrás y se golpeó en el suelo. Mi última imagen fue la de Héctor inclinándose sobre mí y retorciendo la lanza en mis tripas como si estuviera removiendo una olla. «Aquiles» fue mi pensamiento postrero.

TREINTAIUNO

Aquiles está de pie en lo alto de la colina, observando el movimiento de las oscuras figuras de la batalla que tiene lugar en la planicie de Troya. No es capaz de distinguir rostros ni formas individuales. La carga hacia la ciudad se asemeja a la marea; el centelleo de las espadas y armaduras parece el de las escamas de los peces bajo el sol. Los griegos han rechazado a los troyanos, tal y como vaticinó Patroclo. Pronto regresará, Agamenón cederá y ellos volverán a ser felices.

Pero no logra sentirlo así en su interior, donde hay un embotamiento. El torturado campo de batalla es como el rostro de la Gorgona, poco a poco le vuelve de piedra. Las formas serpenteantes se retuercen más y más ante él, congregándose en un punto oscuro en la base de Troya. Ha caído un rey, o un príncipe, y se están disputando el cuerpo. ¿El de quién? Se escuda los ojos con la mano, pero no logra ver nada más. Seguro que Patroclo puede decírselo.

Ve fragmentos de la escena. Los hombres recorren la playa de camino al campamento. Ulises cojea junto a otros reyes. Menelao sostiene en brazos a alguien cuya bota manchada de verdín cuelga libremente. Unos mechones de pelo revuelto se han deslizado sobre el rostro, formando una suerte de sudario improvisado. Ahora, el torpor es misericordioso, pero al cabo de unos pocos momentos se produce la caída.

Echa mano a la espada con la intención de cortarse el cuello y solo cuando su mano vuelve vacía recuerda que me había entregado su acero. Entonces, Antíloco le coge por las muñecas y los hombres se ponen a hablar, aun cuando todo lo que él puede ver es la túnica empapada de sangre. Con un rugido, aparta a Antíloco de su lado y tumba de un golpe a Menelao. Se deja caer sobre el cuerpo y se queda sin respiración al comprenderlo todo. Profiere un grito desgarrador, y otro, y otro más. Se tira del pelo y se lo arranca a puñados. Doradas hebras caen sobre el cadáver ensangrentado.

—Patroclo —dice—, Patroclo, Patroclo.

Lo repite una y otra vez hasta que la palabra es solo un sonido. Ulises se arrodilla y le insta a comer y beber. Le invade una ira feroz al oír eso y está a punto de matarle, pero para eso debería dejarme y no puede. Me sujeta con tanta fuerza que casi noto el latido de su corazón, como el aleteo de una mariposa. Es un eco, el último jirón de mi espíritu aún sujeto a mi cuerpo. Un suplicio.

Briseida corre hacia nosotros con el semblante crispado de dolor. Se dobla sobre

el cuerpo. Sus adorables ojos negros vierten unas gotas cálidas como la lluvia estival. Se cubre el rostro con las manos y gime. Aquiles no la mira. Ni siquiera la ve. Se pone en pie.

—¿Quién hizo esto? —Su voz quebrada y rota suena terrible.

—Héctor —contesta Menelao.

Aquiles aferra la lanza de Menelao e intenta arrebatársela, pero Ulises le agarra por los hombros.

—Mañana. Héctor ha entrado en la ciudad. Mañana, Pelida, mañana podrás matarle. Lo juro. Ahora debes comer y descansar.

Aquiles solloza. Me acuna, no come ni pronuncia otra palabra que no sea mi nombre. Contemplo su rostro como si lo viera a través del agua, igual que un pez observa el sol. Vierte una catarata de lágrimas, pero yo no puedo enjugárselas. Este es mi elemento ahora: la media vida de un espíritu insepulto.

Su madre acude, la oigo llegar con el sonido de las olas rompiendo contra la orilla. Si yo le disgustaba en vida, es peor cuando encuentra mi cadáver en brazos de su hijo.

—Está muerto —dice con su voz inexpresiva.

—Y Héctor también. Mañana.

—No tienes armadura.

—No la necesito. —Muestra los dientes. Está haciendo un esfuerzo para hablar.

—Él mismo se hizo esto —le dice mientras alarga las manos frías y pálidas para retirar las de Aquiles de mí.

—¡No me toques!

Tetis retrocede mientras le ve acunarme entre sus brazos.

—Te traeré una armadura.

La cosa sucede así, más o menos: alguien aparta la tela de la entrada y asoma el rostro indeciso. Fénix, Automedonte. Macaón. Y sigue hasta que por fin hace acto de presencia Ulises.

—Agamenón ha venido a verte y a devolverte a la chica.

Aquiles no le replica: «Ya ha vuelto», pero tal vez no lo sepa.

Los dos hombres se miran a la luz parpadeante del fuego. El Atrida se aclara la garganta antes de empezar.

—Es tiempo de olvidar nuestras diferencias. He venido a traerte a la chica, Aquiles, ilesa y sana. —El rey hace una pausa, como si esperase un impulso de gratitud, pero solo encuentra silencio—. Algún dios debe habernos arrebatado el juicio para acabar así, no me cabe duda. Pero eso ha terminado y ahora volvemos a

ser aliados.

Esto último lo dice en voz más alta y es así para que lo oigan los asistentes. Aquiles no le contesta. Se imagina matando a Héctor. Eso es lo único que le mantiene en pie.

Agamenón vacila.

—¿Vas a luchar mañana, príncipe Aquiles?

—Sí. —Lo súbito de su respuesta los sobresalta.

—Excelente, eso es magnífico. —Agamenón aguarda otro momento—. ¿Y vas a luchar después?

—Si lo deseas, sí. No me importa. Pronto estaré muerto.

Los observadores intercambian miradas. El Atrida se recobra.

—Bien, entonces quedamos en eso. —Se vuelve para marcharse, pero se detiene y añade—: Lo sentí al enterarme de la muerte de Patroclo. Hoy luchó con bravura. ¿Sabes que mató a Sarpedón?

Aquiles los mira con ojos mortecinos y ensangrentados.

—Ojalá él os hubiera dejado morir a todos.

Agamenón se queda demasiado sorprendido como para contestar y es Ulises quien se adelanta en medio del silencio para decir:

—Te dejamos con tu duelo, príncipe Aquiles.

Briseida se arrodilla a mi lado. Ha traído agua y trapos con los que limpiar la sangre y el polvo de mi cadáver. Sus manos me tratan con suavidad, como si lavara a un niño, y no una cosa muerta. Aquiles abre la tienda y las miradas de ambos se encuentran sobre mi cuerpo.

—Apártate de su lado.

—Casi he terminado. No se merece yacer en la inmundicia.

—No voy a dejar que le pongas las manos encima.

Briseida le fulmina con ojos llorosos.

—¿Acaso crees que solo le amabas tú?

—¡Fuera, fuera!

—Le cuidas más en muerte que en vida —le reprocha con voz amarga de pura pena—. ¿Cómo pudiste dejarle ir? ¡No sabía luchar y tú lo sabías!

—¡Largo! —grita Aquiles, y hace añicos una fuente.

Briseida ni pestañea.

—Mátame. Eso no te lo devolverá. Valía diez veces más que tú. Diez veces. ¡Y tú le enviaste a la muerte!

—Intenté detenerle, le dije que no abandonara la playa. —El sonido de su voz apenas es humano.

—Fuiste tú quien le impulsó a ir. —Briseida se le acerca un paso—. Él luchó para

salvarte a ti y a tu preciada reputación ¡porque no soportaba verte sufrir! —Aquiles entierra el rostro entre las manos, pero ella no transige—. Nunca le has merecido. Ni siquiera sé por qué te amaba. Solo te preocupas de ti.

Aquiles rehúye la mirada de Briseida, ella tiene miedo, mas no retrocede.

—Ojalá Héctor te mate.

El aire hace un ruido áspero cuando sale de su garganta al replicar:

—¿Acaso piensas que yo no deseo lo mismo?

Solloza mientras me lleva en vilo a nuestra cama. Mi cuerpo se comba. Hace calor dentro de la tienda y el hedor no tardará en aparecer, pero a él no le preocupa. Se lleva mis manos frías a los labios y me abraza durante toda la noche.

Al alba, la madre reaparece con un escudo, una espada y un peto recién forjado, tanto que el bronce aún está caliente. Ella mira cómo se arma, pero no hace ademán de hablarle.

Aquiles no espera a los mirmidones ni a Automedonte. Sube por la playa y deja atrás a los griegos que han salido a mirar. Los guerreros recogen las armas y le siguen. No desean perderse aquello.

—¡Héctor, Héctor! —clama.

Atraviesa las filas troyanas más adelantadas, haciendo trizas pechos y rostros, marcándoles con el meteoro de su furia. Se ha ido antes de que los cuerpos caigan sobre el suelo. La hierba rala tras diez años de guerra bebe con avidez la rica sangre de príncipes y reyes.

Héctor le evita, se sitúa detrás de carros y hombres con la suerte de los dioses. Nadie llama cobardía a su huida. Va a morir si su enemigo le alcanza. El hijo de Príamo lleva puesta la armadura de Aquiles, la inconfundible coraza del fénix que se llevó de mi cuerpo. Los hombres los miran a ambos al pasar, parece como si el *aristós achaion* se estuviera dando caza a sí mismo.

El troyano corre con la respiración agitada hacia el Escamandro, el ancho río de la ciudad, cuyas aguas centellean con una cremosa luz dorada, el cauce cobra ese color por las piedras del río, las rocas amarillas por las que se conoce Troya.

Pero ahora las aguas no son doradas, bajan revueltas de lodo y sangre; el cauce está lleno de cadáveres y armaduras. Héctor se lanza a las olas y nada, sus brazos pasan entre cascos y cuerpos balanceantes. Gana la otra orilla, pero Aquiles le sigue de un salto.

Una figura se alza del río para impedirle el paso. Le chorrea agua sucia por los músculos de los hombros y las hebras negras de la barba. Es más alto que el más alto de los mortales y está pletórico, como los arroyos en primavera. Ama a Troya y a sus

gentes. En verano, vierten vino para él como sacrificio y arrojan coronas de laurel a sus aguas. El más piadoso de todos es Héctor, príncipe de Troya.

El rostro de Aquiles está lleno de salpicaduras de sangre.

—No vas a alejarme de él.

Escamandro, el dios del río, alza un grueso cayado, tan grande como el tronco de un árbol joven. No necesita una hoja, un solo golpe con semejante arma rompería huesos y partiría cuellos. Aquiles solo cuenta con una espada, pues ha perdido las lanzas, hundidas en los cadáveres de los vencidos.

—¿Merece la pena perder la vida por esto? —le pregunta el numen.

«No, por favor» me gustaría gritar, pero carezco de voz. Aquiles se adentra en el río y alza la espada.

Escamandro blande el bastón con esas manos suyas grandes como el torso de un hombre. Aquiles se agacha y esquiva el primer golpe y luego rueda hacia delante para evitar el estacazo cuando vuelve siseando la vara. Se pone de pie y lanza un golpe contra el pecho desprotegido del dios. Este se aleja fácilmente, casi con tranquilidad. La punta del acero pasa sin infligir daño alguno, cosa que no había sucedido jamás.

El dios se lanza al ataque. Sus golpes obligan a Aquiles a retroceder hasta los desechos que se acumulan en la ribera del río. Escamandro usa el cayado a modo de martillo. Vastos surtidores de agua surgen allí donde golpea la superficie del cauce. Aquiles debe saltar para evitarlo una y otra vez. Las aguas no parecen tirar de él como harían con cualquier otro hombre.

La espada del Pelida vuela más deprisa de lo concebible, pero aun así no logra alcanzar al dios. Escamandro para todos los tajos con su poderoso cayado, obligándole a ser más y más veloz. El dios es viejo, anciano como el primer deshielo de primavera en las montañas, y también es artero. Se conoce todas y cada una de las luchas libradas en aquella llanada y no hay nada nuevo para él. Aquiles empieza a fatigarse, desgastado por el esfuerzo de contener el poderío de la deidad sin otra cosa que el fino trozo de metal afilado. Saltan esquirlas de madera cada vez que se encuentran acero y bastón, pero el cayado es tan grueso como una de las piernas del propio Escamandro, así que no cabe la esperanza de que vaya a romperse. El numen empieza a sonreír cuando advierte que el mortal esquiva sus golpes más veces de las que los detiene. Va a aplastarle inexorablemente. El esfuerzo físico y la concentración crispan el rostro de Aquiles. Está luchando al límite mismo de su poder. Después de todo, él no es un dios.

Le veo prepararse para un ataque final a la desesperada. Escamandro debe agacharse para evitarlo y ese es el momento que Aquiles necesita. Veo cómo sus músculos se tensan para dar un único golpe final.

Salta.

Por vez primera en su vida, Aquiles no es lo bastante rápido. Escamandro detiene

el golpe y le aparta violentamente. El mortal tropieza, es algo muy ligero, un simple desequilibrio que apenas si soy capaz de observar, pero el dios lo ve. Se precipita hacia delante, despiadado y triunfal, aprovechando la pausa que le concede el ligero tropezón. La madera describe un trayecto descendente mortal.

Debió habérselo pensado mejor, y yo debí haberlo sabido. Aquellos pies no han trastabillado ni una sola vez desde que le conocí. Si iba a cometer un error, no sería ahí, en sus pies curvos de huesos delicados. Aquiles le ha tendido la trampa de un fallo humano y el numen ha picado.

La guardia del dios se abre cuando se abalanza a por el mortal y este lanza un golpe de espada en esa dirección, abriendo una gran cuchillada en el costado del dios. El río vuelve a bajar áureo una vez más, teñido por el icor que mana de las venas de su señor.

Escamandro no va a morir, pero ahora debe alejarse, debilitado y agotado, ha de volver a las montañas, al origen de sus aguas, para restañar las heridas y recobrar la fuerza. Se hunde en el cauce de su río y se marcha.

El rostro de Aquiles está bañado en sudor y su respiración es agitada, pero no se detiene.

—¡Héctor! —grita.

Y se reanuda la caza.

«Ha abatido a uno de los nuestros», susurran los dioses en alguna parte.

«¿Qué sucederá si ataca la ciudad?».

«Troya no tiene que caer aún».

Y yo pienso: «No temáis por Troya. Él solo quiere a Héctor, a Héctor y a nadie más. Se detendrá en cuanto Héctor haya muerto».

Hay una arboleda al pie de los altos muros de Troya, hogar de un laurel sagrado de ramas retorcidas. Héctor deja de correr cuando por fin llega allí. Los dos hombres se encaran uno frente a otro debajo de su ramaje. Uno de ellos tiene la tez oscura y sus pies se hunden en el suelo, profundos como raíces. Su casco y su coraza son dorados y luce unas cnémidas bruñidas. La armadura le sienta mejor que a mí, pues es más corpulento que yo, más ancho. Las cinchas abiertas del casco le cuelgan junto al cuello.

El semblante del otro hombre resulta irreconocible de pura crispación. Sus ropas aún están húmedas tras su lucha en el río. Levanta la lanza de fresno.

«No», le suplico. Es su propia muerte lo que sostiene, tras la muerte de Héctor será su sangre la que se vierta, pero él no me escucha.

El hijo de Príamo le mira con ojos muy abiertos, pero no va a huir más.

—Concédeme una cosa: entrega mi cuerpo a mi familia cuando me hayas matado —suplica.

Aquiles profiere un sonido asfixiado.

—No hay tratos entre hombres y leones. Te mataré y te comeré crudo.

La punta de su lanza vuela en un remolino deslumbrante como el lucero de la tarde en busca de la garganta de Héctor.

Aquiles regresa a la tienda donde le espera mi cuerpo. Viene cubierto de sangre y óxido en los codos, las rodillas, el cuello; es como si hubiera atravesado los corredores de un corazón descomunal y acabara de salir de él, aún goteante. Tras él arrastra el cadáver de Héctor, le lleva cogido por los tobillos con una correa de cuero. La barba acicalada del vencido está ahora llena de polvo y el rostro, oscurecido por una costra de sangre. Ha atado el cuerpo a su carro y ha espoleado a los caballos para llevarlo a rastras.

Los reyes griegos le están esperando.

—Hoy has triunfado, Aquiles —le saluda Agamenón—. Báñate y descansa, y luego celebraremos un festín en tu honor.

—No pienso celebrar nada.

Y dicho esto, se abre paso entre ellos, arrastrando el cuerpo del príncipe troyano tras él.

—*Okumoros*[16] —le llama Tetis con su voz más suave—, ¿no piensas comer?

—Sabes que no.

Ella le toca la mejilla con una mano, como si quisiera limpiarle la sangre.

—Detente —le dice con un estremecimiento.

El rostro de la nereida se vuelve blanco por un instante, tan deprisa que él no lo ve, y cuando le habla, la diosa lo hace con dureza.

—Es el momento de devolver el cadáver de Héctor a su familia para que lo entierren. Le has matado, ya te has vengado. Es suficiente.

—Nunca será suficiente —le replica él.

Se sume en un sueño irregular y tembloroso por vez primera desde mi muerte.

«No soporto verte sufrir, Aquiles».

Sus brazos se retuercen y se estremecen.

«Danos paz a los dos. Incinera mi cuerpo y dame sepultura. Te estaré esperando entre las sombras, te estaré…».

Pero ya se ha despertado.

—¡Espera, Patroclo, estoy aquí!

Agita el cuerpo que tiene a su lado y rompe a llorar de nuevo cuando no le

respondo.

Se levanta con las primeras luces del alba para arrastrar el cadáver del vencido alrededor de las murallas de la ciudad para que toda Troya pueda contemplarlo. No ve que los griegos empiezan a evitarle, no ve que la gente murmura con desaprobación a su paso. ¿Cuánto más puede durar aquello?

—Tetis le está esperando en la tienda, alta y recta como una llama.

—¿Qué quieres? —le pregunta mientras deja caer el cuerpo de Héctor junto a la puerta.

Las mejillas de Tetis tienen manchas de color, como salpicaduras de sangre sobre mármol.

—Debes detener esto. Apolo está enfadado. Busca vengarse de ti.

—Que se vengue. —Se arrodilla y me retira el pelo de la frente. Yazco envuelto en mantas para aminorar el hedor.

—Escúchame, Aquiles. —Se acerca a él con grandes pasos y le coge por el mentón—. Has ido demasiado lejos con esto. No voy a poder protegerte de él.

Él aparta la cabeza de ella y le enseña los dientes.

—No necesito que me protejas.

Tetis palidece como nunca antes había visto.

—No seas idiota. Es solo mi poder lo que…

—¿Y qué más da? —la interrumpe él, gruñendo—. Patroclo ha muerto. ¿Puedes traérmelo de vuelta?

—No, nadie puede.

El hijo se pone en pie.

—¿Acaso piensas que no veo tu regocijo? Sé cuánto le odiabas. Siempre le has odiado. Patroclo seguiría vivo si no hubieras acudido a hablar con Zeus.

—Es un mortal y todos los mortales mueren.

—También yo lo soy —grita—. ¿De qué sirve la deidad si no puedes hacer esto? ¿De qué te sirve a ti?

—Sé que eres mortal. —Pronuncia las palabras una tras otra como si fueran teselas de un mosaico—. Lo sé mejor que nadie. Te dejé demasiado tiempo en Pelión. Eso te ha echado a perder. —Tetis hace un gesto brusco hacia las ropas rasgadas de Aquiles y el rostro manchado por el llanto—. No eres mi hijo.

Aquiles se queda sin aliento.

—¿Y quién lo es, madre? ¿No soy ya bastante célebre? Maté a Héctor. ¿Y a quién más…? Envíamelos a todos y acabaré con ellos.

—Actúas como un niño. Pirro tiene doce años y ya es más hombre que tú.

—Pirro —repite él de forma entrecortada.

—Va a venir y Troya caerá. La ciudad no puede conquistarse sin su concurso, lo

han dicho las Moiras. —El rostro de la diosa resplandece.

—¿Piensas traerle aquí? Aquiles la mira con fijeza.

—Es el próximo *aristós achaion.*

—Aún no he muerto.

—Es como si ya lo estuvieras. —Las palabras restallan como un latigazo—. ¿Sabes lo que he tenido que soportar para hacerte grande? Y ahora, ¿vas a destruirlo todo por esto? —Tetis señala mi cuerpo purulento con semblante tenso por el desprecio—. Mi tarea ha concluido. No puedo hacer nada más para salvarte.

Los ojos negros de la diosa parecen contraerse como estrellas moribundas.

—Me alegra que Patroclo haya muerto.

Es lo último que Tetis va a decirle a su hijo.

TRENTAIDOS

Un anciano acude a nuestro pabellón en el corazón de la noche, cuando los perros salvajes dormitan y hasta los búhos guardan silencio. Viene sucio, con las ropas rasgadas, los cabellos le huelen a polvo y cenizas. Sus ropas están húmedas después de haber vadeado el río a nado. Aun así, sus ojos son claros cuando anuncia:

—He venido a por mi hijo.

El rey de Troya cruza el interior de la tienda y se arrodilla a los pies de Aquiles, haciendo una reverencia con la cabeza.

—¿Oirás la plegaria de un padre, poderoso príncipe de Ftía, tú, el mejor de los griegos?

Aquiles mira los hombros del anciano como si estuviera en trance. Le tiemblan a causa de la edad, lastrados por la carga del pesar. Este hombre ha engendrado a cincuenta hijos y los ha perdido a todos, salvo a un puñado.

—Te escucharé —le contesta Aquiles.

—Los dioses bendigan tu amabilidad —replica Príamo, cuyas manos parecen heladas al contacto con la piel caliente de Aquiles—. He venido desde lejos esta noche lleno de esperanza. —Se estremece sin querer a causa del frío de la noche y las prendas húmedas—. Lamento que mis plegarias sean el único don que pueda darte.

Esas palabras parecen conmover un poco a Aquiles, que le dice:

—No te arrodilles. Deja que te traiga algo de comida y bebida.

Le ofrece la mano y ayuda al viejo monarca a ponerse de pie; luego le entrega una capa seca y los cojines suaves favoritos del anciano Fénix; por último le sirve vino. En contraste con la piel arrugada y los pasos lentos de Príamo, Aquiles parece repentinamente joven.

—Te agradezco la hospitalidad —dice Príamo. Habla despacio y con un acento muy fuerte, pero su griego es bueno—. He oído decir que eres un hombre noble y a tu nobleza apelo. Somos enemigos, pero no se te tiene por alguien cruel. Te ruego que me entregues el cadáver de mi hijo para darle sepultura y así su alma no vague perdida.

El rey se esmera por no mirar el abatido rostro envuelto en sombras. Aquiles no aparta la mirada de la oscuridad recogida en sus manos ahuecadas como una copa.

—Has demostrado coraje viniendo aquí solo. ¿Cómo has entrado en el campamento?

—La gracia de los dioses me guio.

Aquiles alza los ojos.

—¿Y cómo sabías que no iba a matarte?

—No lo sabía —responde Príamo.

Se hace un silencio. Ambos tienen vino y comida delante, pero ninguno come ni bebe. Puedo ver las costillas de Aquiles a través de su túnica. Los ojos de Príamo descubren otro cuerpo, el mío, tendido sobre la cama. Vacila un segundo antes de preguntar:

—¿Es ese… tu amigo?

—*Philtatos* —contesta Aquiles con severidad. «El más querido»—. Fue el mejor de los hombres. Tu hijo le mató.

—Lamento tu pérdida —responde Príamo—, y también lamento que fuera mi hijo quien te lo arrebatase. Aun así, apelo a tu clemencia. En el duelo, los hombres deben ayudarse unos a otros aunque sean enemigos.

—¿Y si no lo hago? —quiere saber Aquiles con voz envarada.

—Pues en tal caso, no lo harás.

Se hace un momento de silencio.

—Aún puedo matarte.

«Aquiles».

—Lo sé. —El monarca habla con voz sosegada y sin miedo—. Pero merece la pena jugarse la vida si existe una posibilidad de que el alma de mi hijo pueda descansar en paz.

Los ojos de Aquiles se llenan de lágrimas y gira el rostro para que su interlocutor no lo vea.

—Es correcto buscar la paz para los muertos —insiste Príamo con voz amable—. Tú y yo sabemos bien que no la hay para quienes los sobreviven.

—No —susurra Aquiles.

Nada se mueve en la tienda después de eso y el tiempo parece detenerse hasta que Aquiles se pone de pie.

—Está a punto de amanecer y no quiero que corras peligro alguno mientras viajas de vuelta a tu ciudad. Daré órdenes a mis criados de que preparen el cuerpo de tu hijo.

Se derrumba a mi lado cuando los siervos se han ido y apoya su rostro contra mi vientre. Mi piel se torna resbaladiza bajo el incesante llanto.

Al día siguiente me conduce hasta la pira. Briseida y los mirmidones contemplan cómo deposita mi cadáver sobre la madera y prende la hoguera con pedernal. Las llamas se alzan a mi alrededor y siento que me deslizo más allá de la vida, me empequeñezco hasta ser como el más intangible soplo de aire. Ansío la oscuridad y el silencio del inframundo, donde podré descansar.

Él mismo se encarga de recoger mis cenizas, incluso aunque eso sea tarea de mujeres. Las guarda en una urna dorada, la mejor de todo el campamento, y se vuelve a los griegos que le observan.

—Os encomiendo una misión para después de mi muerte: mezclar nuestras cenizas y enterrarnos juntos.

Héctor y Sarpedón han muerto, pero hay más héroes capaces de ocupar su lugar. Anatolia es rica en aliados y todos hacen causa común contra los invasores. El primero de todos es Memnón, rey de Etiopía, hijo de Titono, sobrino de Príamo, y Eos, la diosa de la aurora. El soberano es grandón y de tez oscura, marcha al frente de un ejército de soldados como él, de piel negra bruñida. Se yergue con sonrisa expectante. Ha venido a por un hombre, solo a por uno.

Y ese hombre acude a su encuentro armado únicamente con una lanza. Lleva la coraza anudada con descuido y su pelo rubio, antaño brillante, cuelga lacio y sucio. Memnón ríe, pensando que va a ser fácil. La sonrisa se le borra de la cara cuando se dobla sobre sí mismo con las manos en el largo astil de fresno de la lanza que le ha atravesado. Aquiles retira el arma con aire fatigado.

A renglón seguido se presentan las amazonas de pechos desnudos y piel centelleante como madera pulida. Llevan el pelo recogido hacia atrás y acuden con los brazos llenos de lanzas y arcos con cuerdas de cerdas. De sus sillas de montar penden escudos curvos con forma de media luna, como si los hubieran troquelado en la luna. Al frente de las guerreras cabalga una figura solitaria a lomos de un caballo zaino; es una joven anatolia de melena al viento, ojos oscuros, curvos y fieros, duros como la piedra, que no pierde de vista ni un momento al ejército que tiene delante. Es Pentesilea.

Viste una capa desabrochada y eso permite que él la sujete y tire de ella, derribándola del caballo. Pero la amazona es de miembros ligeros y tiene el sentido del equilibrio de un gato. Cae con enorme gracia, da una voltereta y en una de sus manos centellea la lanza atada a la silla de montar hasta hace un momento. Se acuclilla en el suelo y la sujeta. Un rostro adusto, oscuro, hastiado, se alza sobre la reina amazona. El guerrero no lleva armadura alguna, con lo cual todo su cuerpo está expuesto a lanzazos y estocadas. Se dirige hacia la guerrera con aire esperanzado.

Pentesilea le asesta una lanzada, pero Aquiles elude la mortífera punta con una liviandad imposible y una agilidad incesante. Los músculos le traicionan siempre, pues buscan la vida en vez de la paz que podría darle la lanza. Ella le dirige otro golpe, pero él salta por encima de la punta como una rana, con el cuerpo ligero y desenvuelto. Profiere un sonido de pesar. Había albergado esperanzas de morir a resultas de aquel duelo, pues la reina amazona había matado a muchos hombres, porque a lomos de su corcel se parecía mucho a él, rápida, grácil, incansable. Pero no lo es. Le basta un simple golpe para hacerle morder el polvo, dejando su pecho rasgado como un campo recién arado. Las amazonas aúllan de rabia y pesar cuando él se da la vuelta y se retira con los hombros hundidos.

El último de los rivales es el joven Troilo. Le han mantenido detrás de los muros por su seguridad, es el hijo más joven de Príamo, el único que quieren que sobreviva. Es la muerte de Héctor lo que le ha impulsado a abandonar la seguridad de la muralla. Es valiente y estúpido, no va a hacer caso a nadie. Le veo forcejear para zafarse de sus hermanos mayores y se sube de un salto al carro. Sale disparado hacia delante como un galgo suelto y busca venganza.

La contera de la lanza le golpea en el pecho, que apenas ha empezado a ensancharse con la llegada de la edad adulta. El troyano cae sin soltar las riendas. Los caballos se desbocan y le llevan por los suelos. En su caída arrastra la lanza, cuya punta choca contra las piedras y llena el suelo de marcas con su uña de bronce.

Al final, el troyano se libera y se pone de pie. Tiene la espalda y las piernas llenas de cortes y magulladuras. Enfrente de él se halla un hombre de más edad, la sombra que merodea por el campo de batalla, el rostro espeluznante que cansinamente mata a un luchador tras otro. Miro a Troilo, sus ojos brillantes, su mentón alzado. No tiene la menor posibilidad. La punta de la lanza se hunde en la nuez desprotegida, por donde empieza a manar un líquido similar a la tinta, pero el polvo congregado en el aire a mi alrededor decolora el rojo de la sangre. El chico se desploma.

En las murallas de Troya alguien se apresura a sacar un arco y elegir una flecha. Unos pies principescos suben las escaleras de una torre desde la cual se domina el campo de batalla cubierto de muertos y moribundos, donde un dios aguarda.

Apuntar le resulta muy fácil a Paris, pues el triunfador se mueve con mucha lentitud, como un viejo león herido y enfermo, y los cabellos dorados son inconfundibles. El troyano coloca la flecha en el arco.

—¿Adónde le disparo? Según tengo entendido es invulnerable, salvo por…

—Es un hombre, no un dios. Dispárale y caerá —le asegura Apolo.

Paris apunta. El dios toca el dardo enflechado y sopla aire por la boca, como si echara a volar dientes de león o empujara barcos de juguete sobre el agua. La flecha vuela en silencio, directa a su objetivo, describe un arco antes de hundirse en la espalda de Aquiles.

Él oye el tenue zumbido del proyectil un instante antes de ser alcanzado. Vuelve un poco la cabeza, como para verlo venir. Cierra los ojos y siente cómo la punta metálica le rasga la piel, le rompe el grueso músculo y gusanea en su interior para abrirse paso entre los dedos entrelazados de su costillar y llegar, por último, a su corazón. Un hilo de sangre oscura y brillante como el aceite empieza a correr entre sus omoplatos. Aquiles sonríe cuando su rostro cae sobre la tierra.

TRENTAITRES

Las ninfas marinas acuden a por el cuerpo, arrastrando tras de sí sus ropas de espuma. Le lavan con néctares y aceite de rosas y entrelazan flores a sus cabellos dorados. Los mirmidones le construyen una pira y le ponen en ella. Las ninfas lloran cuando las llamas consumen el bello cuerpo, ahora reducido a huesos y ceniza gris.

Pero son muchos los que no sollozan, como Briseida, que se queda a contemplar la hoguera hasta que se apagan los últimos rescoldos, o Tetis, la de espalda erguida y serpenteantes cabellos negros al viento. Y los hombres, tanto los reyes como gentes del común. Se mantienen a distancia, asustados por los fúnebres lamentos espectrales de las ninfas y los ojos furibundos de Tetis. Áyax, aún convaleciente y con la pierna vendada, está al borde de las lágrimas, pero quizá solo piensa en su ascenso tan largamente esperado.

La pira arde hasta extinguirse. El viento dispersará las cenizas si no las recogen pronto, pero ese es el cometido de Tetis, y la diosa no se mueve. Por último, los mortales envían a Ulises para que conferencie con ella. Este se arrodilla antes de hablar.

—Diosa, deseamos conocer tu voluntad. ¿Debemos guardar las cenizas?

La nereida se vuelve y le mira. Tal vez haya dolor en sus ojos, tal vez no. Es imposible saberlo.

—Recogedlas, enterradlas. Yo he hecho cuanto estaba en mi mano.

El itacense inclina la cabeza.

—Poderosa Tetis, tu hijo deseaba que pusiéramos sus cenizas con las de…

—Sé lo que quería. Haced como gustéis. No es de mi incumbencia.

Unas esclavas reciben la orden de recoger las cenizas. Las vierten en la urna dorada donde descanso. ¿Sentiré el roce de sus cenizas cuando caigan sobre las mías? Pienso en los copos de nieve en Pelión, fríos cuando tocaban nuestras mejillas sonrosadas. Mi ansia de Aquiles es como un apetito voraz, me siento hueco. Su alma espera en alguna parte, pero no es un sitio a mi alcance.

«Enterradnos y marcad nuestros nombres encima. Liberadnos». Sus cenizas se asientan entre las mías, pero no noto nada.

Agamenón convoca un concilio a fin de discutir qué tumba van a erigir.

—Deberíamos levantarla en el campo donde cayó —sugiere Néstor.

Macaón niega con la cabeza.

—Quedará más céntrica si lo hacemos en la playa, junto al ágora.

—Eso es lo último que querríamos, tropezar con ella todos los días —refuta Diomedes.

—Mejor en la colina, creo, en la que hay junto al campamento mirmidón —ofrece Ulises.

«Donde sea, donde sea, donde sea».

—He venido a ocupar el lugar de mi padre. —La voz clara cruza la estancia.

Los reyes se vuelven hacia el faldón de la entrada, donde un muchacho permanece de pie. Su pelo es de un rojo brillante, el del color de la madera al arder. Es hermoso, aunque la suya es una belleza fría, la de una mañana invernal. Solo los más obtusos no comprenderían quién era su progenitor. Lo lleva grabado en todos los rasgos de la cara, el parecido es tal que está a punto de desgarrarme. Únicamente es distinto a su padre en el mentón, cuya angulosidad recuerda más al de la madre.

—Soy el hijo de Aquiles.

Los reyes no le quitan la vista de encima. La mayoría ni siquiera sabía que Aquiles tenía un hijo. Solo Ulises tiene los reflejos necesarios para tomar la palabra.

—¿Y podemos saber cómo se llama el hijo de Aquiles?

—Mi nombre es Neoptólemo, pero me llaman Pirro. —«Fuego», pero no hay nada flamígero en él, a excepción de los cabellos—. ¿Cuál era el asiento de mi padre?

Idomeneo lo ha ocupado, pero se levanta y dice:

—Este.

Neoptólemo fulmina con la mirada al rey cretense.

—Disculpo el atrevimiento. No sabías nada de mi llegada. —Pirro toma asiento —. Señor de Micenas, señor de Esparta. —Inclina la cabeza de forma imperceptible —. Ofrezco mis servicios a vuestro ejército.

A juzgar por el semblante, Agamenón está dividido entre el alivio y el disgusto. Daba por concluido todo lo relacionado con Aquiles y el muchacho le causa un efecto extraño, le pone nervioso.

—Pareces muy joven.

«Doce años. Tiene doce años».

—He vivido con los dioses debajo del mar —contesta—. He bebido su néctar y me he alimentado de ambrosía. Ahora vengo a ganar la guerra para vosotros. Las Moiras han predicho que Troya no caerá sin mí.

—¿Qué…? —Agamenón está aterrado.

—Si es así, estamos encantados de tenerte entre nosotros —contesta Menelao—. Precisamente ahora hablábamos de la tumba de tu padre y de dónde levantarla.

—En la colina —insiste Ulises.

Menelao asiente.

—Es un sitio adecuado para ellos.

—¿Ellos?

Se hace una ligera pausa.

—Tu padre y su compañero, Patroclo.

—¿Y por qué debería ese hombre ser enterrado junto al *aristós achaion?*

El ambiente se tensa. Todos esperan la respuesta de Menelao.

—Era deseo de tu padre, príncipe Neoptólemo, que se guardaran juntas las cenizas de ambos. No podemos enterrar a uno sin el otro.

Pirro alza el agudo mentón.

—Un esclavo no tiene sitio en la tumba de su amo. Ya no es posible deshacer lo de las cenizas mezcladas, pero no permitiré que la fama de mi padre se vea disminuida. El monumento va a ser para él, solo para él.

«No permitáis que así sea. No me dejéis aquí sin él».

Los reyes intercambian miradas entre sí.

—Muy bien —dice Agamenón—. Hágase como dices.

Soy aire y pensamiento, y nada puedo hacer.

El hombre es más grande cuanto mayor es el monumento. Los griegos extraen unos enormes sillares de piedra blanca para la tumba, que se alza hacia el cielo. AQUILES, reza la piedra. El obelisco va a representarle, dirá a todos cuantos pasen por las inmediaciones: vivió y murió, y vive otra vez en el recuerdo.

Los pendones de Pirro llevan el emblema de Esciro, la tierra de su madre, y no el de Ftía. Sus soldados también proceden de la isla. Automedonte alinea diligentemente a los mirmidones y a las mujeres para darle la bienvenida. La tropa le observa subir por la playa con sus guerreros bisoños y sus cabellos de un dorado llameante recortándose contra el azul del cielo.

—Soy el hijo de Aquiles. Os reclamo como herencia por derecho de nacimiento —les dice—. Ahora vuestra lealtad me pertenece.

Neoptólemo clava la mirada en una mujer que permanece con las manos plegadas y baja la mirada. Camina hacia ella y le levanta el mentón con la mano.

—¿Cómo te llamas? —quiere saber.

—Briseida.

—He oído hablar de ti. Mi padre dejó de luchar por tu causa.

Esa noche Neoptólemo envía guardias a por ella. La cogen por los brazos para llevarla a la tienda. Briseida agacha la cabeza en señal de sumisión y no se resiste.

Los guardias abren el faldón de acceso y empujan a la anatolia al interior de la tienda. Pirro está repantigado en una silla, con una pierna suspendida en un lado. Aquiles podría haberse sentado con esa misma postura, pero sus ojos nunca hubieran estado vacíos como las simas insondables de un negro océano, vacíos a excepción de

los cuerpos de unos peces inertes.

Briseida se arrodilla.

—Mi señor.

—Mi padre abandonó el ejército por ti. Debes de ser una concubina magnífica.

Los ojos de Briseida son oscuros y velados como nunca.

—Me honráis al decir eso, mi señor, pero no creo que se negara a luchar por mi causa.

—Entonces, en tu opinión de esclava, ¿cuál fue la causa? —Y enarca una ceja con extrema precisión. Verle hablar con Briseida resulta aterrador. Pirro parece una serpiente, nunca sabes dónde va a atacar.

—Yo era un trofeo de guerra y Agamenón le deshonró al cogerme. Eso es todo.

—Entonces, ¿no eras su concubina?

—No, mi señor.

—Basta —replica con voz áspera—. No me mientas de nuevo. Eras la mujer más guapa del campamento y eras de mi padre.

Briseida levanta un poco los hombros.

—No deberíais tenerme en más estima de la que me merezco. Nunca fui tan afortunada.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Ella vacila.

—Mi señor, ¿habéis oído hablar del hombre que está enterrado junto a vuestro padre?

No le hace gracia, se le nota en la cara.

—Vuestro padre le amaba y le honraba. Le hubiera complacido mucho saber que iban a estar enterrados juntos. Aquiles no tenía necesidad de mí.

Pirro la mira con fijeza.

—Mi señor…

—Silencio. —La palabra restalla como un latigazo—. Voy a enseñarte lo que significa mentir al *aristós achaion.* —Se pone de pie—. Ven aquí.

Solo tiene doce años, pero no lo aparenta. Su cuerpo es el de un hombre. Briseida abre los ojos con desmesura.

—Lo siento, mi señor, lamento haberos disgustado. Podéis preguntar a cualquiera, a Fénix, a Automedonte. Os dirán que no miento.

—Te he dado una orden.

Ella se pone en pie con las manos escondidas en los pliegues del vestido.

—«Corre» —le susurro—, «no te acerques a él».

Pero ella acude.

—¿Qué queréis de mí, mi señor?

Neoptólemo camina hacia ella con ojos centelleantes.

—Cualquier cosa que me apetezca.

No veo de dónde sale el puñal, pero ahora ella lo tiene en la mano y traza un arco con el brazo para clavárselo. Briseida nunca ha matado a un hombre y no sabe con qué fuerza ni con qué convicción hay que empujar para lograrlo. Y Neoptólemo es realmente rápido. Ya se retuerce para evitar la hoja, que le abre un buen corte en la piel, donde traza una herida picuda, pero no se hunde en la carne. Pirro la tira al suelo de un golpe brutal. Ella le arroja el cuchillo a la cara y echa a correr.

Sale de la tienda en estampida, pasa delante de los centinelas, demasiado lentos, recorre la playa y se zambulle en el mar. Pirro aparece detrás de ella con la túnica rota y sangrando a la altura del estómago. Permanece junto a los guardias perplejos y con calma toma una lanza de manos de uno de ellos.

—Lánzala —le urge un guardia, pues la fugitiva está ahora junto a las rompientes.

—Un momento —murmura Pirro.

Mueve los brazos entre las olas grises con un ritmo constante. Briseida siempre había sido la mejor nadadora de nosotros tres. Solía jurar y perjurar que era capaz de llegar a Ténedos, una isla a dos horas de viaje en bote. Siento una salvaje sensación de triunfo conforme se aleja más y más de la orilla. El único hombre capaz de alcanzarla con una lanza ha muerto. Briseida es libre.

El único hombre, salvo el hijo de ese hombre.

La lanza de Neoptólemo vuela silenciosa y precisa desde lo alto de la playa. La punta la alcanza en la espalda como una piedra lanzada sobre una hoja flotante. Una ola de agua la traga por completo.

Fénix manda a un hombre, un buceador, para recobrar el cuerpo, pero no lo encuentra. Tal vez los dioses de Briseida sean más benévolos que los nuestros y ella encuentre descanso. Volvería a dar mi vida para que así fuera.

La profecía de las Moiras resultó ser cierta: Troya cayó tras la llegada de Pirro. No fue obra exclusivamente suya, claro. Estuvo el ingenio del caballo, el plan de Ulises y todo un ejército en acción, pero fue Neoptólemo quien asesinó a Príamo y quien localizó a Andrómaca, la mujer de Héctor, escondida en una bodega con su hijo. Le arrebató al pequeño de los brazos y lo estampó contra una pared de piedra, abriéndole la cabeza y esparciendo sus sesos como fruta madura al reventar. Incluso Agamenón se quedó lívido cuando se lo contaron.

Los huesos de la ciudad se han agrietado. La han saqueado hasta dejarla seca. Los reyes griegos pusieron sus cosas junto a los montones de oro y a las princesas capturadas. Recogieron el campamento más deprisa de lo que habría podido imaginar. Desmontaron y recogieron las tiendas, mataron al ganado y conservaron la carne. La playa ha quedado completamente limpia, como los huesos mondos de un cadáver bien roído.

Y yo les acecho en sueños.

—«No os vayáis —les imploro—, no hasta que me hayáis concedido la paz».

Ignoro si me escuchan, pero ninguno me contesta.

Pirro desea oficiar un sacrificio postrero en honor a su padre antes de hacerse a la mar. Los monarcas se congregan en torno a la tumba en una ceremonia presidida por Neoptólemo con sus prisioneras de sangre regia postradas a sus pies, Andrómaca, la reina Hécuba y la joven princesa Políxene. Las lleva detrás adondequiera que vaya como señal permanente de victoria.

Calcante conduce a un novillo blanco hasta la base de la tumba. Alza el cuchillo para sacrificarlo, pero el hijo de Aquiles le detiene.

—Una sola res. ¿Eso es todo? Eso es lo que haríais por cualquier hombre. Mi padre fue el *aristós achaion,* el mejor de todos vosotros, y su hijo ha demostrado ser aún mejor. ¿Aún vais a seguir escatimándonos lo que nos corresponde?

Neoptólemo aferra el vestido sin forma de Políxene, hinchado por el viento, y la arrastra hacia el altar.

—Esto es lo que se merece el alma de mi padre.

«No lo hará. No se atreverá».

Pirro sonríe como si respondiera a mis palabras.

—Aquiles está complacido —dice mientras le abre el cuello a la muchacha.

Aún puedo apreciar el olor a metal y salitre del borbotón de sangre: se filtra a través de la hierba hasta donde estamos enterrados y me asfixia. Se supone que los muertos tienen sed de sangre, pero no así, no así.

Los griegos zarpan mañana y yo estoy desesperado.

—«Ulises».

El itacense tiene el sueño ligero; mueve los párpados.

—«Escúchame, Ulises. —Se remueve en el lecho. No se siente tranquilo ni en sueños—. Cuando tú viniste a él en busca de ayuda, yo te respondí. ¿No vas a contestarme ahora? Tú sabes lo que él significaba para mí. Lo viste, antes incluso de que nos trajeras aquí. Nuestra paz depende de ti».

—Te pido disculpas por molestarte tan tarde, príncipe Pirro. —Y le ofrece la más natural de sus sonrisas.

—Yo no duermo nunca —responde Neoptólemo.

—Qué práctico. No me maravilla que hayas hecho mucho más que todos nosotros.

Pirro entrecierra los ojos y le observa, sin saber a ciencia cierta si se burla o no de él.

—¿Vino? —Ulises alza un pellejo con bebida.

—¿Por qué no? —Pirro señala con el mentón dos copas y se vuelve hacia Andrómaca—. Déjanos.

Ulises escancia el vino mientras ella recoge sus ropas.

—Bueno, debes de estar complacido con tus hazañas en Troya. ¿Héroe a los trece? No hay muchos hombres que puedan decir eso.

—No hay ninguno —replica con voz glacial—. ¿Qué quieres?

—Me temo que he venido impulsado por un extraño sentimiento de culpa.

—¿Sí…?

—Zarpamos mañana y dejamos a muchos compañeros muertos detrás. Todos ellos están debidamente enterrados, con un nombre que señala y guarda sus recuerdos, todos salvo uno. No soy un hombre especialmente religioso, pero la idea de un alma vagando entre los vivos no es de mi agrado y me gustaría descansar sin ser molestado por espíritus inquietos.

Neoptólemo le escucha con los labios curvados por su habitual mueca de desagrado.

—No puedo decir que tu padre y yo fuéramos amigos, pero siempre admiré su habilidad y le valoré como soldado. Y en diez años tienes tiempo para conocer a un hombre, da igual que te guste o no. Así que puedo decirte que no creo que él quisiera que el nombre de Patroclo fuera olvidado.

—¿Lo dijo expresamente? —salta Pirro, envarado.

—Tu padre pidió que mezclaran las cenizas de ambos y también que los enterraran como si fueran uno solo, así que, siguiendo el espíritu de todo esto, creo que podemos decir que sí, que era eso lo que deseaba.

Por primera vez me sentí agradecido por la inteligencia de Ulises.

—Yo soy el hijo de Aquiles, y el único que decide los deseos de su espíritu.

—Por eso he venido a ti. No tengo ningún interés en esto. Solo soy un hombre justo al que le gusta hacer lo que es correcto.

—¿Y es correcto que la fama de mi padre se vea mancillada y disminuida por un… plebeyo?

—Patroclo no fue un hombre del común. Nació príncipe y fue exiliado. Sirvió con bravura en nuestro ejército y muchos hombres le admiraron. Mató a Sarpedón, a quien solo superaba Héctor.

—Con la armadura de mi padre. Y gracias al renombre de mi padre. No tenía nada propio.

Ulises inclina la cabeza.

—Eso es cierto, pero la fama sigue cursos extraños: la de unos aumenta al morir y la de otros se desvanece. Lo que admira una generación, la siguiente lo aborrece. —El itacense abre las manazas—. Es imposible decir quién va a sobrevivir al

holocausto de la memoria. ¿Quién sabe? —Sonríe—. Tal vez algún día yo sea famoso, incluso más que tú.

—Lo dudo.

Ulises se encoge de hombros.

—Nada podemos decir nosotros, que solo somos hombres, un breve destello de una antorcha. Quienes vengan detrás nos elevarán o nos hundirán a su capricho. Patroclo va a ser de esos que van a crecer en el futuro.

—No.

—Entonces sería un buen gesto, una muestra de caridad y piedad para honrar a tu padre y dar descanso a un muerto.

—Ese hombre es una mancha en el honor de mi padre, y también en el mío. No voy a permitirlo. Coge ese vino agrio y vete.

Las palabras de Pirro suenan como chasquidos de palos al partirse. Ulises se pone en pie, pero no se marcha.

—¿Tienes esposa?

—Por supuesto que no.

—Yo sí, hace diez años que no la veo. No sé si ha muerto o si yo viviré para reunirme con ella. —Siempre había pensado que su esposa era una ficción, una broma, pero ahora su voz no es afable. Pronuncia lentamente cada palabra, como si debiera extraerla desde un gran abismo—. Mi consuelo es saber que estaremos juntos en el inframundo, que nos reuniremos allí en la muerte si no es posible hacerlo en vida. No desearía estar allí sin su compañía.

—Mi padre no tuvo una esposa así —replica Pirro.

Ulises mira el rostro implacable del joven y dice:

—Lo he hecho lo mejor posible. Recuerda que lo intenté.

Lo recuerdo.

Los griegos se hacen a la mar y se llevan mis esperanzas con ellos. No puedo seguirlos, estoy atado a la tierra donde descansan mis cenizas. Me hago un ovillo alrededor del obelisco de piedra de su tumba. Quizá su tacto sea cálido, quizá sea helado. No sabría decirlo. AQUILES, reza la piedra, y no dice más. Se ha ido al inframundo y yo sigo aquí.

La gente acude de visita a su tumba. Algunos retroceden como si temieran que se levantara su espíritu y los desafiara a luchar. Otros se quedan en la base del obelisco a mirar las escenas de su vida talladas en la piedra. Se hicieron con algo de premura, pero son bastante claras. Aquiles mata a Memnón, a Héctor, a Pentesilea. No hay otra cosa que muertes. Así debería ser la tumba de Pirro. ¿De esta manera habrán de

recordarlo?

Tetis también viene. Yo la observo. La hierba se marchita donde ella está. Durante mucho tiempo solo he albergado odio hacia ella. Ella formó a Pirro y le amó más que a su hijo Aquiles.

Contempla las escenas de la tumba, una muerte tras otra. Alarga la mano como si quisiera tocarlas. No lo soporto.

—«Tetis» —la llamo. La diosa retira la mano y se desvanece, pero más tarde regresa—. «Tetis». —Ella no reacciona, se limita a quedarse allí, contemplando la tumba de Aquiles—. «Estoy enterrado aquí, en la tumba de tu hijo».

Nada dice, nada hace. No me escucha.

Viene a diario y se sienta en la base del obelisco. Me parece que a través de la tierra soy capaz de oler un punzante olor a sal y también puedo sentir su frío. No puedo hacer que se vaya, pero puedo odiarla.

—«Una vez dijiste que Quirón le había echado a perder. Tú eres una diosa fría y no sabes nada. La única que lo ha echado a perder eres tú. Mira ahora cómo van a recordarle. Por matar a Héctor y a Troilo, por crueldades cometidas en un momento de dolor».

Su rostro parece de piedra. No mueve ni un músculo. Los días pasan.

—«Tal vez esas cosas sean una virtud entre los dioses, pero dime: ¿qué gloria puede haber en arrebatar otra vida? Morimos con demasiada facilidad. ¿Harías de él otro Pirro? Deja que las historias de Aquiles cuenten algo más».

—¿Qué más? —me pregunta ella.

Por una vez no le tengo miedo. Estoy muerto. ¿Qué más puede hacerme?

—«Devolvió el cuerpo de Héctor a Príamo. Deberían recordar eso también».

Ella permanece en silencio durante largo tiempo.

—¿Y…?

—«Era muy habilidoso con la lira y tenía una voz hermosa».

Ella parece estar esperando.

—«Las chicas, él las cogía para evitar que sufrieran a manos de los reyes».

—Ese mérito es tuyo.

—«¿Por qué no estás con Pirro?».

Algo le flamea en los ojos.

—Ha muerto.

Siento una alegría irreprimible.

—«¿Cómo ha ocurrido?» —Es más una orden que una pregunta.

—Le mató Orestes, el hijo de Agamenón.

—«¿Por qué?».

Tetis tarda mucho tiempo en dar una respuesta.

—Raptó y violó a la prometida de Orestes.

«Cualquier cosa que me apetezca», le había dicho a Briseida.

—«¿Y prefieres ese hijo a Aquiles?».

Tetis frunce los labios.

—¿No tienes más recuerdos?

—«Estoy hecho de recuerdos».

—Entonces, habla.

Casi me niego, pero mi sufrimiento por él es mayor que mi ira. Deseo hablar de cosas que no son muerte ni divinidad. Quiero que él viva. Resulta un tanto extraño en un primer momento: estoy acostumbrado a mantenerle lejos de ella, a acapararle para mí, pero luego los recuerdos fluyen como los arroyos en primavera, más deprisa de lo que soy capaz de contenerlos. No vienen en forma de palabras, sino como sueños, surgen como el aroma a mojado de la tierra empapada por la lluvia. Le cuento esto, y lo otro, y lo de más allá. Le hablo del aspecto de su pelo bajo el sol estival, de su rostro al correr, de sus ojos solemnes como los de un búho cuando está en clase. Una cosa, y otra, y otra más. Los momentos de felicidad son tantos que se agolpan.

Tetis cierra los ojos. La piel de sus párpados es del color de la arena en invierno. Ella escucha y también rememora…

Recuerda que está en la playa con su negra melena larga como una cola de caballo. Olas grises como el granito se estrellan contra las rocas de la playa. Y también recuerda las manos del feroz mortal que le llenan de moratones su piel lisa. Se acuerda de cómo la arena le raspa la piel, y del dolor en las entrañas. Después, los dioses la atan al humano.

Ella rememora la sensación de tener en las entrañas al niño, luminoso incluso en la oscuridad de su útero. Tetis repite para sí una y otra vez la profecía de las tres ancianas: «Tu hijo será más grande que su padre».

Los demás dioses se habían espantado al enterarse, sabedores de lo que los hijos poderosos suelen hacer con sus padres: los rayos de Zeus aún huelen a carne chamuscada y parricidio. Ellos la entregaron a un mortal con el propósito de reducir el poder del muchacho, diluirlo en humanidad, disminuirle.

La diosa nota cómo nada dentro de ella cuando pone una mano sobre su vientre. Es su sangre divina lo que va a hacerle fuerte.

Pero no lo suficiente. «Soy un mortal», le grita desaforadamente con el rostro ensangrentado, humedecido, sin gracia.

—«¿Por qué no te has ido con él?».

—No puedo. —La pena de su voz resulta desgarradora—. No puedo ir debajo de la tierra. —Se refiere al inframundo, oscuro como boca de lobo, donde revolotean las almas, por donde únicamente los muertos pueden andar—. Esto es todo lo que queda —resume con la vista fija en el obelisco. Una eternidad de piedra.

Yo conjuro al chico que conocí, su ancha sonrisa con las manos borrosas de tan deprisa que hace los malabares con los higos, sus ojos verdes risueños cuando me dice: «Te pillé», su figura recortada contra el cielo mientras cuelga de una rama por encima del río, la respiración intensa y cálida en mi oreja mientras duerme. «Si tienes que ir, sabes que iré contigo». Mis temores olvidados en el dulce puerto de sus brazos.

Los recuerdos vienen y vienen, y ella me escucha con la mirada puesta en el grano de la piedra. Ahí estamos los tres: la deidad, el mortal y el chico que fue ambas cosas.

El sol se pone sobre el mar, derramando sus colores sobre las aguas. Ella permanece junto a mí, silenciosa mientras la penumbra borrosa se desliza sobre la tierra. Su rostro sigue intacto como el primer día que la vi. Cruza los brazos sobre el pecho, como si se guardara algún pensamiento para sí misma.

Se lo he contado todo, sin reservarme nada de ninguno de nosotros.

El obelisco de la tumba marca el descenso de la luz.

—No logré darle la divinidad —dice Tetis con voz quebrada y llena de pesar.

—Pero le diste la vida.

Ella no me responde durante largo tiempo, se limita a permanecer sentada con los ojos iluminados por los últimos rayos del agonizante día.

—Ya lo he hecho —me informa. Al principio no la entiendo, pero entonces miro la tumba y las marcas que Tetis ha grabado en la piedra. AQUILES, reza la piedra, y junto a esa inscripción hay otra: PATROCLO. La diosa me dice—: Ve, él te espera.

En la oscuridad, dos figuras alargan los brazos a través de una penumbra espesa y penosa. Y cuando las manos se tocan, se derrama la luz de cien urnas doradas, por las que el sol parece salir a borbotones.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido una singladura de diez años en el transcurso de la cual tuve la fortuna de encontrarme con deidades bastante más benévolas que los furiosos cíclopes. Resultaría imposible de todo punto dar las gracias a todos cuantos me han animado en este tiempo. Eso requeriría un segundo libro. Aun así, debo adorar a algunas deidades.

Deseo mostrar mi agradecimiento a los primeros lectores por sus reacciones tan atentas y razonadas: Carolyn Bell, Sarah Furlow y Michael Bourret, y a mi sorprendente madrina, Barbara Thornbrough, que me alentó durante todo el camino, y a la familia Drake, por sus amables palabras de aliento y por ser consultores expertos en un amplio abanico de materias. Dedico mi agradecimiento más sincero a mis profesores, en especial a Diane Dubois, Susan Melvoin, Kristin Jaffe, Judith Williams y Jim Miller, y a mis fabulosos y apasionados alumnos, tanto los de teatro shakesperiano como los de latín, pues me enseñaron mucho más que yo a ellos.

He tenido la inmensa fortuna de contar con hasta tres mentores en Clásicas, la enseñanza y la vida: David Rich, Joseph Pucci y Michael C. J. Putnam. Les agradezco más allá de toda medida su amabilidad y su erudición. También debo agradecimiento a todo el Departamento de Clásicas de la Universidad de Brown. Resulta innecesario decir que todos los posibles errores y deslices de este libro son única y exclusivamente míos, y no suyos.

Debo dar gracias en especial a Walter Kasinskas y a la hermosa y perspicaz Nora Pines, que siempre creyó que acabaría siendo escritora a pesar de haber leído un buen número de primeros relatos cortos.

Gracias, gracias y aún más gracias al único, indómito y excepcional Jonah Ramu Cohen, un luchador infatigable que batalló por esta novela durante todo el trayecto. Te agradezco mucho tu amistad.

Un monte Olimpo de gratitud a la maravillosa Julie Barer, la mejor de todas las agentes, por volverse loca y hacer posible este milagro junto al resto de su alucinante equipo.

Por supuesto, también estoy en deuda con Lee Boudreaux y todo el grupo de Ecco, incluidos Abigail Holstein, Michael McKenzie, Heather Drucker y Rachel Bressler, pues todos ellos cuidaron muchísimo de mí y de esta obra. También me gustaría dar las gracias a las estupendas personas de Bloomsbury UK, la excepcional Alexandra Pringle, Katie Bond y David Mann, por su soberbio trabajo a favor de mi libro.

Para finalizar deseo mostrar mi gratitud hacia mi familia, en especial a mi hermano Bud, que ha crecido oyendo mis historias de Aquiles, y a mi estupendo

padrastro, Gordon, pero por encima de todo a mi fabulosa madre, que me ha ayudado y apoyado en todos mis afanes y me ha inspirado un amor a la lectura tan grande como el suyo. Ser su hija es toda una bendición.

Por último, pero no menos importante, a Nathaniel, mi deslumbrante constelación de Atenea, cuyo amor, correcciones y paciencia me han traído de vuelta a casa.

GLOSARIO DE PERSONAJES

DIOSES E INMORTALES

AFRODITA. Diosa del amor y la belleza, madre de Eneas y adalid de los troyanos. Favorecía particularmente a Paris y en el Libro III de la *Ilíada* intervino para salvarlo de Menelao.

APOLO. Dios de la luz y de la música y paladín de los troyanos. Fue el responsable de enviar la plaga sobre el ejército griego en el Libro I de la *Ilíada* y jugó un papel decisivo en las muertes de Aquiles y Patroclo.

ARTEMISA. Hermana gemela de Apolo y diosa de la caza, de la luna y de la virginidad. Indignada por el derramamiento de sangre que implicaría la guerra de Troya, hizo que los vientos cesaran de soplar y dejó a la flota griega varada en Áulide. Tras el sacrificio de Ifigenia, su ira se aplacó y los vientos retornaron.

ATENEA. Poderosa diosa de la sabiduría, la estrategia y las artes guerreras. Fue una feroz defensora de sus amados griegos en la guerra contra los troyanos y guardiana particular del astuto Ulises. Aparece en varias ocasiones tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*.

ESCAMANDRO. Dios del río Escamandro, situado cerca de Troya, y otro de los paladines de los troyanos. Su famosa batalla con Aquiles se narra en el Libro XXII de la *Ilíada*.

HERA. Reina de las diosas y hermana-esposa de Zeus. Al igual que Atenea, fue paladín de los griegos y odiaba a los troyanos. Es la principal antagonista en la *Eneida* de Virgilio y hostiga constantemente al héroe troyano Eneas tras la caída de Troya.

QUIRON. Es el único centauro «bueno». Conocido por ser maestro de los héroes Jasón, Asclepio y Aquiles, además de inventor de la medicina y la cirugía.

TETIS. Ninfa marina metamorfa y madre de Aquiles. Una profecía aseguraba que el hijo de Tetis sería más grandioso que su padre, que había amedrentado al dios Zeus, quien la deseaba con anterioridad. Este se aseguró de casar a Tetis con un mortal para limitar el poder de su hijo. En las versiones de la historia posteriores a Homero, Tetis intenta hacer inmortal a Aquiles de varias formas, entre ellas sumergiéndolo en las aguas del Estigia mientras lo agarraba por el tobillo y

exponiéndolo al fuego del hogar para quemar su mortalidad.

ZEUS. Rey de todos los dioses y padre de numerosos y afamados héroes, entre ellos Heracles y Perseo.

MORTALES

AGAMENON. Hermano de Menelao, Agamenón gobernó Micenas, el mayor reino de Grecia, y fue general en la expedición griega a Troya. Durante la guerra tuvo ciertas desavenencias con Aquiles, quien se negaba a reconocer el derecho de Agamenón a darle órdenes. Cuando Agamenón regresó a casa después de la guerra, fue asesinado por su mujer, Clitemnestra. Esquilo describe dicho incidente y la etapa subsiguiente en su famosa serie de obras dramáticas, la *Orestíada*.

ANDROMACA. Princesa de Cilicia, cerca de Troya, se convirtió en la fiel y devota esposa de Héctor. Odiaba a Aquiles, que había asesinado a su familia en un asalto. Durante el saqueo de Troya, fue hecha prisionera por Pirro y trasladada a Grecia. Tras la muerte de Pirro, ella y Heleno, hermano de Héctor, fundaron la ciudad de Butrinto para recordar a la perdida Troya. Virgilio narra su historia en el Libro III de la *Eneida*.

AQUILES. Hijo del rey Peleo y la diosa Tetis. Fue el guerrero más grandioso de su generación, además del más bello. En la *Ilíada* lo llaman «el de los pies ligeros» y elogian, asimismo, su melodiosa voz. Fue criado por el bondadoso centauro Quirón y el príncipe exiliado Patroclo fue su fiel compañero. En la adolescencia se le presentó una famosa diatriba: tener una vida larga y anodina o una vida corta y gloriosa. Eligió la gloria y navegó hacia Troya junto con los demás griegos. Sin embargo, en el noveno año de la guerra se peleó con Agamenón y se negó a seguir luchando, regresando únicamente a la batalla cuando su querido Patroclo fue asesinado por Héctor. En un ataque de cólera, dio muerte al gran guerrero troyano y, como venganza, arrastró su cuerpo alrededor de las murallas de Troya. Finalmente fue asesinado por el príncipe troyano Paris, con la ayuda del dios Apolo. El mito más famoso de Aquiles —la funesta vulnerabilidad de su talón— se trata en realidad de una historia muy tardía. En la *Ilíada* y la *Odisea* Aquiles no es invencible, únicamente está extraordinariamente dotado para la batalla. Pero en los años posteriores a Homero empezaron a surgir mitos que explicaban y justificaban la aparente invencibilidad de Aquiles. En una popular versión, la diosa Tetis sumerge a Aquiles en el río Estigia para intentar hacerlo inmortal y funciona en todo su cuerpo menos en la zona del talón por la que lo estaba sujetando. Dado que la *Ilíada* y la *Odisea* han sido mis principales fuentes de inspiración, y puesto que su interpretación

parecía la más realista, he decidido seguir la tradición más antigua.

Automedonte. Auriga de Aquiles, experto en manejar a sus divinos y testarudos caballos. Tras la muerte de Aquiles, pasó a servir a su hijo Pirro.

Ayax. Rey de Salamina y descendiente de Zeus célebre por su enorme tamaño y fuerza. Fue el segundo guerrero griego más importante después de Aquiles y su resistencia al ataque troyano en el campo de batalla tras la renuncia de este fue memorable. Sin embargo, tras la muerte de Aquiles, cuando Agamenón decidió honrar a Ulises como el miembro de mayor valor de la armada griega, Áyax se volvió loco de pesar y de rabia y se mató. Su historia se narra de forma conmovedora en la tragedia de Sófocles, *Áyax.*

Briseida. Hecha prisionera por los griegos en los asaltos al campo troyano, Briseida fue entregada a Aquiles como trofeo de guerra. Cuando Aquiles lo desafió, Agamenón la secuestró como castigo. Fue devuelta tras la muerte de Patroclo y en el Libro XIX de la *Ilíada* ella y otras campesinas lloran sobre su cadáver.

Calcante. Sacerdote consejero de los griegos que animó a Agamenón a sacrificar a su hija Ifigenia y a devolver a la esclava raptada Criseida a su padre.

Crises y Criseida. Crises era un sacerdote anatolio de Apolo. Su hija, Criseida, fue raptada y convertida en esclava por Agamenón. Cuando Crises fue a buscarla y ofreció un generoso rescate, Agamenón lo rechazó, insultándolo. Enfurecido, Crises le pidió a su dios Apolo que enviara una plaga para castigar al ejército griego. Cuando Aquiles le exigió públicamente a Agamenón que devolviera a Criseida a su padre, Agamenón explotó y el hecho precipitó su dramático distanciamiento.

Deidamia. Hija del rey Licomedes y de la princesa del reino insular de Esciro. Para mantenerlo a salvo durante la guerra, Tetis vistió a Aquiles de niña y lo ocultó entre las damas de compañía de Deidamia. Esta descubrió el engaño y se casó en secreto con Aquiles, con quien concibió a su hijo Pirro.

Diomedes. Rey de Argos. Célebre tanto por su astucia como por su fuerza, Diomedes fue uno de los guerreros más valorados en el ejército griego. Al igual que Odiseo, era uno de los favoritos de la reina Atenea, quien en el Libro V de la *Ilíada* le otorga una fuerza sobrenatural en la batalla.

Eneas. Hijo de la diosa Afrodita y del mortal Anquises, el noble troyano Eneas fue célebre por su piedad. Aunque luchó con valentía en la guerra de Troya, es más

conocido por las aventuras que corrió tras ella. Como Virgilio cuenta en la *Eneida*, Eneas sobrevivió a la caída de Troya y guio a un grupo de supervivientes hasta Italia, donde se casó con una princesa nativa y fundó el pueblo romano.

Fenix. Viejo amigo y consejero de Peleo que acompañó a Aquiles a Troya como asesor. En el Libro IX de la *Ilíada*, Fénix comenta que ha cuidado a Aquiles cuando era un bebé y que ha tratado en vano de persuadirlo para que cediera y ayudara a los griegos.

Héctor. Hijo mayor de Príamo y príncipe coronado de Troya, Héctor era conocido por su fuerza, su nobleza y su amor por la familia. En el Libro VI de la *Ilíada*, Homero nos muestra una emotiva escena entre Héctor, su esposa Andrómaca y su joven hijo, Astianacte. Fue asesinado por Aquiles el último año de la guerra.

Helena. Hija de la reina Leda y del dios Zeus (en forma de cisne), cuenta la leyenda que se trataba de la mujer más bella del mundo. Helena fue princesa de Esparta. Muchos hombres pidieron su mano en matrimonio, y todos ellos juraron mantener su fidelidad hacia ella venciera quien venciera. Fue entregada a Menelao, pero más tarde huyó con el príncipe troyano Paris, lo que inició la guerra de Troya. Tras la guerra, regresó a su casa de Esparta con Menelao.

Heracles. Hijo de Zeus y el más afamado de los héroes griegos. Conocido por su tremenda fuerza, Heracles fue obligado a realizar doce trabajos para la diosa Hera a modo de castigo, quien lo odiaba por ser fruto de una de las aventuras amorosas de Zeus. Falleció mucho antes de que comenzara la guerra de Troya.

Idomeneo. Rey de Creta y nieto del rey Minos, famoso por el Minotauro.

Ifigenia. Hija de Agamenón y Clitemnestra, prometida en matrimonio a Aquiles y trasladada a Áulide para aplacar a la diosa Artemisa. Su sacrificio hizo que los vientos volvieran a soplar y la flota griega consiguió poner rumbo a Troya. Su historia se narra en la tragedia *Ifigenia en Áulide* de Eurípides.

Licomedes. Rey de Esciro y padre de Deidamia. Ocultó sin saberlo a Aquiles disfrazado de chica en su corte.

Menelao. Hermano de Agamenón y, tras su matrimonio con Helena, rey de Esparta. Cuando Helena fue raptada por Paris, se acogió al juramento hecho por todos sus pretendientes y, junto con su hermano, dirigió a un ejército para recuperarla. En el Libro III de la *Ilíada* se bate en duelo con Paris por la posesión de Helena y su posición es aventajada hasta que la diosa Afrodita interviene en favor de Paris. Tras

la guerra, él y Helena regresaron a Esparta.

Néstor. Anciano rey de Pilos y antiguo compañero de Heracles. Era demasiado viejo para luchar en la guerra de Troya pero fue un importante consejero de Agamenón.

Odiseo (Ulises). Astuto príncipe de Ítaca, amado por la diosa Atenea. Fue quien propuso el famoso juramento mediante el cual todos los pretendientes de Helena honrarían su matrimonio. A modo de recompensa, reclamó como esposa a su inteligente prima Penélope. Durante la guerra de Troya, fue uno de los principales asesores de Agamenón y, posteriormente, diseñó el ardid del caballo de Troya. Su viaje de vuelta a casa, que duró diez años, es el tema de la *Odisea* de Homero, que incluye las famosas historias de sus encuentros con los cíclopes, la bruja Circe, Escila y Caribdis y las sirenas. Finalmente, Odiseo regresa a Ítaca, donde es recibido por su esposa, Penélope, y su hijo ya adulto, Telémaco.

París. Hijo de Príamo que se convierte en el juez del famoso «concurso de belleza» entre Hera, Atenea y Afrodita, en el que el premio es la manzana de oro. Las tres diosas tratan de sobornarlo: Hera con poder, Atenea con sabiduría y Afrodita con la mujer más bella del mundo. Paris entrega el premio a Afrodita y ella, a cambio, le ayuda a raptar a Helena para alejarla de su marido, Menelao, hecho que desencadena la guerra de Troya. Paris era conocido por su destreza con el arco y, con la ayuda de Apolo, mató al poderoso Aquiles.

Patroclo. Hijo del rey Menecio. Exiliado de su hogar por matar accidentalmente a otro niño, Patroclo halló refugio en la corte de Peleo, donde fue criado junto Aquiles. Es un personaje secundario en la *Ilíada*, pero su fatídica decisión de intentar salvar a los griegos poniéndose la armadura de Aquiles desencadena el acto final de la historia. Cuando Patroclo es asesinado por Héctor, Aquiles se queda desolado y se venga brutalmente de los troyanos.

Peleo. Rey de Ftía y padre de Aquiles junto con la nereida Tetis. La historia del sometimiento de la camaleónica Tetis por parte de Peleo, que le obliga a contraer matrimonio con él, era muy popular en la antigüedad.

Pirro. Hijo de Aquiles y de la princesa Deidamia. Aunque su nombre formal era Neoptólemo, lo llamaban «Pirro» por su cabello pelirrojo. Entró en batalla tras la muerte de su padre, participó en el ardid del caballo de Troya y asesinó brutalmente al anciano rey de Troya, Príamo. En el Libro II de la *Eneida*, Virgilio cuenta la historia del papel de Pirro en el saqueo de Troya.

POLIXENA. Princesa troyana a la que Pirro sacrificó en la tumba de su padre, antes de abandonar Troya para regresar a su hogar.

PRIAMO. Anciano rey de Troya, célebre por su piedad y por su gran número de hijos. En el libro XIV de la *Ilíada* se dirige con valentía a la tienda de Aquiles para rogarle que le entregue el cadáver de su hijo Héctor. Fue asesinado durante el saqueo de Troya por el hijo de Aquiles, Pirro.

Madeline Miller posee un *Bachelor of Arts* y un *Master of Arts* en Latín y Griego Antiguo por la Brown University y lleva nueve años impartiendo clases de estas dos materias. También ha estudiado en el Yale School of Drama, donde se especializó en adaptar historias clásicas para un público moderno. La *canción de Aquiles* es su primera novela.

NOTAS

[1] La del plenilunio más próximo al equinoccio otoñal *[N. del T.]*. <<

[2] Las Erinias o diosas de la venganza perseguían a los culpables de ciertos crímenes. Se llamaban Erinias, pero para no atraer su ira al pronunciar ese nombre solían llamarlas Euménides («benévolas») *[N. del T.]*. <<

[3] Menoitiades es un patronímico, significa «hijo de Menecio»; en griego antiguo Menecio es Menoítios *[N. del T.]*. <<

[4] *Therapon:* compañero o camarada de rango inferior *[N. del T.].* <<

[5] Se le llamaba Pelión o Pelida en referencia a su padre, Peleo *[N. del T.]*. <<

[6] Túnica fijada a la altura de la cintura mediante cordones o correíllas *[N. del T.]*. <<

[7] Se refiere a la púrpura de Tiro, un tono entre rojo y morado, confeccionada con secreción de *murex*, un caracol marino *[N. del T.]*. <<

[8] *úppoç*(*) significa «de color del fuego», «rubio» o «pelirrojo» *[N. del T.]*. <<

[9] Ðïëõôñïðùò, *polutropos*, es una palabra compuesta: *polus* («muchos»), y *tropos* («formas», «maneras»). ’Oäõóóåùò Ðïëõôñïðùò(**), *Odiseo polutropos* sería «Ulises, el de los muchos tropos», el de los muchos recursos y tretas, pues era un experto en urdir falsedades verosímiles para engañar a sus rivales *[N. del T.]* <<

[10] Personificaciones del destino *[N. del T.]*. <<

[11] Literalmente, «el mejor de los aqueos». Es un epíteto aplicado a varios héroes griegos en la *Ilíada*, pero sobre todo a Aquiles *[N. del T.]*. <<

[12] El significado posible de Janto y Balio era «dorado» y «moteado» respectivamente *[N. del T.]*. <<

[13] Monstruo marino con forma de remolino que devoraba cuanto había a su alrededor *[N. del T.]*. <<

[14] *Hibris* podría traducirse como «desmesura», aplicada sobre todo al orgullo. El término tenía una connotación sexual y hacía referencia a acciones que humillan a la víctima y proporcionan placer al abusador *[N. del T.]*. <<

[15] El profesor de Harvard Gregory Nagy fue uno de los primeros en remarcar el paralelismo existente entre Kleo-patrê y Patro-kleês *[N. del T.]*. <<

[16] «Destinado a tener una vida breve» *[N. del T.]*. <<

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

(*) *ὕῤῥος*

(**) Ὀδυσσεὺς Πολυτροπως